

ADRIANA HARTWIG

el
CAROL del
DIABLO



VESTALES

ADRIANA HARTWIG

el
FAROL del
DIABLO

VESTALES

Hartiwig, Adriana
El farol del diablo. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2015.
E-Book.

ISBN 978-987-3863-19-6

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2015
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-19-6

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

PRÓLOGO

Ciudad de Corrientes, 1902.

El doctor Resoagli se rascó la barbilla y asintió con expresión ensimismada. Era un hombre de tez pálida, nariz aguileña y mentón prominente. Parecía incómodo, y quizás lo estaba. Como era de complexión robusta, tuvo que considerar que la silla en la que estaba sentado no soportaría su peso. Se movió y la madera crujió, amenazante. Se puso de pie mientras fingía continuar con sus reflexiones.

—¿Dice usted que tiene una conducta peligrosa para sí misma y para los demás? —preguntó. Se acarició la punta del largo bigote entrecano—. ¿Está seguro?

—Sí, señor.

—Describame su comportamiento, por favor.

Horacio Gutiérrez apoyó los brazos sobre el escritorio y unió las manos, pensativo. La fría apostura se intensificó cuando la luz de la lámpara le doró los altivos rasgos, le suavizó la dureza de los ojos y subrayó la tensa arrogancia de su expresión. Intercambió una mirada con su esposa y luego dirigió la atención hacia el médico.

—Es obstinada e irritable —dijo en tono monocorde—. Sufre de frecuentes dolores de cabeza e insomnio. No se alimenta bien e insiste en encerrarse en el cobertizo con los yuyos que encuentra en la calle.

—¿La muchacha tiene tendencia a causar problemas dentro de la casa? — Hipólito Resoagli dirigió los ojos opacos hacia la esposa del señor Gutiérrez. Era una mujer muy delgada, de rostro enjuto y aspecto serio y anodino—. ¿Discute sus órdenes? ¿Se enoja con facilidad?

—Sí, señor. —Alcira se mordió el labio inferior con preocupación—. Es una chica nerviosa, muy difícil de tratar; jamás sigue mis consejos y tiende a ignorar todo lo que le digo. Me ha insultado en varias ocasiones. No me respeta e, incluso, Dios mío, ha intentado lastimarme.

—¿Qué provocó el enojo de la joven?

La mujer intercambió una mirada con su marido una vez más.

—La madre, la primera esposa de mi marido, murió unos meses antes de que yo llegara a esta casa. La alcoba principal, que debía ser mía, aún contenía todas sus pertenencias. Pensé en ayudar a la muchacha a recoger todo y guardarlo en memoria de su pobre madre; cuando me vio asegurar el pestillo de un alhajero, se lanzó sobre mí y me acusó de pretender robar las joyas.

—Entiendo.

—Además... —vaciló—. La encontré en dos oportunidades con un cuchillo en la mano. Quería hacerse daño, estoy segura. Decía que extrañaba a su madre y que deseaba estar con ella. Mi esposo tuvo que forcejear para protegerla.

—Es muy común que jóvenes huérfanos piensen en el suicidio. Han perdido a sus padres, la seguridad que antes tenían, la guía que habría de facilitarles el paso por esta vida. Están perdidos en un mundo que no pueden comprender, y piensan que la muerte es la única salida.

—Mi hijastra necesita ayuda —dijo Horacio. Aunque su voz denotaba tristeza y cierta desesperación, sus ojos continuaban impassibles—. Usted tiene que ayudarla.

—Vivir con esa chica es un infierno —asintió Alcira, dolida. Se santiguó.

—Lamentablemente, no hay nada que usted pueda hacer —comentó el médico.

Alcira inclinó la cabeza, cabizbaja.

—Es tan joven —musitó.

—La locura no respeta edades. —Hipólito meneó la cabeza. Empujó los lentes hacia arriba y observó al señor Gutiérrez con expresión piadosa—. He tratado casos que les romperían el corazón. Me temo que no hay mucho que yo pueda hacer —dijo finalmente—. Tendría que examinar a su hijastra y convocar además a una junta médica para estar seguro del diagnóstico, pero me atrevo a decir que los síntomas que presenta la señorita Fernanda se corresponden con una enfermedad mental que, considero, no tiene cura.

—¿Qué enfermedad es esa? —Alcira se veía muy ansiosa—. Dígame, por favor.

—Locura histérica con tendencias suicidas.

—Oh, Dios.

—¿Es peligroso que viva aquí, con nosotros, doctor? —preguntó Horacio en voz baja.

—Me temo que sí. Lo lamento, pero habrá que internarla.

Horacio movió sus dedos unos contra otros.

Alcira suspiró.

—Su enfermedad mental es ya evidente. No puedo aconsejar otra cosa más que pensar en ella, en su bienestar y que, pese al afecto que le tienen, la dejen en mis manos. Haré todo lo que pueda para tratarla, pero me temo que, como

dije, la enfermedad está ya muy avanzada.

—¿Qué la provocó, doctor? —quiso saber Alcira.

Hipólito se rascó la barbilla una vez más. Al parecer, hacía lo mismo cada vez que debía meditar una respuesta.

—La muerte de la madre —dijo finalmente. Suspiró—. Quizás nunca la superó.

El señor Gutiérrez se puso de pie y dio la espalda al médico y a su esposa mientras barruntaba todo lo que había oído. Unió las manos detrás de la espalda y contempló el jardín de la casa con ojos ausentes. Afuera, la luz del sol comenzaba a morir entre los árboles. Las cenizas rojas de la tarde entintaban el cielo con pinceladas de sangre y fuego. El viento sur había comenzado a soplar y mecía con frialdad los pocos arbustos que habían sobrevivido íntegros a las semanas más gélidas del invierno. Hojas amarillas, crujientes y rígidas, se arrastraban sobre los estrechos senderos de pedregullo que serpenteaban a lo largo de la arboleda. Vio a un par de pájaros caer sobre un parterre de plantas y luego elevarse en el aire; se disputaban un insecto.

—Mi hijastra es una heredera —dijo en voz baja, sin ninguna emoción—. ¿Qué sucederá con sus bienes?

El médico empujó los lentes sobre la nariz.

—¿No administra usted la fortuna de la muchacha? —preguntó, e intentó ocultar, sin conseguirlo, la sorpresa.

—No. Lo hace ella misma. Su padre y mi difunta esposa así lo establecieron. En cuanto cumplió la mayoría de edad, Fernanda se hizo cargo de la administración de sus propios bienes. Hasta entonces, lo había hecho un albacea nombrado por el padre.

—Supongo que debido a su frágil estado emocional ha debido de causar grandes pérdidas al patrimonio.

Alcira apretó los labios.

—No —dijo.

—¿No?

Horacio se volvió y clavó en ella sus ojos álgidos. Alcira desvió la mirada, pálida y nerviosa.

—No —confirmó después de un momento—. A pesar de sus impulsos, ha seguido mis consejos al pie de la letra y su fortuna sigue incólume.

Horacio lo miró a los ojos.

—Si usted indica encerrar a mi hijastra en un asilo para dementes, ¿qué pasaría con esa fortuna?

—Bueno, es un problema, por supuesto, pero puede solucionarse en los Tribunales. —Tiró con suavidad de la punta de su bigote—. Tendría que realizarse un juicio por insania. Si diera como resultado la incapacidad civil de la señorita, perdería todos sus derechos —dijo el médico—, y usted se vería obligado a administrar los bienes en su nombre.

—Comprendo. —Horacio asintió; su rostro reflejó cierta expresión pesarosa—. ¿Podría usted decirme qué clase de tratamiento le daría a mi hijastra? Querría estar seguro de que no sufrirá.

El médico asintió. Siempre meditabundo, comenzó a explicar las distintas maneras de llevar a cabo la cura, ajeno a la mirada que el señor Gutiérrez intercambiaba con su esposa.

Alcira esbozó una sonrisa; Horacio asintió.

Finalmente, pensó, todos los bienes de su hijastra quedarían en sus manos.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

La neblina se deslizó con suavidad sobre las aguas mansas del río y reptó hacia la ciudad en silencio, cubriendo las calles adoquinadas con un húmedo y gélido encaje gris. En el sosegado amanecer de aquella mañana de agosto, el sol se elevó con timidez entre las destejidas sombras de la noche y pintó con pereza de rojo rosado y oro pulido los tejados de la ciudad vieja, el campanario de la iglesia y el follaje de los árboles que se mecían, perezosos y nostálgicos, junto al Paraná. Más allá, hacia el Sur, todavía reinaba la azulada opacidad que precede al amanecer, y bostezaba la bruma de un invierno que pronto llegaría a su fin.

Juan de Dios Ferrara dejó caer las cortinas. La penumbra dibujó sin sutilezas las líneas frías y angulosas de su rostro cuando se volvió, se sirvió una medida de whisky y lo bebió de un trago. No debió haber regresado a la ciudad. Dejó el vaso vacío sobre una mesa, recogió la chaqueta del respaldo de una silla casi con indolencia y se dirigió hacia el vestíbulo; abandonó la débil calidez de la sala de recibo de aquella casa que había comprado y que, sin embargo, no le pertenecía.

—Pensé que deseabas hablar conmigo. —La voz suave y seductora de una de las mujeres más hermosas de la ciudad llegó hasta él desde la grisácea oscuridad del pasillo.

Se detuvo bajo el endeble resplandor de una lámpara y la miró. Julia Sandoval dio un paso hacia él, vacilante. Parecía nerviosa; tenía una sonrisa indecisa en los labios y una mirada curiosa y, a la vez, temerosa cuando le tendió la mano.

—¿Me acompañas a desayunar? —preguntó—. Podríamos hablar más cómodos en el jardín. Los sirvientes están poniendo la mesa.

Julia no era una actriz de talento; de hecho, ni siquiera podía recordar sus líneas sin ayuda de un apuntador, pero era hermosa y podía ser, cuando así lo deseaba, encantadora. La mayoría de sus papeles en el teatro los había obtenido de rodillas, al someterse a los deseos de los hombres más acaudalados de la ciudad, aunque ninguno de ellos se había ofrecido a mantenerla. Consideraban que la joven tenía gustos caros, además de un carácter difícil. Y estaban en lo cierto; preferían pagar por los servicios de una chica menos agraciada, pero más manejable. Fue justo cuando comenzaba a desesperar ante la idea de no tener un centavo para la siguiente comida cuando conoció a Juan de Dios Ferrara, y aceptó, maravillada por su suerte, convertirse en su amante.

Hija de inmigrantes españoles que se habían afincado al norte de la provincia de Santa Fe después de haber recorrido gran parte del centro del país en busca de un futuro mejor, Julia jamás se había sentido cómoda con la idea de casarse con un granjero, parir a media docena de críos y morir en un pueblucho desconocido sin más alegría que haber sido una buena esposa. En su opinión, ella había nacido para ser rica y amada. Convencida de eso, en cuanto tuvo edad suficiente como para llamar la atención de los hombres, comenzó a labrarse un futuro.

Sus padres se habrían horrorizado al saber que la preciosa Julia ejercía de prostituta a sus espaldas, pero nunca lo supieron. Años después de que la joven abandonara la casa para seguir a un actor que le había prometido la gloria sobre las tablas, comentaban orgullosos a sus vecinos que su hija más joven se había convertido en una afamada actriz.

A lo largo de su vida, Julia había aprendido a conseguir todo cuanto deseaba siendo consecuyente y abriendo las piernas al mejor postor. Solo se había lamentado por su suerte en dos ocasiones. La primera, durante un baile en la casa de un amigo del Gobernador. Uno de los invitados la había acorralado cerca del baño de señoras y la había violado. Julia, en lugar de recibir ayuda, había sido expulsada a la calle por la dueña de casa mientras la acusaba de “provocar a los invitados con sus tretas de puta”. La segunda vez fue poco antes de conocer a Juan de Dios, después de una función en el teatro. Ella y uno de sus amantes, un hombre con la edad suficiente como para ser su padre, tuvieron una riña en los peldaños del coliseo. Él, que estaba borracho, la había golpeado salvajemente, y la había acusado de haber coqueteado con otros hombres en su presencia. Un caballero, que había presenciado el altercado por casualidad, la había ayudado, aunque no antes de que el señor Suárez le rompiera dos costillas y un brazo, para terminar la relación que los unía con un puñetazo que le dejó el ojo derecho amoratado durante una semana.

Al principio, había temido que el señor Ferrara se mostrara violento con ella, después de todo, era considerado un hombre despótico e incluso avasallante entre los buenos vecinos de la ciudad. Sin embargo, resultó ser un caballero. Estaba a gusto a su lado, y más aún cuando, muy rara vez, visitaba su cama. No lo despreciaba, pero, a veces, cuando dormían juntos, notaba el vivo contraste entre su piel blanquísima y la de él, tan oscura, y se preguntaba cómo había logrado tener el valor de entregarse a un mestizo.

Cuando esa mañana, casi al amanecer, la sirvienta la despertó y le dijo que el señor Ferrara deseaba verla, Julia había temido que estuviera allí para llevarla a la cama. No estaba de humor para fingir que sus caricias le gustaban y tampoco para simular interesarse por las razones que lo habían mantenido lejos de ella durante tanto tiempo, pero finalmente pensó que él pagaba todas sus facturas y tenía derecho a recibir a cambio unas migajas de su atención, así que se levantó y fue a su encuentro con la mejor de las sonrisas.

Pero él no se la devolvió. Juan de Dios la miró a los ojos.

—He venido a despedirme de ti —dijo con frialdad.

Ella alzó una ceja. Su rostro de alabastro adquirió dos rosas en las mejillas.

—¿Saldrás de la ciudad otra vez?

—No. Quiero terminar la relación que nos une. —Curvó las comisuras de los labios a un lado—. Así son los negocios.

Ella lo miró un momento en silencio. Pensó que ya debería estar acostumbrada a aquellas despóticas maneras, a esa arrogancia, a la álgida cortesía que se traducía en cada una de sus palabras cada vez que se dirigía a ella o a cualquier otra persona ajena a su familia, aquella su actitud indiferente la disgustó.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Importaría?

—Si puedo retenerte a mi lado, sí —dijo, y aunque permaneció con el rostro impasible, su mente era un torbellino de confusión. Ese hombre era el único que había aceptado pagar el alto precio que se había puesto a sí misma cuando decidió convertirse en la querida de un acaudalado; no podía perderlo—. Si hice algo que te molestó, si cometí un error, querría saberlo.

—No he estado en esta casa el tiempo suficiente para molestarme con algo que hicieras o dijeras, Julia —dijo en voz baja. Sus ojos permanecieron imperturbables y distantes, ilegibles—. Solo doy por terminado un contrato que ya no me interesa mantener.

—Nuestra relación no es un contrato.

—¿No? —Torció la boca a un lado—. Llegamos a un acuerdo que generó derechos y obligaciones para ambos: yo pagaría tus facturas, y tú calentarías mi cama. Eso suena a un contrato.

Ella apretó los labios.

—Muy bien —dijo tajante—. Es un contrato, entonces. No discutiré eso contigo, pero quiero saber por qué has decidido dejarme. Creo que tengo derecho a saberlo, ya que cumplí con todas tus exigencias: te fui fiel, nunca hice preguntas sobre tu vida fuera de estas paredes y jamás me acerqué a tu familia. ¿Qué sucedió? ¿Has conocido a otra mujer?

—¿Otra mujer? —murmuró; su voz reveló la mofa que se ocultaba en el filo acerado de sus palabras—. No lo creo.

Una noche, después de asistir a una función teatral junto a su madre y una de sus hermanas, había resuelto convertir en su amante a Julia Sandoval, una de las actrices más vistosas de la compañía. Mientras una multitud esperaba felicitar a la joven actriz por la interpretación sobre las tablas, él había acudido al camarín para proponerle un trato que ella aceptó sin dilaciones: “Tu compañía a cambio de mi dinero”.

Había conseguido poseerla como poseía todo lo que deseaba, comprándolo. Así inició una relación que, si bien comenzó siendo satisfactoria, con el tiempo se había convertido en una molestia. Sencillamente, ya no la deseaba, no había encontrado en ella lo que necesitaba.

Julia hizo un gesto con la mano que lo trajo de nuevo al presente.

—Quédate conmigo —dijo cariñosa—. Tal vez podría hacerte cambiar de opinión.

—No sucederá. Dejémoslo así.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó—. ¿Buscas una esposa?

Él alzó una ceja. Algo en su mirada se agitó casi imperceptiblemente: un minúsculo resquicio de emoción que él aplastó y ocultó en un instante. Permaneció callado, para impaciencia de ella.

—No.

—¿No? Dime la verdad. Si me dejas porque pretendes casarte, te aseguro que es innecesario. Seré discreta. Tu esposa, sea quien fuere, no tendrá quejas sobre nuestra relación.

—Jamás humillaría a mi esposa manteniendo a una amante —dijo cortante.

—Entonces...

—No pienso casarme, Julia, pero tampoco deseo continuar con una relación que ya no nos satisface a ninguno de los dos.

Ella se acercó, le apoyó las manos en los hombros y alzó los labios hacia la boca.

—Pero yo te quiero —musitó.

Él la aferró de un brazo y la apartó.

Ella crispó las manos entre los pliegues de la falda. Por un instante había creído que él reconsideraría su decisión al pensar que tal vez ella podría haberse enamorado. Julia apretó los dientes, disgustada. Pensó decirle que toda mujer que lo conociera solo podría fingir afecto por él, que un hombre de su temperamento —frío, soberbio, cínico— jamás conseguiría más que migajas de cariño, pero calló. Deseaba recriminarle sus ausencias, hacerle ver que el culpable de que esa relación que los unía se hubiese vuelto “insatisfactoria” era él, pero no sabía cómo hacerlo y salir airoso. Necesitaba su dinero, no podía perderlo. Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¿Puedo hacer algo para convencerte de que estás cometiendo un error?
—preguntó.

—No —dijo, y su voz adquirió el filo mortal del acero—. Despidámonos así. Es lo mejor.

Ella fingió tristeza.

—¿No ves que me duele tu rechazo? Déjame intentar.

—Es suficiente. —Hizo un gesto de despedida—. Creo que ya no tenemos nada más que hablar. Adiós.

Ella frunció el ceño cuando lo vio volverse y caminar hacia la puerta con su acostumbrada indiferencia.

—¡Juan de Dios! —llamó.

Él la ignoró. Entonces Julia se apresuró a seguirlo y, desesperada, le hundió las uñas en el brazo para detenerlo. Cuando él cerró los dedos contra su muñeca y la apartó, ella soltó una exclamación de enojo.

—¡No puedes irte así! —vociferó—. ¡Eres el hombre más cruel y odioso que he conocido en mi vida! ¿Cómo te atreves a darme la espalda, a marcharte como si yo no fuera más que una furcia?

Ella golpeó el piso con la punta de su zapato, frustrada.

—Si no hay nadie más, ¿por qué no seguir juntos? —preguntó—. No cualquiera se atrevería a dormir con un hombre como tú.

—¿Un hombre como yo?

Lo miró y vio en las profundidades de sus ojos, en la curva cruel de sus labios, en su expresión distante, algo que la asustó. Retrocedió un paso, con las manos apretadas contra el estómago. Quizás, concluyó, había ido demasiado lejos.

—Un hombre como tú, sí, un... Un mestizo —dijo, y al instante sintió miedo de él. Juan de Dios tenía unos ojos hermosos, negros e intensos, pero glaciales, expectantes, como si siempre estuvieran en guardia y buscaran algo.

—¿Me tienes miedo?

Ella retrocedió un paso y se alejó de él, pero no se amedrentó.

—¡Te odio! —gritó en cambio, furiosa. ¿Cómo se atrevía ese indio a tratarla como a una puta de la calle cuando debía agradecer de rodillas sus atenciones?—. ¡Nunca conocí a nadie como tú! ¡Lamento el día en que decidí aceptar ser tu amante! ¡Todas las mujeres que conozco te temen, y ni siquiera te conocen como yo! ¡Solo tienen que mirarte a los ojos para tenerte miedo, porque no encuentran nada agradable en tu mirada, solo hielo y oscuridad!

—¿En serio?

—No entiendo por qué acepté convertirme en tu amante.

—Porque ofrecí comprarte esta casa y un carruaje para tu uso personal —dijo mordaz—. Porque, a cambio de tus favores, pagué todas tus cuentas y tus variados caprichos. —Hizo una pausa y luego añadió—: Debo vigilar mi tendencia a desperdiciar el dinero, ¿no crees?

—¡Miserable! ¿Tratas así a todas las mujeres que conoces o solo a mí?

—A todas.

—¿También a las mujeres de esa clase a la que crees pertenecer?

—Hay excepciones, pero en general, sí —dijo con descaro—. Lamentablemente, conozco a muy pocas mujeres a las que respeto; al resto, simplemente, las considero putas de mejor calidad. Adiós, Julia. Pagaré tus cuentas hasta que consigas un nuevo protector, lo que espero suceda pronto —dijo él con suavidad, y se dirigió hacia la puerta—. Creo que puedes agregar la tacañería a mis muchos defectos. No me gusta pagar por favores que no he de recibir.

—Sé que pagarás mis facturas, pero... —Lo miró asustada—. Necesito dinero ahora, para esta misma noche.

—¿Otra deuda de juego?

Juan de Dios buscó algo en uno de los bolsillos internos de la chaqueta, y luego dejó caer varios billetes en las manos de la joven.

—Considéralo un último obsequio de mi parte —dijo. La observó un momento en silencio, con frío desdén, y después se marchó.

* * *

Examinaba los documentos que Jaime Arteaga, uno de los administradores de su padre, le había acercado, en tanto vigilaba las mercancías que se descargaban en el puerto. Todavía recordaba las palabras que Julia le había arrojado a la cara con su habitual desparpajo, sin saber cuánto le escocerían: insensible, implacable, salvaje, despiadado. Había escuchado lo mismo en otras oportunidades. ¿En eso se había convertido? ¿En un hombre incapaz de sentir nada por nadie? Quizá sí. Elevó los ojos hacia el río, y su mirada adquirió la tonalidad de la obsidiana al recordar cómo lo había llamado: “El mestizo de los Ferrara”. ¿Era solo eso para los demás? ¿Un hombre cuyo valor se medía por la tonalidad de la piel, por los rasgos, por la ascendencia, por la sangre?

Basilio Ferrara se detuvo junto a él y sonrió cuando vio amontonarse baúles con su nombre en el muelle, unos encima de otros, todos de gran tamaño. Había esperado ese momento durante semanas. Finalmente, pensó, todo estaba sucediendo tal y como lo había planeado.

Era un hombre delgado, alto y de aspecto majestuoso. Todavía atractivo, a sus setenta años, la edad no había logrado difuminarle la vivacidad del rostro ni opacarle la aguda inteligencia de la mirada. Tenía el pelo rubio entrecano y

lo llevaba peinado hacia atrás. Las facciones suaves y armoniosas lo caracterizaban como un hombre afable; ocultaban muy bien un temperamento fuerte y decidido.

Con una sonrisa todavía en los labios, elevó los ojos verdes hacia Arasunu con la intención de agradecerle la ayuda a horas tan tempranas de la mañana, pero calló. En cambio, sí frunció el ceño al notar la expresión que endurecía el rostro de su hijo.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Arasunu esbozó una sonrisa y observó el río mientras borraba de su semblante toda emoción que pudiera revelar al padre el cariz de sus pensamientos.

El Belgrano flotaba con suavidad sobre las mansas aguas del Paraná, envuelto en la neblina que, a medida que se elevaba el sol en el horizonte, comenzaba a deshilacharse sobre la brumosa superficie del río. Su peso lo mantenía inmóvil a cierta distancia de la orilla, en el interior de una infinidad de diamantes que el sol dibujaba sobre el delicado oleaje mientras media docena de diminutas barcazas de madera emergían de su flanco cargadas con pesados baúles provenientes de Buenos Aires.

Sobre el muelle, una multitud de hombres en mangas de camisa se amontonaba a la espera de recibir los cofres llenos de rollos de paño, enseres de cocina, sedas y tapices, instrumentos de carpintería, artículos de oro, bronce y cristal, herrajes y artilugios femeninos que los canoeros acercarían al desembarcadero, bajo la atenta vigilancia de Arteaga.

Basilio miró al administrador y vio cómo los bártulos comenzaban a amontonarse bajo la sombra de los árboles, a pocos metros de la orilla. Luego volvió los ojos hacia la calle. Cuatro vehículos esperaban a unos metros de distancia para llevar la mercadería a los almacenes de la calle San Juan y Junín. Con profunda satisfacción, el anciano observó la ciudad que lo había

cobijado hacía ya tantos años, cuando todavía era un muchacho decidido a conseguir en Argentina todo lo que en su viejo terruño jamás tendría: una casa propia, dinero, tierras, un futuro de opulencia y respeto.

Hijo de campesinos, analfabeto, de temperamento fuerte y carácter difícil, en su tierra natal nunca habría prosperado; menos aun cuando no estaba dispuesto a seguir las órdenes de nadie más. Con toda seguridad, allí tampoco habría podido agregar a la lista de logros una esposa de buena familia, hermosa y elegante, un hijo que jamás sufriría de hambre ni tendría que trabajar de sol a sol para traer comida a la mesa y tres hijas educadas, hermosas y buenas.

No había sido sencillo y le había llevado años obtener todo aquello que se había propuesto, pero lo había logrado. Se sentía orgulloso de sí mismo, porque nadie le había regalado nada ni le había facilitado las cosas. Todo cuanto poseía era producto del esfuerzo, de noches sin dormir, de años enteros dedicados al trabajo duro. Ahora, allí, de pie junto a su primogénito, observaba el semblante de una de las ciudades más antiguas del país con la satisfacción de un hombre que lo tenía todo.

Como último eslabón que la unía a un pasado colonial, la ciudad conservaba algunas casas de arquitectura autóctona con galerías externas, construidas con adobe y piedras del río, adornadas con rejas de Vizcaya, tan apropiadas al clima y costumbres de la población correntina, mientras nuevas edificaciones de características italianas —con sus pilastras, cornisas y detalles neogóticos— se adueñaban poco a poco del tejido urbano.

Nuevas construcciones reflejaban el anhelo de la élite local por modernizarse y emular las características de las ciudades más importantes del mundo, pero a pesar de que ensanchaban la ciudad hacia el Este, Corrientes no terminaba de desprenderse de ese aire de aldea española. A pocas calles del puerto, ya se convertía en un cúmulo de contradicciones: moderna y rural a la vez; orgullosa poseedora de grandes edificios de estilo renacentista y neobarroco; calles sin pavimentar, muchas veces anegadas y sitiadas por cuadrillas de perros vagabundos; poco higiénica, pero deseosa de emular en

arquitectura y costumbres a las capitales más importantes del mundo, como Londres y París. Basilio esperaba que lo consiguiera. Aquella era una ciudad a la que se enorgullecía de llamar “hogar”; la amaba.

Arasunu firmó los documentos que Jaime esperaba recuperar y asintió. El administrador sonrió, nervioso, y se dirigió hacia los hombres que continuaban con la descarga de los baúles pertenecientes a la Tienda Ferrara con grandes ademanes.

—Terminé mi relación con Julia —dijo de pronto, en voz baja.

Basilio apartó los ojos de la ciudad y lo miró, pensativo.

—¿Alguna razón en particular? —preguntó.

Él vaciló.

—No —dijo finalmente.

—Entiendo.

Arasunu observó a su padre un instante mientras se preguntaba qué era lo que entendía.

—Creo que es una buena decisión —dijo el anciano—. Esa jovencita nunca me agradó. Aunque es hermosa, por supuesto, pero eso no tiene ninguna importancia cuando la persona no es de fiar. No me habría gustado que terminara por convertirse en mi nuera.

Arasunu sonrió.

—Eso jamás habría pasado.

—Nunca se sabe. Un hombre solitario puede cometer una tontería si considera que no hay nada allí afuera para él —dijo Basilio, e hizo un gesto hacia las calles de la ciudad—. Lo he visto muchas veces. —Arasunu no hizo

comentarios—. Pero eso no es lo que te molesta, ¿verdad? No creo que esa mujer te importara lo suficiente como para arrastrar esa cara hasta aquí, cuando estamos a punto de abrir los nuevos almacenes. ¿Qué es lo que te tiene de tan mal humor esta mañana?

—¿Es tan evidente?

—¿Tu malhumor? Sí. Has espantado a Jaime. El pobre hombre ha estado de puntillas a tu alrededor desde que llegaste.

Juan de Dios torció las comisuras de los labios en una sonrisa lacónica.

—Es una mujer, sí.

—¿Alguien que conozca? —El anciano lo miró, esperanzado.

—Eloísa —dijo.

—¿Tu hermana? —Basilio suspiró, decepcionado—. ¿Qué sucede con ella?

—Ahora que he regresado a la ciudad, no descansaré hasta arrastrarme a todos los eventos sociales de la temporada. Me volveré loco.

—¿Sigues con eso? —preguntó, divertido—. Pensé que el asunto estaba resuelto.

—No ha aceptado un “no” por respuesta y está decidida a encontrarme una esposa, ¿puedes creerlo?

—De Eloísa puedo creer cualquier cosa —dijo Basilio, e intentó en vano ocultar una sonrisa—. ¿Qué quiere hacer contigo exactamente?

—Para empezar, darse el gusto de vestirme a su capricho y entender. Luego, aceptar en mi nombre todas las invitaciones que pueda y finalmente pasarme lista de todas las jóvenes casaderas de la ciudad con la intención de

que elija alguna y presente una propuesta formal de matrimonio.

—¿Debo entender que no quieres hacer nada de eso?

Arasunu crispó la boca en una fina línea de disgusto.

—No resultaría —respondió.

—¿Por qué diablos no?

Apretó los labios. Su padre no entendería. ¿Cómo podría decirle que un “indio”, por mucho dinero que poseyera, tenía muy pocas posibilidades de encontrar una esposa entre el patriciado correntino? El apellido que su padre le había dado no significaba nada cuando lo único que veía una mujer al mirarlo era el oscuro color de su piel. No, su padre no comprendería. Era un hombre decente, de principios, de una ética intachable, que jamás imaginaría que las personas que invitaba a su casa para hablar de negocios eran las mismas que prohibían a sus hijas bailar con “el mestizo Ferrara”, incluso, dirigirle la palabra si no era necesario. Para Basilio, un hombre se valoraba por sus acciones, honestidad y devoción familiar, jamás por la apariencia o la ascendencia; creía que todos sus amigos y socios pensaban lo mismo.

Juan de Dios nunca le había hablado de los murmullos que se escuchaban a su paso, de los insultos que había tenido que tolerar mientras crecía y estudiaba lejos de la familia, de las ofensas que había tenido que dejar pasar, de las peleas que había aprendido a ganar defendiendo el honor de su padre, la memoria de su madre biológica y la virtud de sus hermanas.

—Casarme no es mi prioridad en este momento.

—No me hago más joven con los años —continuó el anciano—. Me gustaría verte con una mujer, con hijos, con una familia propia. No es bueno que un hombre esté solo, y tú has estado solo mucho tiempo.

—Algo que solucionaré cuando considere necesario.

—No si Eloísa tiene algo que decir al respecto. Esa muchacha está decidida a encontrarte esposa, y tiene todo mi apoyo.

—¿Debo creer que toda la familia se alió en mi contra?

—A tu favor. No te preocupes, hijo, encontraremos a una buena mujer para ti.

Arasunu pensó que debió de haberlo adivinado. Cuando Eloísa tomaba una decisión, se aseguraba de convencer al resto de la familia de que la apoyara, y, por lo general, lo lograba. Además, no se molestaba en ocultar sus intenciones. Basilio no dudaría en secundar sus planes si los creía razonables; Eleonora no se atrevería a contrariar a su hija más voluntariosa; y Nélida y Lucía eran arcilla entre sus manos; la primera, por devoción, la segunda, por admiración.

Basilio lo observó de pies a cabeza, pensativo. Concluyó que si Eloísa hubiese estado allí, no habría dudado en regañarlo por su aspecto. Desde que tenía uso de razón, había intentado hacer de él el epítome de la elegancia. Se frustraba cada vez que lo veía vestir como un simple jornalero, con la corbata floja a los lados del cuello y el pelo demasiado largo para resultar elegante; parecía un salvaje. Llevaba botas oscuras y unos pantalones que no habrían resultado incongruentes si hubiera sido un peón de campo.

Basilio no sabía si debía amonestarlo o envidiar aquella resolución. Él mismo habría preferido deshacerse de la ropa, que, si bien por su corte y calidad lo identificaban como un miembro de la nueva sociedad —es decir, un inmigrante exitoso con el suficiente prestigio social como para codearse con la crema y nata del patriciado correntino—, era demasiado para un día que por momentos se tornaba caluroso.

—Te vistes como un truhán —dijo.

Arasunu sonrió.

—¿Eloísa te ha convencido de que te pases a su bando?

—Lo siento, pero creo que tiene razón. Deberías visitar a mi sastre.

—Lo pensaré.

—Supongo que te ha hablado de la señorita Mariana Alcaraz —dijo vacilante. No sabía cuánto revelar de los planes de su hija—. Pretende presentártela.

—Ya la conozco.

—No lo suficiente, en su opinión. —Sonrió cuando Juan de Dios murmuró un impropio entre dientes—. Hazte a la idea: Nélida y Eloísa están decididas a casarte esta temporada, y esa muchacha, Mariana, agrada a toda la familia.

—A Lucía no.

—Lucía tiene sus ideas —replicó el anciano con un ademán—. Mariana Alcaraz es encantadora. Sería una buena esposa para ti.

—¿Deseas que me case con ella? —preguntó.

—Con ella o con cualquier otra, sí.

—¿Con cualquiera?

—Si puede darme nietos, tendrá mi bendición.

—Ya tienes nietos —contestó sonriente.

—Dos varones de Nélida, uno de Eloísa y otro de Lucía —enumeró Basilio con los dedos, impaciente—. Quiero una nieta mujer para consentir, ya hay muchos varones en la familia. Comienzo a extrañar una casa llena de muñecas, lazos, sombreros y zapatitos con moños, en particular cuando los hijos de Nélida toman por asalto la cocina. Las niñas son encantadoras; los varones, no tanto.

—Entiendo.

—Quiero conocer a una hijita tuya —dijo entusiasmado, y, por su expresión, casi la imaginaba—. Espero que el próximo año, si ya estás casado, y si Eloísa se sale con la suya, lo estarás. Los nietos tienen que llegar cuando todavía pueda jugar con ellos. Tu madre piensa lo mismo que yo.

Arasunu lo miró un instante y esbozó una sonrisa. Basilio lo miró, esperanzado.

—¿Irás, verdad? A todos los eventos que Eloísa considere oportunos. Prométeme que intentarás ser amable.

—Siempre lo soy. Muy amable.

—¿Incluso con el señor Gutiérrez? —preguntó en voz baja, con la mirada fija en el río.

—Lo intentaré —dijo, y la frialdad en su voz fue casi perceptible.

—Sé que es un hombre desagradable, pero Eloísa valora su amistad con la señorita Alcaraz. No querría que sucediera un altercado entre tú y el padrastro de su amiga.

Arasunu enarcó una ceja, pero no hizo comentarios. Solo lo había visto una vez, cuando debió entregarle en su casa unos documentos que Basilio necesitaba que firmara antes de enviarle las compras que había ordenado en la Tienda Ferrara.

Si bien el señor Gutiérrez sabía quién era él, lo había tratado como a un peón, como si no fuera más que mugre en los zapatos. Apretó la boca. Estaba acostumbrado a que los caballeros de la sociedad correntina lo repudiaran por su sangre mestiza, pero ninguno de ellos le había demostrado más desprecio que Gutiérrez. A sus ojos, él no era un caballero, sino el bastardo de “una india” que había terminado sirviendo en la casa de Basilio Ferrara poco después de que un blanco la sedujera y la dejara encinta a los quince años.

Arasunu nunca quiso saber el nombre de su padre biológico. María, su madre, jamás le había hablado de él porque ella sabía que su padre, el hombre que realmente merecía ese título, era don Basilio.

Hasta la llegada de María, Eleonora Ferrara había pensado que jamás podría darle hijos a su marido. Ya llevaba muchos años de matrimonio y nunca había conseguido quedar encinta. Temía que esa esterilidad acabara con el amor que su esposo le profesaba, a pesar de que Basilio decía que siempre la amaría, tuvieran niños o no.

Cuando Arasunu nació, María no se creyó capaz de criar a un niño sola y pensó que la elegante patrona de cabellos rubios y ojos azules sería una buena madre para su hijo. Le suplicó que se hiciera cargo de él, que lo criara como suyo, como el caballero que debía ser. Eleonora aceptó. Basilio lo bautizó con el nombre de Juan de Dios y le otorgó la protección de su apellido. Arasunu era el hijo que había esperado durante años, y le importó muy poco que su decisión fuera la comidilla de la ciudad.

Cuando Arasunu cumplió tres años, Eleonora quedó encinta, y nació Nélide, una preciosa niña de ojos azules y cabellos rubios igual a su madre. Basilio no dudó en afirmar a quien quisiera escucharlo que Dios había decidido bendecirlo con una hija cuando demostró con Arasunu que podía ser un buen padre. Dos años después de Nélide, llegó Eloísa, con cabellos castaños y ojos verde mar. Cuando Arasunu cumplió ocho años, nació Lucía, con poderosos pulmones y un impactante encanto.

Arasunu creció con todos los lujos que el dinero podía comprar, al igual que las niñas, pero nunca gozó de los mismos privilegios que sus hermanas pequeñas. Las amaba y juró que ellas nunca sabrían de los desagradables apelativos que le habían puesto a espaldas de Basilio, de las peleas que había tenido para hacerse respetar. Se prometió a sí mismo, mientras crecía en un mundo de desprecios y reprobación, que su padre se sentiría orgulloso de haberlo aceptado en su familia, que su madre y sus hermanas jamás se sentirían avergonzadas de él. Decidió ser el mejor hombre que pudiera llegar a ser. Cursó estudios en el colegio Nacional de Concepción del Uruguay y se

graduó de abogado con honores en la Universidad de Córdoba. Extrañaba a su familia, aunque tenía planeado radicarse allí. Sin embargo, sus planes cambiaron cuando Eleonora le envió una carta para comunicarle la muerte de su madre biológica, a causa de una neumonía, y la enfermedad del padre.

El médico ordenó que Basilio Ferrara permaneciera en cama hasta recuperarse por completo; no quiso escuchar las protestas del anciano, quien para entonces se hallaba muy preocupado por la fortuna familiar. Temía que los avatares de la crisis económica de 1890 lo llevaran a la quiebra. Entonces, ¿cómo mantendría a su familia?

Arasunu regresó a Corrientes y se hizo cargo de los proyectos familiares. La salud de Basilio mejoró y, con el tiempo, también los negocios. Eleonora recuperó la tranquilidad y las niñas pudieron continuar con sus estudios, ya sin el temor de perder a Basilio.

Cuando las cosas regresaron a su cauce, Juan de Dios pudo haber regresado a Córdoba para continuar con sus planes, pero Nélide encontró a un hombre de su agrado y se comprometió con él. Eloísa parecía ansiosa por encontrar un marido, a pesar de su juventud; y Lucía, la más pequeña, había comenzado a tener problemas con sus compañeras del colegio San José, a tal punto que las religiosas pidieron que la contuvieran. Cuando Juan de Dios la interrogó, la niña no quiso revelar las razones que la llevaban a pelear con sus compañeras. Necesitó de toda su paciencia para que confiara en él, y finalmente le confesó que las otras chicas se burlaban de ella porque lo habían visto a su lado.

Controló su temperamento, habló con ella y creyó convencerla de que si cacheteaba a sus compañeras no lograría nada, en cambio sí podría ser expulsada del colegio. Insistió en que a él le importaba muy poco lo que dijeran sobre las circunstancias de su nacimiento, su apariencia o su condición de mestizo, por lo tanto tampoco debería importarle a ella. Lucía pareció comprenderlo. Después de eso no hubo más quejas por parte del colegio sobre

la conducta de su hermanita, pero Arasunu sospechaba que Lucía había encontrado la manera de pelear con sus compañeras sin llamar la atención de las monjas.

Fue entonces cuando decidió radicarse en Corrientes. Basilio ya no era joven, no estaba en condiciones de corretear detrás de sus hijas, y Eleonora era incapaz de hacerles frente cuando se unían en un proyecto. Arasunu pensó que era el único que podía poner orden en la casa, y se quedó.

Nélida jamás se atrevería a poner el nombre de la familia en boca de la sociedad a causa de un escándalo, pero él pensó que una mujer enamorada podría cometer una tontería, y hasta el día de la boda se convirtió en su sombra. Eloísa no aceptó de buen grado la compañía ni los consejos de cómo mantener las indeseables atenciones de los caballeros a raya, pero lo toleró hasta que se comprometió con un hombre que la familia tenía en buena estima y que parecía inmune a sus tretas. Arasunu estaba seguro de que Franco Villalba conseguiría manejarla, siempre que no cayera bajo las redes de su encanto. Entonces volcó toda la atención en Lucía, y tuvo que vigilarla muy de cerca cuando, ya recibida de maestra, había huido de la ciudad a causa de un escándalo. Se dedicó a correr detrás de un hombre al que todos en Colonia San Pedro consideraban un asesino y llamaban “el Maldito”, hasta que demostró su inocencia y se casó con él.

Entonces, finalmente, Juan de Dios pudo regresar a la ciudad y dedicarse a los negocios, ya sin la obligación de velar por la seguridad de sus hermanas.

Basilio apoyó una mano sobre el hombro del hijo, al que notaba distante.

—No tienes que casarte si no quieres —dijo, y era evidente que le había costado decir aquello—. Después de que Itatí desapareció, pensé que necesitabas a alguien a tu lado que te hiciera olvidarla —dijo inseguro. Sabía que sacar ese tema molestaría a su hijo, pero había tenido aquello tanto tiempo atorado en el cogote que ya deseaba expulsarlo—. Cuando decidiste tomar

como tu amante a la señorita Sandoval, no me pareció correcto que lo hicieras, pero pensé que ella te haría bien, que te ayudaría a olvidar la traición de la otra, pero ahora...

—No es necesario hablar de esto —dijo Juan de Dios, severo.

—Esa mujer... —recomenzó el anciano, que no temía a la frialdad de su hijo—. Todavía no puedo creer que te haya dejado, sobre todo cuando solo faltaban unas semanas para la boda.

Arasunu endureció el rostro, los ojos parecían de piedra. Muy pocas personas se habrían atrevido a mencionar el nombre de Itatí en su presencia.

—Eso está en el pasado —dijo glacial.

Basilio cambió de tema.

—Pronto los baúles estarán listos para ser llevados a los almacenes. Me ocuparé de la documentación. ¿Podrías encargarte de la descarga en la tienda?

Juan de Dios asintió.

—Iré a la casa en la tarde —dijo—. Puedes decirle a Eloísa que me encuentre allí. Prometo escuchar sus planes y darle mi anuencia en lo que necesite, siempre que sea razonable.

Cuando el anciano le sonrió con la habitual parsimonia, Juan de Dios tuvo la odiosa sensación de que había caído en una trampa, aunque supuso que tendría que esperar hasta encontrarse con Eloísa para saber de qué clase.

CAPÍTULO 2

María Fernanda Carnicer crispó las manos contra los pliegues de la falda y contempló en silencio —hasta un poco sorprendida— el ligero temblor que se había apoderado de sus dedos. Hacía mucho tiempo que no veía una evidencia tan obvia de su estado anímico y se sorprendió al descubrir que se había permitido a sí misma demostrar emociones, cosa que había prometido no hacer desde muy joven.

La pálida luminosidad que caía sobre ella desde el hueco de la puerta le otorgaba al rostro la gélida tonalidad del alabastro, y a los ojos, un leve matiz parduzco, casi amarillento. La luz nunca había sido amable con sus rasgos, demasiado afilados, pero en ese momento parecía casi bonita. El pelo, de ordinario marrón, había adquirido bajo la luz de la mañana ondulantes reflejos cobrizos, y su expresión, siempre seria y reservada, se había dulcificado bajo el influjo del miedo. Ya no parecía la sensata e imperturbable señorita Carnicer; por el contrario, en ese momento, mientras se observaba las manos bajo el velo de las pestañas, había permitido que su vulnerabilidad aflorara y le suavizara los rasgos.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó Manuel, preocupado.

Ella estiró los dedos en un vano intento por controlar los temblores.

—Sí, señor Acosta, no se preocupe. No me voy a desmayar. —Intentó sonreír para tranquilizarlo, pero los labios se negaron a curvarse.

Manuel asintió no del todo convencido. Se puso de pie y observó las paredes de madera y adobe de la casa, el piso de tierra, la mesa, las dos únicas sillas que ocupaban el centro del rancho, cualquier cosa, menos a ella.

—Lo lamento mucho, pero no puedo ayudarla.

—Tiene que hacerlo —dijo en voz baja—. Es la única oportunidad que tengo.

—Señorita, yo haría cualquier cosa por usted, lo juro. Usted ayudó a mi madre con su fiebre y cuidó de mi niña cuando enfermó de escarlatina, y nunca me pidió nada a cambio. Yo le ofrecería mi vida si de algo le sirviera, pero esto, lo que me está pidiendo, no puedo hacerlo. —Hizo un gesto con la mano—. Debo pensar en mi madre, en mi hija.

Ella buscó algo en uno de los bolsillos del delantal. Debajo, la falda azul claro crujió cuando se movió; la luz del mediodía cayó oblicua sobre una de las pequeñas alas del sombrero. Dejó unas monedas sobre la mesa, varios billetes, incluso unos aretes de diamantes.

—Es todo lo que tengo ahora, pero, si espera a mañana, conseguiré más. Mucho más —dijo—. Será todo suyo si me ayuda.

Manuel se restregó las manos contra los faldones de la camisa. Jamás había visto tanto dinero sobre su mesa. Era una verdadera maldita fortuna para un hombre que vivía del río y de la misericordia de la parroquia. Volvió a sentarse, y la silla rechinó bajo su peso. Era un hombre desgarrado, delgado como un junco, de nariz bulbosa y ojos grandes. Los rastros de una vida dedicada al trabajo duro y a sobrellevar la miseria de una existencia carente de toda comodidad se le reflejaban allí, en la cara, en las líneas que le cruzaban de lado a lado las mejillas hundidas, en el cansancio de sus ojos, en las ojeras dibujadas en su piel cetrina que le convertían el semblante en un triste entramado de arrugas y pliegues.

—Es usted muy generosa, pero no puedo aceptar eso —dijo, y con una breve vacilación empujó el dinero y los aretes hacia la joven—. Si pudiera hacer algo por usted, lo haría, y no tendría que darme nada a cambio. Pero como están las cosas, tendrá que disculparme.

Fernanda desvió la mirada hacia la puerta y observó al Paraná lamer la orilla de piedra y yuyos con un eterno vaivén. El rancho se encontraba a unos metros del río, bajo la sombra de varios árboles que, juntos, habían formado una suerte de bóveda sobre el techo de paja, lo que le otorgaba al lugar cierta intimidad pese a que en las cercanías se alzaban otros ranchos similares. Un puñado de gallinas dormitaba entre los yuyos que crecían cerca de la costa; un par de perros viejos se había echado a dormir bajo el calor del sol. A unos metros, la esposa de Manuel se encargaba de lavar cosas ajenas, acompañada de su pequeña hija, una niña enjuta y triste de seis años, demasiado flaca para ser saludable.

—Señorita. —Manuel titubeó y luego le apoyó la mano rugosa sobre los dedos—. Huir de la ciudad no la ayudará. Yo podría llevarla a donde usted quisiera, pero ¿entonces qué? ¿Qué haría?

—Puedo cuidarme sola.

—No, no puede. Quiere creer que puede hacerlo, pero no resultará. Sé que usted es muy inteligente, incluso más que muchos hombres que conozco, pero sigue siendo una dama debajo de ese delantal. Su título de médica no la protegerá de las intenciones de un indeseable si se encuentra con uno lejos de la protección de su familia.

—Mi familia pretende recluirme en un asilo de dementes —dijo.

Manuel la miró, angustiado.

—¿Está segura? Quizás es un error. Su padrastro no es un hombre agradable, pero se lo considera un caballero honesto e intachable. ¿Podría haber entendido mal algo que escuchó?

—No. Si pierdo mi libertad, la administración de mis bienes quedaría en sus manos. La única manera de asegurarse el control de mi fortuna es encerrándome en un lugar de donde no pueda salir y donde nadie me escuche.

Manuel desvió la mirada.

—Si la ayudara a escapar, su padrastro no tardaría en averiguar su paradero. Usted no lo conoce, pero yo sí, es un hombre de recursos. Usted al final regresaría y mi familia no estaría a salvo. Al señor Gutiérrez no le agradan los traidores. Si está dispuesto a robarle a usted, como dice, y a meterla en una casa para locos, no quiero ni imaginar lo que haría conmigo, un pobre diablo muerto de hambre.

Ella asintió, sabía que él tenía razón. Inclino la cabeza sin saber qué hacer; los dedos comenzaron a temblar una vez más. Había creído que, en cuanto cumpliera la mayoría de edad y obtuviera el título de médica, su padrastro dejaría de importunarla y ya no insistiría en administrar por ella los bienes que sus padres le habían dejado en herencia, pero no había considerado la posibilidad de que Horacio Gutiérrez pudiera poner en peligro su libertad en el afán de conseguir el control del dinero.

Al morir su padre, cinco años atrás, había recibido en herencia dos casas en la ciudad y varios cientos de hectáreas de campo al sur de Mercedes, todas entregadas en arrendamiento a importantes hombres de la sociedad, en tanto un albacea administraba los bienes y el dinero que ella recibiría al cumplir la mayoría de edad. Su madre, Margarita, de constitución débil y enfermiza, no se sentía capaz de vivir sola en la elegante casona de la calle San Juan después de haber pasado gran parte de sus cuarenta y cinco años en el papel de esposa y madre, menos después de haber rechazado en incontables ocasiones la posibilidad de ir a vivir a Buenos Aires junto con su suegra. Por eso decidió contraer nuevas nupcias con un caballero al que había conocido por intermedio de un amigo en común, y al que consideraba el único que podría tomar el lugar de su amado esposo.

Fernanda, en tanto, había ingresado a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires con la ayuda de la abuela paterna, una anciana que esperaba orgullosa a que su nieta se convirtiera en una de las primeras mujeres en obtener el título de médica. Cuando se enteró de la decisión de su nuera de casarse con un desconocido, ya era demasiado tarde para oponerse.

Horacio Gutiérrez nunca le había parecido de fiar. En cuanto unió su apellido al nombre de Margarita, despidió al administrador y se ocupó personalmente de revisar los libros de contabilidad. Descubrió que la cuantía de la fortuna era menor que la que había esperado, mucho menos después de haber pagado a los acreedores lo que se les debía en concepto de préstamos e intereses luego de la muerte de Rafael Carnicer. En cuanto supo que Fernanda, al cumplir la mayoría de edad, había heredado una fortuna incluso mayor a la de su esposa, le exigió que le permitiera administrarla en su nombre. Ella se negó. Desde entonces, había comenzado una lucha de poderes entre ambos con Margarita en el medio, que intentaba limar las asperezas entre las dos personas más importantes para ella.

Al ser soltera y mayor de edad, Fernanda no necesitaba de ningún hombre que la ayudara a manejar los bienes que le pertenecían. Había aprendido a decidir sobre los contratos a firmar, a entrevistarse con abogados y escribanos e incluso había negociado el arrendamiento de sus propiedades y el cobro de las rentas sin ninguna ayuda masculina. Jamás había necesitado la asistencia de ningún hombre y pensaba que nunca la necesitaría, pero no había contado con la ambición y la crueldad de su padrastro.

Cuando Margarita enfermó a finales del invierno de 1900, Fernanda estaba en Buenos Aires y se recibía con honores. Bajo la orgullosa mirada de su abuela, se convirtió en una de las primeras mujeres en terminar la carrera de medicina, a pesar de todos los obstáculos que había tenido que sortear para lograrlo. Días después, recibió un telegrama del señor Gutiérrez. Su madre había empeorado y la necesitaba a su lado. Fernanda se despidió de la abuela y regresó a Corrientes sin saber que solo estaría junto a ella tres semanas antes de que muriera en medio de intensos dolores.

Pocas horas después del entierro, el señor Gutiérrez descubrió que la silenciosa y dulce esposa no le había dejado por herencia más que un puñado de monedas, y que la casa y todo lo que contenía habían pasado a manos de Fernanda. Pensó que ella aprovecharía la oportunidad para echarlo a puntapiés del hogar, pero no lo hizo. Pronto supo por qué: Margarita le había rogado en el lecho de muerte que lo dejara vivir allí hasta que mejorara su suerte. Horacio se quedó.

Él creyó que Fernanda regresaría a Buenos Aires y se radicaría allí, pero la joven no pensaba renunciar a su hogar, a la casa que su padre había mandado a construir para Margarita, por lo que decidió esperar pacientemente a que él tomara los bártulos y se fuera por sus propios medios. Eso no sucedió. Al término de un año, Horacio empezó a cortejar a una joven viuda con la intención de casarse con ella. Fernanda lo supo: su padrastro no solo no pensaba abandonar la comodidad de la casa, sino que, además, pretendía llevar a vivir allí a la nueva esposa y a la hija de la mujer. Ella se opuso, pero como había sido la última voluntad de Margarita que su segundo esposo viviera allí todo el tiempo que quisiera, se vio obligada a presenciar cómo Alcira Alcaraz, ahora señora de Gutiérrez, cruzaba el umbral de su casa a finales de la primavera de 1901 decidida a considerar como suyo el hogar que pertenecía legalmente a Fernanda.

La joven pudo haber regresado a Buenos Aires, pero se negó cuando se enteró, por medio de un abogado amigo de su difunto padre, de que el señor Gutiérrez buscaba la manera de hacerse con el control de su herencia. Al principio no había querido creerlo, pero luego de haber pasado gran parte de la tarde en el cobertizo mientras examinaba las plantas curativas que la sirvienta había recogido para ella en las inmediaciones del arroyo Salamanca, ya no pudo negar el hecho de que su padrastro estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para quedarse con sus bienes.

Al dirigirse hacia la alcoba, poco antes de las ocho, desde el interior de la biblioteca le pareció oír su nombre en una conversación que mantenía Gutiérrez con uno de los médicos que se habían encargado del cuidado de Margarita. Se detuvo junto a la puerta y escuchó, atónita, al doctor Resoagli

afirmar que si su conducta era tan peligrosa para sí misma como para los demás como afirmaba Horacio, podría ser diagnosticada con locura histérica con tendencias suicidas.

Subió a su alcoba y se encerró allí; quería encontrar la manera de burlar las maquinaciones de su padrastro y de su esposa, pero, después de dos días, solo podía pensar en escapar. Creyó que Manuel podría ayudarla a huir de la ciudad en la noche, cuando nadie repararía en una mujer sola en compañía de un canoero, pero supuso que él tenía razón. Aunque lograra huir y llegar a Buenos Aires, junto a su abuela, su padrastro la encontraría y la llevaría hasta los Tribunales con la intención de encerrarla para siempre en una institución mental.

Manuel se mesó la barbilla.

—Si se casara usted, tal vez tendría una oportunidad de burlar al señor Gutiérrez —dijo, y la arrancó de sus pensamientos.

Fernanda lo miró atónita. Creyó haber escuchado mal.

—¿Cómo dice?

—Un esposo lo mantendría lejos de usted y del dinero. Pasaría usted a estar bajo su tutela, y su padrastro ya nada tendría que decir sobre su salud mental.

—Supongo que no.

—Si a usted le sucediera algo, Dios no lo permita, toda la herencia pasaría a su marido, por lo que el señor Gutiérrez se quedaría sin nada. Una vez casada, estaría fuera de su control.

Ella lo miró sorprendida. Primero, porque nunca se había imaginado a sí misma casada; luego, porque la sola idea de convencer a un hombre de llegar al altar con ella a cambio de una jugosa suma de dinero le era inconcebible. Porque, pensó, la única manera de tener un marido era comprándolo. No era

bonita, graciosa ni particularmente interesante. Además, había sobrepasado con mucho ya la edad de merecer; tampoco su título de médica sería un aliciente. La profesión que había elegido era más causa de crítica que de admiración. Además, opinaba que el matrimonio no era una cuestión que debía tomarse a la ligera. Era, en principio, la unión de un hombre y una mujer a través de un convenio, cuyas cláusulas tendían a asegurar económicamente una alianza que, de ordinario, no se caracterizaba por corresponder a un amor romántico. El hombre pretendía conseguir un hogar tranquilo, una esposa obediente y una familia de la que pudiera estar orgulloso. La mujer, por su parte, obtenía la protección de un apellido, la posibilidad de tener hijos, ya que tenerlos fuera del matrimonio estaba fuera de toda cuestión, y un hogar al cual llamaría suyo hasta el día en que muriera.

Tanto hombres como mujeres tenían en ese pacto derechos y obligaciones, pero, en su opinión, era el marido quien parecía gozar de todos los derechos, incluido el de adiestrar a la mujer en las tareas del hogar, tomar decisiones sobre la casa conyugal, ejercer la patria potestad de todos los hijos que pudieran tener e, incluso, reprender o castigar a su esposa si no se conducía de acuerdo a sus directrices.

Pensó que, si se casaba, lograría escapar de su padrastro, pero entonces tendría que tratar con un marido que, tal vez, también llegaría a la conclusión de que era más conveniente encerrarla en una institución mental que tolerarla bajo su techo.

—Cásese —dijo Manuel—. Eso sería la solución a todos sus problemas.

—A los presentes sí, pero podría tener otros. Pasaría a depender de un marido. —Ella le dirigió una mirada elocuente—. Se limitarían mis derechos.

—Eso es cierto, pero no si se casa con la persona adecuada. Cásese con un pobre diablo —dijo Manuel. Los dientes amarillentos se asomaron entre esos labios en una sonrisa conspirativa—. Usted tendría los pantalones en la casa. Él estaría satisfecho con tener un techo, unos pesos en el bolsillo y a

usted. Asegúrese de que comprenda lo que usted busca y de que sea un don nadie. Si fuese uno como yo, ya vería usted, no sabría ni contar. No sería un escollo para usted.

Fernanda lo miró en silencio. Supuso que deberían horrorizarla los consejos de Manuel, pero, por un instante, los consideró.

—No —dijo finalmente—. No podría hacer eso.

—¿Por qué no? Los hombres se casan con mujeres de su clase por razones similares, no puede negarlo. —Manuel le palmeó la mano en un vano intento por inculcarle ánimos—. Un caballero sabría cómo echarle la zarpa encima a su dinero, pero un muerto de hambre como yo... Bueno, se sentiría feliz solo de tenerla. Búsqese a alguien de mi clase, señorita, no se arrepentirá —dijo—. ¿Me promete que lo pensará?

Ella asintió.

* * *

Fernanda se detuvo en la intersección de las calles San Juan y Junín. Todavía le daban vueltas en la cabeza los consejos de Manuel, y no deseaba regresar a su casa. Observó con expresión ausente cuatro carros cargados de baúles que ocupaban gran parte de la calle. Se preguntó, distraída, si se dirigirían luego al mercado, en las inmediaciones de la plaza 9 de Enero. Pensó que el lugar conocido por todos como “El Piso” no disponía de ningún tipo de comodidad para el comercio, ya que la mercadería se ubicaba en el suelo, sobre las veredas e, incluso, en la calle, lo que dificultaba el paso vehicular. Los alimentos, principalmente frutas y verduras, llegaban a El Piso en carretas, sin protección alguna, sucios de polvo y tierra, cubiertos de moscas. Una vez en el mercado, se dejaban en el suelo, sobre la tierra desnuda, al alcance de perros y otros animales. Como médica, Fernanda había intentado convencer a los

tenderos en varias ocasiones de que cuidaran la higiene, pero acostumbrados como estaban a que nada sucediera, poco caso le hicieron. Creyó importante informarles que, a causa de la falta de higiene y del descuido en la manipulación de alimentos, la ciudad sufría el azote de epidemias como el cólera, la disentería y la fiebre tifoidea con preocupante asiduidad, pero bien pudo haberle dado una filípica al viento porque nadie le prestó mayor atención.

Suspiró y echó una breve mirada por encima del hombro. Cecilia se había detenido a unos pasos de distancia, en silencio; cargaba con la cesta repleta de hierbas medicinales que Fernanda acostumbraba a llevar consigo cuando salía a visitar los pocos pacientes que se animaban a ser atendidos por una mujer.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó Cecilia, inquieta. Era una muchacha de unos dieciocho años, con un vestido sencillo de percal sin más adorno que un dedo de puntilla alrededor del cuello. Tenía la cara tostada por el sol y la nariz salpicada por una infinidad de pecas. Margarita la había tomado con la intención de que algún día llegara a serle útil como ayudante en su labor con los enfermos, por lo que Fernanda no tuvo corazón para despedirla a pesar de que la chica no era de ayuda: temía a los enfermos, la horrorizaba la muerte, la indisponía la sangre y no diferenciaba una hoja de cedrón de una de menta.

—Estoy bien —dijo; una sonrisa murió en sus labios.

No, no estaba bien. Se sentía aterrada. La idea de terminar sus días en una institución mental la asustaba tanto que apenas podía pensar en otra cosa. Podría acudir a un abogado, pero ¿entonces qué? Pasaría años siendo examinada por médicos que, por ser mujer, estarían predispuestos a considerar que Gutiérrez tenía razón; mientras tanto perdería todo el control de sus bienes, y Horacio se dedicaría a despilfarrar su dinero.

—¿Señorita? —Cecilia se apresuró a acercarse a ella—. No tiene usted buena cara, ¿adónde quiere ir? Hemos estado fuera casi toda la mañana.

—Estaría fuera toda mi vida si pudiera —musitó Fernanda, alicaída.

—Ay, no diga eso. Ya verá que encuentra una solución a todo esto. Es una lástima que Manuel no quisiera ayudarla. Yo habría jurado por mi vida que lo iba a hacer, le debe a usted tanto.

—Tiene miedo.

—Igual que todos por aquí. Su padrastro es un hombre poderoso. Tiene amigos muy importantes.

—Lo sé.

Cecilia la miró cabizbaja y luego desvió los ojos hacia la Tienda Ferrara. El antiguo edificio de piedra y madera de tres plantas había estado en obras durante los últimos cuatro meses. En ese momento, dos días antes de la anunciada apertura al público, lucía muy diferente. Los andamios habían sido retirados, los ventanales estaban abiertos y rebozaba de actividad. Cecilia sabía poco y nada sobre arquitectura, pero había escuchado a la señora Alcira comentarle a una de sus amigas que el frente de la construcción había sido revestido con mármol de Carrara y que la fachada se había modernizado con jambas, pilastras y dinteles barrocos combinados con detalles del Renacimiento italiano. Cecilia no sabía explicar qué significaba aquello exactamente, pero lo veía muy hermoso y elegante. Lo que sí sabía era que el dueño del local había recibido mercadería importada de Londres y de París, una infinidad de artículos de oro, cristal y porcelana y, aunque ella jamás podría comprar ninguno de esos efectos, le gustaba admirar las existencias e imaginarse como dueña de todas ellas. Pensó sugerirle a su patrona regresar allí el día de la apertura, pero decidió no hacerlo al suponer que se negaría.

Cecilia suspiró. La señorita Carnicer no estaba de ánimos para admirar las arañas de bronce y cristal que dominaban cada uno de los tres pisos de los almacenes, recorrer las amplias galerías de la planta baja dedicadas al vestuario femenino y a sus accesorios, subir al primer piso, donde se encontraba emplazada una confitería, mucho menos llegar hasta la última

planta para embelesarse con los elegantes elementos de decoración que se exhibían en una infinidad de estanterías, bajo la amable mirada de una docena de jóvenes vestidas de blanco.

—Bueno. —Cecilia volvió la atención hacia su patrona—. ¿Adónde iremos?

Fernanda suspiró.

—¿Te gustaría visitar a la señorita Cavia?

—Oh, sí, ella siempre es muy amable conmigo. Tiene dos niños pequeños que se comportan como un par de diablos, pero son un encanto. —Se santiguó y luego sonrió—. ¿Vamos ahora?

—Quizá podamos quedarnos a comer —dijo pensativa.

—Todo por no regresar a su casa, ¿eh? —Cecilia meneó la cabeza—. ¿Qué será de usted, señorita?

—No lo sé. —Fernanda apretó el bolsito contra el estómago y dio un paso hacia la calle—. No lo sé.

Juan de Dios se encontraba en la vereda, frente a las puertas de la tienda mientras se ocupaba de dirigir a los hombres en la descarga de las mercancías cuando reparó en la elegante mujer que se había detenido en la acera, a unos metros de él, junto a una sirvienta. La falda acampanada, de corola, se plegó sobre ella y, por un instante, dibujó el delicado contorno de sus piernas. La estudió un momento mientras ella conversaba en voz baja con la criada. No era hermosa, pero sí bonita. El rostro afilado, de pómulos altos y nariz respingada, le otorgaba cierto aire cauteloso, comedido, incluso circunspecto, pero esa boca de labios generosos suavizaba los rasgos más severos para conferirle al semblante una expresión vulnerable, casi desvalida. Se movió, y la luz del sol eludió una de las alas del sombrero para iluminarle el pelo con todos los colores del otoño, pulirle la blancura de la piel y destacarle el color carmesí de la boca.

Ella sujetó un bolsito con fuerza contra los frunces de la blusa, justo encima de la cintura. Bajó a la calle con la intención de cruzarla en el mismo momento en que un carruaje se dirigía hacia ella a gran velocidad.

Fernanda pensaba en el regreso a su casa. ¿Qué haría el señor Gutiérrez para hacerla pasar por una suicida, una histérica, incluso una idiota incapaz de manejar sus bienes? Ajena a todo lo que acontecía a su alrededor, pensó que no tenía a nadie a quien recurrir, que no podía confiar en ninguna persona, que no encontraría a nadie que la ayudara por temor a suscitar la furia de su padrastro.

—¡Cuidado, señorita! —gritó Cecilia. Fernanda se detuvo con un respingo. Alzó la vista e, incapaz de moverse, palideció al ver el carruaje casi encima de ella. Pensó entonces que moriría y que todos sus malditos bienes pasarían a manos de Gutiérrez sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

De pronto algo la empujó. Una mano se le hundió en el pelo y se cerró sobre su nuca. Ella golpeó contra el abdomen duro y fuerte de un hombre al caer. Alguien gritó. Él la apretó contra la sólida musculatura del torso con un brazo de hierro alrededor de la cintura. Supo entonces que él había evitado que ella golpeará la cabeza contra la acera al caer y sintió un ramalazo de gratitud hacia el protector.

El carruaje pasó junto a Fernanda y desapareció al doblar la esquina bajo los gritos de una pequeña multitud que se había reunido alrededor.

Ella parpadeó, todavía tendida sobre el caballero que la había salvado de una muerte segura. Levantó la vista hacia él con la intención de agradecerle la ayuda cuando lo miró y todo lo que pudo pensar fue que nunca había visto a un hombre más atractivo en toda su vida.

Fijó los ojos en él, subyugada. El pelo negro, muy lacio, le caía a los lados del rostro, y le enmarcaba las soberbias líneas del rostro. La nariz recta, los pómulos angulosos, la boca de líneas crueles, firmes, sin sutilezas, la férrea

estructura de la mandíbula junto a los ojos oscuros hermosos, de depredador, conformaban un semblante fuerte, de incuestionable belleza, pero, pensó, de una hermosura gélida, salvaje, casi desalmada.

—¿Ha visto suficiente? —preguntó él con aspereza.

Fernanda se ruborizó.

—Discúlpeme, no quise ser descortés.

—¿Se encuentra bien? —Él la aferró de un brazo y tiró de ella hacia arriba con sorprendente facilidad para ayudarla a incorporarse.

—Sí, por supuesto —dijo Fernanda todavía con las mejillas arreboladas.

Él asintió y la soltó. Se alejó dos pasos, como si su cercanía lo incomodara. Ella lo miró, incapaz de apartar los ojos de él. Vestido con pantalones oscuros, botas negras, una sencilla camisa de algodón y con un facón a la cintura, lo creyó un peón de puerto y, sin embargo, pensó que nunca había conocido a un hombre que representara tan bien el aspecto de un aristócrata con siglos de privilegios a sus espaldas.

—Señorita, ¿se lastimó? —Cecilia dejó la cesta de los yuyos medicinales en el piso y le rodeó el brazo con las manos, ansiosa—. ¿Le duele algo?

—No. Solo fue un susto —dijo. Tomó el pañuelo que Cecilia le tendía y comenzó a limpiar el barro de su falda sin saber qué hacer exactamente, él la ponía nerviosa. Su cercanía, su corpulencia, la gracia puramente masculina que emanaba de cada uno de sus movimientos la cohibían y la cautivaban, la confundían.

La multitud comenzó a dispersarse poco a poco entre murmullos. Juan de Dios cerró los dedos sobre la muñeca de la joven, que lo miró con los ojos muy abiertos. No recordaba si alguna vez un hombre se había tomado la

libertad de tocarla con tanto desparpajo, menos aún sin que hubiesen sido formalmente presentados, aunque, supuso, las circunstancias quizá lo permitían.

—¿Señor? —balbuceó, confusa.

—Se hizo daño —dijo él; la voz fue seda sobre cuarzo.

—Oh, no, yo...

—Está sangrando.

Ella bajó los ojos y vio que, justo debajo del dobladillo de la falda, la media se había corrido y dejaba ver un raspón del tamaño de la palma de una mano.

—No lo había notado. —Ella le dirigió una sonrisa vacilante—. No es nada. No se preocupe.

Él clavó en ella esos ojos intimidantes.

—Debería fijarse a los lados antes de cruzar —dijo cortante—. Pudo haber muerto.

Fernanda le frunció el ceño.

—No necesita gritarme —dijo.

—No le grito —replicó él, y bajó la voz cuando notó que efectivamente lo hacía. Murmuró un impropio en guaraní. Después de dirigirle una hosca mirada, añadió—: Mis disculpas.

—No es necesario.

Él se volvió y se alejó a grandes pasos; hizo caso omiso de ella. Fernanda lo miró, boquiabierta. Increíblemente, cayó en la cuenta de que le había vuelto la espalda en medio de la calle y la había dejado con la palabra en los labios.

No lo dejaría ir así, sin más. Tenía que agradecerle la ayuda y terminar aquel encuentro al menos con una palabra amable. Se sujetó la falda y lo siguió casi a la carrera, bajo la aprensiva mirada de Cecilia.

—No se marche, espere —dijo.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—¿De qué?

—No le agradecí su ayuda y quisiera hacerlo sin correr, por favor. —Casi chocó con su espalda cuando él se detuvo—. Lo siento, estaba tan avergonzada. Caer así, sobre usted. ¿Está herido?

Él la miró. Los ojos negros parecían atravesarla como agujas. No la miró, no, la observó, la estudió como lo habría hecho un gato con un pajarillo.

—No —dijo tajante.

Fernanda ahuecó los labios.

—Sí, lo está. Su hombro se ha resentido, ¿cierto?

—Estaré bien.

—Déjeme ver. —Fernanda le sonrió. Antes de que él pudiera adivinar sus intenciones, se puso de puntillas y le apoyó la mano sobre el hombro derecho—. Si me permite, me gustaría ayudarlo.

Él se puso tenso. La aferró por la muñeca y la apartó.

—No me toque —dijo con frialdad—. No es correcto.

Ella se ruborizó.

—Perdóneme. No fue mi intención ofenderlo.

Juan de Dios la miró, incrédulo. ¿Qué sucedía con esa mujer? La ofendida debía ser ella. Él quería proteger su reputación de las malas lenguas, y ella pensaba que lo había agraviado al tocarlo. Por todos los diablos, en menos de cinco minutos la había zarandeado, regañado, gritado e insultado, pero ella se disculpaba por haberlo ofendido.

Fernanda le ofreció una sonrisa con calma, aunque todavía era visible el rosado de sus mejillas. Notó en él las botas sucias de barro, las manos callosas, fuertes, la piel aun más oscura a causa del trabajo en la intemperie, y buscó algo en el bolsito.

—Permítame pagarle. Una atención. Por su amabilidad —dijo, y le tendió unas monedas.

Él enarcó una ceja.

—Guarde eso. No quiero su dinero.

—Es usted muy orgulloso. Al menos permítame agradecerle la ayuda —dijo, y lo cegó con una sonrisa—. Mi nombre es María Fernanda Carnicer. ¿Cuál es el suyo?

Él la miró un momento en silencio. Vio la piel blanca, las manos suaves y perfectas, la ropa elegante, los aretes de oro, y curvó las comisuras de los labios a un lado.

—Arasunu —dijo. La amargura tiñó de obsidiana sus ojos oscuros cuando esperó verla horrorizarse ante la obviedad de haberse mostrado tan amable con un indio.

—Es guaraní, ¿cierto? —vaciló y sonrió al mismo tiempo—. ¿Puedo saber qué significa?

Él la fulminó con la mirada, pero, al parecer, decidió hacer un esfuerzo por parecer civilizado.

—Trueno, tempestad —respondió.

—Ah. —Le apoyó una mano en el brazo, distraída—. Señor, le aseguro que no acostumbro a arrojarme frente a los coches por gusto —dijo con una sonrisa tranquilizadora—. No necesita molestarse conmigo por eso.

Juan de Dios no hizo comentarios. No entendía por qué esa mujer seguía allí e intentaba conversar con él. Era evidente que había adivinado ya su ascendencia indígena y que además lo creía un peón; aun así no parecía pronta a rechazarlo.

Fernanda enrojeció otra vez bajo el fiero escrutinio de él.

—¿Piensa soltarme alguna vez? —preguntó Arasunu; por un instante pareció arder cierta diversión en esos ojos implacables.

—Lo siento mucho, no me di cuenta —balbuceó, al tiempo que quitó la mano—. Lo siento. Es una mala costumbre.

Desvió la mirada y cayó en la cuenta de que varios transeúntes la miraban de reojo; algunos incluso con reprobación. Juan de Dios notó su incomodidad. Echó una fiera mirada alrededor y parte del gentío se despejó.

—Regrese a su casa. Y tenga cuidado —dijo y se marchó.

—Señorita, ¿qué hace? —preguntó Cecilia a sus espaldas, asustada—. Ese hombre es un indio. No puede hablarle como si tal cosa.

—Sí, puedo.

Observó a Arasunu cargar un baúl sobre un hombro y transportarlo hasta la puerta de la Tienda Ferrara. Los músculos le ondulaban bajo una piel de bronce bruñido mientras insistía en ignorarla.

—Fascinante —murmuró, y Cecilia frunció el ceño.

—¿Qué dijo?

—Tonterías mías. —Sonrió—. No me hagas caso, camina. —Fernanda de pronto sintió el ánimo más ligero—. Tenemos mucho que hacer.

CAPÍTULO 3

Eloísa tomó la tetera, se inclinó y se sirvió una taza de té con una ancha sonrisa de placer en los labios. Estaba sentada en el salón de recibo de su hermana, en un cómodo sillón estilo inglés tejido a mano en lana azul turquesa. Nélide había ordenado restaurarlo después de que lo había encontrado olvidado en una tienda de antigüedades en Buenos Aires, y desde entonces lo tenía en la sala para satisfacción de Eloísa, que se había enamorado del él a primera vista. Nélide dejó caer unas gotas de limón en su taza y observó a su hermana con afecto. Bajo el tenue fulgor de un atardecer que se oscurecía por momentos, el pelo de Eloísa parecía una cascada de chocolate sobre los hombros, y sus ojos verde mar, siempre risueños, destacaban con sorprendente claridad. Parecía que nunca envejecería, mientras que Nélide, a sus treinta y cuatro años, ya había descubierto algunas canas entre sus rizos rubios, y eso la había puesto de bastante mal humor.

—Como te estaba diciendo, quizás consiga convencerlo de que me acompañe a un par de funciones en el teatro —dijo Eloísa después de un momento. Se veía encantadora con su vestido de paseo verde intenso, su delicado sombrerito en forma de tricornio y un primoroso bolsito a juego que había logrado escoger de entre la infinidad de artículos femeninos que su padre había recibido, proveniente de Londres, antes de que los destinara a la venta al público en la tienda—. No será fácil, pero si debo atosigarlo hasta lograr su anuencia, lo haré.

—Lo sé. —Nélide bebió su té con tranquilidad—. Sin embargo, no quisiera que lo importunaras demasiado. Sabes que Arasunu no se dejará manipular.

—Hablaré con él. Incluso papá está de acuerdo con que debe salir un poco más. Desde que regresó a la ciudad se ha convertido en un ermitaño.

Eloísa suspiró, y echó una rápida mirada hacia las flores que se mecían en los parterres del jardín. Los enormes ventanales de cristal que ocupaban gran parte de una de las paredes de la estancia permanecían abiertos hasta altas horas de la noche para disfrute de toda la familia. Nadie dudaba de que los jardines de Nélide eran los más hermosos de la ciudad.

—La última vez que lo invité a mi casa se encontró por casualidad con Martina Cavia. Ella lo saludó, y él se limitó a aterrorizarla, le dijo que no debía salir a altas horas de la noche o podría encontrarse con un indeseable.

—Me parece un buen consejo.

—Martina creyó que la estaba asustando.

—Martina se asusta con su propia sombra. —Nélide descartó el tema con un ademán—. Arasunu no aterrorizaría a nadie. Bueno, a nadie con dos dedos de frente. La señorita Cavia es una tonta.

—¿Así te refieres a una de tus amigas de la infancia?

—Lo es, ¿no?

—Bueno, sí, pero eso no excusa el comportamiento de Arasunu —dijo Eloísa con bríos—. No lo he visto con una mujer decente en dos años. A veces creo que de tratar a una, no sabría cómo hacerlo.

Nélide frunció el ceño e intentó hacer memoria. Sí, pensó, era cierto. Hacía más de dos años que no veía a Arasunu frecuentar el club social, el teatro o el paseo Mitre en compañía de una mujer ajena a la familia. Vio a su hijo de tres años corretear en el jardín junto a un primo de dos bajo la atenta mirada de su suegra, y sonrió con dulzura, distraída. Dejó la taza sobre la mesa y probó un bizcocho de crema.

—Vi a esa mujer, Julia Sandoval, hace dos días en el centro. Hacía compras.

—Con el dinero de mi hermano.

—O de alguien más —replicó Nélida—. Estaba en compañía de un hombre mayor, mucho mayor que ella.

—¿Lo sabrá Arasunu?

Nélida la miró escandalizada.

—¿Piensas hablar de esa mujer con él? Qué vergüenza, Eloísa. Una mujer decente debe ignorar deliberadamente la existencia de las amantes de los hombres de su familia. Te prohíbo que la menciones, ¿entiendes? Nos avergonzarías a ambas.

—Tú sacaste el tema —señaló Eloísa, razonable.

—Pero no lo hablaré con él.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Tú no. —Nélida se ruborizó—. Hablé con papá y le pedí que tratara de convencer a Arasunu de dejar a esa actriz. Jamás podremos encontrarle una buena esposa si todavía la mantiene. ¿Qué clase de mujer querría compartir a su marido con una furcia?

—¿Crees que papá podrá convencerlo?

—Espero que sí.

Eloísa la miró pensativa. Bebió un sorbo de su té e hizo un gesto de disgusto.

—Esto sabe fatal. ¿No tienes más azúcar?

—Le pusiste cinco terrones.

—Olvidalo. —Eloísa hizo un gesto con la mano—. Pienso invitar a Mariana Alcaraz a cenar. Quiero que Arasunu la trate. —Le dirigió una mirada especulativa—. Ella te agrada, ¿verdad?

—Sí. Es una chica encantadora. No puedo negarlo. —Nélida frunció la nariz—. Pero su padrastro es un hombre muy desagradable. No tolero estar en la misma estancia que él. Tendrás que asegurarte de que no se encuentre con Arasunu si piensas invitar a toda su familia a cenar.

Eloísa asintió con expresión meditabunda. Nélida la observó un momento en silencio y luego esbozó una sonrisa.

—¿Qué planeas? Sabes que Arasunu no acostumbra a asistir a ese tipo de veladas, se siente incómodo. Podrías organizar algo menos formal, quizás un paseo a caballo o un té.

—Pensaré en algo. Tienes razón, una cena sería demasiado formal. Arasunu se limitaría a comer y no cruzaría dos palabras con la chica. Deseo que hablen, que se entiendan. Ella es una persona muy dulce. ¿No crees que harían una linda pareja? Es tan rubia, tan delicada, y él tan moreno, fuerte y decidido.

—No sueñes.

—¡Nélida!

—Perdóname, querida, pero para conquistar a mi hermano esa niña tendría que demostrar un poco más de carácter. Tengo la impresión de que se deja manipular por la madre, y Alcira Gutiérrez no es santa de mi devoción. Mamá no sabe cómo hacerla callar cuando desea chismorrear sobre nuestros buenos vecinos, y menos cuando suelta su desprecio en contra de sus parientes menos afortunados. No creo que a Arasunu le caiga en gracia la chica si no sabe pensar por sí misma.

—Hum. —Eloísa se acomodó la falda, pensativa—. Casar a Arasunu resultará una tarea más complicada de lo que creí.

—¿Y ese repentino apuro?

Eloísa volvió la mirada hacia el jardín. Su hijo trotó detrás de su primo, resbaló y cayó al suelo. Después de un momento de sorpresa, se recompuso y emprendió el trote otra vez, mientras la suegra de Nélide hacía punto en una mecedora.

—Está huraño y arisco —dijo en voz baja—. No parece importarle nada en particular, además de trabajar, y creo que se pierde una parte muy importante de la vida.

Nélide asintió.

—Una familia, un hogar, hijos propios —musitó.

—No quiero que solo se case, deseo que se enamore de su esposa, que se sienta feliz junto a una mujer —dijo con suavidad—. Quiero verlo ser amado como merece. Por eso intento encontrarle la esposa perfecta, alguien que pueda derretir ese corazón de hielo que tiene.

—Una vez lo creímos enamorado —comentó Nélide, y desvió la mirada hacia su hijo.

—Te refieres a Itatí, ¿no es verdad?

—¿A quién más?

—Tonterías. Él jamás estuvo enamorado de esa mujer, te equivocas al pensarlo. Le tenía cariño, pero nada más.

Nélide la miró y creyó comprender la actitud de su hermana. Eloísa había visto cómo había quedado Arasunu después de que Itatí lo abandonara, odió con toda su alma a esa mujer y juró venganza si alguna vez la volvía a ver.

Decía que lo había herido en su orgullo, y eso era lo más terrible que se le podía hacer a un hombre como él. Eloísa jamás la perdonaría y había conminado a toda la familia a desterrar todo recuerdo de ella, como si nunca hubiese existido, pero Nélide no concordaba con ella. Tenía que creer que su hermano la amaba, porque si no, tendría que admitir que él no era como lo imaginaba, dulce y atento, sino duro y frío y calculador.

Eloísa crispó la mano contra los cortinones color damasco. Recordó a Itatí y apretó los labios, disgustada. La chica era la nieta de Yara Guarikuyu; una anciana que había comenzado a trabajar como sirvienta en la casa que la familia mantenía a hora y media de la ciudad, en las inmediaciones del paraje La Esperanza. Después de que su rancho se había quemado hasta los cimientos a causa de la combustión de una vela, Arasunu la había cobijado junto a la nieta en El Rosedal y la había dejado a cargo de la casa en tanto él se ocupaba de vigilar a Lucía en San Pedro. Ella había sentido una instantánea simpatía por aquella joven de cabellos negros y piel de porcelana.

Soltó la cortina, enojada. Qué tonta había sido. ¿Cómo pudo equivocarse tanto? La creyó dulce, sincera y enamorada de su hermano cuando Arasunu decidió pedir su mano. Pensó que él sería feliz a su lado y se sintió exultante, pero entonces, una noche, se marchó, y Arasunu se hundió en la amargura.

—Arasunu no la quería. Esa anciana no tenía adónde ir, entonces la contrató. La chica venía con ella, una mestiza también, una niña que nunca conoció a su padre, y a la que su madre despreció hasta el punto de marcharse y dejarla con la abuela. Quería protegerla, porque él es así. Tiene una profunda veta protectora y no puede evitar cobijar bajo su ala a cualquiera que lo necesite. La única manera que encontró para hacerlo fue casándose con ella para darle su apellido, un hogar que pudiera llamar suyo.

Nélide examinó el borde esmaltado de su taza.

—Eso creía mamá, por eso se opuso a ese matrimonio —musitó.

—De nada sirvió su oposición. Arasunu estaba decidido. Era una chica bonita y cualquier hombre habría sentido deseos de desposarla, pero no había amor allí. ¿Cuánto crees que Arasunu se habría sentido a gusto con ella si se casaba solo por el afán de protegerla?

—Ella decía amarlo.

—A estas alturas creo que podemos concordar que no era así. Lo dejó, y en buena hora.

—¿Piensas que es verdad? —Nélida titubeó—. ¿Que huyó con otro hombre?

—Quizás. No lo sé. ¿Por qué otra cosa huiría? Habría sido una mujer rica. En fin, eso ya no importa, sucedió hace mucho. Ahora tenemos que concentrarnos en encontrar a la mujer adecuada, a alguien capaz de alborotarle las plumas.

Nélida le dirigió una mirada sapiente.

—Quiero que me asegures que no emparejarás a nuestro hermano con una tontuela cerebro de pájaro —dijo con firmeza—. Tu amiga Mariana parece una de ellas, y no, no me mires así, sabes que lo parece. Sin embargo, la toleraría si demostrara algo de sentido común y se opusiera en algo a su madre, aunque fuera en qué ropa usar.

—¿Debo entender que no estás totalmente de acuerdo con mi elección?

—No, y te aseguro que Lucía tampoco lo estaría. Ví cómo hablabas de Mariana con ella. Sé que intentabas convencerla de ponerse de tu lado y de que te ayudara en tu campaña de casar a Arasunu con ella, pero Lucía no se dejó persuadir y es porque sabe calibrar a las personas. Mariana Alcaraz, como dije, me parece una chica encantadora, pero no sé si será la mujer adecuada para Arasunu.

—Está bien. —Eloísa suspiró—. Te diré qué haré: pasearé a Arasunu por toda la ciudad tanto como me sea posible, lo arrastraré a todos los acontecimientos sociales de la temporada y le señalaré a cuanta joven casadera esté en el mercado. Veré si le atrae alguna y trataré de conseguirla para él. Te prometo que dejaré a Mariana para el final.

Nélida la miró con desconfianza.

—En fin, si tú y papá se han puesto de acuerdo para casarlo con la señorita Alcaraz, nada puedo hacer, pero asegúrate de que esa mujer llegue al altar y no sea como la otra.

Eloísa asintió.

—Esta vez Arasunu se casará —dijo decidida—. Yo me ocuparé de que lo haga.

CAPÍTULO 4

Fernanda examinó las hierbas que había dejado sobre la mesa y deslizó los dedos por sus hojas rugosas. Cedrón, menta y peperina. Con caligrafía clara y elegante enumeró las propiedades curativas en su cuaderno de notas e hizo caso omiso del parloteo incesante de Cecilia.

El cedrón es una planta de hojas alargadas y ásperas de sabor agradable. Ayuda a mejorar la digestión y, en caso de indigestión, alivia los dolores. Se ha notado que puede tratar la diarrea en niños y adultos con una infusión. Sus propiedades más interesantes se relacionan con el alivio que proporciona a quienes sufren de ansiedad.

La menta es muy utilizada entre los canoeros. Masticar sus hojas sirve para tener un aliento fresco y agradable, incluso parece tener la propiedad de blanquear los dientes. Controla y disminuye las náuseas y los vómitos; también alivia los dolores de cabeza.

—Hará frío esta noche, señorita. —Cecilia se acercó a ella con la escoba en una mano y un trapo en la otra. Había invertido varias horas de la tarde en sacudir el polvo de los estantes que cubrían gran parte de las paredes del cobertizo, y se veía cansada y desaliñada—. ¿Quiere que le agregue una manta más a la cama?

—Sí, por favor —dijo distraída.

—¿Qué tanto escribe ahí?

—Me gusta tomar nota de las propiedades medicinales de las plantas que encuentro. Si debo recetar un té de hierbas, quiero estar segura de que funcione y alivie las molestias de mis pacientes.

—Ah, ¿no sería más cómodo para usted enviar a sus enfermos a la farmacia en busca de láudano o algo así?

—Más cómodo, sí, pero no más saludable.

—Hum. —Cecilia la miró pensativa—. Mi abuela sabía mucho de plantas. Intentó enseñarme a reconocer cuáles eran buenas para curar el empacho, pero nunca pude diferenciar unas de otras.

—No es difícil.

—Para usted. En fin, yo preferiría ir a la farmacia. —Cecilia sonrió y continuó con sus labores mientras parloteaba—. A la señora Alcira no le agrada nada su afición a estas plantas. La escuché decir que, en cuanto se vaya usted de aquí, hará sacar “todos esos malditos yuyos”, y plantará begonias en el huerto.

—No me iré.

—Ella parece creer que sí. Si hasta planea usar esta pieza para guardar los trastos viejos.

Fernanda no respondió. A través de la puerta entreabierta observó el ocaso. Afuera, el viento, que desde el Sur había traído consigo el frío de la tarde, ya había comenzado a barrer las hojas del jardín y a desparramarlas por las galerías de la casa, para disgusto de Alcira. El anochecer, negro y amenazante, se extendía reptando poco a poco por el horizonte hacia el Este, y ocultó bajo sus tinieblas el rojizo resplandor del sol. Fernanda cerró el cuaderno y se puso de pie con expresión tensa.

—¿Qué más has escuchado? —preguntó.

—¿Sobre usted? No mucho. Ahora la señora está empeñada en encontrar un buen marido para la señorita Mariana.

—Entiendo. —Mientras Cecilia terminaba de limpiar los estantes superiores y de cotorrear acerca de lo sencillo que le resultaría a la madre casar a una joven tan hermosa, Fernanda se acercó al extremo de la mesa y deslizó los dedos sobre los ungüentos que había preparado durante la siesta.

—Necesito que lleves esto a casa de Manuel —dijo—. Es para su niña.

—Ay, no, señorita, ¿tengo que hacerlo? Su casa huele a orines de gato.

—Cecilia...

—Oh, está bien.

Unos pasos suaves se detuvieron en el umbral y después de un instante de vacilación, alguien tocó a la puerta. Cecilia alzó las cejas y fue a abrir, todavía con el trapo sucio entre las manos. Fernanda alzó la mirada y vio a Mariana de pie junto a la jamba, con su habitual expresión imperturbable. Se veía hermosa, como siempre, aunque con un aspecto más frugal que de costumbre. Vestía un traje sastre de sobria elegancia con una blusa adornada con sencillas aplicaciones de encaje y un sombrero que realzaba la primorosa sencillez del conjunto. Era evidente que Mariana pensaba salir y ocuparse de sus habituales visitas de la tarde.

—¿Interrumpo? —preguntó la joven. Echó una curiosa mirada hacia las estanterías repletas de ungüentos, jabones, velas, ramilletes de yuyos y una infinidad de frascos cuyos contenidos parecían imposibles de identificar a simple vista.

Fernanda sonrió mientras Cecilia hacía una breve reverencia y se retiraba para dejarlas solas.

—No, Mariana. ¿Necesitas algo?

La joven dudó.

—Mi madre vio a un anciano salir de aquí desde su ventana —musitó—. Me dijo que te recordara que no quiere extraños en la casa. Podrían llevarse algo.

—Es mi casa y recibiré a quien quiera cuando me apetezca.

—Por supuesto, pero deberías tener cuidado. Uno nunca sabe en quién se puede o no confiar. El anciano que describió mi madre se veía muy pobre. Podría pensar en llevarse algo para venderlo.

Fernanda apretó los labios.

—La persona que tu madre vio salir, Mariana, es un hombre que necesitaba mi ayuda. Sufría de fuertes dolores de estómago desde ayer. Es poco probable que pensara en llevarse la platería. Dile a tu madre que no quiero oír más del tema. Si algo se pierde, cosa que es poco probable, me encargaré personalmente de reponerlo.

La muchacha asintió y volvió la vista hacia la casa un instante antes de observar los estantes una vez más. No se había movido del umbral. Pensó que no repetiría a su madre las palabras de Fernanda, no así tal cual, al menos. Quizás podría decirle que había prometido tener cuidado.

—¿Eso es todo? —la apremió Fernanda de malhumor.

Mariana sonrió. Por un instante sus ojos perdieron su aire de perenne vacuidad.

—Mi mamá dice que eres una bruja —soltó, de pronto—. Y que tus brujerías atraerán al diablo.

Fernanda le dirigió una mirada elocuente.

—Si fuera bruja, tendría menos problemas —dijo.

—¿En serio?

—Muy en serio. Habría un par de personas a las que podría hacer desaparecer en un caldero.

Mariana ladeó la cabeza y la pluma de faisán que le adornaba el sombrero le rozó la mejilla con la suavidad de una caricia.

—¿Por qué haces esto, Fernanda? —preguntó—. Si yo estuviera en tu lugar y tuviera tu dinero, no estaría aquí. Viajaría por el mundo, viviría en Londres en primavera y en Roma en invierno, y el resto del tiempo lo pasaría recorriendo todos los países de Europa. De ninguna manera me quedaría aquí, donde es obvio que no me quieren, y mucho menos para encerrarme en este cobertizo para recibir a toda esa gente tan extraña.

—No son extraños. Son pobres. —Fernanda la miró pensativa. Mariana no tenía la culpa de tener una madre como Alcira, y se preguntó a quién saldría esa chica. Mariana no se parecía ni pizca a Alcira. De hecho, mientras la madre era la imagen misma de la ambición y la vanidad, la hija era el epítome de la sencillez. Además, parecía estar siempre distraída, enfrascada en un propio y maravilloso mundo, ajena a todo cuanto la rodeaba. No en pocas ocasiones la había pillado cuando miraba a su alrededor como sorprendida de estar allí y no en ese perfecto universo que solo se vislumbraba a través de sus bellísimos ojos color zafiro.

Mariana dio un paso y entró al cobertizo, todavía titubeante.

—¿Qué es ese olor? —preguntó.

—Menta.

—Ah. —Observó el mortero que Fernanda había dejado a un lado, junto a la mesa. Las hojas formaban un aromático montón en su interior—. ¿Estabas por convertirlo en té?

—Algo así, pero todavía no está listo. —Fernanda suavizó su expresión—. ¿Te gustaría ayudarme? Pensaba terminar de elaborar un emplasto en tanto las hojas se secaban.

Los ojos de la joven se iluminaron, expectantes.

—Me encantaría. ¿Qué debo hacer?

Fernanda señaló la mesa.

—Podrías comenzar por pelar esa papa y rallarla.

Mariana asintió. Se acomodó en un banquillo de madera y comenzó a pelar con más entusiasmo que pericia. Cuando terminó, la ralló, y dejó caer gran parte del tubérculo al suelo. Fernanda la observaba e intentó contener una sonrisa. Era evidente que Mariana no había entrado a una cocina para nada más edificante que dar instrucciones.

—Terminé. —Mariana miró a Fernanda, divertida—. ¿Qué hago ahora?

—¿Ves ese recipiente?

—Sí.

—Allí hay pulpa de aloe vera y pepino —dijo distraída. Puso el aceite que había obtenido de los tallos en un frasco—. Mezcla la ralladura de la papa con eso hasta que quede integrado.

Mariana lo hizo. Pronto el aire se impregnó con el olor a pepino, y la joven frunció la nariz.

—¿Para qué es esto? —quiso saber.

—Para las quemaduras por el sol o de la cocina, pero leves. Alivia el dolor.

—Entiendo.

—Esta noche vendrá un canoero a buscarlo —comentó Fernanda con calma—. Cuando lo examiné esta mañana estaba rojo como la grana, se le había hinchado la cara. Pasó horas bajo el sol y terminó por quemarse, casi no tolera la ropa a causa del dolor. Tiene que poner este emplasto sobre las quemaduras.

—Ah. ¿Se lo tiene que quitar enseguida?

—No. La piel tiene que absorberlo y luego tendrá que limpiarlo con agua.

Mariana asintió y luego clavó en ella sus ojos, asombrada.

—Eres una buena médica —dijo—. Aunque un poco extraña, a decir verdad. No conozco a ningún doctor que recete emplastos y ungüentos, y mucho menos que prepare remedios con los yuyos. Te admiro.

Fernanda alzó la vista y la observó; intentó adivinar si lo decía en serio y concluyó que sí.

—Gracias —dijo.

—Debió de ser muy duro pero gratificante a la vez entrar a la universidad y superar todos los obstáculos que debieron de poner en tu camino solo por ser mujer. Siempre pensé que fue muy valiente tu decisión de ser médica, y lograrlo.

—No fue fácil —dijo Fernanda. Vaciló—. ¿Y tú? ¿Nunca pensaste en hacer algo más edificante para ti, además de salir de visita y hacer punto?

Mariana desvió la mirada. Se ruborizó.

—Jamás pensaría en estudiar Medicina como tú, y tampoco querría ser maestra, yo solo... —titubeó—. Me gusta dibujar, ¿sabes? Y lo hago muy bien. Me encantaría poder dedicarme a ello y entrar a una escuela de arte. Y, aunque no pudiera, si solo se me permitiera sentarme en el jardín y dibujar todo el día, me sentiría feliz.

Fernanda pareció sorprendida.

—¿Dibujas? Nunca te vi hacerlo.

—Bueno, mi madre cree que es una pérdida de tiempo. Piensa que no soy muy buena en eso, de todas maneras. —Sus ojos se iluminaron por un instante—. Pero a mí me gusta dibujar. Lo hago desde niña. Tengo todos mis dibujos en un baúl bajo llave. Cuadernos enteros, incluso algunas acuarelas.

—Me gustaría verlos.

—Te los mostraré, pero tiene que ser un secreto.

Fernanda asintió.

—¡Mariana! —La voz de Alcira llegó hasta ellas con la violencia de un latigazo.

La joven se puso de pie de un salto y se volvió hacia su madre, roja como la grana. Todo rastro de emoción había desaparecido de su semblante, dejó en su lugar la habitual expresión de vacuidad, aun debajo de las rosas que habían florecido en sus mejillas. Fernanda alzó la vista y miró a la mujer que se había detenido en el umbral con las manos en sus caderas y una expresión que habría aterrorizado a cualquiera que no estuviera ya acostumbrado a sus arranques de mal genio. Embutida en un ceñido traje sastre muy similar al que usaba su hija, se veía aún más delgada de lo que en realidad era, y mucho más severa. Tenía la cara pálida y surcada por un puñado de arrugas que solo aportaban amargura a su rostro exiguo y afilado. De nariz aguileña, labios finos y pómulos saltones, era una mujer que jamás había tenido pretensiones de belleza, pero tampoco se había dejado amargar por algo que no podía cambiar. De hecho, cuando decidía arreglarse y agregar algo de color a su cutis deslucido, era casi bonita.

Mariana crispó las manos contra su falda.

—¿Madre? Lo siento, no quise...

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alcira, y echó una mirada reprobadora a su alrededor—. Te dije que no tardaras. Eloísa nos espera para las seis.

Fernanda apretó los dientes.

—Yo la retrasé. Le hablaba de las propiedades curativas del pepino.

La mujer ignoró a Fernanda como si no hubiese hablado ni estuviera allí.

—Ven conmigo. Ese lugar está sucio. Podría haber piojos. No sabes la clase de gente que llega a este lugar. Deberías tener más cuidado.

—Sí, madre. —Cuando Alcira hizo un gesto con la mano, Mariana fue hasta ella, cabizbaja.

—Sabes que te esperaba. ¿Acaso pretendías hacerme enojar?

—No, perdóname.

Alcira la miró y sus pestañas velaron la expresión de sus ojos. Para entonces, ya llevaba más de diecinueve años conteniendo la amargura que poco a poco había afligido su vida, hasta el punto de no sentir más que ira hacia todos aquellos que estaban a su alrededor, y eso incluía a su única hija. Gran parte del tiempo parecía amable y hasta agradable, en particular a ojos de aquellos que no la conocían ni la trataban a diario, pero a veces la furia que ocultaba en su interior sobrepasaba las barreras de contención que había tardado años en reforzar y la obligaba a mostrar su auténtica cara.

Ese día en particular se había levantado ya de mal humor. Había soñado con el padre de Mariana, con sus mentiras, con sus besos engañosos, y al despertar había descubierto lágrimas en su rostro, lo que profundizó su malestar. Después de tantos años, ¿cómo podía dolerle su traición? La había dejado preñada y luego se había negado a reconocer a la criatura. De hecho, había insinuado que quizás ella había dormido con alguien más y había pensado en endilgarle ese hijo a fin de poder casarse. Y todo eso lo había revivido al amanecer, mientras su segundo marido roncaba a su lado. Después

del desayuno creyó que su ánimo mejoraría, pero solo había empeorado. El señor Gutiérrez parecía ensimismado, y, cuando eso sucedía, solo bastaba un simple comentario para disgustarlo y provocar que le levantara la mano y le dejara un ojo morado. Había intentado mantenerse lejos de él, pero cuando hizo un comentario sobre su corbata en tono jocoso con la intención de distraerlo, sin pronunciar ni una palabra la calló con una bofetada y le ordenó cerrar la boca.

Y ahora, pensó, tenía que tolerar que su propia hija la dejara esperando como si fuese una criada a su servicio y no su madre.

—Es esta mujer, ¿no es así? —Alcira apuntó uno de sus flaquísimos dedos hacia Fernanda. Cuando Mariana la miró, la mujer tensó los labios en una mueca desagradable—. Desde su regreso te ha llenado la cabeza con sus tonterías, te aparta del buen camino, de mí. Abre los ojos. ¿Acaso quieres terminar como ella?, ¿como una sabelotodo solterona sin gracia ni pretendientes?

Fernanda enarcó una ceja y no hizo comentarios.

Mariana no se atrevió a mirarla.

—No, madre —musitó.

—Vamos. Tenemos que irnos ya —dijo Alcira, y empujó a su hija hacia la puerta sin contemplaciones. Echó una breve mirada hacia Fernanda—. Espero que te cambies antes de presentarte en la mesa después de las ocho. Pareces parte de la chusma a la que tanto quieres.

—Comeré en la cocina.

—Como gustes. —La mujer aferró a Mariana de un brazo y tiró de su hija hacia la casa sin volver la vista atrás mientras sus palabras se hacían cada vez más audibles—. Que sea la última vez que te encuentre en esa pocilga, ¿me

escuchaste? Una jovencita hermosa como tú, de buena familia, no tiene por qué meterse en un lugar donde los muertos de hambre se reúnen con sus enfermedades. Podrías contagiarte algo.

Fernanda se acercó al umbral de la puerta y desde allí vio a Mariana asentir, muda. Otra vez tenía en su rostro esa expresión insondable, vacua, como si en realidad estuviera muy lejos de allí.

Fernanda suspiró.

Está en su mundo, pensó. En un lugar donde su madre no puede herirla.

* * *

Mariana se encontraba sentada con una taza de té entre las manos en la sala de Eloísa, una de las mujeres más cordiales y solicitadas de la *high-class* correntina. Iluminada por el delicado fulgor de una lámpara, su piel había adquirido la cremosa tonalidad del alabastro. Se veía muy bonita, pero también, como siempre, distante. Alcira apretó los labios y le pellizcó la mano con disimulo. Esa niña comenzaba a alterarle los nervios. ¿Acaso no podía comportarse como una señorita encantadora y no como una maldita estatua?

Mariana contempló a la anfitriona con su habitual expresión serena.

—Debe darle mis saludos a sus padres —dijo bajo la atenta mirada de su madre—. Hace mucho que no sé de ellos. ¿Cómo están?

—Muy bien, gracias por preguntar. —Eloísa despidió a la sirvienta con un ademán y la muchacha desapareció con una breve inclinación de cabeza—. Mamá está muy ocupada con sus obras de beneficencia, y papá con la tienda. Juan de Dios se encarga de los documentos y de vigilar las mercaderías que llegan todos los días al puerto, pero papá insiste en supervisar todo. No entiende que su salud no es la misma que hace diez años.

Mariana asintió sin saber qué más decir. Alcira sonrió.

—Su madre es una mujer afortunada, Eloísa —dijo con tono monocorde—. El señor Ferrara la consiente en todo. Escuché de buena fuente que ha encargado para ella perfumes de Francia. ¿Es así? Qué hombre tan amable. Me encantaría que el señor Gutiérrez fuera igual de atento conmigo.

Mariana desvió los ojos, avergonzada. Siempre resultaba obvio cuando su madre destilaba envidia, y esa no era la excepción.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Eloísa, de buen humor—. Mi papá no lo ha comentado con nadie ajeno a la familia. Pretende que sea una sorpresa para Navidad.

—Oh, es... Lo escuché de mi sirvienta, Joaquina, que lo supo por Rosita, la cocinera de su hermana Nélica.

—Entiendo. —Eloísa bebió un sorbo de té—. Desde niña aprendí a no prestar atención a los chismorreos de los sirvientes. Mi madre acostumbraba a decir que si deseaba enterarme de algo referente a los vecinos, debía esperar a que me lo contaran, o quedaría como una metomentodo.

Mocosa altanera, pensó Alcira, y se ruborizó, enojada.

—Si fui indiscreta, debe usted perdonarme —dijo, sin embargo, con tono amable—. No era mi intención, y, por supuesto, no le diré nada a su madre.

—Por supuesto —musitó.

—Mariana, cuéntale lo que has estado haciendo por las tardes —dijo Alcira de pronto, y apoyó una mano sobre el brazo de su hija. Era evidente que deseaba dejar atrás la reprimenda de Eloísa lo más pronto posible.

—Yo... —Mariana la miró confundida, sin saber qué decir—. ¿Madre?

—Esta pobre muchacha es tan tímida que no se atreve a hablar de sí misma —continuó y presionó sus dedos sobre el brazo de la muchacha, que cerró la boca y clavó los ojos en el té—. Ha estado yendo como voluntaria al hospital, los enfermos están encantados con ella. Es un bálsamo para ellos escuchar una voz amable, una palmada de aliento en momentos duros, y tanto más cuando provienen de una chica tan hermosa como mi hija.

Mariana movió los pies debajo de la falda con incomodidad. Su madre había insistido en llevarla hasta el hospital para poder decir sin mentir que era voluntaria allí, a pesar de que ella intentó hacerle comprender que jamás podría ser de utilidad para nadie en ese lugar ya que no soportaba la sangre ni el intenso olor de los medicamentos, y mucho menos la visión de la muerte. Alcira no quiso escucharla; adujo que debían verla allí, de manera que su bondad trascendiera y llegara a oídos de la sociedad correntina y así ser admirada por su generosidad, por lo que prácticamente la había arrastrado hasta el umbral.

La visita al hospital había resultado un fracaso. Se había quedado pálida en la puerta, incapaz de dar un paso más y, después de ver a un hombre sangrar por una profunda herida abierta en el brazo izquierdo, había vaciado el estómago entre los rosales que bordeaban la puerta principal ante la mirada asqueada de su madre.

Eloísa esbozó una sonrisa.

—A mi madre le encantará oír eso —dijo—. Quizás Mariana querría acompañarla en una de sus rondas. Una vez a la semana se queda allí por la noche, para ocuparse de aquellos que necesitan de una amiga en las terribles horas antes del amanecer.

Mariana palideció. Pensó que solo muerta o, al menos, a medio morir, lograrían arrastrarla hasta allí otra vez, y mucho menos de noche.

Alcira sonrió, aunque sin comprometerse.

—¿Cómo se encuentra su hermana Lucía? —preguntó entonces, e intentó desviar la atención a un tema menos urticante—. Escuché que pensaba viajar a Europa a fines de este año.

—Lo hará en compañía de su hijo y su esposo —dijo Eloísa con una sonrisa—. Los negocios del señor Aldama precisan de él en Francia y, como no puede apartarse de su familia, decidió que ella y el pequeño fueran con él.

—Entiendo. Su hermana es muy afortunada. Yo siempre quise conocer el Viejo Continente, pero lamentablemente mis arcas no me lo permiten.

Mariana removió la cuchara dentro de su té. Casi podía oír la envidia crepitar dentro del pecho de su madre. Esperó que Eloísa no lo notara.

—Lo hará si Dios lo permite —dijo con una sonrisa amable.

—Sí, por supuesto. —Alcira ahuecó los labios—. ¿Se ha enterado de lo que sucedió con Juana Pujol? Su familia la ha repudiado. Huyó con un hombre y decidió vivir en pecado con él.

Eloísa sonrió.

—Nunca he conocido a una dama que se atreviera a vivir bajo el mismo techo con un hombre sin haber pasado antes por el altar —dijo animada—. ¿No le parece interesante, Mariana?

—¿Interesante? —Alcira elevó la voz sin darse cuenta—. Es vergonzoso. ¿Cómo podría resultar interesante?

Mariana miró a una y a otra sin saber qué decir.

—¿Se imagina lo agradable que sería convivir con el hombre que se ama sin tener que perder la razón con los preparativos de una boda? —preguntó Eloísa. Mariana clavó en ella una mirada escandalizada, hasta que notó el brillo de diversión que se agazapaba en la mirada de su anfitriona, y tuvo que sonreír.

Está de broma, pensó. Y mamá no se ha dado cuenta.

—Sería maravilloso, sí. —concordó la muchacha, y se sorprendió a sí misma—. Los detalles podrían enloquecer a cualquiera.

Alcira hundió las uñas en el brazo de la joven, que contuvo una exclamación de dolor.

—Mariana, cielo, ¿cómo puedes decir eso?— preguntó con voz agradable, pero ella sabía qué se ocultaba detrás de su voz de seda: furia. Y se estremeció—. ¿Qué pensará Eloísa de ti?

—Señora, admítalo, es una idea de lo más interesante —dijo la aludida—. Podríamos probar los placeres del matrimonio sin vernos obligadas a seguir conviviendo con “el hombre que amamos” si decidimos que no nos agrada tanto después de todo.

—Es un buen punto —asintió Alcira, aunque era evidente que estaba en total desacuerdo—. Sin embargo, la reputación de la chica quedaría en entredicho, sin mencionar el hecho de que ningún otro hombre la querría por ser mercancía dañada.

—En mi opinión, si hallara en su camino a un hombre que realmente la amara, no la consideraría mercancía dañada, sino una mujer de valor. ¿No está de acuerdo, Mariana?

—Ehh... —La muchacha bebió un trago de té; sintió la mirada atenta de su madre—. No... No lo sé.

—Eloísa, lo lamento, pero debo recordarle que mi hija es una inocente —dijo Alcira con cierta petulancia—. Este no es un tema que debiéramos discutir en su presencia.

Eloísa sonrió.

—Tendrá que disculparme, Mariana, por ponerla en un brete —le dijo a la joven—. Sucede que en mi casa, desde que tengo memoria, se ha discutido sobre una infinidad de temas con gran libertad. Mi hermana menor, Lucía, era la de las ideas más radicales, pero me temo que ni Nérida ni yo somos indiferentes a esto. De hecho, tengo entendido que en otras culturas existe lo que se llama “matrimonio a prueba”, y lo hemos comentado en muchas ocasiones.

—En otras culturas —recalcó Alcira casi con los dientes apretados.

Eloísa sonrió, y Mariana miró el té. Notó que uno de sus rizos se había escapado del intrincado peinado y se preguntó cómo arreglarlo antes de que su madre notara y la regañara por su desaliño.

Alcira eligió un buñuelo de la fuente que se encontraba sobre la mesa, frente a ella, y mordió una esquina con afectada elegancia.

—Esto está delicioso —dijo al observar el dulce con interés—. Jamás probé nada igual.

—Los hice yo —dijo Eloísa sin sombras de modestia—. Saben muy bien, ¿no es verdad?

—Muy bien —concordó Mariana, y la miró con admiración—. Yo moriría de hambre si dependiera de mí el preparar alimentos.

—Oh, no es tan difícil. —Eloísa se contempló las manos—. Aprendí a cocinar de pequeña, junto a mi madre.

Mariana sonrió.

—A la mía le daría un ataque de apoplejía si se viera en la necesidad de entrar en la cocina para algo más que aprobar el menú preparado por Joaquina —dijo en un impulso, y recibió de su madre una mirada que prometía represalias en la casa. Se ruborizó—. Lo... Lo lamento.

Eloísa notó su incomodidad y decidió cambiar de tema.

—¿Sigues dibujando? Recuerdo que lo hacías muy bien.

La joven desvió los ojos hacia su madre y luego asintió.

—Sí —dijo en voz baja.

—Qué bien. Te confesaré que hoy te invité a mi casa por una razón muy especial.

—¿Sí?

—Sí. Querría que hicieras un dibujo de mi hijo. Me gustaría regalárselo a mi suegra. Mandará a enmarcarlo y lo colocará en la sala.

—Oh. —Mariana apretó los dedos contra la falda—. No sé.

—Debió avisarnos. —Alcira hizo un gesto con la mano—. Mi hija no trajo ninguno de sus elementos de dibujo.

—Eso no tiene importancia. —Eloísa se puso de pie y tiró del llamador. Una campanilla resonó al final del pasillo y pronto se escucharon los pasos presurosos de la sirvienta en el corredor—. Tengo todo lo necesario en la biblioteca.

—¿Señora? —Clara se detuvo en el umbral, agitada.

—¿Podrías acercarnos los elementos de dibujo que compró el señor para mí? Oh, pero no sé qué necesitas exactamente. —Eloísa la miró desconcertada.

Mariana se puso de pie, antes de que su madre pudiera hacer algo más que mirarla atónita.

—Yo iré —dijo—. Clara puede mostrarme qué tiene y yo elegiré lo que me haga falta. No es necesario que ella traiga todo hasta aquí.

—Qué amable.

—Y, si no le molesta —evitó mirar a su madre— podría ir a ver al niño ahora mismo y empezar a dibujarlo... para aprovechar la luz del día, quiero decir.

—Eso sería maravilloso. —Eloísa tendió las manos hacia ella—. Eres un encanto.

Mariana bajó los ojos avergonzada. Sabía que su madre se enfadaría con ella y, con toda seguridad, le daría un cachetazo al regresar a la casa, porque había planeado pasar la tarde ensalzándola frente a Eloísa con la intención de tenerla de su parte en caso de necesitarlo.

—Clara, ve con la señorita hasta la biblioteca y luego enséñale cómo llegar al jardín, por favor.

Mariana sonrió.

—Sé el camino, no se preocupe —dijo—. Yo encontraré lo que necesito.

Cuando abandonó el recinto, se permitió tomar una bocanada de aire y estiró los músculos del cuello. Estaba tensa y adolorida, sentía que estar junto a su madre en una tarde de visita era demasiado para sus nervios. Cruzó el pasillo detrás de Clara en silencio, y pensó en la razón que la había llevado allí: la obsesión de su madre por encontrarle un marido de fortuna y buena familia.

Mariana observó los cuadros que colgaban de las paredes, distraída. La luz del ocaso entraba a raudales a través de las ventanas que daban a los jardines de la casa, que a su paso creaba oscilantes luminarias sobre las relucientes baldosas. Pensó en lo que deseaba su madre para ella y en lo que deseaba para sí misma, y suspiró. ¿Acaso no bastaba con que su esposo la amara? Se detuvo frente a una vieja fotografía que dominaba gran parte de la estancia, reconoció en ella al señor Ferrara y a su esposa. Estaban tomados de

la mano y se miraban a los ojos, frente a la cámara. Mariana sonrió. Era evidente el amor que se tenían. Con cierta tristeza, se preguntó cómo se sentiría amar y ser amada.

Su madre nunca había amado a nadie y dudaba de que alguien la hubiese amado alguna vez. Mariana no quería un matrimonio así. Deseaba cuidar de un marido que la respetara y la admirara, que pensara que era la mujer más bonita que había visto en su vida y que la quisiera por lo que era y no por lo que parecía ser. Pero dudaba de que algún día pudiera casarse por amor. Su madre quería comprometerla con el mejor postor, y probablemente lo lograría, porque ella no tenía el valor de oponerse a sus deseos.

—¿Señorita? —Clara la miró desde el umbral de la biblioteca—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, por supuesto.

La muchacha señaló el interior de la estancia.

—Aquí está todo. El señor dejó el baúl aquí, y la señora todavía no ha tocado nada. ¿Quiere que la ayude a ver qué hay dentro?

—No será necesario, gracias.

Clara asintió y se marchó. Mariana suspiró y se arrodilló junto al baúl. Comenzó a revisar el interior y pronto olvidó a su madre y cualquier otro pensamiento. Creyó haber encontrado un tesoro en pinturas, acuarelas, pinceles y una infinidad de artilugios que jamás podría permitirse tener y que deseó hubieran sido suyos. Con solo una quinta parte de todo lo que había allí sería feliz.

No sueñes, se dijo a sí misma, y extrajo un cuaderno en el que podría hacer algunos bosquejos. Se incorporó y levantó la vista hacia la ventana, vio a un hombre cruzar el jardín en mangas de camisa y dirigirse hacia un niño que jugaba entre las gardenias.

—Es el hijo del señor Ferrara —musitó para sí, y lo miró con curiosidad. No lo había tratado más que en unas pocas ocasiones y siempre de la manera más impersonal, y lo lamentó. Había algo en él que la atraía, y sonrió al pensar que eran los rasgos de su ascendencia indígena, los mismos que otros despreciaban. Cómo le gustaría dibujarlo.

Después de un momento de vacilación, segura de que no podía verla, Mariana se acercó a la ventana y lo observó a través de los pliegues de las cortinas. Incapaz de contenerse, comenzó a dibujar su poderoso perfil, la mandíbula cuadrada, fuerte, los ojos rasgados y penetrantes, la boca perfecta. Casi sin proponérselo, captó la fiera energía de sus movimientos, la violencia contenida del cuerpo fuerte y macizo y la expresión implacable, subyugante.

El lápiz se deslizó con rapidez sobre el papel, captó los detalles que a sus ojos convertían al joven en el modelo perfecto para su arte: la mirada decidida, la solapada amargura de su semblante, el agudo contraste entre el porte altivo y sereno, propio de un caballero, y la salvaje fiereza que se traducían en cada uno de sus ademanes.

Apenas concluyó el dibujo, admiró su obra. Pensó que un hombre como él, cuando amara, lo haría visceralmente, con toda el alma, y los dedos le temblaron sobre el cuaderno.

Si solo pudiera..., pensó.

Comenzó a dibujar al niño que reía con su tío, pero su atención estaba sobre el hombre que lo tenía sobre los hombros, que le hablaba, que lo hacía reír con un secreto que parecían compartir.

Terminó el bosquejo del pequeño y una vez más fijó la atención en Juan de Dios. Parecía una deidad pagana, de una belleza oscura y terrenal, un hombre que no dudaría en tomar a la mujer que le gustara y hacerla suya, sin importar quién se interpusiera en su camino.

—¿Mariana? —La voz llegó hasta ella desde el pasillo, y la joven se apresuró a soltar las cortinas y a apartarse de la ventana. Tenía las mejillas encendidas y el corazón desbocado.

Eloísa se detuvo en el umbral con una sonrisa.

—¿Encontraste lo que necesitabas?

—Sí. Hice unos trazos rápidos. —Apretó el cuaderno contra el pecho—. ¿Podría quedarme con esto? Traeré el dibujo en cuanto lo termine.

—Por supuesto. —Sonrió—. ¿Estás segura de que no quieres ir con mi hijo?

—No, yo... Lo vi desde aquí y ya tengo lo que necesito —dijo Mariana con rapidez. Jamás podría presentarse frente a él y mantener una conversación coherente después de haberlo dibujado a hurtadillas y de haberse solazado en su salvaje atractivo.

—¿Regresamos a la sala, entonces? Tienes que probar mi tarta de manzanas.

—Sí, por supuesto. —Cerró el cuaderno—. Me encantaría.

Eloísa sonrió e hizo un gesto con la mano para invitarla a que la precediera. Mariana le devolvió la sonrisa y avanzó hacia la sala, todavía con el cuaderno apretado contra el pecho.

Eloísa echó una rápida mirada hacia la ventana y vio a su hijo correr hacia Arasunu con auténtico placer infantil. Alzó una ceja y una leve sonrisa curvó sus labios.

¿Será posible?, pensó.

CAPÍTULO 5

El frío se había intensificado por la noche y, hacia el amanecer, ya reinaba entre las calles vacías de Corrientes, vistiendo de gris sus penumbrosas callejuelas. Al parecer, los días de calor de aquel desconcertante invierno habían llegado a su fin. Desde el río venía una brisa suave, casi imperceptible, pero gélida, que anunciaba la caída de lluvia en las cercanías, quizás en las afueras.

El silencio de la calma y el sueño se deslizó con suavidad desde el hipnótico oleaje del Paraná hacia los parterres que adornaban paseos y plazas, las veredas que subían y bajaban dentro del damero del casco céntrico y los laberínticos vericuetos del barrio viejo, que acallaba el bamboleante susurro de farolas y veletas hasta que, poco después de las ocho, la ciudad comenzó a despertar.

Juan de Dios subió los peldaños de la casa de su hermana y saludó a Rosita cuando abrió la puerta y le sonrió, mientras se secaba las manos en el delantal.

—La señora está atrás con el patrón, en la galería —dijo e hizo un gesto hacia el final del pasillo—. Lo esperan.

—Muy bien.

—¿Querrá usted algo para desayunar?

—No, Rosita, gracias. —Entró al vestíbulo y, después de observarla un momento, le preguntó en guaraní—: *¿Mba'epa ojehu ndéve?*

Ella desvió la mirada.

—Nada, patrón.

—Estás un poco pálida. *Pohânohára toma'ê nderehe.*

La joven se ruborizó.

—No quiero llamar al médico —dijo en voz baja—. *Resoagli no me agrada. Hasy nunga nína cheve.* Un dolor de tripas, eso es todo.

—Si necesitas algo, me avisas.

—*Che pojáima guive ajapóne.*

—Lo harás. ¿Está claro?

—Sí, patrón, pero no se preocupe. Ya llamé a alguien.

—¿Una curandera?

—No, patrón. Tiene título. —Sonrió—. Ahora pase, que lo esperan.

Juan de Dios asintió, intrigado, aunque no hizo más preguntas, y cruzó el pasillo.

Rosita se inclinó y observó la calle primero a la derecha y luego a la izquierda desde el umbral, con expresión meditabunda.

Con suspiros de bruma todavía, pequeñas carretas cargadas de frutas y verduras comenzaron a desfilan sin apuro hacia El Piso. El repiqueteo de cascos en el adoquinado y el chirriante sonido del tranvía quebraron el mutismo que hasta entonces había regido la mañana, y finalmente el puerto se desadormeció para recibir a las primeras embarcaciones que se cobijarían entre sus brazos durante el día. Bajo el tibio resplandor del sol que se

ensanchaba y dominaba el firmamento, los árboles permanecían quietos, mientras el azul celeste del cielo se extendía infinito hasta más allá del horizonte, sobre el brumoso verdor de las costas aledañas.

Rosita suspiró. Pensó que aquel sería un hermoso día, pero frío. Supuso que lo mejor sería llevar leña a la sala de recibo y preparar la chimenea, en caso de que a alguien se le ocurriera salir a hacer visitas. Con un leve encogimiento de hombros cerró la puerta y se dirigió hacia el cobertizo, detrás de la casa.

Arasunu saludó a su hermana y a su cuñado, y observó los listones de madera que habían encargado en el aserradero.

—Justo a tiempo —dijo Nélide, de buen humor—. Quiero empezar con esto temprano, antes de que despierten los niños.

Pedro Argüello, su marido, sonrió. Era un hombre alto y elegante, de aspecto pulcro y agradable. Se acercaba a los cincuenta años y todavía conservaba cierto aire juvenil. Cuando abandonó la sombra de la galería y se detuvo en el primer peldaño que conducía a los jardines de la casa, el sol le iluminó el pelo castaño entrecano y los ojos marrones, lo que subrayó el tranquilo atractivo de su semblante.

—Tu hermana estaba muy ansiosa —dijo—. Creía que no vendrías.

—Prometí que lo haría. —Juan de Dios tiró de su corbata y la dejó caer sobre una silla, se quitó la chaqueta y se quedó en mangas de camisa, igual que su cuñado—. ¿Los peones ya están aquí?

—En la cocina. —Nélide se puso de pie—. ¿Quieres que vaya a buscarlos?

—No será necesario. —Arasunu sonrió.

—¿Necesitarán ayuda? Quizá deba cambiarme y...

—Puedes dirigirnos desde aquí.

—Muy bien. —Ella recordó sus modales—. ¿Deseas desayunar primero?

—No, gracias. —Juan de Dios comenzó a bajar los peldaños que lo separaban del jardín.

—Pero...

—Espérame. —Pedro se apresuró a seguir a su cuñado.

Veinte minutos más tarde, después de que los peones amontonaran todos los listones macizos en el patio, Arasunu apoyó la mano sobre uno y sonrió, satisfecho.

—Es buena madera —dijo.

Pedro asintió, orgulloso de sí mismo.

—Yo la elegí. Servirá para construir la estructura del cenador, ¿verdad?

—Sí.

Pedro se volvió y miró a su esposa. Nélide se había sentado bajo la sombra de la galería, con una taza de té con limón entre las manos y los miraba desde allí, con una sonrisa en los labios. Pedro sonrió en respuesta. Pensó que se veía preciosa con su vestido mañanero color guinda.

—No te distraigas —dijo Arasunu de buen humor—. Tratemos de terminar esto lo antes posible.

—¿Y ese apuro?

—Mi padre necesita a estos hombres en la tienda por la tarde.

—Entiendo. —Pedro deslizó los ojos sobre los peones que lo ayudarían a construir el cenador. Tres de ellos ya colocaban las bases en el fondo del jardín y pronto se ocuparían de instalar los postes y unirlos a las vigas.

Arasunu se recogió el pelo en una coleta a la altura de la nuca y comenzó a examinar las lamas de madera, como lo haría alguien acostumbrado a hacerlo. Ya se había apoderado del martillo y los clavos, mientras Pedro no decidía qué hacer primero.

Nélida sonrió. Su hermano estaba acostumbrado a la intemperie, a trabajar con las manos y a construir cosas para la familia desde muy joven. Pedro, en cambio, era un caballero cuya habitual ocupación era la abogacía. Lo había conocido cuando se encargaba de administrar los bienes de su padre, mientras Arasunu estudiaba en Córdoba. Por entonces, ella era la secretaria de Basilio y pasaba muchas horas en la tienda, mientras aprendía a administrarla. Por supuesto, Pedro la había ayudado a entender los extraños vericuetos de la contabilidad y no tardaron en descubrir que tenían mucho en común. Tres años después, cuando Basilio pensó que podía considerar a su hija mayor como una mujer adulta, le permitió formalizar su relación con el señor Argüello. Un año después, se casó con él y, desde entonces, eran inseparables.

Nélida se acomodó y se dispuso a disfrutar del espectáculo. Dudaba de que su marido pudiera hacer algo más que estorbar a Arasunu y a los peones, pero observarlo hacer el esfuerzo la divertiría. Para las diez de la mañana, ya había comenzado a dudar de que su marido debiera estar con el resto de los hombres a la intemperie. Ya se había enganchado la ropa en cuanto clavo había a tiro, y el martillo le había apisonado los dedos más veces de las que había podido contar.

Nélida se puso de pie y fue hasta él, e intentó ocultar su preocupación. El señor Argüello no era un hombre que pudiera dedicarse a esos menesteres, por el contrario, se sentía más a gusto en un escritorio, con pilas de documentos para examinar.

—Creo que deberías descansar —dijo la mujer, y se detuvo a unos pasos del futuro cenador. Su esposo estaba sentado bajo la estructura que ya comenzaba a cobrar forma, mientras bebía agua como si hubiese estado perdido en el desierto durante días.

—Puedo hacer esto.

—Claro que puedes, mi amor, pero estás acalorado. Necesitas unos momentos a la sombra.

Pedro la miró, expectante.

—¿Te gusta cómo queda? —preguntó.

Nélida observó la obra y asintió.

—Es justo lo que quería.

—Muy bien. —Pedro se mostró satisfecho y orgulloso. Se inclinó sobre su esposa—. ¿Me das un beso?

—¿Ahora? —Nélida miró de reojo a su hermano y a los peones—. Las muestras de afecto en público son de lo más vulgares.

El señor Argüello le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él. Inclinó la cabeza y la besó. Ella intentó apartarlo.

—Aquí no —protestó contra sus labios, y terminó riendo entre dientes cuando él comenzó a mimarle el cuello—. Por favor...

—Entraremos en la casa un momento —dijo en voz alta, mientras hacía señas hacia Arasunu. Sus ojos brillaban con suavidad bajo la luz del sol—. Si me necesitas, llámame.

Arasunu asintió, pero Nélica advirtió cierto alivio en su semblante, y le sonrió cariñosa. Notó que había vigilado a Pedro para que no se lastimara, y le estaba muy agradecida.

Arasunu hizo un gesto hacia sus peones cuando estos siguieron a Nélica y a su marido con la mirada.

—Continúen —dijo.

—Me disculpará usted, patrón —dijo Edelmiro—. Pero su cuñado no es muy bueno en esto.

—Creí que se rompería la crisma con el martillo —comentó otro, mientras descendía de un salto y buscaba el mate. Se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. O que acabaría en el suelo, con un buen chichón.

—También yo. —Arasunu sonrió—. Pero quería hacer esto por Nélica.

—Sí, se ve que la quiere mucho a su hermana. —Pablo examinó la pava—. Ya casi no queda agua caliente —dijo.

—El cimarrón está bien, pero se acabará. —Edelmiro hizo una mueca—. ¿Dónde está Rosita? Dijo que nos acercaría más agua en cuanto terminara con sus quehaceres.

—Está con una señora —dijo Laureano mientras se secaba el sudor del cuello con la mano—. Las encontré mientras conversaban en la cocina cuando fui a ver qué sucedía con el agua.

—¿Una señora? —se extrañó Arasunu.

—Sí, patrón. Es una curadora —dijo Laureano, mientras dejaba la pava sobre una pequeña mesa de madera.

Laureano examinó el mate como si nunca hubiese visto uno antes.

—Dijo que es su estómago de mujer —musitó—. Le duele en estos días.

Hubo un momento de silencio.

—Regresen a sus tareas —dijo Arasunu, divertido. Los hombres se apresuraron a obedecer, todavía incómodos.

En tanto, Fernanda, en la cocina, echó dos ramitas de canela en un recipiente con agua y sonrió con suavidad mientras se secaba las manos con un trapo.

—No te preocupes, Rosita —dijo—. La infusión de canela calmará tus dolores.

La joven estaba sentada frente a la mesa de la cocina, blanca como el papel—. ¿Duele mucho?

—Sí, señorita. Cuando me levanté no dolía tanto, pero ahora pareciera que me hubieran acuchillado.

—Estarás bien en un momento. —Fernanda encendió el fogón—. Después de que hierva el agua esperaremos unos minutos y podrás tomar una taza.

—¿Sabe mal?

—En realidad no.

—¿Puedo endulzarlo?

—Sí. —Fernanda sonrió. Siempre le hacían esa pregunta cuando recetaba infusiones para cualquier dolencia.

Rosita la miró, dudosa.

—¿Está usted segura de que eso calmará el dolor?

—Sí. Nunca falla. —Fernanda se sentó a la mesa y dejó unas ramitas de canela sobre un plato. Observó a Rosita y la vio contener la respiración un instante. Al parecer, otro retortijón se había apoderado de su vientre—. Aquí tienes más.

—Gracias —dijo la joven en cuanto pudo hablar—. Doña Perla me dijo que usted era muy buena con las hierbas y que podría ayudarme con esto. Por eso me atreví a mandar a mi niño por usted. Todos los meses es lo mismo, el dolor es insoportable. Intenté hablarlo con el doctor Resoagli, pero ese hombre me dijo que estaba condenada a sufrir porque Eva había pecado, y él no podía hacer nada contra lo dispuesto por Dios, ¿puede creerlo?

—Sí, puedo —dijo Fernanda con un suspiro. Mientras estudiaba, y luego cuando comenzó a ejercer su profesión, se había encontrado con médicos que creían que las dolencias femeninas debían ser sufridas en base a lo estipulado en la Biblia, y que más que recetarles una “copita de ginebra”, no podían hacer.

—Ahora entenderá usted por qué no dudé en llamarla —continuó—. Usted es mujer, sabe de esto y, como además es médica, sabrá qué hacer para aliviar mis dolores.

—Entiendo. —Fernanda la miró un momento, pensativa—. Tu patrona cultiva una gran cantidad de plantas en su casa, ¿sabes si tiene cola de caballo?

—Sí. ¿Quiere que vaya por un poco? Están aquí nomás, detrás de la cocina.

—Está bien. Iré yo. —Fernanda se puso de pie e hizo un gesto con la mano—. Regreso en un momento.

Fernanda salió al jardín y escuchó un ruido sordo de martillazos detrás de la casa, pero los ignoró. Distraída, comenzó a buscar entre los parterres de plantas el yuyo que necesitaba. Cuando lo vio, avanzó entre los arbustos, se

inclinó y cortó una parte que sobresalía del suelo. Satisfecha, se volvió con la intención de regresar a la cocina, ajena a cuanto sucedía a su alrededor. Rodeó un recipiente repleto de helechos, esquivó un cantero de gardenias y, cuando cruzó un pequeño charco de barro, una rama se le enredó en el pie, resbaló en el musgo y soltó una exclamación cuando no logró asirse de un macizo cercano.

De pronto, un brazo de hierro le rodeó la cintura, unos dedos fuertes se enterraron en su estómago, debajo de sus senos, y logró sujetarla con firmeza.

—La tengo —dijo Arasunu junto a su oreja. Su cálido aliento le rozó la piel sensible del cuello.

Fernanda dilató los ojos sorprendida, y volvió la cabeza para mirarlo. Desde su posición, vio su mandíbula fuerte, la boca perfecta, la barba incipiente, los ojos acerados.

—Arasunu —susurró sorprendida. De pronto fue muy consciente de los sólidos músculos de su cuerpo y de la íntima posición en la que se encontraban. Se ruborizó—. Qué sorpresa. No esperaba verlo aquí.

—Es obvio que no. ¿Qué hace aquí? —preguntó y la soltó.

¿Sería posible encontrarse con ese hombre alguna vez sin ponerse en vergüenza? El rubor le subió desde las mejillas hasta la frente cuando lo miró. Fue imposible ignorar el hecho de que tenía parte de la camisa desabrochada. Clavó los ojos en la sólida musculatura de su pecho y deslizó la mirada hacia abajo, siguiendo la ruta del vello oscuro y rizado que se afinaba hasta desaparecer debajo de los pliegues de su ropa.

—Señorita, le hice una pregunta.

Ella se sonrojó. Retrocedió un paso; intentó poner una distancia respetable entre ambos.

—Cuando me mira parece que estuviera por estrangularme —dijo.

Él no respondió.

—Casi se cae —dijo finalmente.

Ella suspiró y le mostró un ramillete de hierbas.

—Buscaba esto.

—Sí, la vi mientras hurgaba entre las plantas. ¿Qué hace en esta casa? Nélida no me dijo que esperaba visitas.

Ella le frunció el ceño.

—¿Nélida? —Lo miró, desconcertada—. ¿Se refiere usted a la señora de Argüello?

—Sí, ¿a quién más?

—Discúlpeme, pero no creo que la señora de Argüello le deba explicaciones —dijo ella, todavía confundida—. Además, no creo que sea correcto que se refiera a la dueña de esta casa por su nombre de pila.

Él crispó los dientes.

Fernanda hizo un ademán con la mano, y le restó importancia al asunto.

—Olvídelo —dijo, y le sonrió—. ¿Conoce a Rosita?

—Sí —dijo.

—Bueno, no se siente bien y mandó a su hijo a buscarme. —Miró el piso e intentó mantener sus ojos lejos de él—. Sé de plantas.

Él le clavó una mirada inquisitiva.

—¿Es la curadora?

—Sí, en realidad, soy médica.

Él alzó una ceja, pero no hizo comentarios.

Fernanda señaló el cenador e intentó distraerlo.

—¿Es usted quien construye eso?

—Sí.

—Queda muy bien. —Ella estrujó las ramitas de cola de caballo entre los dedos—. Es usted muy hábil.

Arasunu asintió, la tomó de la mano y tiró de ella hacia el camino de pedregullos que serpenteaba a lo largo de todo el jardín. Fernanda miró sus dedos fuertes, las manos callosas, el agudo contraste entre la blancura de su piel y la de él, atezada, del color del bronce bruñido, y sonrió.

—Usted es el único hombre que me hace esto.

Él no la miró.

—¿Qué cosa? —preguntó, arisco.

—Tirar de mí como si fuera una cría.

Él la ignoró.

—Debe tener más cuidado —dijo a su manera, brusca y directa—. Podría hacerse daño. Si se hubiese caído, habría golpeado la cabeza contra un plantero y ahora estaría muerta.

—Eso habría sido un desastre.

Él se detuvo y la miró, ceñudo. Ella levantó la cara hacia él y le sonrió. Esa maldita sonrisa otra vez. Arasunu apretó los dientes. No había podido olvidarla.

—¿Cómo puede ser tan fatalista? Habría bastado con señalar que habría terminado en el barro y en una vergüenza frente a usted.

—¿Eso importaría?

—Por supuesto. No querría que me considerara usted una tonta. Podría usted pensarlo después de haber tenido que acudir en mi rescate ya en dos oportunidades. Por cierto, se lo agradezco. A pesar de que creo que del accidente de hoy no habría sacado más que una falda sucia y un buen chichón, siempre es agradable saber que puedo contar con la ayuda de un caballero.

—¿Se burla de mí?

Ella dilató los ojos.

—Por supuesto que no. —Se ruborizó y luego ahuecó los labios—. Ah, se refiere a que lo llamé “caballero”, cuando debe usted pensar que no lo es.

Arasunu clavó en ella una mirada que habría aterrorizado a cualquiera, pero Fernanda se limitó a sonreír una vez más.

—No se preocupe, para mí lo es. Un caballero, quiero decir. Quizás usted carezca de fortuna y un apellido de renombre, pero creo que eso no debería caracterizar a un hombre. En cambio sí su valía y su honor, la probidad de sus sentimientos y, por supuesto, su generosidad.

Él la atravesó con una mirada punzante.

—¿Cree que soy un peón? —preguntó, casi escupiendo las palabras.

—Y uno muy bueno —dijo ella, y le palmeó la mano—. Estoy segura de eso.

Arasunu la observó un momento en silencio. Iba a decir algo, pero entonces Rosita apareció en el umbral de la cocina. La palidez de su rostro se había acentuado.

—Señorita —llamó avergonzada.

Fernanda corrió hacia la joven y la tomó del brazo.

—¿Te encuentras bien? Espera un momento. Te daré esto para que bebas.

Arasunu dio un paso hacia ella y se detuvo cuando Fernanda alzó la mano frente a él.

—Ahora no puedo hablar con usted.

—Pero...

—En otra ocasión, con mucho gusto —dijo Fernanda. Entró a la cocina y lo dejó solo en el jardín, mirando la puerta cerrada.

* * *

Poco después del mediodía, Juan de Dios subió las escaleras que conducían a las puertas de su casa de Buenos Aires y Mayo, y saludó a Yara con un gesto. La anciana se apresuró a tomar su chaqueta.

—¿*Mba' éichapa reiko?* —preguntó.

—Bien. —Juan de Dios esbozó una sonrisa mientras se dirigía hacia la biblioteca—. No quiero recibir visitas esta tarde. No quiero que nadie me moleste mientras examino los documentos que mi padre me entregó ayer por la tarde.

Yara asintió.

—*Ani ndepochy*, Arasunu —dijo con voz cascada.

—¿Qué sucede?

—*Oí kotýpe.*

—¿Quién está en la pieza?

—Señor.

Juan de Dios se detuvo al escuchar la voz de Tobías y se volvió hacia él, todavía sin saber qué sucedía allí.

El anciano se encontraba de pie entre las sombras del pasillo. Sus ropas oscuras, los rasgos enjutos y la severidad de su expresión fría y comedida le recordaban a un funerario. Era un hombre muy delgado, alto, serio y silencioso al caminar. Tenía ojos oscuros, honestos e inteligentes, rodeados por profundas arrugas, los cabellos canosos y una sempiterna expresión de paciencia en su rostro reservado y pálido.

Arasunu lo había contratado años atrás, cuando había decidido instalarse en Corrientes. Una amiga de su madre aprovechó la oportunidad para deshacerse del viejo al considerarlo demasiado aterrador, y se lo ofreció a Juan de Dios cuando se enteró de que precisaba personal para su flamante casa de soltero.

—Tobías, ¿quién está en la pieza y por qué? —preguntó.

Tobías y Yara intercambiaron una rápida mirada.

—Lo siento mucho —se lamentó el viejo con tono agorero.

—Es demasiado tarde, señor —musitó Yara.

Juan de Dios frunció el ceño.

El anciano suspiró con resignación.

—Su hermana, Eloísa, está en la biblioteca —confesó.

Arasunu cerró los ojos un momento.

—Entiendo —dijo muy despacio.

—Su hermana insistió en esperarlo en la biblioteca —continuó el anciano con voz monótona y circunspecta—. Aun cuando le advertí a la señora Eloísa que usted no acostumbra recibir a nadie a estas horas, dijo...

—Está bien, Tobías. —Arasunu decidió que lo mejor que podía hacer era resignarse a lo inevitable.

—Puedes retirarte, Tobías.

—Sí. —El anciano hizo una reverencia.

Juan de Dios curvó las comisuras de los labios en una leve sonrisa al cruzar el pasillo.

Algunas cosas son inevitables, pensó.

Eloísa levantó la vista hacia su hermano cuando entró. Le obsequió una de sus encantadoras sonrisas y luego volvió sus preciosos ojos hacia las tarjetas que sostenía entre las manos.

—Arasunu —saludó desde atrás del escritorio. Hasta su llegada, al parecer, se había entretenido mientras revisaba con descaro las invitaciones que a diario llegaban hasta las puertas de la casa.

Juan de Dios mantuvo abierta la puerta.

—Fuera —dijo tajante.

Eloísa lo miró un instante y una expresión calculadora se deslizó por su hermoso rostro.

—¿Debo suponer que estás de mal humor, hermano? —preguntó casi con alegría.

Él la ignoró—. Ah, sí, veo que hoy no estamos de humor —murmuró divertida.

Como siempre, su aspecto era impecable, notó él. Llevaba un peinado muy sentador, diminutos aretes de oro en las orejas, un vestido de paseo color azul intenso y un delicado abrigo a juego; la dama era la imagen misma de la elegancia. En su opinión, no había otra mujer en Corrientes capaz de emular su buen gusto en el vestir, excepto, tal vez, Lucía.

—Tienes mucha correspondencia —sonrió ella—. ¿Deseas que te ayude a decidir cuáles invitaciones rechazar y cuáles no?

—No. —Echó una mirada sin interés hacia el escritorio. Algunos sobres eran nuevos, otros, no tanto. Se preguntó con vago interés por qué jamás nadie en la casa se tomaba la molestia de arrojarlos a la calle. Quizás debería hablar con Yara al respecto.

—Jamás entenderé por qué nuestros buenos vecinos insisten en invitarte a sus fiestas si no asistes a ninguna —dijo sombría, y se dejó caer en una silla frente a él.

Arasunu esbozó una sonrisa.

—Todos esos “buenos vecinos” me negarían el saludo si no tuviera el apellido que llevo.

Ella lo observó un instante, pensativa.

—Qué cínico y amargado estás —dijo en voz baja.

Él inclinó la cabeza en una leve reverencia.

—Gracias.

—Deberías intentar mostrarte un poco más agradable con la gente — aconsejó con aire de sabiduría—. Considero que tu determinación de mantenerte parapetado tras estas paredes y negarte a tratar a otros seres humanos con un mínimo de cortesía no es saludable.

Él la miró a los ojos con perezosa curiosidad.

—¿Para qué querría mostrarme agradable?

—Eres un caballero, ¿recuerdas?

—Eso me han dicho —respondió con una sonrisa torcida.

Ella apretó los labios.

—Los caballeros son agradables con todos y con las damas en particular —continuó con tono de maestra—. Deberías recordarlo con más frecuencia.

—Intentaré hacerlo.

Ella lo miró un momento en silencio, luego meneó la cabeza, y se dio por vencida.

Él sonrió.

—¿Puedo saber a qué debo el honor de tu visita a estas horas?

Ella asintió. Qué atractivo está así, pensó con afecto. Con sus cabellos despeinados, caídos en lacios mechones a los lados del rostro, la boca torcida en una media sonrisa y los ojos entornados, brillantes y juguetones; parecía un pillo encantador.

Eloísa alzó una ceja.

—¿Estás de humor para escucharme o debo regresar más tarde? — preguntó.

Él sonrió.

—Siempre estoy de humor para escucharte —dijo sinceramente.

—Te noto cansado. ¿Debo suponer que tu cansancio se debe a esa mujer, Julia?

—¿Sabías que es socialmente incorrecto que una dama le pregunte a un caballero sobre su relación con su amante?

Ella arrugó la nariz.

—Eres mi hermano y quiero saber sobre ti.

Él la ignoró.

—Te alegrará saber que terminé mi relación con ella.

Eloísa sonrió entusiasmada.

—Esa mujer nunca me gustó, pero ¿por qué?

Arasunu la miró con afecto, aunque había en sus ojos una determinación difícil de ignorar.

—No me apetece hablar de esto ahora, ¿está bien?

Ella asintió después de un instante.

—Está bien —dijo mansa.

Arasunu se relajó.

Ella desvió la mirada hacia los ventanales. Fuera, los jardines tenían la tenue y gris luminosidad que el invierno solía conferir a las plantas y arbustos de manera deprimente, lo cual le provocaba, como siempre, cierta desazón. Jamás le había agradado el invierno, y mucho menos en Corrientes, donde, con

suerte, tendrían dos o tres horas de sol al día. Las ramas de los árboles se movían con suavidad bajo las heladas caricias del viento frío del mediodía, mientras las aves revoloteaban alrededor de los arbustos. Quizás llovería antes de la medianoche.

—Pienso asistir a una fiesta y quiero que me acompañes.

—Está bien.

—¿Solo así? ¿No tengo que chantajearte, engañarte, amenazarte?

—No.

Ella le dirigió una mirada especulativa.

—¿Estarías dispuesto a conocer a un par de jóvenes que deseo presentarte?

Él la miró un momento, pensativo.

—Sí.

Eloísa alzó las cejas.

—Quiero encontrar a la mujer adecuada para ti —dijo. Hizo una pausa—. Aunque tengo una en mente.

—¿La señorita Alcaraz?

—Tal vez. —Se puso de pie y tomó su bolsito de la mesa. La visita, al parecer, había terminado. Se dirigió hacia la puerta, con una extraña sonrisa en los labios—. Te dejaré a solas con tus documentos.

Hubo un momento de silencio.

—Tienes mucho tiempo libre para pensar tonterías —dijo él en voz baja—. Es obvio que tu marido no sabe cómo mantenerte ocupada.

Eloísa arrugó la nariz desde el umbral.

—Qué comentario más desagradable el tuyo —se quejó.

—Soy un hombre desagradable.

Él sonrió y ella lo miró pensativa.

—¿No deseas que una mujer te ame, Arasunu? —preguntó.

—No —respondió él, tajante.

—¿Por qué no?

Él la miró de una manera muy particular; era una advertencia, ciertamente. Ella hizo un mohín.

—Está bien. Solo te diré que deberías encontrar una esposa antes de que mamá decida elegir una por ti.

—Jamás me casaría con una mujer a la cual no quisiera.

—Cariño, hay tantas maneras de obligar a un hombre a llegar al altar.

—¿Cómo cuáles?

—¿El honor, quizás?

Él le dirigió una mirada tensa, pero no dijo nada. Eloísa iba a marcharse cuando, de pronto, se detuvo en el umbral.

—¿Sucedió algo interesante en estos días?— preguntó con suavidad.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Nada?

—No.

—Mentiroso.

—¿Perdón?

—¿Sabes que la servidumbre es una gran fuente de información? Deberías tenerlo en cuenta. —Eloísa alzó las cejas—. Hará una semana le pedí a Clara que le llevara un recado a papá. No imaginas lo que vio en la calle.

Arasunu miró por la ventana.

—¿No quieres saber lo que vio?

—No.

Ella lo ignoró.

—A un hombre muy parecido a ti tendido en la calle con una mujer, perdón, con una dama. ¿Qué te parece? Dijo que eras tú.

—Una vil calumnia.

—¿Clara no mentiría sobre algo así! ¿Quién era esa mujer y qué hacía encima de ti?

—Fue un accidente, Eloísa. La salvé de que la atropellara un carruaje.

—¿Cómo se llama?

Él la miró. Eloísa conocía a todos en la ciudad e incluso en las afueras. Era imposible que no supiera quién era María Fernanda Carnicer, su vida y obra, pero dudó en hablarle de ella. La conocía, en cuanto creyera que él

estaba interesado en una mujer en particular, se convertiría en un sabueso y ya no lo dejaría en paz.

—No lo sé —dijo entonces.

Eloísa lo miró, contornada.

—¿No le preguntaste su nombre? ¿Es eso? Qué vergüenza. Clara dijo que no se veía asustada y que estaba prácticamente colgada de ti.

Él sonrió. Recordó sus dedos en su brazo, la simpatía de sus ojos bonitos.

—¿No vas a decírmelo, verdad? —Eloísa le frunció el ceño—. No importa. Si esa mujer es una dama, como dice Clara, la encontraremos en alguna tertulia.

Él le dirigió una mirada torva.

—Esa mujer no tiene ninguna importancia para mí —dijo entre dientes.

—Ah, sí, ya veo que no tiene ninguna importancia. —Le sonrió con sorna.

Arasunu clavó en ella sus ojos de lince y Eloísa se sintió más intrigada por la misteriosa mujer que no quería mencionar.

—Creo que deberías irte —dijo él, arisco.

—Está bien. —Sonrió sin decir una palabra con respecto a sus modales—. Como quieras. Adiós —dijo, y le hizo un gesto con la mano antes de desaparecer en el pasillo.

CAPÍTULO 6

Fernanda tomó unas horquillas y se recogió los cabellos en un pesado rodete a la altura de la nuca. Pensó en Arasunu. Después de atender las dolencias de Rosita, había esperado poder despedirse de él, pero no tuvo suerte, Él ya se había enfrascado en su trabajo y se había limitado a ignorarla cuando ella asomó la nariz por el umbral de la puerta.

Hizo un mohín mientras ordenaba una de las estanterías del cobertizo. Obviamente pensó que él la atraía, pero ¿a quién no? Era un hombre muy atractivo, inteligente, incluso fascinante.

Pensó decirle a Rosita que le hablara de él, pero no pudo hacerlo, se sentía avergonzada. Sería muy obvio su interés por él y no quería parecer una buscona.

Suspiró mientras intentaba decidir dónde poner las ortigas que había recogido en las inmediaciones del río. ¿Qué pensaría Arasunu de ella? Podría jurar que le gustaba, aunque era difícil saberlo cuando él fruncía el ceño cada vez que la tenía a tiro.

—¿Puedo pasar? —Mariana la miró desde el umbral, indecisa—. Querría hablar contigo un momento si tienes tiempo. No tardaré.

—Por supuesto. —Fernanda guardó las ortigas en un frasco e hizo un gesto hacia la silla—. ¿Deseas sentarte?

—No. Será rápido. Mi madre... Ya sabes, no le gusta que este aquí.

—Entiendo.

Mariana la miró seria.

—Solo quería recordarte que estoy organizando una fiesta en esta casa y me gustaría que asistieras —dijo.

—Lo sé. No lo he olvidado y, sí, asistiré.

La muchacha sonrió expectante.

—¿Quieres que te ayude a elegir qué ponerte?

—No.

—No parece estar al tanto de la última moda. Tus vestidos son un poco anticuados. No te ofendas.

—No me ofendo. —Fernanda tuvo que sonreír—. Tengo un vestido nuevo que querría usar, no te preocupes.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo compró mi abuela para mí. Te aseguro que es muy bonito.

—Muy bien. —La joven hizo un gesto con la mano—. ¿Te veré en la cena?

—Quizás. —Fernanda no se comprometió. Sonreír y compartir la mesa con Alcira y su padrastro, en particular cuando conocía sus planes respecto de ella, le resultaba muy difícil—. Probablemente no.

—Está bien. —Mariana vaciló—. Si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

La muchacha asintió, satisfecha, y se marchó.

Fernanda suspiró. No le agradaba participar de eventos sociales cuando podría aprovechar mejor su tiempo en la preparación de ungüentos para sus pacientes, pero necesitaba que los buenos vecinos de la ciudad la vieran y la

encontraran en sus cabales. Pensó que se vestiría, se vería maravillosa y actuaría en consecuencia. No permitiría que nadie la creyera loca.

Mientras Fernanda resolvía cómo conducirse en aquella fiesta tan esperada por Mariana, Cecilia se apresuró a abrir el portón en cuanto escuchó la campanilla y saludó con una leve reverencia a la dama que se encontraba en la acera, de pie junto a su sirvienta.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —Cecilia pensó que quizás la dama se había equivocado de entrada. Solo los pacientes pobres y desharrapados utilizaban el portón para ver a la señorita Fernanda.

Eleonora Ferrara esbozó una sonrisa. Su rostro pálido era bonito, pero el dolor le había creado un rictus de amargura en los labios. Llevaba el pelo rubio recogido a la altura de la nuca, bajo las alas de un encantador sombrerito a juego con la sombrilla.

—Querría ver a la señorita Carnicer si es posible —dijo.

Cecilia asintió.

—Está en el cobertizo. Si espera un momento, enseguida la anunciaré. Pase, pase. —Cecilia la miró un momento y su expresión de bienvenida se tornó en preocupación—. ¿Se siente mal, señora? ¿Quiere un poco de agua?

—No, yo estoy bien. —Eleonora contuvo el aliento un instante y luego respiró—. No se preocupe.

—Mi señora tiene terribles dolores de tripas desde hace tres días —intervino su dama de compañía—. No come nada desde entonces. —Sostuvo a su señora por un brazo—. Fue a ver al médico, pero el doctor Resoagli le dijo que se le pasaría si tomaba una copita de ginebra, pero no ha funcionado.

—Al parecer, ese hombre cree que todo puede arreglarse con una copita de ginebra —dijo la dama en voz baja.

Cecilia tuvo que sonreír.

—Esperen un momento, por favor.

Eleonora asintió y Cecilia corrió hacia el cobertizo. Abrió la puerta y asomó la cara por una rendija.

—Señorita Fernanda —dijo—. Aquí hay una señora que tiene un dolor de tripas que no la deja respirar. ¿La hago pasar?

Fernanda asintió. Se lavó las manos en una jofaina.

Cecilia vaciló.

—Es una *señora*, ¿sabe? Su ropa es de muy buena calidad. Es la primera paciente rica que tendrá usted —dijo emocionada—. Si ella la recomienda con sus amigas, empezará a ser una verdadera médica.

—Ya soy una verdadera médica —dijo Fernanda.

—Como usted diga. —Cecilia desapareció.

Fernanda se cambió el delantal y se volvió justo cuando la dama cruzaba el umbral con una joven a su lado.

—Señorita Carnicer. —Eleonora la saludó con cortesía—. Sé que no me esperaba, pero le agradecería que me atendiera. No me siento bien.

—A mi señora le duelen las tripas —informó la acompañante, ansiosa.

—Por favor, acérquese. —Fernanda hizo un gesto hacia la sirvienta y le indicó que se sentara en un banquillo. Ayudó a Eleonora a llegar hasta una mesa provista con una corta escalerilla y la ayudó a recostarse en ella.

—Necesito palparla, ¿me permite?

Eleonora asintió y contuvo el aliento cuando otro retorcijón le cortó el cuerpo de dolor.

Fernanda la observó un momento.

—¿Desde cuándo está así?

—Desde el lunes —dijo la criada antes de que su señora pudiera abrir la boca. Se restregó las manos—. Pero no comió nada raro, señorita. Lo mismo de siempre, un poco de carne y unas papas.

—Me duele mucho. —Eleonora la miró a los ojos y Fernanda sintió una instantánea simpatía por esa mujer. Era evidente que necesitaba ayuda—. ¿Puede hacer algo por mí? Mi médico no ha podido quitarme el dolor, y esto es horrible.

—¿A qué hora comió? —Fernanda le deslizó una mano sobre el estómago y presionó con suavidad debajo del pecho. Eleonora soltó una exclamación—. Lo siento.

—La señora acostumbra a comer a las siete, pero esa noche su marido estaba ocupado y llegó tarde a la comida. La señora lo esperó y cenó con él a eso de las once de la noche.

—Comprendo. A veces comer a horas tan tardías dificulta la digestión —explicó—. ¿Fue a dormir inmediatamente después?

—Sí, señorita. —Eleonora contuvo el aliento. Fernanda le presionó con suavidad el vientre.

—Llámeme Fernanda, por favor. —Le palmeó la mano y la ayudó a incorporarse—. No debió comer tan tarde e irse a acostar después. Eso es parte del problema.

—¿Hay alguna medicina que pueda comprar para aliviar el dolor?

—Sí, pero no querría recetarle fármacos que pudieran agravar el problema. Se me conoce por ser herbolaria. ¿Le molestaría probar una infusión de hierbas? Sé de una que podría servir.

—Está bien.

Fernanda examinó los frascos que tenía en la estantería. Estiró la mano y tomó uno.

—Es anís —dijo—. Debe infusionarlo y tomar dos tazas al día hasta que el dolor desaparezca.

—Gracias, señorita —dijo la criada al tomar el frasco que la muchacha le ofrecía. Sacó algo de uno de los bolsillos del delantal y luego dejó una moneda sobre la mesa.

—Para las velas —dijo y se santiguó.

Fernanda sonrió. La mayor parte de la sociedad correntina estaba habituada a visitar a un curandero cuando sufrían alguna dolencia, y la habían puesto en el mismo saco. Cuando alguien decidía acudir a ella en busca de algún alivio para sus dolores creía que hacía sus preparaciones bajo la bendición de algún santo, como decía hacer la mayoría de los curadores de la zona. Muchos de sus pacientes insistían en dejarle monedas “para las velas” cada vez que ella se negaba a aceptar dinero a cambio de sus servicios.

—Si no mejora en dos días o siente otra molestia, puede venir a verme a cualquier hora. Cecilia siempre está al pendiente del portón.

—Está bien. Gracias. —Eleonora la miró un momento y sonrió—. Yo conocí a su madre.

—¿A mi madre?

—Sí. —Eleonora se apoyó en María—. Era una mujer encantadora. Lucía, mi hija más joven, acostumbraba a enfermarse por la noche después de comer hasta el hartazgo. Su madre no tenía inconvenientes en ir a verla a mi casa. Lucía la adoraba. No quería que nadie más que su madre le palpara el estómago. Decía que el médico tenía las manos frías y heladas, pero que la señora Carnicer tenía las manos de un ángel.

Fernanda sonrió.

—A veces me llevaba con ella a la casa de los enfermos a los que ayudaba con sus hierbas —comentó—. Fue ella quien inculcó en mí el deseo de ser médica.

—Sin duda alguna, un acierto. Estoy segura de que su madre estaría orgullosa de usted. —Eleonora presionó la mano contra su estómago un instante y luego esbozó una sonrisa.

—Gracias, señora.

—Eleonora, por favor. —La dama sonrió y se despidió con un gesto cuando la criada tiró de ella con disimulo. Se hacía tarde y al patrón no le gustaba que la señora estuviera en la calle a horas intempestivas.

Apenas la mujer se marchó, Cecilia observó la calle para asegurarse de que no hubiese nadie más por allí a la espera de ser atendido. Cerró el portón y luego echó el pestillo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó la joven en cuanto regresó junto a su patrona. La vio distraída, sentada frente a la mesa con la mirada perdida entre sus frascos.

—Sí, es solo que no esperaba recordar a mi madre esta noche. Me refiero a que... debí estar aquí cuando enfermó. Quizás habría podido hacer algo por ella.

—No piense eso. Usted era una estudiante todavía. ¿Qué habría podido hacer?

—El señor Gutiérrez debió avisarme de su gravedad en cuanto supo de su enfermedad. Esperó a hacerlo en su lecho de muerte.

—Ella no quería. —Cecilia le palmeó la mano—. No le eche la culpa de todo a ese hombre. La mamá de usted no quería preocuparla. Dijo que dejaría sus estudios y no quería que usted hiciera eso. Aseguró que cuando se deja algo a veces no se puede volver a hacer, ¿comprende? Temía que usted viniera, se quedara y no retomara la carrera a causa de la tristeza.

—El señor Gutiérrez debió avisarme.

—No piense que intento proteger a ese hombre, pero su padrastro la quería a su mamá, a su manera, pero la quería. Respetó sus deseos de dejarla a usted tranquila continuar sus estudios sin la preocupación de saberla enferma. Cuando vio que... Bueno, que no le quedaba mucho, recién entonces se decidió a escribirle, pero fue todo idea de su mamá.

Fernanda asintió.

—El señor Gutiérrez es un hombre desagradable, hasta cruel, diría yo, pero fue muy bueno con su mamá.

Ella asintió.

—Sin embargo no tardó nada en volver a casarse. Solo seis meses. Eso sí que hay que criticarle. —Cecilia frunció la nariz—. La señora Alcira no es buena, no señor. Desde que llegó a esta casa se apoderó de todo lo que era de su madre: las joyas, los abrigos, los hermosos muebles. Hizo usted bien en quitarle todo.

Fernanda esbozó una sonrisa.

—Enfureció —dijo.

—Tenga cuidado. Esa mujer tiene al diablo adentro. Al principio parecía buena, pero en cuanto supo que era usted la dueña de todo, creo que enloqueció. Supongo que al casarse con el señor Gutiérrez creyó que hacía el negocio de su vida. —Cecilia sonrió con malicia—. Me habría gustado verle la cara cuando descubrió que su nuevo esposo era pobre como una rata y que la rica era usted, no él.

—A mí también —sonrió Fernanda.

Cecilia hizo una pausa, pensativa.

—No sé cómo la señora Alcira pudo tener una hija tan dulce como la señorita Mariana cuando es como es, una víbora. Desde que llegó a esta casa la señorita se ha comportado muy bien con todos nosotros, es amable. A mí me da lástima cuando escucho cómo la señora le habla, a veces la trata mal.

—Cecilia...

—Y yo sé por qué —dijo con aires de sabiduría.

—¿Qué dices?

—La señorita Mariana fue un error, sabe usted —dijo Cecilia en voz muy baja, como si temiera que alguien más pudiera escuchar sus palabras—. La señora Alcira era soltera cuando quedó encinta. El hombre que se casó con ella, es decir, su primer marido, no era el padre, ¿comprende? La señora Alcira tuvo que casarse a toda prisa con un amigo de su padre, un viejo malvado y mezquino que vivía a unas calles de aquí. La señora Alcira tenía entonces quince años, imagínese. Se casó y al poco tiempo empezaron a notársele las tripas hinchadas. Los rumores fueron muchos, pero la familia acalló todo. El marido no la trataba bien. Le decía, perdóneme usted que lo repita, que era una puta y la golpeaba. Cuando nació la señorita Mariana él fingió ser su padre, pero nunca lo fue, no realmente, la detestaba, no quería ni verla. Le recordaba que le habían endilgado una criatura que no era suya.

—¿Y cómo sabes todo esto?

—Me lo contó la sirvienta de la señora, la servidumbre siempre lo sabe todo.

—Eso veo.

—Sí, bueno, debe usted recordarlo cuando se case. Si usted discute con su marido y lo escucha una sirvienta, media hora después lo sabrá todo el barrio y, para la noche, toda la ciudad.

—Dios mío.

Cecilia asintió.

—Bueno, como le decía, cuando el señor murió de un ataque de apoplejía, la señora se mostró seria y dolida, y quizás logró engañar a sus parientes, pero a su sirvienta no. Los más aguzados sabían que poco faltaba para que se pusiera a bailar de la alegría. Poco después apareció el señor Gutiérrez, ya viudo, le propuso matrimonio y se casó con ella. —Cecilia hizo una pausa—. ¿Sabe una cosa? A veces pienso que su padrastro desposó a la señora Alcira porque pensó que heredaría algo de su difunto marido. Cuando no encontró más que deudas a su nombre, le habrá dado una impresión...

Cecilia rio entre dientes.

—Así me gusta, señorita, que sonría. No debe ponerse triste por su mamá. Es cierto que tuvo una agonía espantosa, pero fue muy feliz con el señor Carnicer y luego con el señor Gutiérrez. Además usted era su corazón. La amaba muchísimo y deseaba que fuera feliz, que tuviera un título, un marido que la amara, una casa bonita e hijos.

—¿Crees que es posible?

—¿Qué cosa?

—Tener un marido, hijos.

—Los tendrá. Dios premia a la gente como usted, que ayuda a los pobres, a los desharrapados. Ya verá, pondrá en su camino a un hombre bueno, honesto, que sabrá valorarla.

—Eso espero, Cecilia. —Fernanda sonrió emocionada.

La joven le palmeó la mano.

—Ahora, a comer, que debe de tener hambre.

—No quiero cenar.

—Lo hará. Y no se preocupe, le llevaré la comida a su habitación, no tendrá que ver a nadie si no quiere.

—Gracias, Cecilia.

La mujer sonrió.

CAPÍTULO 7

Mariana estaba sentada en silencio frente al espejo, mientras Joaquina intentaba rizarle el pelo con las tenazas calientes. Las últimas luces del ocaso habían teñido de oro y bronce las cortinas color durazno de los ventanales y caían, oblicuas, sobre ella. Su pelo rubio había adquirido la tonalidad del oro fundido, y su piel parecía de alabastro bajo el atardecer que la rozaba desde el balcón.

El sol casi había desaparecido en el horizonte, se había hundido en un mar de fuego cuando Joaquina decidió encender las lámparas antes de seguir con el peinado de su joven patrona. Desde el Este, las sombras de la noche ya habían comenzado a reptar sobre el cielo, desgarrando el azul celeste del día que moría, y muy pronto la ciudad se vería cercada por las tinieblas.

—No se mueva, señorita, o podría quemarla —dijo la sirvienta, y dio un respingo cuando la puerta se abrió a sus espaldas y Alcira franqueó el umbral. Joaquina hizo una breve reverencia e intercambió una mirada con Mariana. La señora Gutiérrez no parecía estar de buen humor.

La joven asintió casi imperceptiblemente. Los dedos le temblaron cuando su madre la miró y evaluó el trabajo.

—Un poco más en las puntas, Joaquina —dijo Alcira y, después de asegurarse de que la mujer seguía sus instrucciones, se inclinó sobre la cama y examinó el vestido que usaría su hija esa noche.

—Cuando lo compré pensé que lucirías como un ángel con él, pero ahora no estoy tan segura —dijo y dejó caer el traje de satén marfil sobre la cama sin cuidado. Las perlas blancas de cristal opalescente que adornaban el escote en V, las mangas y la cintura crujieron en protesta al maltrato.

Mariana se hundió las uñas en la palma de su mano.

—¿Qué dices, madre?

—Vi el vestido que usará Fernanda. Cecilia lo alistaba hace un momento, es maravilloso. De *chiffon* rosa degradado, escote drapeado y encaje en las mangas, es mucho más elegante que el tuyo. Quedarás opacada —dijo Alcira con disgusto. Se sentó en el borde de la cama con el abanico de nácar abierto. Miró a su hija a través del espejo—. Eres muy bella, Mariana, pero me temo que esa furcia llamará más la atención de los caballeros que tú. Ojalá ese vestido fuera tuyo. Joaquina, es suficiente. Vete a la cocina. Te llamaré si te necesito.

—Sí, señora. —La sirvienta huyó.

Mariana suspiró. Le habría gustado hacer lo mismo. Cuando su madre comenzó a golpear el piso con la punta del pie, se encogió. Alcira estaba de muy mal humor.

—Tenemos que solucionar tu vida esta noche —dijo.

—¿Qué?

—Tienes que encontrar un marido, Mariana —dijo la mujer, decidida—. Y lo harás esta noche.

La joven se volvió hacia su madre y la miró, atónita.

—¿Por qué?

—Fernanda no tardará en descubrir las intenciones de tu padrastro, y, si él no actúa en consecuencia, nuestra situación en esta casa estará en peligro. No tenemos adónde ir, ni un peso a nuestro nombre. Estaremos en la calle si esa furcia encuentra la manera de burlar a Horacio.

—¿De qué hablas?

—Eso no importa ahora. Esta noche harás todo lo que te diga, ¿entiendes? Te ayudaré a comprometer a un caballero, porque sola dudo mucho de que logres atraer a nadie. Eres muy hermosa, pero no tienes la inteligencia para usar esa belleza a tu favor.

Mariana se puso de pie con lentitud. Su rostro había palidecido hasta parecer casi cerúleo.

—¿Qué piensas hacer? —vaciló—. Mamá, ¿causarás un escándalo?

—Cualquiera diría que tu madre busca tu mal y no tu bienestar.

—No quiero casarme así. ¿Comprometer a un hombre significa que yo...? No, mamá. No quiero.

—¿Cómo te atreves a cuestionarme?

Alcira crispó la mano. Las pecas de su piel parecían más oscuras bajo la tenue luz de la lámpara. Sus dedos delgados parecían garras contra los pliegues de su vestido azul intenso.

—¿Por qué no quieres casarte todavía? —preguntó en voz baja, y Mariana tuvo que inclinarse para escucharla.

Siempre hacía eso. Al hablar en voz baja, existía la posibilidad de que Mariana no la escuchara, y entonces podía liberar su enojo contra ella y acusarla de no prestarle atención, de ser una muchacha tonta, una estúpida que merecía el castigo, pero ella consiguió entender sus murmullos y permaneció a una distancia prudencial.

—No he conocido a nadie de mi agrado —musitó vacilante.

—Eso no es importante.

—Sí, lo es. Querría, si es posible, que hubiese afecto en mi matrimonio.

Alcira sonrió burlona.

—Qué tontería.

—Madre... El dinero no es lo más importante.

—Qué bobadas dices. —Alcira se puso de pie. El abanico se movía de un lado a otro mientras hacía grandes aspavientos—. ¿Crees que podrás vivir en un rancho con un imbécil que deba trabajar de sol a sol para ganarse el sustento?

—Podría ayudar.

—¿Y qué harías? ¿Lavar? ¿Coser? ¿Bordar para las Hijas de la Misericordia? No te eduqué para eso. Tienes que casarte con un caballero con dinero —recalcó—. Si eres rica y dueña de tu propia casa, ya podrás encontrar a alguien a quien amar, siempre que seas discreta.

Mariana la miró escandalizada.

Alcira dio un paso hacia ella y le aferró un brazo.

—¿Qué? ¿Y esa cara? No te atrevas a juzgarme, niña estúpida. Si supieras el número de mujeres casadas que se revuelcan con los sirvientes a escondidas, no me mirarías como si me despreciaras.

Alcira hundió las uñas en la piel de su hija. Mariana ahogó una exclamación de dolor.

—Tú te casarás con el hombre que yo elija para ti, ¿me entendiste? Y no quiero escuchar tus quejas al respecto. Quizás tu futuro marido no te agrade, pero tendrá dinero y podrá mantenernos a ambas con holgura.

Mariana buscó su mirada.

—Ya has elegido a alguien, ¿verdad? —musitó.

—Sí —dijo, y la soltó.

—¿Puedo saber quién es?

Alzó una ceja.

—Evaristo Manferrer.

Mariana la miró incrédula. El señor Manferrer ya había enviudado y cumplido cuarenta años cuando ella todavía se encontraba dentro del seno materno. Recordó sus facciones poco agradables, los dientes amarillentos y las manos sudorosas, y sintió que sus entrañas se contraían de miedo y repugnancia.

Si su madre pensaba engañarlo para conseguir una propuesta formal de matrimonio, él la odiaría. Sus dedos temblaban cuando alisó una arruga invisible de su falda.

—No, por favor. Así no.

Alcira la malinterpretó.

—Sé que es mucho mayor que tú —dijo—. Pero tendrás que tolerarlo. No es el hombre que habría elegido para ti en otras circunstancias, pero tenemos graves problemas económicos y solo él puede solucionarlos. Una vez que te cases, ya te acostumbrarás a él.

Mariana estrujó sus manos, nerviosa.

—¿Cómo lo conseguiría? Madre, ese hombre no me gusta. Si vieras cómo mira a las niñas...

—Todos los hombres lo hacen.

—No lo creo.

Alcira apretó los dientes, disgustada.

—Tu padrastro pretende quedarse con el dinero de Fernanda, pero no sé si resultarán sus planes. Debemos estar preparadas para afrontar las consecuencias de sus actos. Si Horacio no consigue lo que quiere, tú y yo debemos encontrar la manera de continuar con nuestro estilo de vida, a su pesar.

Mariana la miró con los ojos dilatados.

—¿Cómo que le quitará su dinero?—preguntó horrorizada.

—Eso no importa. Estás advertida, puede que no funcione. Esa muchacha es lista como el hambre. Quizás encuentre la manera de evitar las maquinaciones de Horacio, y quedaremos en la calle, ¿comprendes? Tendrás que casarte con el señor Manferrer. Tiene más dinero que otros con mayor valía, pero me temo que ahora no estamos en situación de elegir —dijo—. Esta noche seguirás mis instrucciones al pie de la letra. Si todo sale bien, en unos días estarás casada con él y nuestros problemas terminarán.

Mariana asintió obediente; sabía que no podía hacer otra cosa. Discutir con su madre era inútil porque siempre hacía su voluntad.

Alcira se acercó a su hija y le acarició el cabello.

—Sé que te repugna y quizás cumplir con tus obligaciones de esposa te parezca terrible, pero... —Suavizó su expresión al mirarla, comprensiva—. Pero es un sacrificio que debes hacer.

Mariana bajó los ojos.

—Tengo miedo —susurró.

—¿Qué dices? Sabes que detesto que susurres.

—Yo... Yo solo le tengo miedo.

—Basta de bobadas. Quiero que me escuches muy bien: a las diez tienes que estar en la biblioteca sola. ¿Me escuchaste? Él estará allí, yo me encargaré de eso. Te acercaras a ese hombre y harás que te comprometa. No creo que tengas dificultades, es un hombre de apetitos saludables. Tiene sus necesidades y pensará que tú quieres satisfacerlas. No podrá controlar sus impulsos y menos frente a una belleza como tú.

Mariana inclinó la cabeza.

—Sí, mamá —dijo.

Satisfecha, Alcira observó el vestido una vez más.

—Tendré que ocuparme de esa furcia y su vestido —dijo—. No podemos permitir que te opaque.

—¿Qué piensas hacer?

—Eso no te incumbe. —Alcira la miró—. Piensa en esto, querida: Fernanda no dudaría en echarnos de esta casa si pudiera hacerlo, se alegraría de vernos en la calle, sin un centavo. Incluso a ti. ¿Crees que te quiere? ¿Cómo podría? Eres hermosa, tienes una madre que te ama, que cuida de ti, el respeto de tus amigos, la admiración de la *high-class*. Siente envidia de ti, ella no tiene nada. No es tan bonita como tú, es huérfana, no tiene amigos y la gente le teme por sus brujerías.

Mariana apretó los labios.

—No son brujerías. Es una curadora, una herbolaria. Además, es médica.

—Es una vergüenza. Una dama no necesita estudiar y, mucho menos, trabajar. Debe ser esposa y madre, cuidar de su hogar.

Alcira depositó un beso sobre su frente.

—No te preocupes —sonrió—. Yo me ocuparé de que esta noche no sea una rival para ti. Confía en mí.

Cuando Alcira abandonó la alcoba, Mariana estiró los dedos una y otra vez a los lados del cuerpo. Sentía que los tenía agarrotados. Tomó una enorme bocanada de aire y, con la sensación de perder el control, se dirigió hacia los ventanales. Corrió la puerta de vidrio y salió al balcón. Las luces del atardecer ya habían muerto y solo sus cenizas flotaban en el horizonte, tiñendo de oro incandescente los últimos vestigios del día.

Respira. Respira. Respira, pensó.

Apoyó las manos sobre la baranda y observó los árboles, los arbustos, las plantas que se mecían con el viento en la azulada penumbra que precede al anochecer. Los pájaros habían ya acallado sus estridentes chillidos y desaparecieron entre el oscuro follaje de los lapachos.

No quiero casarme así. No quiero, pensó.

Mariana se inclinó y vio a Fernanda entre las sombras. Estaba de pie frente al cobertizo, hablaba en voz baja con una anciana enjuta y pequeña, de expresión quejosa. Apretó los labios. Fernanda no sería tan hermosa como ella, pero era libre.

Mariana crispó las manos contra la baranda.

* * *

—Esto la ayudará con los dolores —dijo Fernanda. Guardó dentro de un paño un manojo de ortigas y ajeno—. Tiene que hervir las ortigas en cuatro tazas de agua y beber tres vasos al día. Se sentirá mejor.

—¿Está segura? —Elvira la miró con desconfianza. Sus labios finos se torcieron en una sonrisa desdentada cuando alzó la vista hacia la médica—. Esperaba que me diera un poco de morfina.

—Eso no será necesario. —Le palmeó la mano—. Con el ajeno debe prepararse una infusión, no lo olvide. Con tres tazas diarias bastará. Bajaré la inflamación de sus articulaciones.

—Gracias, querida, pero habría preferido morfina.

—Con esto bastará, lo prometo. —Fernanda observó su rostro surcado de arrugas y lamentó no poder hacer más por ella.

La anciana asintió y buscó algo entre los numerosos bolsillos de su delantal.

—Te dejo una moneda —dijo—. Es para las velas.

Fernanda sonrió.

—Está bien —dijo.

Elvira se despidió de ella con un gesto y se marchó.

Fernanda echó un vistazo al reloj que llevaba prendido del corpiño de su vestido, distraída. Si no regresaba a la casa pronto y comenzaba a vestirse, llegaría tarde a la fiesta, y Mariana se enfadaría con ella.

Regresó al interior del cobertizo y se apresuró a guardar las hierbas que había dejado sobre la mesa en sus respectivos frascos. Los olores del herbolario se habían intensificado durante la tarde, cuando el sol bajó y el

viento comenzó a soplar más frío; todo el lugar olía a menta y a peperina.

Fernanda cerró el cobertizo con llave y atravesó el jardín casi a la carrera. Entró a la cocina y utilizó las escaleras del servicio para subir a su habitación. Cuando empujó la puerta y encendió una lámpara, se quedó petrificada en el umbral.

Todos sus vestidos estaban en el suelo, destrozados. Sus faldas y sus blusas, incluso sus camisolas, habían sido cortadas y desgarradas a conciencia. Sobre la cama quedaba el vestido que pensaba usar esa noche, un atuendo que su abuela le había obsequiado poco después de titularse. Se acercó y lo observó de cerca, todavía incapaz de creer lo que veían sus ojos. El *chiffon* había sido rasgado, el drapeado cortado y los cristales que adornaban el encaje de las mangas, arrancados de cuajo. Con dedos temblorosos tomó los jirones que quedaban de su traje y se quedó allí, en el centro de la alcoba.

Apretó los dientes.

Entonces escuchó unos pasos apresurados en el pasillo y se volvió. Alcira y dos de sus amigas más cercanas, la señora Cavia y la señora Isetta, se detuvieron en la puerta y la miraron con diferentes grados de sorpresa y horror.

—Oh, querida —se lamentó Griselda Cavia con una mano sobre sus labios finos.

—¿Fernanda? —La señora Isetta observó las tijeras que estaban sobre la alfombra, a unos pasos de la joven. Sus ojos, de un pálido tono verde, parecían muy grandes en su rostro pequeño y céreo—. ¿Qué sucedió?

Alcira elevó una ceja.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

Fernanda crispó los dientes.

—Alcira.

La mujer meneó la cabeza con tristeza.

—Querida, sé que la muerte de tu madre te ha afectado mucho, pero destruir tus cosas no ayudará —dijo, y su voz destilaba piedad—. Permíteme llamar al médico. El doctor Resoagli sabrá qué darte para tranquilizar tus nervios.

Fernanda la miró a los ojos y lo supo, Alcira había hecho aquello. La cólera se agarrotó en su garganta. Los cristales que habían adornado el vestido estaban dispersos sobre la alfombra, y uno crujió bajo sus pies cuando dio un paso hacia ella.

—Yo no hice esto —dijo furiosa. Los temblores de sus manos se habían intensificado—. Tú lo sabes.

—¿Yo? —Alcira se mostró confundida—. No sabes lo que dices. ¿Quién más entraría a tu alcoba y...? Niña, por Dios, déjame ayudarte.

Fernanda vio la satisfacción brillar en los ojos de Alcira y fue hasta ella con las manos como garras. La mujer alzó las manos como si temiera que la joven se abalanzara sobre ella y retrocedió con fingido susto.

—¡Fuera de aquí! —gritó la joven. Enterró las uñas en los brazos de la mujer y la empujó hacia el pasillo—. ¡Sé lo que pretendes y no lo lograrás!

—Tranquilízate —dijo Alcira con voz plañidera. Se volvió y dijo a sus amigas—. Siempre sucede, se calmará en un momento.

Las damas la miraron horrorizadas. Fernanda hundió las uñas en las palmas de la mano. Creían que había perdido la razón, lo veía en sus miradas, en la expresión de sus ojos. Pronto los rumores sobre su comportamiento de esa noche se extenderían por toda la ciudad y, cuando Horacio Gutiérrez dijera que era una maníaca, una loca que había intentado suicidarse, nadie dudaría de su palabra.

Las lágrimas le nublaron los ojos. Elevó la barbilla. No le daría a esa mujer la oportunidad de humillarla, de verla llorar. Cerró la puerta de un golpe. Apoyó la espalda contra ella y escuchó a Alcira lamentar su comportamiento. Sus pasos se alejaron hacia las escaleras.

Abajo, los músicos comenzaron a afinar los instrumentos.

Fernanda cerró los ojos y se dejó caer sobre la alfombra. Hundió la cara entre las manos y se mordió el labio para contener un sollozo.

No lloraré, pensó. No le daré esa satisfacción.

* * *

Eloísa se puso los guantes y se miró al espejo que colgaba del recibidor por centésima vez. Sus aretes de granate destellaron bajo la luz de la vela cuando ladeó la cabeza y observó su rostro, pensativa. Había resaltado la palidez con polvo de arroz y coloreado sus labios con carmín.

—¿Crees que este color me sienta bien? —preguntó. Le dio la espalda al espejo y observó los pliegues de satén y encaje irlandés blanco que le caían en cascada desde la cintura hasta el suelo.

—Sí.

—¿No me veo muy pálida?

—¿No está eso a la moda?

—Sí, pero no quiero verme como un cadáver.

—No estás pálida.

Arasunu la esperaba junto a la puerta con expresión torva. Vestía completamente de negro, y el color parecía subrayar su contextura fuerte y maciza. Aunque su camisa y su corbata, ambas de un intenso color blanco, habían suavizado la severidad de su aspecto, no habían logrado disimular la sutil fiereza que cincelaba cada uno de sus rasgos. Sus zapatos oscuros y la chaqueta que había sido confeccionada a medida completaban su atuendo y le conferían a su imagen la elegancia de un hombre poderoso.

Observó a su hermana con impaciencia.

—Llegaremos tarde.

—Eso hará que todos nos presten atención cuando entremos.

—¿Es necesario?

Eloísa le dirigió una mirada de advertencia.

—Me lo prometiste —dijo—. Te comportarás como un hombre civilizado. Bailarás primero con la anfitriona y luego con tres de sus invitadas, al menos. No le gruñirás a nadie y evitarás hacer comentarios que puedan molestar a nuestros buenos vecinos. Piénsalo, podrías conocer a tu futura esposa en esta fiesta.

Él bajó la vista y ocultó la expresión de su mirada.

—¿No puedo simplemente poner un anuncio en el periódico y ofrecer el puesto de esposa?

—¿Qué dices?

—“Se busca mujer de buena familia, muy necesitada de dinero que quiera casarse con mestizo acaudalado. Urgente.”

Eloísa enarcó las cejas.

—¿Estoy bien? —preguntó otra vez, y dio una vuelta sobre sí misma.

—Hermosa. —Finalmente sonrió—. ¿Dónde está tu marido? Es su trabajo elogiarte, no el mío.

—Con su madre. —Eloísa se mostró irritada—. Sabes que es imposible convencerlo de que asista a esta clase de eventos. Los detesta.

—¿Y por eso tengo que sufrir en su lugar?

—Nada de eso. Tú prometiste que me acompañarías a esta fiesta. Piénsalo, eres la parte interesada en todo esto. Hoy elegirás una esposa.

Apretó los labios. Si se casaba, y probablemente lo hiciera, sería por conveniencia. Pensó en la señorita Mariana y supuso que sería una buena elección si no se mostraba horrorizada ante la idea de que él pidiera su mano. Provenía de una buena familia, su apellido olía a rancio y era, además, hermosa. Casarse con ella no sería un sacrificio y, si resultaba ser molesta o lo disgustaba, bastaría con no atravesarse en su camino.

Su casa era lo bastante grande como para convivir con su esposa sin tener que cruzarse con ella si no quería hacerlo. Dos años antes, había comprado esa casa para convertirla en un hogar para Itatí, pero ahora no era más que un frío y elegante caserón al que solo iba para dormir. El resto de su tiempo lo pasaba con su familia.

Eloísa le dirigió una mirada especulativa.

—Estás muy atractivo —dijo, y lo arrancó de sus pensamientos.

Él curvó las comisuras de los labios y no hizo comentarios. Eloísa lo miró ensimismada.

—Pensé en la posibilidad de encontrar hoy a esa mujer misteriosa que tanto llamó tu atención —dijo—. ¿La recuerdas?

Él le dirigió una mirada amenazadora.

—Eloísa.

—¿Me la mostrarás si está en la fiesta?

Él no respondió y Eloísa hizo un mohín.

Espero no encontrarla allí, no volver a verla, pensó.

Ciertamente, no necesitaba esa complicación en su vida.

* * *

Media hora más tarde, Juan de Dios se detuvo en el umbral del salón de baile y observó el gentío que se apretujaba dentro de las enormes dimensiones del recinto con una mirada que se oscurecía por momentos. Detestaba el bullicio, pero mucho más la idea de perderse en aquella multitud que reía, gritaba, bailaba y fanfarroneaba para tratar de obtener una lisonja en las crónicas del día siguiente.

Eloísa, a su lado, pensó que la fiesta se consideraría un éxito debido, precisamente, a la afluencia de invitados, y sonrió satisfecha. Todo el patriciado correntino parecía estar presente entre las elegantes paredes de la casona. Concluyó que, de haberlo organizado ella misma, no habría podido crear un mejor coto de caza para su hermano.

Arasunu deslizó una fría mirada sobre la muchedumbre que parecía inmersa en los cotilleos propios de la temporada. Los violines y el piano creaban una atmósfera festiva, pero muy pocos invitados, además de los que se encontraban en la pista de baile, parecían particularmente interesados en apreciar la música. La mayoría de las damas conversaban entre sí, enfrascadas

en las últimas novedades de la *high-class* y ajenas a todo cuanto acontecía alrededor; los pocos caballeros que aún no se habían retirado a la sala de juegos permanecían en las esquinas del salón y bebían hasta el hartazgo.

Arasunu reconoció al Gobernador y a su séquito entre los invitados, a un par de importantes estancieros y a un grupo de comerciantes con los que había trabajado en el pasado antes de dedicarse exclusivamente a administrar los negocios de su padre, y saludó con gélida cortesía a todos ellos.

Aún en aquel lugar donde la mayor parte de los presentes estaba para divertirse, “ver y dejarse ver”, resultaba evidente la férrea organización de una clase que se había solidificado a lo largo de tres siglos y reforzado durante los últimos años como resultado del poder y del dinero entre los caballeros del patriciado.

La riqueza agropecuaria, la propiedad de grandes latifundios y el ejercicio monopólico del poder político habían cincelado una sociedad cerrada sobre sí misma, impermeable a cualquier tipo de cambio que pudiera alterar la estructura jerárquica sobre la que se elevaban los pilares de una sociedad conservadora, y solo los hombres más acaudalados y poderosos de la ciudad eran tenidos en cuenta para la asistencia a eventos como aquellos.

Arasunu frunció el ceño. Las damas, por su parte, tampoco escapaban a las obligaciones propias de una clase social que juzgaba la valía de una persona en base a su apariencia y a la cuantía de su fortuna.

Constreñidas a presentar un aspecto siempre atractivo a los ojos masculinos y, en lo posible, emular “la apariencia de un ángel”, las damas patricias de la ciudad de Corrientes consideraban que su belleza se apreciaría más cuanto más adornadas estuvieran. Con esos objetivos en mente, las jóvenes damas y las matronas de las clases acomodadas, al parecer, habían reservado gran parte de sus tardes de ocio a fin de adquirir para la ocasión, entre otras cosas, joyas de rubíes y esmeraldas, cintas y guantes de cabritilla, estolas y abrigos de piel y, por supuesto, vestidos que en su mayoría eran importados desde Londres.

Arasunu observó a las damas que giraban en la pista de baile al ritmo del vals y reconoció que algunos de los accesorios que llevaban habían sido adquiridos la Tienda Ferrara, y otros provenían de París en Corrientes, de Pascual Gigliani, local ubicado en la calle Junín 71, y el de Ernesto Hoffman, situado en el centro del tejido urbano, en la calle Rioja 69, ambos locales de gran renombre. Pensó en cuánto más hermosa parecería una mujer con una simple flor en el pelo por todo adorno.

Eloísa, a su lado, tiró de él con disimulo.

—No mires así a la gente —advirtió por lo bajo al observar las oscuras facciones de su hermano—. Los asustarás.

Observó a su hermana con los ojos entrecerrados.

—¿Crees que encontraré a mi esposa aquí?

—Sí. —Eloísa hizo un gesto, se volvió y lo observó con ojo crítico—. ¿Te interesa alguna dama en particular?

Arasunu desvió la mirada y contempló el gentío como lo haría un depredador a un hato de avecillas sin seso.

—“Cortejar” no es la palabra que yo utilizaría —murmuró.

—¿No? ¿Y cuál utilizarías?

—Comprar —dijo con frialdad.

Eloísa le golpeó el brazo con el abanico.

—No hay dudas, Lucía y tú son tal para cual. ¿Cómo puedes decir eso?

Arasunu tiró de su hermana y la obligó a callar mientras la llevaba a través del salón hacia la muchedumbre. Eloísa pensó que terminaría por arrastrarla si no le seguía el paso, y lo siguió a zancadas.

—Esto es tan vergonzoso —murmuró. Eloísa calló cuando vio a una joven amiga y su abultado busto. —Dios mío —dijo.

Arasunu siguió su mirada y clavó los ojos en los senos de la señorita.

—Juraría que esa mujer ayer por la tarde era plana como una tabla —comentó.

—Oh, cállate —dijo Eloísa. Era costumbre entre las jóvenes acaudaladas aumentar el tamaño de sus senos en forma artificial, quizás al añadir algún elemento debajo del corsé, pero la muchacha, pensó, esa noche lo había hecho de manera exagerada.

Cuando atravesaron el salón pasaron junto a un grupo de caballeros. Uno de ellos parecía acabar un discurso.

—Las mujeres son como niños, hablan con facilidad y, a veces, con elegancia, pero carecen de sentido común. Les aseguro, señores, que no he visto en toda mi vida a una dama que supiese emplear el juicio que Dios le dio por más de dos horas. El menor capricho, la más pequeña emoción quiebra al instante sus mejores resoluciones. Son hermosas todas nuestras mujeres, pero esa belleza no hace más que arruinar su moral. Un hombre sensato debería consentir a las mujeres, adularlas, divertirse con ellas, mimarlas como haría con un niño, pero jamás consultarlas ni confiarles secretos importantes. No tardaría en descubrir que, para la tarde, lo confiado sería ya comidilla de la ciudad.

Arasunu sonrió, y Eloísa puso mala cara.

—Dime que no piensas como ese hombre —dijo enfurruñada.

—Es obvio que ese hombre fue hijo único —musitó—. Crecer con tres hermanas le habría enseñado algo de respeto por el sexo opuesto.

Eloísa hizo un mohín y clavó los tacos en la alfombra. Arasunu se vio obligado a detenerse.

—Allá está Mariana —dijo de pronto mientras movía el abanico hacia su presa con la pericia de un cazador—. Prométeme que la tratarás bien. Por favor, sonríe, hazlo por mí.

Él estiró sus labios a un lado.

—¿Así?

—No. Pareces un lobo, das miedo.

Eloísa hizo un gesto con la mano.

—Mariana es muy hermosa, ¿verdad que sí?

Arasunu observó a la anfitriona. Pensó que sí, que podría considerarla hermosa. Se veía espléndida esa noche, aunque supuso que su belleza no le permitiría lucir de otra manera. Su elegante vestido realzaba el exquisito tono de su piel de porcelana, el azul intenso de sus ojos, el rosa aterciopelado de sus mejillas y, por supuesto, su generoso busto.

Juan de Dios torció los labios en una sonrisa sardónica al reparar en aquella parte de su anatomía, y Eloísa le enterró las uñas en el brazo.

—Ni una palabra —dijo—. Es la moda.

Él asintió, obediente.

Mariana desvió los ojos cuando notó sobre ella la gélida mirada de Juan de Dios. Alcira la obligó a avanzar hacia Eloísa.

—Compórtate —advirtió en voz baja—. No quiero escuchar ninguna de tus tonterías esta noche.

—Sí, madre.

Mariana estiró los labios en una sonrisa tensa.

—Eloísa, temía que no viniera —dijo con dulzura, y tendió las manos hacia ella—. Esta fiesta no sería la misma sin usted. —Volvió sus bonitos ojos hacia Arasunu y, por un instante, vaciló—. Señor Ferrara, espero disfrute de la noche.

Él se inclinó sobre su mano con refinada cortesía.

—Lo haré, señorita Alcaraz.

—Mariana, por favor.

Él sonrió, aunque no mucho.

Alcira ahuecó los labios.

—Eloísa, querida, ¿podría acompañarme a la sala de refrigerios? —dijo—. Tengo que mostrarle mi última adquisición. Encargué una vajilla desde Londres, y es preciosa.

Eloísa asintió.

—Por supuesto.

—Señor Ferrara, queda usted en buenas manos —dijo Alcira con una sonrisa afectada. Sus ojos se clavaron en su hija, fríos e intensos—. Convénzala de bailar, por favor. Esta niña es tan tímida...

—Lo haré. —Inclinó la cabeza, cortés.

Eloísa siguió a la anfitriona.

Juan de Dios volvió su atención hacia Mariana.

—¿Me permitiría invitarla a bailar?

—Yo... Sí, sí, por supuesto.

—Veo que no he tenido que convencerla.

—Eh, no. —El rubor de sus mejillas se intensificó—. Lo siento.

—¿Por qué se disculpa?

Ella lo miró confundida.

—No lo sé —suspiró.

Él le tomó la mano y la condujo entre el gentío hacia la pista de baile.

—Cálmese —dijo con frialdad. Algunas cabezas se volvieron a observarlos. Los susurros aumentaron, los comentarios se extendieron entre la muchedumbre. Mariana, avergonzada, no despegó la vista del suelo—. Una pieza, y prometo dejarla sana y salva con sus amigos.

Ella alzó la vista y lo miró.

—No sé, no sé a qué se refiere.

—Me tiene usted miedo.

Ella cerró la boca. Arasunu pensó que Eloísa se molestaría con él. Había dejado muda a su amiga.

—Lo lamento. No quise asustarla.

Ella volvió sus ojos vacilantes hacia él y luego clavó la mirada en algún punto sobre su hombro. Vio a su padrastro observarla ceñudo desde una esquina del salón. Parecía furioso. Ella se mordió el labio inferior.

Me regañará, pensó. Exigirá saber por qué bailé con el señor Ferrara, y ¿entonces qué? ¿Qué podría decirle?

Juan de Dios la hizo girar en la pista al ritmo del vals y la alejó del señor Gutiérrez.

Juan de Dios buscó su mirada.

—Tranquila —dijo—. Solo desayuno a mujeres como usted los lunes por la mañana.

Ella lo miró fijo un instante antes de sonreír.

—Se burla usted de mí —dijo.

—Tendrá que disculparme, pero parecía que bailaba con la muerte, y eso no es muy reconfortante para mi estima personal.

—Lo siento mucho.

—No necesita usted disculparse. —Alzó una ceja—. Sobrevivirá a esto. Nadie la culpará por bailar con “el mestizo Ferrara”. Es una de sus obligaciones como anfitriona, me temo, bailar con todos los invitados.

Ella comenzó a asentir, pero, de repente, frunció el ceño.

—¿No lo enfurece? —preguntó—. Que lo llamen así, que lo miren de reojo, que hablen de usted a sus espaldas. —Apretó los labios.

—Sí, me importa, quizás, pero como no me incumbe lo que otros piensen o digan de mí, no veo razón para enfurecer.

Juan de Dios la observó un momento en silencio. Curvó las comisuras de sus labios y su expresión se volvió casi amable.

—Dígame: si yo no tuviera un centavo a mi nombre y estuviera aquí por casualidad porque algún alma caritativa me permitió acceder a los sagrados recintos de esta casa, ¿bailaría usted conmigo?

Ella echó una rápida mirada hacia su padrastro. Horacio Gutiérrez entrecerró los ojos y luego le dio la espalda, indignado. Mariana tembló.

—No —dijo en voz baja—. No lo haría.

—¿Por qué?

—No entiendo qué pretende conseguir al hacerme esa clase de preguntas. —Ella parecía disgustada—. Hablar de ese supuesto es inútil. Está usted aquí porque fue invitado, mi madre lo aprecia y es uno de los caballeros más importantes de la ciudad. Hacer elucubraciones sobre lo que habría pasado en un caso hipotético no tiene sentido.

Juan de Dios veló la expresión de sus ojos al mirarla.

—Para mí sí —dijo, y cuando la música terminó con un floreo, la condujo hacia un grupo de jóvenes casaderas con fría deferencia.

Mariana lo miró sorprendida.

—¿Señor?

—Fue un placer —dijo y, aunque sus labios se extendieron en una sonrisa, sus ojos parecían canicas de hielo negro. Juan de Dios se despidió de ella con la refinada cortesía de un caballero y se alejó entre la muchedumbre sin mirar atrás.

* * *

Bajo la distante melodía de un vals, los pasos resonaron en la quietud de la noche con sorprendente claridad. Fernanda levantó la vista y fijó sus ojos en la sombra que se dibujó debajo de la puerta.

Dejó sobre la mesa las hojas de romero que había dibujado en su cuaderno de notas y se puso de pie sorprendida. Todos los invitados debían de estar en el salón de baile, ¿por qué iría alguien hasta allí? Pensó en la posibilidad de

que alguna persona hubiese enfermado o sufrido un accidente y necesitara de su ayuda, pero descartó la idea al instante. Si fuera así, Cecilia lo habría anunciado.

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz alta.

Fuera, desde el centro de una rígida telaraña de nubes, la luna destilaba su argéntea luz de cristal con tanta suavidad que no parecía otra cosa que el recuerdo de las llamas moribundas de una vieja fogata olvidada. El viento comenzó a susurrar entre los árboles, y las hojas muertas se arrastraron hasta la puerta del cobertizo.

De pronto, una patada golpeó la puerta y la cerradura se quebró con un chasquido. Fernanda retrocedió de un salto detrás de la mesa cuando un hombre alto y robusto franqueó el umbral.

—Dios mío —jadeó, asustada.

El echó una mirada a su alrededor y luego le dirigió una mirada indiferente.

—¿Usted es la médica? —preguntó, y en su voz se coló la leve cadencia de los barrios bajos.

Fernanda lo miró fijo, incapaz de hacer otra cosa. Lo vio dar un paso hacia ella y detenerse.

—S-sí. —Fernanda retrocedió. Su espalda chocó contra una de las estanterías. Un cuenco repleto de aceite de manzanilla cayó al suelo y su contenido se desparramó sobre las tablas del suelo.

—Es un trabajito, señora —dijo, y extrajo un cuchillo de entre sus ropas mugrientas.

—¿Qué dice?

—Seré bueno con usted —dijo. Blandió la hoja del cuchillo y la siguió con lentitud mientras la examinaba de pies a cabeza—. Seré rápido.

Ella rodeó la mesa para mantenerse alejada de él sin saber qué hacer. Podría gritar, pero estaba demasiado lejos de la casa; además, la música y la cacofonía de voces que provenían del salón de baile harían imposible que alguien la escuchara y acudiera en su ayuda. Tomó la caja de las monedas entre sus manos temblorosas.

—¿Quiere dinero? —preguntó y lanzó la caja hacia él.

Sorprendido, el hombre alzó la vista y Fernanda aprovechó el momento de distracción para alcanzar la puerta y correr hacia la seguridad de la casa.

—¡Maldita perra! —Salió del cobertizo tras ella.

Fernanda no miró atrás. Cruzó el jardín, rodeó la fuente y atravesó los arbustos a la carrera mientras se sujetaba la falda para no tropezar. Estaba tan asustada y concentrada en ponerse a salvo que no vio al caballero que surgió de las sombras en el mismo momento en que doblaba una esquina de la casa. Se estrelló contra él con tanta fuerza que ambos cayeron al suelo.

Juan de Dios soltó un insulto en guaraní y la aferró por los brazos. Escrutó su rostro en la oscuridad.

—¿No le parece que esto se está haciendo costumbre?

—¡Dios mío, es usted! ¡Tenemos que salir de aquí! —Crispó las manos contra su camisa y lo miró aterrada—. Ahora, antes de que nos encuentre.

Arasunu la miró a los ojos y vio el miedo en su expresión vulnerable.

—¿Qué sucedió? —preguntó con suavidad.

Ella tomó una bocanada de aire y, antes de que pudiera decir más, unos pasos presurosos se escucharon entre los arbustos, y un hombre masculló un impropio cuando tropezó con un parterre de flores en la creciente oscuridad.

—Es él —susurró ella e intentó arrastrarlo hacia las sombras—. Tiene un cuchillo.

Arasunu no se movió. Endureció la expresión y se puso de pie. La arrastró a ella con él y la empujó contra la pared. Le cubrió la boca con la mano y le hizo un gesto para que guardara silencio. Ella asintió, aterrorizada, todavía con el corazón golpeándole con fuerza contra las costillas.

La luz de la luna entraba sesga entre el follaje de los árboles, y dibujaba saetas de plata en la penumbra. Ella lo miró y vio su expresión férrea, los ojos implacables, y cayó en la cuenta de que confiaba en ese hombre, que por alguna razón, tenía la certeza de que él la mantendría a salvo.

El fulgor platinado de un haz de luz se introdujo entre el ramaje y resaltó la aspereza de los rasgos angulosos y crueles de Arasunu. Sus ojos de lince ardían con peligrosa suavidad cuando salió al encuentro del delincuente con una expresión aterradora en el rostro.

—¿Qué mierda...?

Fernanda, horrorizada, vio que el hombre levantaba el cuchillo, amenazante. Arasunu se lanzó sobre él, levantó el brazo para desviar el golpe de la navaja, lo empujó contra la pared y le retorció la muñeca hasta que soltó una exclamación de dolor y el cuchillo cayó al suelo con un ruido seco. Cuando el delincuente intentó zafarse de su agarre, Arasunu levantó el puño y lo estrelló en su mandíbula. El hombre soltó un quejido y cayó inconsciente a sus pies.

Fernanda lanzó una exclamación y corrió hacia él. Hundió las manos en su brazo y comenzó a tirar de él una vez más.

—Tenemos que entrar a la casa.

Él parecía inamovible.

—¿Está usted bien? —preguntó—. Dígame qué sucedió.

Ella asintió.

—Yo estaba en el cobertizo y ese hombre me sorprendió en la oscuridad. Quería matarme, lo juro.

—¿Qué hacía en el cobertizo?

—Allí atiendo a mis pacientes, soy médica, ¿recuerda?

Él alzó una ceja.

—¿Vive aquí?

—Esta es mi casa. Horacio Gutiérrez es mi padrastro.

Arasunu frunció el ceño.

—¡Dios mío! —Fernanda palideció cuando vio al agresor incorporarse tambaleante entre los arbustos—. ¡Despertó!

Arasunu la empujó detrás de su cuerpo. Cuando el hombre fijó los ojos en él, soltó una maldición y corrió hacia la oscuridad. En unos pocos segundos se escuchó la verja del fondo abrirse y los pasos desaparecieron en la calle.

—¿Está usted bien?

Fernanda asintió, lo miró y luego frunció el ceño. Él tomó su mano y tiró de ella hacia la casa. La guio a través de los parterres hacia la puerta que daba al salón de baile. Su mano la sujetaba con firmeza.

—Vamos, necesita beber algo.

Fernanda soltó un jadeo.

—No puedo entrar por ahí —dijo, y hundió los tacos en la tierra—. Si me ven así, creerán que estoy loca. Me encerrarán.

Él se detuvo y la miró. Tenía la falda sucia de barro y dos botones habían desaparecido de su blusa. El cabello que quizás había tenido recogido estaba suelto sobre su espalda y brillaba con todos los colores del otoño debajo de la luz de la luna.

Él curvó los labios a un lado.

—¿Por qué pensarían eso?

—Mi padrastro y su esposa dirán que estoy imaginando cosas.

—O pensarán que ha estado usted disfrutando de la intimidad en el jardín —dijo él, pensativo.

—¿Disfrutando? —Ella dilató los ojos y lo miró atónita—. ¿Qué?

—Parece como si le hubieran dado un buen revolcón.

Fernanda cerró la boca.

—¿Cómo se atreve? —musitó—. Bueno, supongo que es mejor eso a que digan que he perdido la razón.

—Nadie pensará que alucina —dijo él con aspereza—. Yo vi a su atacante, ¿recuerda?

—Sí. —Ella cuadró los hombros—. Sí, usted lo vio y podrá asegurar que no es un invento mío, yo... ¡No, no puede hacer eso!

—¿Por qué diablos no?

—Usted no debería estar aquí.

Arasunu se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Su calor y su olor la reconfortaron. Lo miró avergonzada cuando experimentó algo extraño al sentir su cercanía, el calor de su piel, su mirada serena sobre ella. Algo muy parecido al deseo.

Él la observó un momento en silencio.

—Escúcheme, tiene que irse.

—¿Por qué?

—¿Cómo explicará su presencia aquí? —Ella parecía muy preocupada por él—. Dirán que se metió a robar. El señor Gutiérrez no es el hombre amable que todos piensan. Déjeme aquí y yo me encargaré de todo esto.

—Hablaré con Horacio.

—No. Escúcheme...

Arasunu la miró a los ojos.

—Dijo que nadie creería en usted si dice haberse enfrentado a un delincuente en su propia casa. Soy el único testigo de sus aventuras. ¿No cree que le conviene que me quede y garantice que sus dichos son ciertos?

Ella asintió, aunque adelantó la barbilla, decidida.

—Prefiero que me crean loca a que el señor Gutiérrez llame a la policía. Él encontrará la manera de decir que esto es culpa mía, él... Él quiere encerrarme en una institución mental.

—¿Por qué su familia querría encerrarla? —preguntó en voz baja.

—Porque tengo mucho dinero, propiedades, hectáreas de campo. Si mi padrastro logra demostrar mi incapacidad para administrar mis bienes, él se quedará con todo —dijo e hizo un gesto abarcativo que incluía la casa.

—Usted necesita un abogado —dijo con seriedad.

—No, necesito un marido —dijo ella a su vez, decidida.

—¿Perdón?

—No quiero llevar esto a los Tribunales. Podría perder y ¿entonces qué?

—Las lágrimas inundaron sus ojos. La desesperanza apagó la luz de su mirada

—. No quiero que me encierren. No quiero...

Arasunu tomó su rostro entre sus manos. La miró a los ojos.

—Tiene que irse. —Ella lo tomó de la mano y tiró de él un par de veces hasta que cayó en la cuenta de que no se movería. Lo miró consternada—.

¿Qué hace?

Él sonrió.

—Creo que deberíamos volver a su fiesta y fingir que nada ocurrió —dijo con tranquilidad.

—Usted no puede entrar y yo tampoco.

Él alzó una ceja.

—Míreme. ¿Cómo cree que me presentaría así ahí dentro? —Ella hizo un gesto con la mano y le mostró los desgastados botines, la ropa vieja y el delantal sucio—. Además, usted no está invitado.

Él le tomó la mano y la apoyó con suavidad sobre su brazo.

—Estoy invitado —dijo.

—Pero...

—Averiguaré quién trató de atacarla esta noche —dijo mientras la conducía hacia la galería.

—¿Qué hará?

—Confíe en mí. Usted compórtese como si no hubiese sucedido nada extraño esta noche.

—Juan de Dios. —La voz de Eloísa llegó hasta él desde los peldaños que conducían al interior del salón. Volvió los ojos sorprendidos hacia Fernanda —. No sabía que estabas aquí.

Arasunu aflojó la presión de los dedos sobre la mano de la joven y se volvió hacia su hermana con una sonrisa en los labios.

—Eloísa, señor Gutiérrez —saludó con naturalidad. Inclino la cabeza con desusada cortesía—. Señoras.

Fernanda parpadeó.

—¿Juan de Dios? —musitó.

—Señor Ferrara, ¿qué significa esto? —preguntó Horacio con los puños crispados a los lados del cuerpo. Observó a la pequeña multitud que se había reunido en las escaleras y luego a Fernanda. Deslizó los ojos oscuros sobre el sucio delantal que llevaba, el vestido viejo, los botines y luego su rostro—. Fernanda, ¿qué hiciste?

Ella lo ignoró. Clavó sus ojos en Arasunu y esta vez lo miró con atención. Vio sus ropas de calidad, su elegancia, la gracia masculina de sus movimientos, la seguridad que solo daban el dinero y la educación, y cerró los ojos.

—Ay, no —musitó.

Ese hombre no era un peón.

—Señor Ferrara, necesitamos una explicación —dijo Alcira con los dientes apretados.

—Por supuesto. —Curvó las comisuras de los labios—. Tenía un intenso dolor de cabeza y, por supuesto, decidí acudir a los conocimientos de la señorita Carnicer. Me temo que la obligué a estar ausente de su propia fiesta mientras me preparaba un té de hierbas.

—Esto es muy inusual —comenzó Alcira, pero calló cuando el marido le dirigió una mirada torva. Clavó sus ojos tensos en Arasunu.

—¿Se siente usted mejor, señor Ferrara? —preguntó. Era evidente que no creía ni una sola palabra de aquella tontería sobre el dolor de cabeza y el té de hierbas.

—Sí, mucho mejor.

Horacio apretó los dientes.

—Fernanda, tienes que cambiarte —dijo con frialdad—. Nuestros amigos te esperan, desean saludarte.

Alcira desvió la mirada, nerviosa.

Fernanda elevó el mentón.

—No tengo nada que ponerme, señor —dijo—. Mis ropas fueron destrozadas.

Eloísa la miró boquiabierta.

—¿Cómo es posible que hicieras eso, niña? —Alcira se mostró muy disgustada—. Sabía que no te agradaban los vestidos que encargué para ti, pero tampoco tenías que destrozarlos.

Fernanda se atragantó de rabia.

—Señora —comenzó.

—Es suficiente. —Horacio echó una rápida mirada hacia Arasunu y su hermana, y luego aferró del codo a su esposa—. Mariana te prestará uno de sus vestidos hasta que encargues un nuevo guardarropa para ti.

Arasunu presionó los dedos sobre la mano de la joven.

—Vaya a cambiarse —dijo con suavidad.

Ella lo miró en silencio un momento y finalmente asintió. Discutir con su padrastro y con Alcira frente a los invitados no resultaría. Tendría que confiar en Arasunu. No, en Juan de Dios, se corrigió.

—Si nos disculpa, debemos atender a nuestros invitados —dijo Horacio, y arrastró a su esposa al interior del salón.

Eloísa tomó a su hermano del brazo y tiró de él hacia la galería.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó curiosa.

Él endureció la expresión.

—Eso voy a averiguar —dijo.

—No sabía que conocías a la señorita Carnicer.

Él la empujó con suavidad pero con firmeza hacia las puertas del salón.

—La conozco —dijo, y no agregó más.

Eloísa se mordió el labio.

—Esto no me gusta —dijo—. Vi cómo te miró ese hombre insufrible. ¿Por qué parecía tan molesto por encontrarte aquí con su hijastra?

—Quizás porque arruiné sus planes.

—¿Planes?

—No es asunto tuyo —dijo.

Ella asintió, sabía que sería inútil insistir. Se colgó del brazo de su hermano y susurró.

—Es ella, ¿verdad? La mujer de la que te negaste a hablarme.

—Sí.

—¿Puedo invitarla a comer?

—No, Eloísa. Déjala en paz. —Se detuvo y buscó su mirada—. No interfieras en esto.

Ella lo miró un momento y finalmente sonrió.

—Muy bien —concluyó, y fue al encuentro de la señorita Pampín antes de que Juan de Dios pudiera hacer algo más que clavar en ella una mirada fulminante.

* * *

Cuando escuchó el repiqueteo de pasos en el pasillo, Mariana recogió las rodillas debajo del vestido y se encogió contra el respaldo de la cama. Sus manos temblaron en la penumbra cuando tiró de una manta y se cubrió los pies descalzos.

Alcira empujó la puerta y franqueó el umbral, furiosa.

—¿Qué haces aquí? —siseó. Estaba tan enojada que sus mejillas habían adquirido un color casi purpúreo—. ¡Te dije que tenías que estar a las diez en la biblioteca, niña imbécil!

Mariana la miró con los ojos muy abiertos, aterrada. Crispó las manos contra los pliegues de la manta y su rostro adquirió la misma expresión que tendría un conejo frente a un depredador.

—No puedo, mamá, por favor, tienes que comprender, no puedo.

Alcira se dirigió hacia ella a grandes pasos mientras se recogía la falda del vestido con una mano para evitar tropezar con el dobladillo.

—¡Eres una estúpida! —gritó, y contrajo los dedos entre los rizos de su hija. La zarandeó, rabiosa, incapaz de controlar la cólera que se había apoderado de ella al ver que Mariana la había desobedecido—. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Tiró de ella y la obligó a arrodillarse a sus pies. La sacudió del pelo hasta que escuchó sus sollozos entrecortados.

—¡Cállate! —chilló.

—¡Me duele!

—¡Dije que te callaras! ¿Es que no sabes obedecer? ¿No te enseñé nada?

Alcira la soltó. La muchacha se plegó sobre sí misma y se cubrió la cabeza con las manos—. Lo has arruinado todo, como siempre.

—Lo siento.

—No mientas. —Alcira le dio un puntapié en las costillas y Mariana ahogó un grito de dolor—. Le dije al señor Manferrer que esperara por ti, que deseabas hablar con él, y mírate, encerrada aquí, escondida como la cobarde llorica que eres. Has arruinado nuestros planes. ¿Eso es lo que querías? ¿Perder la oportunidad de tener tu propia casa, dinero, una posición? ¡Lo has logrado! El señor Manferrer se ha ido. Tendré que disculparme con él por tu comportamiento.

—Por favor.

—¿Qué? ¿Qué quieres? —Alcira se inclinó, enredó los dedos en su pelo y la obligó a mirarla a los ojos. Los de ella eran duros, afilados, los de su hija, llorosos, vulnerables—. Siempre fuiste una estúpida. Hermosa, pero estúpida. Pensé que servirías para algo, pero veo que me equivoqué. Ahora tendré que trazar otros planes, inventar una mentira plausible para explicar tu repentina ausencia de la fiesta, el hecho de que hayas hecho esperar al único hombre que aceptaría casarse con una mierda como tú.

Mariana comenzó a llorar y Alcira la soltó, asqueada.

—Ojalá me hubiese deshecho de ti cuando me enteré de que estaba encinta —dijo. Retrocedió y la miró con frialdad—. Arruinaste mi vida.

Volvió la cara a un lado, hacia la puerta. La luz que provenía del pasillo iluminó parte de su rostro y dejó en sombras el resto.

—Si tú nunca hubieses existido, mi vida sería diferente. Pero, gracias a ti, tu abuelo me obligó a casarme con el señor Alcaraz y soy esto. Él me convirtió en esto que detestas, que odias.

—Yo no te odio, mamá.

—Sí que me odias. Lo veo en tus ojos cada vez que me miras. Deja de llorar.

—Mamá.

—¡Deja de llorar o te voy a dar verdaderos motivos para lamentarte!

Mariana se cubrió la boca con los dedos y la miró aterrorizada.

Alcira elevó el mentón.

—Te quedarás en tu alcoba hasta que decida qué hacer para enmendar el daño que has causado —dijo—. ¿Me entendiste?

—Sí. —Mariana observó las manos de su madre. Parecían puños a los lados de su cuerpo. Notó las venas azules que se entrecruzaban debajo de la piel pálida cada vez que crispaba los dedos, y apartó la mirada, asustada.

Alcira asintió, y después de dirigirle una última mirada de desprecio, salió y cerró la puerta con llave.

Mariana esperó a escuchar sus pasos alejarse en el pasillo antes de ponerse de pie. Una punzada de dolor atravesó sus costillas y contuvo un gemido. Se sentó en la cama y apartó la manta; elevó los pies y se recostó, convertida en un ovillo. Después de un momento, cuando consideró que su madre ya no regresaría, empujó la almohada y rozó con sus dedos los trazos que reproducían el rostro de Juan de Dios.

CAPÍTULO 8

Tito se llevó el pico de la botella de ginebra a la boca y bebió con fruición hasta que la última gota desapareció. Se limpió la boca con el dorso de la mano y arrojó la botella al suelo junto a un montículo de basura. Caminó tambaleante unos metros en la oscuridad, y luego se dejó caer sobre los peldaños que conducían al Templo de Venus. Se pasó las manos por la cara y se recostó en el último escalón. Sintió en su lengua un regusto amargo. Lanzó un escupitajo al suelo. Sus ropas hediondas y mugrosas se le ajustaron al abultado vientre cuando se volvió e intentó acomodar la cabeza en la curva de su codo doblado. Eructó y se rascó los testículos, incómodo. Los bichos lo comían vivo.

—¿Alguien tiene tabaco? —Se escuchó la voz rasposa de Palmiro entre las sombras. El viejo manco soltó una serie de carraspeos y luego se puso de pie. El lento arrastrar de sus pasos quebró el silencio que siempre reinaba a la orilla del río—. ¿Podrían darme tabaco?

—Mierda de viejo —murmuró Tito, y le dio la espalda.

—Tabaco.

—¡Cállate!

Alguien se puso de pie y empujó al viejo entre los arbustos. Después de un breve forcejeo, regresó el silencio, y el pequeño campamento de mendigos quedó en calma. El viejo comenzó a llorar entre hipidos.

Tito se tiró un pedo. Divisó entre las sombras a un par de borrachos que conocía de vista y con quienes había jugado al póker en varias ocasiones. Frunció el ceño. Quizá debía esperar despierto a que se durmieran. Pensó revisar sus escasas pertenencias en busca de unos pesos. Dio una mirada a su alrededor y sonrió: no habría muchos testigos. Tres ladronzuelos de corta edad dormitaban detrás de unos ciervos ornamentales de piedra y, un poco más allá, dos mendigos que acostumbraban a pedir limosnas en las puertas de la catedral ya comenzaban a echar cabeceadas. Sería el latrocinio más fácil de su vida.

Tito se arrebujo en el abrigo y observó el cielo nocturno. No había estrellas. Las nubes negras que venían del poniente conformaban una serie de siluetas deformes que se deslizaban por el cielo hacia la bóveda que formaba el follaje de los árboles sobre su cabeza. Llovería, decidió. Quizás al amanecer.

—Ey, Tito, ¿trajiste comida?— preguntó un viejo vagabundo desde la sombra de los arbustos mientras descargaba la vejiga entre las azaleas—. Tengo hambre.

—No tengo nada.

—Dijiste que hoy tendrías algo.

—Mentí.

—Tú nunca mientes.

Tito cerró los ojos.

—Vete a dormir.

—¿Qué pasó con el trabajo que debías hacer? Dijiste que te pagarían bien.

—No lo terminé.

—¿Por qué no?

—Ya déjame dormir —gruñó, y cerró los ojos.

El anciano murmuró algo en guaraní y luego se alejó renqueando entre los arbustos.

—Mierda —dijo malhumorado. No necesitaba que nadie le recordara la puta noche que había tenido dos días atrás. Se suponía que sería sencillo. Movi6 la quijada, todavía sentía el golpe que le había propinado la mierda de indio que había salido en defensa de la putita.

Un niño de no más de diez años, flaco y desaliñado, se arrastró hasta él desde las sombras y se sentó a su lado. Una sucia gorra de lana cubría parte de su piojosa cabellera.

—Vete de aquí —dijo Tito entre dientes—. Hueles mal.

José se rascó el pelo.

—El que debería irse de aquí eres tú —dijo. Echó una breve mirada hacia el camino de pedregullos que se perdía entre las negruras. Su único miedo en la noche era la posibilidad de que el vigilante del Paseo Mitre decidiera darse una vuelta por el Tempete de Venus y los descubriera a todos allí.

—No me molestes. —Frunció la nariz; José olía a estiércol. Supuso que otra vez había recogido caca de caballo para vendérsela como abono a las viejas matronas que vivían en las inmediaciones del arroyo Poncho Verde.

—Yo nomás digo. —El muchacho lo miró con sus ojos rasgados, pensativo —. Un hombre preguntó por ti esta tarde en el puerto. El viejo Samuel dijo que te conocía y que si quería encontrarte, podía hacerlo aquí, a estas horas.

—¿Quién?

—No lo sé. Un caballero.

—¿Sabes qué quería?

—Encontrarte, solo eso. —El muchacho encogió un hombro—. Yo en tu lugar me iría de aquí ahora. Un hombre como ese no querría nada bueno.

—¿Y Samuel le habló de mí?

—Vida y obra. Ese borracho de mierda le contó hasta de los bichos que te agarraste en lo de doña Laura.

Tito hizo una mueca, comenzaba a preocuparse.

—Samuel no acostumbra a soltar la lengua con cualquiera —masculó desconcertado.

—Ese caballero no lucía como cualquiera. —José bajó la voz y luego añadió, reverente—: Parece que es amigo del señor Rivera.

—¿De Dante Rivera? —Se incorporó, totalmente espabilado.

Dante Rivera era una sombra entre las sombras, un bandido, un truhán de los barrios bajos que había crecido entre putas y ladrones sin más Dios que el dinero. Conocía todo de todos en la ciudad, de ricos y pobres, y le importaba una mierda que su nombre fuera el nombre del diablo entre aquellos que tenían la desgracia de cruzarse en su camino. Sabía de qué hilos tirar cuando necesitaba algo de alguien sin importar la cuantía de su fortuna, y no dudaba en hacer uso de sus influencias si con eso obtenía lo que quería. Hasta los caballeros que habían nacido con una cuchara de plata en la boca se cagaban encima cuando escuchaban hablar de él. Tenía ojos y oídos en todas partes. No había un alma que no le debiera dinero, y no tenía ningún apuro en cobrar en metálico. Siempre podía pedir algún favor a cambio de una cuenta sin saldar, y aceptar un trato con él era el peor error que se podía cometer. Era entregarle el alma al demonio. Se decía que el municipio le permitía mantener abierta su casa de juegos solo porque se había encargado de eliminar a dos de los contrincantes políticos del Gobernador, que tenía bajo su férula a varios asesinos que morirían por él e, incluso, que controlaba a la mayor parte de la

policía y la delincuencia de la ciudad. Solo eran rumores, pero Tito estaba dispuesto a creerlos todos a pie juntillas. En su opinión, Dante Rivera era un mal bicho, y meterse con él era buscarse problemas en el mismísimo infierno.

—Mierda —dijo.

—Para mí que ese hombre no quiere nada bueno —dijo el muchacho, y le echó una mirada de lástima—. Ahora dame unas monedas, por el aviso.

—Lárgate.

El muchacho hizo una mueca.

—Espero que ese hombre te saque las tripas, por avaro —dijo, y desapareció en la oscuridad mientras se llevaba su hedor a mierda.

Tito pensó en el señor Gutiérrez. ¿Sería él quien lo buscaba? ¿Se habría arrepentido y habría decidido pagarle por sus servicios? Cuando fue por su paga a la casa de doña Laura, le había dicho que se marchara, que no le daría un centavo, ya que no había logrado siquiera hacerle un rasguño a su hijastra. Pero quizás lo había pensado mejor. Después de todo, Tito podía volver a intentarlo. Y esa vez no permitiría que se le escapara. Sin embargo, dudó. Gutiérrez sabía dónde encontrarlo. No tenía razones para hacer preguntas por ahí cuando bien sabía que él acostumbraba a pasar la noche en el Templete de Venus, y dudaba de que el señor Rivera fuera un amigo suyo.

Se puso de pie, oscilante. Estaba borracho y necesitaba dormir, pero tenía que marcharse. Escuchó un crujido entre los arbustos y se volvió bruscamente. Vio una sombra en la oscuridad y entrecerró los ojos.

—¿Quién...?

Juan de Dios cerró el puño y lo golpeó con fuerza en la mandíbula. El hombre trastabilló y cayó de espaldas a los pies de Venus.

—¿Qué mierda...?

Arasunu se inclinó, lo aferró por el cuello de su apestosa chaqueta y lo miró a los ojos.

—¿Me recuerdas? —preguntó, y su voz, aunque suave, contenía una amenaza.

Tito lo miró y palideció.

—Usted... —murmuró. Sus ojos inyectados de sangre reflejaron su miedo—. ¿Qué quiere?

—Tu atención, solo eso.

—La mujer está bien. No le hice nada.

—No porque no lo hayas intentado.

—Fue... Fue un error. —Intentó apartarse, pero Juan de Dios lo aplastó contra una de las columnas y esbozó una sonrisa siniestra cuando lo escuchó soltar una exclamación de dolor.

—¿Qué querías de ella?

—Nada, patrón. Unas monedas. Fue solo... Solo salió mal.

—Ella te arrojó su dinero y no lo tomaste. ¿Qué pretendías?

Juan de Dios hundió los dedos en su garganta y buscó su mirada.

Tito tragó saliva.

—No puedo respirar.

—Muy bien. —Sus ojos parecían canicas de obsidiana en la oscuridad—. Si quieres hacerlo, tendrás que responderme: ¿Quién te pagó para que la atacaras?

Arasunu extrajo su faca y la luz de la luna se reflejó un instante en la hoja.

—No me mate.

La hoja se deslizó con suavidad sobre la piel de su cuello.

—¿Gutiérrez?

Tito tragó saliva.

—Dijo que me pagaría bien —soltó aterrado—. Debía esconderme en el cobertizo, esperarla. Haría que fuera por la noche con una excusa, pero esa mujer estaba allí cuando llegué.

—¿Cómo te encontró?

—Como usted, patrón, preguntando. Yo no acostumbro a matar, pero ese hombre, dijo que me daría una buena cantidad por el trabajito, que me sacaría de pobre.

Juan de Dios endureció su expresión.

—¿Sabes quién soy?

—No, nunca lo había visto a usted antes de ayer.

Juan de Dios curvó las comisuras de sus labios.

—Dante me debe un par de favores —dijo con suavidad—. ¿Qué crees que sucedería si le digo que tú atacaste a una buena amiga mía y que estoy muy molesto?

Tito tragó saliva.

—Me mataría, patrón —dijo desesperado—. Usted sabe que sí, que a ese demonio no le importaría darme unos puntazos por gusto nomás.

Lo soltó y Tito se deslizó hasta el piso. Lo miró desde abajo, aterrado.

—Hablaré con Dante.

—No, no lo haga. Le juro que me iré, no volverá a saber de mí, pero no le vaya con el chisme al señor Rivera. Haré lo que usted me diga, patrón, cualquier cosa.

Arasunu enarcó una ceja.

—¿Cualquier cosa? —preguntó, casi de buen humor.

—Por mi madre que sí —dijo y se santiguó.

—Muy bien. —Arasunu cruzó la faca sobre sus riñones y esbozó una sonrisa—. Sígueme.

CAPÍTULO 9

Un relámpago iluminó el cielo gris plomizo y un poderoso trueno soltó su furia sobre la ciudad, espantando a los caballos. El cochero se bajó las alas del sombrero sobre los ojos y se arrebujó en su abrigo; se preguntaba si debía esperar a la señora, que había prometido una buena suma por llevarla hacia ese lugar alejado de la mano de Dios o largarse de allí antes de que se desatara la tormenta. Palmeó el pescuezo de uno de los caballos y tranquilizó al otro con unas breves palabras de afecto. Echó una mirada hacia atrás y apretó los labios, nervioso. Del otro lado de la calle De La Columna se alzaba un puñado de chozas de madera y adobe que, en su opinión, no resistiría a los golpes de una buena tormenta.

La llovizna perezosa que asolaba la ciudad desde el amanecer había convertido los estrechos senderos que discurrían entre los ranchos en verdaderas trampas de fango. Los caballos flacos, casi en los huesos, de pie entre los arbustos, toleraban el frío invernal con las orejas bajas y las patas hundidas en el barro. Varias carretas desvencijadas temblaban bajo la precaria seguridad de los árboles, y un pestilente hedor se elevaba en remolino hacia la calle ancha cada vez que el viento arreciaba.

El cochero dirigió sus ojos una vez más hacia el rancho donde había visto entrar a la señora y a su sirvienta, y suspiró. Era una dama, no podía dejarla sola allí. Todos en la ciudad sabían que ese lugar estaba infestado de ladrones y asesinos. Entrecerró los ojos y observó el lugar de hito en hito, entonces vio a la dama y, por un instante, se sintió exultante. Imaginó que cruzaría la calle y se reuniría con él, lista para abandonar esa mierda de lugar, pero sus esperanzas murieron al verla dirigirse hacia los árboles acompañada por uno de los miserables que allí vivían, sin siquiera dirigir una mirada hacia él.

Fernanda se acercó al pozo, se inclinó y observó su interior. Las aguas oscuras se movían con suavidad en el fondo. Había insectos en ella. Frunció la nariz ante el olor nauseabundo que se elevaba desde las profundidades. Insectos y mucho más, pensó.

—El agua está contaminada —dijo.

—¿Está segura, señorita?

—Muy segura.

Mateo Hernández echó una mirada hacia el pozo, horrorizado. Era un pescador de treinta años, de piel oscura y apergaminada. Su rostro opaco se ensombreció cuando comprendió la razón de la enfermedad de su hija.

—Irina ha bebido de allí —musitó—. Todos lo hemos hecho.

—Lo sé. —Fernanda observó a su alrededor con preocupación. Había contabilizado diez familias que, pensó, habían tomado agua del pozo sin considerar que el hedor que salía de su interior era una advertencia.

Irina solo era una más de las víctimas del descuido y la ignorancia de personas que no sabían leer ni escribir, que vivían con lo poco y nada que podían extraer del río y sus alrededores, que creían que nada sucedería mientras pudieran acudir a la curandera.

Habría deseado examinar al resto de las personas que allí vivían, hacinadas, pero solo Mateo había permitido a una médica entrar a su casa. La curandera, una mujer de edad indeterminada, ojos sesgados y pelo canoso, había prohibido a sus vecinos hablar con “la blanca”. Dijo que no los ayudaría, que solo deseaba curiosear en la pobreza, que mentía al decir que habían enfermado a causa del agua.

Mateo vaciló y luego apoyó la mano en su brazo, arrancándola de sus pensamientos.

—¿Qué es, señorita? —preguntó—. ¿Qué tiene mi niña?

—Según los síntomas que he podido apreciar, podría ser cólera.

—Dios mío.

Fernanda observó una diminuta casilla de madera empotrada entre dos árboles, apenas a unos metros del pozo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—La letrina. Nos pertenece a todos.

—Entiendo. —Fernanda se dirigió hacia allí, seguida de cerca por Mateo. Sus botines se hundieron en el barro y ella sintió cómo el agua lodosa le trepaba por los tobillos y entraba dentro de su calzado. El frío le caló hasta los huesos. Crispó los dientes, se recogió la falda y a trompicones avanzó. Abrió la puerta de madera y examinó el interior. Cecilia la observaba desde la puerta del rancho, preocupada. No había querido entrar y ayudarla a atender las dolencias de la hija de Mateo por temor a contagiarse, aunque Fernanda le había asegurado que el cólera no se contagiaba de persona a persona.

—No debí comprar naranjas —se lamentó el pescador—. Todo esto es mi culpa.

—No lo es. —Fernanda suspiró. Entre la población de Corrientes existía la idea de que enfermedades como la colerina, la disentería y el cólera eran consecuencia de la ingesta de frutas en mal estado—. Ya se lo expliqué, el cólera se transmite por contaminación del agua y de alimentos. Si su hija se lavaba las manos con el agua del pozo y bebía de allí, me temo que esa es la fuente de su enfermedad. No debe utilizar el pozo. Nadie debería hacerlo. Dígaselo a sus vecinos.

El hombre asintió, pero Fernanda dudaba de que confiara totalmente en sus palabras. Ella observó las casas arracimadas y se preguntó cuántas personas estarían enfermas y aún no lo sabían.

Pensó en la epidemia de 1886 y rogó al cielo que no se repitiera. Entonces se creía que el cólera se había desarrollado cuando llegaron los barcos que traían inmigrantes europeos portadores de la enfermedad. El primer caso, a principios de noviembre de 1885, se había detectado en el Hospital San Roque, en Buenos Aires; luego la enfermedad llegó a Rosario, sobre el mismo barco; y después se extendió al resto de las principales ciudades costeras del Litoral. Para mediados de diciembre, el Gobierno de la provincia de Corrientes intentaba ocultar el número de enfermos y de muertos que la enfermedad se cobraba.

La parte más representativa de la ciudad pidió a Salud Pública que se encargara de recorrer y examinar la cárcel y el Cuartel de Santo Domingo para evitar que la enfermedad se extendiera desde allí hasta el centro de la ciudad. Se pretendía obligar al Gobierno a cerrar el Colegio Nacional, la Escuela Normal de Maestras y todas las escuelas públicas por temor a que sus hijos e hijas se contagiaran al estar en contacto con personas enfermas.

A medida que transcurrían los días, el Gobierno intentaba controlar el pánico de la ciudad y negaba la existencia misma del cólera o minimizaba sus consecuencias, aun cuando los progresos de la ciencia permitían el diagnóstico de la enfermedad. A pesar del miedo de unos pocos y del convencimiento de la mayoría de la población de que el peligro acechaba, el Gobierno no hacía mucho por evitar las muertes.

Recién después de que el doctor Pardo, presidente del Consejo de Higiene, difundiera la noticia de que se multiplicaban los casos en la ciudad de Buenos Aires, en la Boca y en Barracas y en el Hospicio de Dementes, y que en Rosario sucedía lo mismo, el Gobierno dio órdenes de poner en cuarentena de ocho días a los pasajeros que arribaban a la ciudad en los vapores provenientes de Buenos Aires y de Santa Fe.

Aunque el pánico todavía no se había desatado en la ciudad, las noticias eran alarmantes. Los bailes y tertulias empezaron a contar con un menor número de asistentes. Como si fuera poco, hacia la misma época, la ciudad de

Corrientes no solo se vio afectada por el cólera, sino también por la tisis, la tuberculosis, la meningitis, la tuberculosis pulmonar, la neumonía y el tétanos.

El Gobierno y la Dirección del Consejo de Higiene anunciaron finalmente, ya incapaces de ocultar la verdadera situación en la que se encontraba la ciudad, la necesidad de quemar las casas de los “coléricos”.

Las cifras de los muertos por el cólera fueron alarmantes: en noviembre de 1886, 833; en diciembre, 1007. Recién a mediados de 1887 el mal comenzó a disminuir hasta desaparecer tan rápido como había aparecido, y nunca se dieron a conocer medidas de prevención ni las verdaderas causas de la enfermedad.

Fernanda se apartó el pelo de la frente y miró al hombre, decidida.

—El pozo está contaminado con heces fecales —dijo tajante. Él carraspeó y desvió la mirada, avergonzado. Fernanda le tomó la mano y buscó su mirada —. La letrina está demasiado cerca. Tienen que cerrarla y erigir una lejos de cualquier caudal de agua que tengan para beber.

—Sí, señorita, yo entiendo, pero no sé si mis vecinos querrán hacerle caso.

Fernanda crispó las uñas contra los pliegues de la falda y regresó al rancho, enojada. Mateo tenía razón.

—¡Cecilia! —llamó. Avanzó hacia ella mientras eludía a los perros que dormían a las puertas de la casa—. ¿Cómo está la niña?

—No lo sé, señorita. Desde aquí parece tener dificultades para dormir.

—Es la fiebre. —Fernanda apartó a la mujer y entró a la casa. Además de dos catres, una pequeña mesa y un par de sillas desvencijadas, no había dentro mucho más.

—¿Está segura de que quiere entrar allí? —se asustó Cecilia. Sostenía la cesta de su patrona con los dedos casi blancos a fuerza de presionarlos contra las asas. Miró al hombre, avergonzada, pero insistió—. No querría que usted enfermara también.

—El cólera no se contagia de persona a persona —repitió Fernanda por enésima vez. Se arrodilló junto a al catre de la enferma y le apoyó la mano sobre la frente. Ardía.

—¿Papá? —La niña volvió la cabeza a un lado, parecía sufrir.

—Aquí estoy, m'hija —dijo Mateo y arrastró una silla junto a la cabecera del catre. Tomó la mano de la niña y pestañeó en repetidas ocasiones mientras la miraba—. Ella está despertando, ¿no, señorita? Estará mejor, ¿verdad?

—Delira. —Fernanda destapó la botella de agua que había traído con ella y vertió un poco en un vaso. Levantó a la muchacha por la nuca y la obligó a beber unos sorbos—. Tiene que hidratarse. Ha perdido mucho líquido.

—Ha vomitado mucho—dijo Mateo.

Cecilia lo miró horrorizada desde la puerta. Se cubrió la nariz con un pañuelo.

—Eso es malo, ¿no es así? —murmuró.

—Sí. —Fernanda dejó la botella de agua en el suelo y miró al anciano—. Dejaré esto, pero tiene que conseguir más agua. Limpia, de lejos de aquí.

—Sí, señorita.

—Regresaré mañana por la mañana. Si cree que debo estar antes, envíe por mí. Sabe dónde encontrarme.

—Sí, doctora, lo haré. —El hombre acarició el pelo húmedo de su hija. La pequeña no debía de tener más de diez años.

Fernanda se lavó las manos en una jofaina y dejó uno de los jabones de jazmín que había preparado en su casa.

—Lávese las manos con esto —dijo y le mostró el jabón—. Úselo cada vez que deba preparar alimentos y luego de hacer sus necesidades.

El hombre asintió avergonzado, incapaz de mirarla.

Fernanda soltó un suspiro. Supuso que se habría sentido más cómodo con un médico hombre, pero, al parecer, la hija había pedido por ella. Miró el rostro de la chica y pensó en la última vez que la había visto en su casa, sana y feliz, preocupada solo por las ampollas que le habían quedado después de tocar por accidente las asas calientes de una olla. Esperaba que pudiera recuperarse.

Fernanda guardó sus instrumentos médicos y los dejó dentro de la cesta, se despidió de Mateo. El pescador asintió con toda la atención puesta en su hija.

Fernanda apartó la cortina que cerraba la puerta y salió del rancho con Cecilia a su lado. La mujer respiraba contra su pañuelo, preocupada.

—No me gusta este lugar —dijo—. Dicen que aquí se entra, pero se sale solo por milagro.

—Tonterías.

—Nada se tonterías. Es un hecho. —Cecilia miró con desconfianza a los lados y de pronto soltó una exclamación de miedo—. ¡Mire allí, se acerca un bandido!

—¿Qué?

—¡Un malhechor! Parece que nos esperaba. ¡Corra, señorita, corra por su vida! —gritó Cecilia, y salió disparada hacia la avenida.

Fernanda la ignoró y observó al hombre que avanzaba hacia ella con una seguridad rayana en la arrogancia. Sus movimientos eran pura gracia masculina, destilaba elegancia fría y controlada mientras se acercaba. Vestía botas y guantes negros; un sombrero le ocultaba el rostro, y un abrigo, también negro, lo mantenía a salvo del viento y la llovizna.

Ella alzó las cejas cuando lo reconoció.

—Señor Ferrara —saludó y sonrió—. ¿Qué hace aquí?

Él la aferró por el codo y prácticamente la empujó hacia la avenida.

—¿Es que no tiene dos dedos de frente? —gruñó. Clavó en ella sus ojos amenazantes. La vio pequeña y vulnerable, y apretó los dientes—. ¿Acaso no sabe lo que puede ocurrirle a una mujer sola en este lugar? ¿Qué hace aquí?

—Una niña pidió por mí cuando enfermó. Vine a verla —dijo. Intentó detenerse, pero él no se lo permitió—. Suélteme.

—No.

—¿No? ¿Qué cree que hace?

—Asegurarme de que salga de aquí por su propio pie.

—¿Perdón?

—Tres hombres las seguían a usted y a su acompañante.

—No puede ser. —Ella intentó examinar las estrellas callejuelas que serpenteaban entre los ranchos, pero él no se lo permitió.

—Camine.

Fernanda lo miró ofuscada. Tenía la impresión de que si tropezaba y caía, él terminaría por arrastrarla.

—Le agradezco su preocupación, señor, pero no me habrían atacado —dijo, e intentó ser paciente con él—. Soy médica, vine aquí para ayudar.

Juan de Dios le dirigió una mirada dura.

—¿Piensa que su título y sus intenciones la ayudarían a escapar? Creo que no.

Hubo un momento de silencio.

—Todavía estoy enfadada con usted, señor —dijo—. No debió dejarme creer que era un peón cuando es un caballero. Siento que pretendía burlarse de mí. ¿Arasunu es su nombre o era parte de la broma?

Él no apartó los ojos de ella.

—Juan de Dios es mi nombre de bautismo. Mi madre biológica me llamó Arasunu al nacer —dijo—. No pretendía burlarme de usted.

Ella asintió.

—Cuando me encontré con usted en casa de su hermana me dejó regañarlo por llamar a la señora por su nombre —dijo—. Debí decírmelo, ahora me siento como una tonta.

—Fue mi culpa. —Él desvió la mirada hacia la calle—. Estoy acostumbrado a tratar con personas que no me consideran un caballero solo por las circunstancias de mi nacimiento. Pensé que usted sería una de ellas.

Ella intentó controlar su curiosidad pero no pudo hacerlo.

—¿Y cuáles son esas circunstancias?

Él la miró en silencio un momento y ella enrojeció.

—Discúlpeme, sé que no me incumbe. Si no quiere hablar de ello, lo entiendo, por supuesto.

—Mi madre era muy joven cuando creyó estar enamorada —dijo en voz baja—. No tendría más de quince años. No sé quién fue mi padre y tampoco me importa, pero era un blanco. Cuando quedó preñada, la abandonó. Encontró trabajo como sirvienta en la casa de Basilio y Eleonora Ferrara. Cuando nací, ellos decidieron adoptarme a pedido de mi madre. Basilio me dio la protección de su apellido a pesar de mi sangre mestiza, y crecí con todos los privilegios que el dinero puede comprar. Pero eso carece de importancia cuando la mayoría de las personas al verme solo reparan en el color de mi piel.

Juan de Dios la observó un momento y luego decidió cambiar de tema.

—Fui a buscarla a su casa —dijo—. La señorita Alcaraz me dijo que la encontraría en este lugar, quería hablar con usted.

—¿De qué?

Él la soltó cuando dejaron atrás el rancherío.

—Del hombre que intentó atacarla hace dos días. —La miró a los ojos—. Hablé con él.

Fernanda se puso tensa. Olvidó su enfado y lo reemplazó la preocupación.

—¡Señorita! —interrumpió Cecilia desde la sombra que echaba sobre ella un lapacho. Agitó la mano, desesperada—. ¡El carruaje que alquiló usted no está!

—Le pagué y le dije que se fuera. —Arasunu apretó los dientes y se dispuso a discutir si era necesario—. Yo la llevaré a su casa.

Fernanda parpadeó.

—Oh. Está bien —dijo.

Él clavó en ella sus ojos, intrigado. Esperaba que se disgustara por tomarse la libertad de decidir por ella, pero, al parecer, le importaba poco y nada que lo hubiese hecho.

Cecilia parecía desesperada. Su rostro había palidecido.

—¿Necesita ayuda? —gritó.

Fernanda le hizo un gesto con la mano para que callara, y luego se volvió hacia Arasunu. Todavía sorprendida porque él se hubiese tomado el tiempo de buscar a su atacante y hablar con él, su expresión no reveló más que serenidad.

—Lo lamento —dijo—. Cecilia no lo reconoció con ese atuendo. Es una chica un poco nerviosa. No lo tome a mal, por favor.

Él asintió.

—¿Tiene que regresar? —preguntó.

—¿A mi casa? Sí.

—A este lugar —dijo—. ¿Tiene que volver?

—Oh, sí, mañana por la mañana. Pensaba examinar al resto de las familias hoy, pero me temo que no pude hacerlo. Una vieja arpía me lo prohibió. —Suspiró—. Lo haré mañana si Dios quiere.

—Vendré con usted.

—No tiene que hacerlo —balbuceó atónita—. Se lo agradezco, pero...

—Espere por mí en su casa. ¿A qué hora pensaba salir?

Fernanda lo miró, todavía incrédula.

—¿A las ocho? —dijo vacilante.

—A las ocho estaré en su puerta.

Arasunu hizo un gesto hacia Cecilia cuando llegó junto a ella.

—¿Por qué echaste a correr y dejaste sola a tu señora? —preguntó, hosco.

—Yo... —La mujer empezó a temblar—. Lo siento, señor, no sabía que se trataba de usted. Creí... Creí que era un pillo y que nos haría daño.

Cecilia unió las manos contra su estómago, muy nerviosa.

—Lo siento, señor —dijo llorosa—. No volverá a ocurrir.

—Por supuesto que no, o te encontrarás en la calle con tanta celeridad que no sabrás qué pasó —dijo él, cortante—. ¿Está claro?

Cecilia miró a Fernanda con los ojos muy grandes y luego de nuevo a él, y asintió aterrada.

—Sí, señor —musitó—. Muy claro.

Juan de Dios miró a la mujer con una expresión tan amenazante que ya no pudo contenerse y se echó a llorar.

—Suba al carruaje —dijo él, tajante—. Ahora.

La mujer asintió y obedeció al instante, aterrorizada.

Fernanda frunció el ceño.

—¡Señor! —murmuró ofuscada—. La aterró y además amenazó con echarla cuando soy *yo* su patrona. ¿Cómo se atreve?

Arasunu la aferró del codo y prácticamente la arrojó al interior del vehículo.

—Encontré al hombre que trató de lastimarla en su casa —dijo e hizo caso omiso de sus palabras. Hizo un gesto hacia el cochero, y el carruaje se puso en movimiento. Se sentó frente a ella y la miró a los ojos. Cecilia lloraba en silencio en una esquina con un pañuelo contra la boca—. Hablé con él. Es un pobre diablo al que su padraastro contrató para hacerla matar.

Fernanda lo miró muda. Cecilia calló de repente y clavó en él sus enormes y acuosos ojos.

—Dios mío —murmuró la sirvienta.

Fernanda apretó los dientes.

—Supuse que él estaba detrás de todo esto, por cierto, pero creí que solo quería asustarme.

—La quiere muerta.

—Pero quería enviarme a un asilo de dementes.

—Si no puede, tanto más rápido será llevarla al cementerio —dijo tajante. La miró a los ojos—. ¿Tiene algún lugar donde quedarse? No quiero que viva bajo su techo. Es peligroso.

—Es *mi* techo, no el suyo —dijo ella, enfática—. No me iré a ningún lado. El que tendrá que irse es él. De hecho, en cuanto llegue, le diré que sé lo que intentó hacerme y le pediré que haga sus maletas y se largue de mi casa.

—Lo negará. La llamará loca y, si usted chilla, patalea y lo acusa de tratar de matarla, le será más sencillo arrastrarla hasta ese asilo que tanto teme.

—Dios mío —repitió Cecilia, cada vez más pálida.

—Lo mejor que puede hacer es salir de esa casa —dijo. Pensó que convencerla de hacer su voluntad requeriría más paciencia de la que tenía en ese momento. Endureció el tono—. Si no tiene un pariente con quien quedarse,

le pediré a una de mis hermanas que la reciba como huésped. O a mis padres si lo prefiere.

—No, gracias. Sé que está preocupado por mí, pero tendrá que dejarme solucionar esto a mi manera. No dejaré mi casa.

—¿Es que no lo entiende? —Arasunu se inclinó y le encerró la cara entre las manos para obligarla a mirarlo a los ojos. Sintió bajo los dedos la suavidad de su piel y, por un instante, sus ojos bonitos lo distrajeron. Crispó la mandíbula—. Está usted en peligro.

Ella intentó sonreír.

—Amenazaré a mi padrastro con usted —dijo—. Le diré que usted sabe lo que intentó hacer conmigo y que, si me sucede algo, usted se encargará de enviarlo a la cárcel. ¿Qué le parece?

—No lo creo —dijo con voz ronca.

—Está usted un poco nervioso, ¿verdad? —dijo con suavidad—. Quizás un té de tilo le vendría bien.

Él la soltó.

—Tilo... —murmuró. Parecía incrédulo.

—Es muy bueno para los nervios, se lo aseguro.

Cecilia clavó en ella sus ojos enormes.

—Señorita, lo va a enojar —advirtió por lo bajo.

Fernanda la ignoró.

—Piénselo, señor. Mi padrastro no volverá a intentar nada contra mí tan pronto sepa que hemos descubierto sus planes. Se delataría. —Como él no hizo comentarios, se animó—. Esperará un tiempo, al menos, para volver a

atentar contra mi vida. Para entonces espero haberlo echado ya de mi casa.

Arasunu perdió los estribos.

—Suficiente —dijo—. Hará lo que yo diga y se abstendrá de advertirle nada a nadie, ¿me escuchó? Yo me ocuparé.

Fernanda frunció el ceño.

—En cuanto regresemos, hará las maletas y la llevaré con mis padres.

—No.

—¿No?

—No. —Ella se inclinó y le palmeó la mano—. ¿Preferiría su té de tilo con azúcar? Le prepararé una taza en cuanto lleguemos a mi casa.

Arasunu le dirigió una mirada torva, pero no hizo comentarios.

Ella sonrió.

—¿Ve por qué necesito un marido? —dijo con un suspiro mientras le acariciaba la mano, distraída—. Si estuviera casada y me pasara algo, todo mi dinero lo recibiría mi esposo y mi padrastro no vería un centavo.

—Tiene un abogado —dijo él con voz ronca—. Eso tendrá que bastarle por el momento.

—¿Un abogado?

—Yo. —Le clavó una mirada dura—. Me encargaré de mantenerla a salvo.

Ella se ruborizó.

—Gracias —dijo. Lo miró y sus ojos parecían miel líquida—. ¿Por qué hace todo esto por mí?

Juan de Dios se preguntó qué debía decirle. Ni él mismo sabía la respuesta a esa pregunta.

Fernanda ladeó la cabeza.

—¿Es por su madre? ¿Ella le pidió que me ayudara? —preguntó, y ensayó una sonrisa. Su rostro se dulcificó—. Era amiga de mi madre, ¿lo sabía?

No, no lo sabía, pero pensó que esa sería una excelente excusa para explicar su comportamiento, su preocupación por ella.

—Sí —dijo suave—. Mi madre está preocupada por usted.

—Entiendo. Es una dama encantadora. —Suspiró.

Arasunu le dirigió una mirada elocuente.

—De ahora en adelante, si tiene que salir de su casa para ir a un rancharío o debe ocuparse de una emergencia en la noche, envíeme un mensaje —dijo con frialdad—. La acompañaré.

Ella sonrió.

—¿Qué sucedería si debo salir a las tres de la mañana?

—Iré con usted.

—¿Y a la siesta mientras todos duermen?

—También.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Y si tengo que ir a la iglesia, también irá usted?

—Sí.

—¿Y a...?

—Si tiene que ir al maldito infierno, iré con usted —dijo irritado—. ¿Está claro?

—Muy claro.

Fernanda alzó una ceja.

—Solo tengo una pregunta más —dijo pensativa—. ¿Qué cree que dirá la gente?

—¿Y a quién le importa?

Ella lo miró un momento en silencio y luego suspiró:

—Cuénteme —dijo para cambiar de tema—. ¿Qué hizo con ese hombre? ¿Lo llevó a la policía? ¿Está en la cárcel?

Arasunu curvó los labios.

—Ahora trabaja para mí.

—¿Cómo?

—Él se encargará de vigilar a su padrastro por mí —dijo con calma—. Me informará de todos sus movimientos.

—¿Confía en ese hombre? —Parecía incrédula—. ¿Y si lo traiciona?

—Le advertí que si lo hacía, lo mataría.

Ella lo miró, boquiabierta.

—¿Cómo lo convenció de que trabaje para usted?

—Se sorprendería si supiera cuántos hombres venderían su alma al diablo a cambio de unos pesos.

Ella ahuecó los labios.

—Supongo que aquí usted es el diablo —musitó.

Él curvó las comisuras de los labios.

—Invíteme a su casa —dijo.

Eso la desconcertó.

—¿Perdón? Creí que lo había hecho. El té...

—Presénteme a su familia.

Ella abrió la boca y la cerró. Le frunció el ceño.

—Preferiría no hacerlo —dijo finalmente.

—Piénselo. Los rumores respecto a nosotros no serán tantos si la sociedad considera que somos amigos y que su familia aprueba nuestra amistad.

—Pero mi padrastro y su mujer son detestables. Podrían insultarlo.

Él enarcó una ceja.

—¿Se preocupa por mí?

—Por supuesto que sí —murmuró y eludió su mirada—. No querría que usted se sintiera incómodo. Mi padrastro pretende encerrarme en un asilo de dementes y su mujer destrozó toda mi ropa para hacerle creer a quien quisiera escucharla que estoy loca. Si hacen eso conmigo, no puedo ni imaginar qué harán con usted.

Él sonrió.

—Es obvio que usted no me conoce.

—Pero...

—¿Qué le parece si me ofrece esa taza de té de tilo en cuanto llegemos? Creo que empiezo a sufrir de los nervios otra vez. Será una buena oportunidad, además, para presentarme a su familia, ¿no lo cree?

CAPÍTULO 10

La música de un violín se escuchaba distante, casi como si proviniera del exterior, pero el músico que interpretaba aquella melodía suave y agradable se encontraba sentado detrás de unas cortinas en una de las esquinas del salón. Un sinnúmero de velas teñían de amarillo las paredes, las fotografías que adornaban la repisa de la chimenea, la alfombra y los espejos que reproducían el salón hasta el infinito. Una serie de mesas y sillas estaban distribuidas a lo largo del recinto frente a una barra de madera provista de una variada profusión de bebidas espirituosas. Aunque todavía era temprano y de ordinario los caballeros no llamaban a la puerta de Laura Zacarías antes de las once, esa noche habían comenzado a llegar poco después de las nueve, y un gran número de mesas ya estaban ocupadas. Varios caballeros, ya borrachos, habían solicitado la compañía de dos de las jóvenes más admiradas del salón y habían subido con ellas al piso alto entre risas y bromas mientras zarandeaban botellas de champaña de un lado a otro.

Horacio Gutiérrez dejó su copa vacía sobre la mesa e hizo un gesto con la mano hacia una muchacha que recorría el salón vestida solo con una camisola sobre su cuerpo desnudo. Bajo la tenue luminosidad de las velas, su cuerpo pequeño y de curvas pronunciadas tenía una suave tonalidad broncea, casi dorada.

—Más —dijo con voz ronca.

La muchacha sonrió, se acercó a él y llenó su copa con vino. El pelo ensortijado se le deslizó sobre unos de los hombros y enmarcó el ovalo perfecto de su rostro infantil. Horacio observó los pezones oscuros que presionaban contra la tela. Estiró la mano y le apretó uno de los senos.

—¿Eres nueva?

—Sí, señor.

Él asintió satisfecho.

—¿Cuánto?

—No lo sé, señor. Debe preguntarle a la señora Laura. El precio varía según las preferencias del cliente, sabe usted.

—Lo sé. —Asintió y permitió que la joven siguiera con su trabajo, aunque no apartó los ojos de ella. Le gustaría probarla. Laura siempre le había permitido tener la primera noche con las nuevas. Vio a la muchacha tambalearse sobre sus zapatos y se preguntó qué edad tendría. ¿Trece años? ¿Catorce? Dudaba de que tuviera un día más de quince.

Horacio miró el contenido de su copa, ensimismado. Hubo en tiempo en que muchachitas como aquella lo miraban con ansias, y no precisamente por su dinero, pensó. Cuando todavía era joven y creía que tenía un brillante futuro por delante, habría podido tener a cualquier mujer que quisiera con solo chasquear los dedos. Pero ahora, concluyó, su valor se reducía a lo que llevaba en la cartera.

Unas manos suaves se apoyaron sobre sus hombros desde atrás, y un intenso perfume a lilas lo envolvió. Ella se inclinó y deslizó sus dedos hacia abajo. Le apoyó el mentón en el hombro y le rozó el cuello con un beso suave.

—Sabía que vendrías —dijo. Su voz sonó ronca a sus oídos, seductora.

—No puedes resistirte a mí, lo sabes.

—Lo sé, sí.

Él sonrió. Le tomó una de las manos y le depositó un beso en la palma.

—¿Me extrañaste?

—Quizás. —Ella sonrió y se sentó a su lado.

Él la miró arrobado. Laura se veía hermosa esa noche con un elegante vestido de noche de satén y encaje blanco. Unas diminutas rosetas rojas le adornaban los bajos de la falda y el profundo escote en V que le enmarcaba los pequeños senos enhiestos. Se acercaba a los cuarenta y cinco años, pero la vida había sido generosa con ella: ninguna arruga estropeaba su cutis perfecto; su pelo negro y sus ojos celestes, que contrastaban vivamente con su piel pálida y sus rasgos elegantes, afilados, casi etéreos, todavía conservaban cierta expresión inocente, muy atractiva en una mujer que había dedicado su vida a complacer a los hombres.

—Vi a tu esposa ayer por la mañana en el mercado —comentó en voz baja. Bebió un trago de vino—. Está envejeciendo.

—Ya era vieja cuando me casé con ella.

—Un mal menor si esperabas tener todo su dinero.

—Y resultó que no tenía un centavo a su nombre. —Horacio la observó humedecerse los labios con la punta de la lengua y se puso duro—. Me engañó.

—Las mujeres no engañan a los hombres; solo deciden ocultar lo que ellos no pueden ver por sí mismos. —Sonrió—. Supongo que nunca te habló de su fortuna. No habría sido correcto. Una mujer jamás debe tocar temas de dinero con un hombre. Si creíste que era una viuda rica y acaudalada, el error fue tuyo.

Horacio asintió.

—Ya lo sé —gruñó.

Ella le tomó la mano y lo miró a los ojos.

—Leticia Contreras enviudó hace ocho meses —dijo—. ¿Recuerdas lo enamorada que estaba de ti?

—Sí. —Hizo una mueca y apuró su copa.

Leticia Contreras era una mujer flaca, aburrida y simplona, pero provenía de una buena familia. No había tenido muchos pretendientes en su juventud, ya que era feúcha y desgarbada, razón por la cual se había casado con el primero que se lo había propuesto después de que Horacio le rompiera el corazón al casarse con Alcira.

Su marido era treinta años mayor que ella, un comerciante que había comenzado a acrecentar su fortuna en Montevideo y luego la había consolidado en Buenos Aires con la compra de tierras. Cuando llegó a Corrientes para hacer negocios con el padre de Leticia, la conoció y, al parecer, decidió que la chica sería una buena esposa para él. Se casó con ella casi de inmediato.

Poco antes de que Alcira y el señor Contreras entraran a escena, Horacio había comenzado a cortejar a Leticia. Su padre tenía dinero, no mucho, pero sí el suficiente como para llamar la atención de un cazafortunas, y pensó que sería sencillo enamorarla. Y lo fue, pero entonces Alcira enviudó, y él creyó que heredaría una fortuna de su esposo, por lo que se casó con ella y, cuando descubrió que era más pobre que una rata de puerto, ya era demasiado tarde.

Dos meses después, Leticia se convirtió en la esposa del señor Contreras y, por lo que sabía, había quedado preñada al instante, porque a nueve meses apenas de la boda, dio a luz un niño sano y fuerte que, pensó Horacio, se convirtió el heredero de la fortuna de su padre.

Laura suspiró.

—¿Te imaginas todo lo que podríamos hacer si tuviéramos el dinero de Leticia en nuestras manos? Para empezar, dejaría esto en manos de mi hermana, compraría una casa en el centro de la ciudad y me codearía con lo

mejor del patriciado. Luego encargaría un guardarropa nuevo, y al señor Hoffman le pediría que reservara sus mejores joyas para mí.

—Te conseguiré esa vida —dijo Horacio, y la miró a los ojos—. Debes tener paciencia.

—Soy paciente, pero los años pasan, mi amor. Quiero disfrutar de la vida mientras soy joven y hermosa.

—No me gusta que trabajes de puta.

—Ya no lo hago. —Laura hizo un gesto con la mano hacia las muchachas que entretenían a los caballeros—. Los hombres las prefieren jóvenes.

—Yo no. —Horacio tomó su mano y besó uno a uno todos sus dedos—. Habrá dinero para los dos. Mucho dinero.

Ella enarcó una de sus finas cejas.

—¿Sigues con la idea de convertir a tu hijastra en una loca? —preguntó divertida.

—Sí, pero creo que podré conseguirlo, su conducta a veces es muy extraña. No será difícil convencer a un par de médicos de su debilidad mental si me lo propongo.

—No lo dudo, pero tiene un amigo al que no deberías ignorar.

Tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Juan de Dios Ferrara —dijo finalmente.

—Ese mestizo...

—Cuidado. —Laura le selló los labios con un dedo—. Puede no parecerlo, pero es un hombre peligroso. Confía en mí.

—¿Lo conoces? ¿Ha estado aquí?

—No he tenido ese placer. —Sonrió cuando Horacio endureció la expresión, y descartó sus celos con una caricia—. Si le interesa tu hijastra, y parece que así es, y considera que representas una amenaza para ella, no dudará en considerarte su presa.

—Tonterías.

—¿No quieres escucharme? No lo hagas. Sin embargo, deberías hacerlo. Más sabe una mujer inteligente que un hombre ambicioso. Escúchame, sigue mis consejos. Aléjate de él. No te conviene indisponerlo en tu contra.

Horacio rumió una maldición.

—¿Qué esperas que haga?

Laura deslizó un dedo sobre el borde de su copa.

—Quizás esa mujer, Fernanda, no sea la llave a nuestra felicidad —dijo con suavidad. Fijó en él sus ojos hipnóticos, hermosos—. Quizás deberías pensar en Leticia.

—Te recuerdo que estoy casado, Laura.

Ella alzó una ceja.

—Eso puede solucionarse. —Tomó un trago—. ¿O, no?

* * *

Unos golpes en la puerta la despertaron. Fernanda parpadeó y fijó la mirada turbia en el techo. Las sombras de la noche habían desaparecido. ¿Cuánto había dormido? Se sentía cansada: era obvio que no había descansado bien.

Bostezó y apartó las sábanas. Se sentó en el borde de la cama, adormilada, y fijó los ojos en el rectángulo de luz que había sobre la alfombra. El resplandor de la mañana entraba oblicuo a través de la ventana y convertía en bronce todo lo que rozaba. Fernanda observó el reloj que colgaba de la pared, justo frente a la cama. Nueve y media. Nunca había dormido tanto. Los golpes en la puerta se reanudaron.

—¿Estás despierta? ¿Puedo pasar?

Fernanda cerró los ojos un instante.

—Un momento —dijo. Se puso de pie y, con pasos inseguros, se dirigió hacia la jofaina que se encontraba en una esquina de la alcoba. Se lavó la cara y las manos con agua fría para espabilarse. Tenía que ir al retrete, pero supuso que Mariana no podría esperar; parecía ansiosa y preocupada.

—¿Fernanda? Ábreme, por favor. Tengo que hablar contigo.

La joven suspiró y fue hasta la puerta. Corrió la silla que había dejado trancada bajo el picaporte y luego regresó junto a la jofaina.

—Adelante.

Mariana empujó la puerta y entró; se quitó los guantes. Era evidente que venía de la calle. Lucía un traje sastre color azul intenso que destacaba el añil de sus ojos, un sombrerito a juego y una pelliza que quizás no la protegía del frío, pero sí resaltaba las pronunciadas curvas de su figura.

—Fui al mercado esta mañana con mi madre y con Joaquina —comenzó, disgustada. La expresión de su rostro revelaba a las claras su irritación—. Mientras hacíamos las compras, me encontré con la señorita Pampín y la señorita Soto, ¿las recuerdas?

—No lo creo. —Fernanda tomó un cepillo y comenzó a peinarse frente al espejo del tocador—. ¿Debería?

—Sí. Pertenecen a dos de las familias más importantes de la ciudad. Y me dijeron que piensan seriamente en retirarte la invitación a la fiesta que organizan en el teatro porque tu conducta es reprochable.

—Ah.

—¿Ah? ¿Solo “ah”? —Apretó los dientes—. ¡Hay muchos y muy desagradables rumores sobre ti en la calle! —exclamó Mariana, agitada—. Y todos ellos hablan de tu relación con el señor Ferrara. Hace más de dos semanas que viene por ti para salir a pasear. Cualquiera diría que están comprometidos.

Fernanda buscó un par de horquillas en su alhajero.

—No salimos a pasear —dijo—. Tratamos un brote de cólera en el rancherío que está después de la calle ancha, cerca de la cárcel.

Mariana palideció.

—¿Y vas allá, con esa gente?

—Sí.

—¿No te da miedo?

—Soy médica, tengo que ir.

—¿Y si te contagias?

Fernanda la ignoró.

—Trabajo junto al señor Ferrara para evitar que otras personas enfermen —dijo, y trató de ser paciente—. Estoy segura, él también. Incluso sus hermanas nos han acompañado y ayudado a tratar a los enfermos.

—Dios mío.

—No te preocupes, todos están muy sanos.

Mariana la miró con duda. Desvió la mirada y, después de un momento, comentó:

—Nunca te vi pasar tanto tiempo con un hombre. ¿Tienen una relación, como dice la señorita Pampín?

—Somos amigos.

—¿Te gusta? Solo quiero saber si lo encuentras atractivo.

—¿Por qué quieres saberlo?

Mariana vaciló. Se mordió el labio inferior y luego tomó una bocanada de aire.

—¿Has escuchado hablar de la señorita Julia Sandoval? —preguntó.

—No.

—Por supuesto que no. —Mariana se mostró muy contrariada—. Estás todo el día con esas personas enfermas y no sabes lo que ocurre bajo tu nariz. Esa mujer es la amante del señor Ferrara.

Fernanda alzó una ceja, pero no hizo ningún comentario.

—Es actriz —continuó, cada vez más airada—. Y una no muy buena, por cierto. Vive en una casa que, dicen, le compró él. También le paga todas sus cuentas. Pensé que te molestaría saberlo.

—¿Por qué tendría que molestarme? —preguntó Fernanda casi con indiferencia, aunque los celos comenzaron a carcomerle las entrañas. Pensó que no había razones para estar celosa. Juan de Dios era un buen amigo, un

caballero que la acompañaba en sus visitas médicas, que no dudaba en escucharla y aconsejarla, un hombre en el que podía confiar, pero nada más—. Lo que el señor Ferrara haga con su tiempo no me incumbe.

—Debería importarte si planeas atraparlo.

—Yo no quiero... —Fernanda la frunció el ceño—. Dios mío, ¿eso dicen los rumores?, ¿que quiero atraparlo, casarme?

—Sí. —Mariana desvió la mirada—. La señorita Pampín me dijo que una mujer de tu edad estaría interesada en “atrapar cualquier cosa” siempre que logre tener un anillo en el dedo. Dijo que como eres una presumida feúcha y sin gracia, el único que podría estar interesado en ti debía ser un mestizo aceptado en la sociedad por el apellido del padre que lo adoptó y el dinero que posee.

—No lo puedo creer. —Fernanda se puso de pie, lívida. Crispó los puños a los lados del cuerpo, furiosa—. Te prohíbo que repitas esas tonterías en mi casa. De ninguna manera toleraré que se insulte al señor Ferrara cuando es el hombre más amable y honesto que he conocido en mi vida.

—Yo no...

—Él no tiene la culpa de las circunstancias de su nacimiento y, además, ser mestizo no es ninguna vergüenza. Y una cosa más: la relación que tenga o deje de tener con el señor Ferrara es asunto mío, de nadie más. No tiene que preocuparle a nadie, mucho menos a ti o a tu madre o a la señorita Pampín, ¿está claro? Soy una mujer adulta, mayor de edad, soltera y puedo hacer lo que desee sin tener que darle cuentas a nadie. Si quiero casarme con él o tenerlo como mi amante, es cosa mía.

—¿Qué le dice a mi hija? —Alcira se detuvo en el umbral, escandalizada. Sus mejillas se veían hinchadas y enrojecidas; la piel de sus manos, casi amarillentas cuando aferró a Mariana del brazo y la apartó—. Debí

imaginarlo, intentas llevarla por el mismo camino de perdición por el que caminas tú, maldita.

—¿Cómo se atreve?

—Mi hija es una señorita decente, mientras que tú no eres más que una furcia, una buscona. —La miró con desprecio, incapaz de contenerse—. No he dicho nada hasta ahora porque me importa poco lo que hagas con tu vida, pero que pretendas arrastrar a mi hija a tu porquería es inconcebible. Deberías sentirte avergonzada, pero ¿cómo podrías? Has perdido la vergüenza desde que entraste a la universidad.

Fernanda estaba tan sorprendida que no atinó más que a mirarla fijo, incrédula.

Mariana miró a su madre, asustada.

—Por favor —musitó.

—Me he callado hasta ahora porque sé que esta no es mi casa, como gustas repetirlo cada vez que tienes la oportunidad, pero no permitiré que ensucies el buen nombre de mi hija con tu conducta descarada. Arrastrarte a los pies de un mestizo para tener a un hombre a tu lado cuando bien sabes que no te miraría si no fueras una heredera, ha terminado por cubrir de vergüenza a esta familia.

Fernanda dio un paso hacia la mujer y se detuvo, presa de violentos temblores.

—Váyase de mi habitación. Ahora.

Alcira abrió la boca, quizás con la intención de soltar más veneno mientras podía, pero Mariana le tomó la mano y tiró de ella con suavidad para distraerla.

—Mamá, no te ves bien —dijo suplicante—. Vamos, tienes que regresar a la cama. Salir no te ha hecho bien, volverán los vómitos.

Fernanda señaló la puerta.

—Si no se va usted, la echaré a puntapiés —dijo en voz baja.

Alcira alzó la barbilla y se elevó en toda su altura.

—Jamás imaginarás la vergüenza que hemos sufrido esta mañana mientras escuchábamos todos los rumores que corren sobre ti en la ciudad —dijo—. ¿Crees que alguien querrá casarse contigo después de esto? Cualquier hombre pensaría, y con razón, que eres mercancía dañada. Después de que ese indio termine contigo, vamos a ver si todavía alguien te considera una dama.

—¡Fuera!

De pronto Alcira palideció y se tambaleó hacia atrás. Su cuerpo comenzó a temblar y se asió a la puerta, presa de violentos espasmos.

—¡Mamá! —exclamó Mariana y se apresuró a sostenerla, asustada—. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Alcira tomó una bocanada de aire, las lágrimas inundaban sus ojos. Acercó un pañuelo a los labios.

—Estoy bien —dijo—. Solo me duele el estómago.

Mariana intercambió una mirada con Fernanda e intentó mantener la calma.

—Hace días que está así —dijo.

—Si quieres, puedo revisarla.

—No me toques, pecadora —gritó Alcira, enojada. Hizo un gesto con la mano cuando nuevas arcadas le doblaron el cuerpo—. Aléjate de mí.

Mariana le acarició los hombros.

—La atiende el doctor Resoagli —dijo Mariana, vacilante, sin saber cuánto se enfadaría su madre con ella por revelar aquello—. Es una indigestión.

—Pero hace ya una semana que la veo desmejorar. —Fernanda observaba a la mujer, pensativa.

—Esto no te importa. —Alcira la señaló con el dedo—. Solo aléjate de ese hombre.

Mariana tiró de su madre hacia la puerta y finalmente la mujer se dejó arrastrar, aunque tambaleante, a su habitación.

* * *

Arasunu se puso de pie detrás del escritorio para recibir a su madre y a sus hermanas y, al hacerlo, echó una rápida mirada al reloj. De ordinario, su familia acostumbraba organizar un ataque frontal si debían hacerlo, al mediodía, jamás por la tarde y mucho menos después de las siete. Su madre en particular consideraba que molestar a una persona después de las seis, aunque fuera un miembro de la familia, era de muy mala educación. Sus hermanas, por el contrario, no tenían los mismos tapujos que Eleonora para fastidiarlo a altas horas de la noche. A pesar de la hora, supuso, esa era, a todas luces, una ofensiva organizada por Eloísa.

—Buenas tardes, señoras —dijo mientras su madre indicaba a Eloísa un asiento junto a la ventana y Nélide ocupaba una silla frente al escritorio—. Supongo que se quedarán a comer.

Eleonora alzó las cejas. Era evidente que no pensaba dejarse distraer.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —preguntó con seriedad.

—Quizás.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —preguntó Eloísa, curiosa—. Mis amistades me tienen acorralada. Quieren saber qué hay entre tú y la señorita Carnicer, y no puedo darle largas al asunto indefinidamente. Algo tendré que decirles.

—¿Por qué? —Arasunu estiró las piernas. Creyó que debía ponerse cómodo. Su madre y hermanas no parecían apuradas por irse—. A nadie le incumbe lo que hago o dejo de hacer.

—Eso no es cierto —intervino Nélidea con su habitual tono admonitorio—. Los asuntos propios son de todos si la conducta es inadecuada.

Arasunu unió las manos sobre el estómago.

—¿Puedo preguntar de qué se me acusa?

—De nada —dijo Eleonora. Su expresión se suavizó—. Todavía. La señorita Carnicer es una dama, creo que deberías recordarlo al tratar con ella. —Parecía disgustada—. Si fuera una desconocida, nadie repararía en lo que hace, pero como es una rica heredera, los chismes están al día. Tú no me preocupas, pero esa pobre chica sufrirá lo indecible cuando se entere de lo que se dice sobre ella y su conducta gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti —aseveró Nélidea—. Nunca antes habías pasado tanto tiempo con una mujer, y mucho menos en público. Era obvio que la sociedad repararía en el interés que parece tener por ella.

—Esa muchacha ha estado por toda la ciudad de tu brazo. ¿Qué tienes que decir sobre eso?

Arasunu alzó una ceja.

—Temo que resbale y se caiga —dijo—. A veces es un poco distraída.

—¡Arasunu! —Eleonora perdió su aire de irreprochable seriedad y lo miró, ceñuda—. Es cierto, entonces, no dejas a esa chica ni a sol ni a sombra. Hijo, ¿sabes lo que conseguirás con eso? Su ruina social.

Él entrecerró los ojos.

—Si la conocieras, me comprenderías. Fernanda es incapaz de desconfiar de nadie. No teme entrar a un rancherío, encontrarse con ladrones e incluso asesinos, o andar sola por la calle, de día o de noche, porque cree, maldita sea, que su título de médica la protegerá de cualquier insulto, incluso de una violación o de la muerte —dijo. No se dio cuenta de que alzó la voz, cosa que él nunca hacía, y mucho menos frente a su familia—. Tuve que intimidarla para que me permitiera escoltarla en sus visitas, porque solo si estoy con ella siento que podré asegurarme de que llegue a su casa en una pieza. Sé que conmigo a su lado no se meterá en problemas o, al menos, confío en que sabré sacarla de ellos si lo hace.

Eleonora lo miraba, boquiabierta. Nélide y Eloísa intercambiaron una mirada.

—Fernanda tiene problemas, y muy graves —dijo, y trató de controlarse—. Estoy con ella como su abogado.

—Mentira —exclamó Eloísa—. Ella te importa.

—En serio, Arasunu, ¿crees que podrías ocultarnos algo así? —preguntó Nélide, risueña.

—¿Ella te gusta? —quiso saber Eleonora—. Podría invitarla a comer para conocerla.

—La conoces.

—Una cosa es haber conocido a su madre y recordarla de cuando era una niña pequeña, y además haberla consultado a causa de un dolor de estómago, y otra muy distinta es saber que podría ser mi futura nuera —replicó Eleonora—. ¿Crees que acepte venir el domingo a casa? A tu padre le encantaría tratarla.

—*Tekaka* —musitó Arasunu.

—¡Hijo!

—Es un gran alivio saber que finalmente te importa una mujer —dijo Nélide y lo miró con una sonrisa en los labios—. Comenzaba a creer que morirías solo sin la dicha de haber tenido un hogar, hijos.

—Invítala a casa de mamá —dijo Eloísa—. ¿A tomar el té quizás?

—Una cena sería mejor —acotó Nélide—. Más formal, para recibirla en la familia.

Arasunu apretó los dientes.

—Niñas, suficiente —dijo Eleonora. Miró a su hijo a los ojos—. Nunca te he visto preocuparte tanto por una mujer, y eso me llevó a pensar que quizás la señorita Carnicer te importa más de lo que crees. Si es así, querría saberlo. Me gustaría ayudarte a proteger su buen nombre.

—Lo sé. —Arasunu miró el techo como si pidiera paciencia al cielo—. Te aseguro que es solo una amiga, los rumores exageran. Jamás ha sucedido nada cuestionable entre nosotros.

—Papá está eufórico —dijo Nélide—. Cree que tendrá una médica en la familia. No querrías decepcionarlo, ¿verdad? Está viejo, y verte casado con una mujer de su agrado es su mayor anhelo. ¿Crees que la señorita Fernanda aceptará cenar con nosotros el domingo?

Eloísa sonrió.

—Harías bien en pedirle matrimonio —dijo.

Arasunu miró a su madre y a sus hermanas una a una, y luego frunció el ceño.

—No vinieron aquí a quejarse de los rumores, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Están aquí para convencerme de que le proponga matrimonio a Fernanda.

—Ella parece gustarte —dijo Eleonora.

—Piénsalo —sonrió Eloísa—. Hacen una pareja maravillosa.

Eleonora se puso de pie.

—¿Este domingo te parece bien? —preguntó con una sonrisa—. Por cierto, averigua por mí cuál es su plato favorito, ¿quieres? Y, por favor, sonríe. No querría que terminaras por espantar a mi futura nuera.

* * *

Veinte minutos después, Eleonora se sentó en un taburete frente a su tocador y le sonrió a su marido a través del espejo. La luz de una lámpara le convirtió en seda la piel y en oro el pelo cuando comenzó a cepillárselo.

—Está hecho —dijo satisfecha—. Tendremos a esa muchacha a nuestra mesa el domingo.

—¿Crees que ella le importa realmente?

—Lo conozco. Arasunu no andaría detrás de una mujer día y noche si ella no le importara —dijo, y luego añadió satisfecha—: Nunca antes lo había visto así. Confía en mí, la quiere.

Basilio sonrió, fue hasta ella y le apoyó las manos sobre los hombros. Le rozó el cuello con los dedos en una caricia gentil.

—Y tú estás decidida a conseguirla para él —dijo—. ¿Qué piensas hacer?

Eleonora se mostró divertida.

—No lo obligaré a actuar como el caballero que es, si eso piensas. Si llega al altar, quiero que lo haga por propia voluntad. Es cierto que los rumores respecto a la relación que lo une con la señorita Carnicer pueden ser muy desagradables, pero la sociedad hará la vista gorda en cuanto anuncien su compromiso. Por ahora los dejaré correr. Son molestos y sumamente enojosos, pero desaparecerán con el tiempo.

Él le acarició el cabello con ternura.

—Has elegido una buena mujer para él.

—Sí. —Ella sonrió—. Lo sé.

Basilio hundió los labios en su pelo y ella cerró los ojos un instante.

—Quiero que todos mis hijos sean felices —dijo—. Sé que Nélide, Eloísa y Lucía lo son, pero Arasunu... Después de que Itatí lo abandonó sin un adiós, sin siquiera una nota de despedida, se amargó. Cambió mucho, Basilio, y tú lo sabes. Comenzó a tratar a las mujeres con frialdad, casi con indiferencia. Pensé que jamás encontraría a alguien así para él. Pensé que había olvidado para siempre la idea de casarse, y míralo ahora, no puede estar lejos de esa muchacha.

Él le tomó la mano y le besó la punta de los dedos.

—No intervengas, Eleonora, déjalo. Sabrá qué hacer cuando llegue el momento.

Ella sonrió.

—Lo prometo —dijo y sonrió—. Tienes mi palabra.

CAPÍTULO 11

—¿Está segura de que quiere hacer esto, señorita? —Cecilia caminaba a grandes zancadas detrás de su patrona mientras intentaba seguirle el paso—. No me parece correcto.

—¿Por qué no?

—Visitar a un hombre en su casa y sola. ¿Qué le parece correcto de todo eso?

—No estoy sola. Tú vienes conmigo.

—Como si la presencia de una sirvienta pudiera disuadir a un caballero de tomarse libertades con una mujer —murmuró e hizo grandes esfuerzos por cargar con la cesta de Fernanda—. No ha sucedido nunca. Le bastaría decirme que me fuera, y eso sería todo. Usted se vería comprometida y terminaría en la ruina como mercancía dañada.

—Qué cosas dices.

La joven hizo una mueca.

—¿Qué lleva allí? ¿Hierbas y ungüentos? —preguntó, y luego, de pronto, pareció más animada—. Por eso vamos a la casa del señor Ferrara, ¿verdad? Usted va de médica, ¿no? ¿Le pasa algo al señor? Ayer parecía estar bien, pero supongo que nunca se sabe. Cuando la acompañó de ida y de vuelta a la rancharía otra vez no parecía enfermo en absoluto. De hecho, daba miedo.

Fernanda sonrió. La lluvia que había asolado la ciudad durante los últimos cuatro días había amainado y desaparecido al amanecer. Todavía quedaban calles anegadas, trampas de lodo por Poncho Verde y Ayacucho y un sinnúmero de charcos en las veredas céntricas, pero el cielo se veía límpido, de un azul celeste brillante e impoluto, sin nubes. El viento que provenía del río era frío, pero nada que no pudiera tolerarse con un manguito de piel y una pelliza. Sería un hermoso día.

Sonrió y cruzó la calle. Sus zapatos repiqueteaban en el silencio de la mañana. La plaza 25 de Mayo estaba desierta y, probablemente, no habría nadie en las inmediaciones hasta pasadas las diez. Los árboles se mecían con suavidad hacia el Cabildo, como si quisieran tocar con sus ramas sus cinco arcos de estilo colonial. Al ser domingo, la mayoría de la población había migrado hacia alguna de las iglesias de la ciudad, y el resto debía de estar todavía en la cama, remoloneando. Fernanda observó las enormes puertas dobles de la iglesia de La Merced y vio a varios mendigos mirar el interior, expectantes. El servicio debería de terminar pronto y las elegantes matronas del patriciado correntino comenzarían su labor de beneficencia con aquellos que encontraran tendidos en los peldaños de entrada.

Fernanda apresuró sus pasos.

—La cesta es en beneficio de los chismosos —dijo con una sonrisa, y miró a los lados de la calle al dejar la plaza detrás.

—Entiendo. —Cecilia se apresuró a alcanzarla—. ¿Puedo preguntar por qué quiere visitar al señor Ferrara?

Fernanda se ruborizó.

—No veo por qué no puedo visitar a un buen amigo en su casa —dijo con arrogancia.

—Primero, porque usted es una dama y, segundo, porque nunca la invitó.

Fernanda enrojeció.

—La invitación está implícita. Si es mi amigo, me recibirá.

Cecilia le dirigió una mirada elocuente.

—¿Cómo consiguió sus señas? —preguntó—. Porque no recuerdo que él le dijera dónde vive.

—Eloísa —dijo Fernanda, y no agregó más, concentrada como estaba en encontrar la casa.

—¿La señora que vino a visitarla a usted ayer por la tarde?

—La misma. —Fernanda examinó una a una las residencias que se erigían a calle y media de la iglesia. Con sus paredes de adobe y ladrillos y sus inmensos ventanales adornados con rejas de Vizcaya, todas las construcciones parecían muy antiguas, casi del período colonial, y ninguna de ellas se condecía con la descripción que le había dado Eloísa.

Cecilia resopló, cansada.

—A mí me parece que esa señora quiere algo de usted —dijo—. No me sorprendería que quisiera meterle por los ojos a su hermano. Está soltero, ¿no? Y usted también.

—Tonterías. —Fernanda finalmente halló una casa que respondía a la descripción que había hecho Eloísa y se detuvo frente a ella. Apreció el trabajo artesanal de la fachada y de herrería renacentista impuesto por el ingeniero Juan Coll; después de una breve vacilación, tocó la aldaba.

Cecilia la miró preocupada.

—Todavía está tiempo de arrepentirse.

Fernanda ignoró el comentario y se alisó los pliegues de la falda.

—¿Me veo bien? —preguntó en voz baja.

Cecilia la miró. Debajo de la pelliza, la blusa color marfil de plumetí fruncida por delante, encima de la cintura, enfatizaba su figura en forma de S. El cuello adornado con encaje, un diminuto camafeo de jade y una falda en forma de corola color gris perla conferían elegancia a un atuendo que era, con todo, muy sencillo.

Cecilia suspiró.

—Muy bien —sentenció—. Se ve usted muy bonita.

Fernanda sonrió. Unos minutos después, una anciana encorvada, enjuta y malhumorada franqueó el umbral. Fernanda le calculó entre ciento cincuenta y doscientos años. Tendría una centena de arrugas en la cara, varios lunares alrededor de los ojos y un sinnúmero de manchas de vejez en su piel cetrina. Vestía un atuendo anticuado, oscuro, sin más color que un delantal que parecía envolver toda su enclenque figura.

La mujer la miró de arriba abajo casi con insolencia.

—¿Señorita? —dijo, y su voz rasposa resultó, de hecho, agradable—. ¿Necesita algo?

—Buenos días. Soy Fernanda Carnicer —dijo la joven—. Querría hablar con el señor Ferrara, si está.

—Sí, está en casa, pero duerme. Es domingo, sabe usted.

—Lo sé. Un domingo maravilloso, además. Demasiado hermoso para seguir en la cama.

La anciana bizqueó hacia Cecilia.

—Llegó anoche muy tarde de la casa de su madre —concluyó como si la joven no hubiese hablado.

—Entiendo.

—Tendría que despertarlo —dijo, y empezó a cerrar la puerta como si esperara que Fernanda se excusara y se fuera.

La joven, sin embargo, no se excusó ni se fue. Por el contrario, pasó al vestíbulo de una zancada mientras arrastraba a Cecilia tras ella.

—Esperaré —dijo con descaro—. ¿Le parece en la sala?

La anciana la miró boquiabierta.

—Mire, señorita, al patrón no le gusta que lo molesten.

—Y me parece muy bien. Hay tanta gente fastidiosa en el mundo. — Fernanda se quitó el manguito y la pelliza, y se los entregó. La anciana frunció el ceño, y ella sonrió amable—. Una taza de té estará bien mientras espero. Gracias.

La mujer la miró un momento en silencio y, al parecer, llegó a la conclusión de que no podría deshacerse de ella, porque después de mostrarle la sala de recibo preguntó:

—¿Con limón?

—Y dos de azúcar, por favor.

Cecilia examinó la casa con interés. No era muy antigua, pero tenía la fría elegancia de las construcciones viejas. Además, olía bien. ¿Lavanda? ¿Jazmín? ¿Salvia? Salvia, decidió. Desde la sala vio el patio interior y sonrió al ver la enorme profusión de plantas y enredaderas que adornaban el aljibe y las columnatas que ataviaban la galería.

La anciana se detuvo en el umbral un instante y la miró ceñuda.

—Quédese aquí —dijo—. La anunciaré.

—Como si fuera usted a recorrer la casa —murmuró Cecilia en cuanto la anciana desapareció, y dejó la cesta repleta de hierbas y ungüentos sobre la mesa.

—Ganas no me faltan. —Fernanda se sentó y esperó mientras observaba la sala con curiosidad. Solo la mesa y varias sillas en el centro del recinto, un par de espejos colgados en la pared y, junto a la ventana, un armario repleto de libros distraían la vista de lo que parecía ser la estancia más espartana que había visto en su vida. Pensó que ella habría agregado un par de fotografías sobre la repisa de la chimenea, una alfombra, un par de jarrones ornamentales, cortinones color esmeralda en las ventanas y, además, habría ordenado darle una buena friega a la araña de cristales blancos que dominaba gran parte del techo.

Diez minutos después, la anciana apareció en el umbral con una expresión más suave en su rostro arrugado y correoso.

—Dice el patrón que ya viene. Si quiere su té, sígame; se lo serviré en la cocina.

Cecilia abrió la boca, incrédula. Fernanda sonrió.

—Será un placer —dijo—. Supongo que estará más caldeado, aquí hace frío.

—Sí, ya sé. Siempre le dije al patrón que debería dejar leña en la chimenea para las visitas, pero como no tiene amigos y a sus clientes y a la familia los recibe en la biblioteca, tanto da.

—Entiendo.

La anciana frunció los labios.

—Puede usted llamarme Yara —dijo, y le dio la espalda—. Vamos, y no toque nada en el camino.

Fernanda obedeció y Cecilia la siguió, atónita. En su experiencia, si una sirvienta trataba a las visitas de su patrón como lo hacía esa vieja, terminaba en la calle y sin recomendaciones.

Fernanda observó la galería, los arabescos que adornaban las pilastras, el mármol de Carrara que engalanaba el alféizar de las ventanas que daban al patio interior y llegó a la conclusión de que la casa era una preciosidad arquitectónica.

La anciana empujó las puertas dobles que se abrían a lo que parecían ser sus dominios, y un intenso olor a especias inundó la galería: romero, albahaca, pimienta, menta y canela. El aroma de las cebollas recién cortadas y el perfume del anís y el ajo se intensificó para luego desaparecer en la brisa que provenía del Sur.

—Comenzaba a preparar la comida. Al patrón le gusta almorzar temprano los domingos, así dedica el resto del día a revisar la correspondencia —dijo, y con un dedo flaco y amarronado señaló un lugar junto a la mesa—. Siéntese cerca del fogón.

—Gracias. —Fernanda tomó asiento, y Cecilia intercambió una mirada con ella antes de acomodarse a su lado, sobre un banquillo de madera.

Mientras la anciana ponía una pava con agua al fuego, Fernanda observaba los estantes que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo con profundo interés. Estaban llenos de frascos. Algunos contenían hierbas y especias, dulces en conserva, unos pocos, pensó, escabeche, y otros sencillamente eran un misterio.

—Así que usted es la médica —dijo la anciana a quemarropa, y Cecilia clavó en ella sus ojos reprobadores—. Escuché hablar de usted en el mercado, su nombre está en boca de todos. Por haberse titulado en la Facultad de Medicina y por ser una heredera soltera, además.

—Cecilia, tenemos que ir al mercado más seguido —dijo Fernanda con una sonrisa—. Al parecer es una fuente inapreciable de información.

—Sí, señorita —dijo la sirvienta, obediente.

Yara rio entre dientes.

—Usted le importa al patrón —dijo. Abrió un armario y buscó algo en su interior; extrajo la vajilla para el té con sumo cuidado—. Acaba de decirme que las puertas siempre deben estar abiertas para usted; tendré que hacerla pasar cada vez que haga sonar la aldaba.

Cecilia frunció el ceño.

—¿Hay visitas a las que usted no deja pasar? —preguntó.

—Sí.

—Oh.

—A tu patrona casi la dejo afuera —dijo la anciana, divertida.

—¿Me permite revisar el contenido de sus especieros? —Fernanda señaló uno de los estantes—. Hay algunas hierbas que no reconozco.

—Mire nomás. Son de las afueras, del paraje La Esperanza; está a hora y media de aquí —dijo—. El patrón tiene una casa allá. En realidad, pertenecía al señor Basilio: llevaba a su familia a pasar un par de días a la semana allá cuando creía que necesitaban alejarse un poco de la ciudad. Después de que las niñas se casaron, el señor quiso vender la casa, pero el patrón decidió quedarse con ella. A veces voy para limpiar un poco y aprovecho para recoger las hierbas que crecen en los alrededores.

—Entiendo. —Fernanda examinó los frascos de cerca, luego tomó uno particularmente extraño. Lo destapó y descubrió un polvillo marrón que no reconoció.

Yara le echó una rápida mirada por encima del hombro mientras preparaba la bandeja del té. Su rostro se contrajo en una sonrisa al ver a Fernanda intentar inútilmente identificar la sustancia.

—Eso es polvo de hongos —dijo—. Sequé las setas yo misma, y luego las trituré en el mortero. Basta con espolvorear una cucharada sobre la comida para que todos los sabores se intensifiquen. No lo sabía, ¿eh?

—No.

Yara sacó la pava del fuego y la miró un instante antes de dedicarse a echar unas hojas de té dentro de una taza.

—Escuché que usted es una curadora, una herbolaria, no ve las setas como yo. Para mí, sirven para hacer las comidas más ricas, para usted son medicina, ¿verdad?

—Sí —dijo Fernanda. Cerró el frasco y lo dejó donde lo había encontrado—. A veces, los receto cuando alguien tiene una infección.

—¿Vio? Aprovechamos lo mismo, pero le damos un uso diferente.

Fernanda asintió. Tomó otro frasco con la intención de abrirlo cuando vio una fotografía escondida detrás de una botella de miel, contra la pared. La alcanzó y la observó, pensativa.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—¿Eh?

—La joven de la fotografía, ¿quién es? —preguntó, y deslizó los dedos sobre el rostro que la observaba desde la imagen. Un extraño entumecimiento se apoderó de sus manos. Movi6 los dedos, inc6moda.

Yara se volvió y la miró. Su expresión se dulcificó.

—Es Itatí, mi nieta. —Observó la fotografía con cariño y señaló las flores con un dedo—. Allí está cuando cumplió dieciocho años. Las rosas fueron un obsequio del patrón.

Fernanda alzó una ceja.

—Es hermosa —comentó.

La joven de la fotografía llevaba un elegante sombrero blanco cuyas alas le oscurecían el rostro de rasgos suaves y armoniosos, un vestido color marfil cuyos pliegues conferían a su figura una elegancia casi majestuosa y una estola de piel alrededor del cuello. Tenía el pelo negro recogido en un pesado *chignon*, las manos alrededor de una cesta de mimbre repleta de rosas blancas y parecía sonreírle a alguien. Sus ojos rasgados, también oscuros, se veían aún más pequeños a causa de la alegría y de las carcajadas que parecían contener.

—Estaba muy feliz esa mañana —dijo la anciana—. Insistió en ponerse carmín y polvo de arroz en la cara, pero se lo prohibí. Le dije que una chica decente como ella no necesitaba de esas cosas para resaltar su belleza, pero no me escuchó y, antes de que le sacaran la fotografía, se puso todos los coloretes que quiso. Y quedó muy, muy bella.

Fernanda sonrió.

—¿Ella trabaja aquí? —preguntó.

—Si ella estuviera aquí, no sería una sirvienta —dijo. Recuperó la fotografía de entre las manos de Fernanda y la observó con tristeza. Sus dedos temblaron ligeramente cuando depositó un beso sobre el bello rostro de la joven—. Hace dos años que no sé nada de ella. Itatí era mi niña, ¿sabe usted? Yo la crié: su mamá no la quería, nunca la quiso. Era un angelito de Dios y su madre no supo verlo, pero yo sí.

—¿Por qué no la quería?

—Mi Itatí fue una niña no deseada —dijo en voz tan baja que fue casi inaudible. Apretó los labios, disgustada—. Su madre era una india como yo. Vivíamos en las afueras, en las inmediaciones de La Esperanza. No teníamos nada, y ella lo quería todo, deseaba irse para la ciudad y forjarse una nueva vida. Le dije que allí no había nada para ella, pero no me escuchó. Una mañana encontré su catre vacío y supuse que se había ido a la ciudad. Esperé verla regresar y pedí a Dios por ella, que me la bendijera y protegiera de todo mal. Era tan joven. Cuando regresó, después de ocho meses de no saber nada de ella, estaba preñada. Fue seducida por un hombre que nunca pensó en cumplir las promesas que le hizo. Ella creyó que se casarían, que tendrían un hogar, una vida juntos.

Fernanda asintió comprensiva.

—Pero mintió.

Cecilia miraba a la anciana con fascinación.

—Sí, señorita. Le mintió. —Hizo una mueca—. Ese hombre la cortejó hasta que consiguió de ella lo único que quería: aprovecharse de su inocencia. Cuando mi Isabel se descubrió encinta, regresó conmigo para que la ayudara a deshacerse de la criatura, pero se lo prohibí. Le dije que tuviera al bebé, que si ella no lo quería, yo sí. Isabel se quedó conmigo hasta que dio a luz a la niña: a una mestiza, pero con la piel tan clara que parecía blanca nomás. Mi Isabel la detestaba, me dijo que le recordaba a ese hombre que la había engañado. Ella no era mala, sabe usted, un poco caprichosa, pero no mala. Solo... solo no podía querer a su niña.

—Comprendo.

—Le dije que si quería irse, que la puerta estaba abierta, pero que si se atrevía a abandonar a su hija, que no volviera nunca a reclamarla. Una madre no es la que da a luz, sino la que está, la que se queda, la que la ve crecer y la ama. Una mañana, cuando mi Itatí tenía casi cinco meses, Isabel se marchó. Cinco años después, recibí una carta de una mujer de Buenos Aires, luego lo

supe. Yo no sé leer, señorita. Se la di al padre Miguel, de allá, de La Esperanza, y le pedí que la leyera para mí. Isabel había muerto de escarlatina. Se contagió del niño al que cuidaba.

—Qué tristeza —murmuró Cecilia.

—Lo siento mucho —dijo Fernanda en voz baja.

—Yo no —dijo la anciana. Dejó la fotografía al final del estante y la escondió detrás de las especias—. Yo siempre le mentí a mi Itatí, le dije que Isabel la adoraba y que se había marchado lejos para traer dinero para ella, para hacer de ella una princesa. Cuando murió, pude decirle que su mamá se había convertido en un angelito para cuidarla. Ella me creyó.

—Entiendo.

Yara se mostró emocionada.

—Por entonces yo trabajaba para el señor Basilio. Cocinaba para él y su familia cuando iban a La Esperanza. Me ocupaba de la limpieza de la casa y del jardín. Deseaba ofrecerle a Itatí una vida muy diferente a la mía, y una mañana reuní valor y hablé con el señor Basilio: le pedí que me ayudara a educar a mi niña. El señor Ferrara es muy bueno y, con su ayuda, ella entró al colegio San José, aquí mismo, y las monjitas la educaron como habían hecho con las hijas del patrón en su momento, e hicieron de Itatí una dama. Era hermosa, iba a casarse, a ser una señora, pero una noche se marchó y nunca más regresó.

Fernanda la miró atónita.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé. —La anciana observó la vajilla en silencio—. Quiero creer que algún día regresará y me explicará por qué me dejó. Necesito creer que mi niña blanca no se olvidó de su mamá Yara. Perdóneme por hablarle de esto,

pero soy vieja y a veces necesito hablar. Esa fotografía me trae muchos recuerdos.

—¿Por qué la tiene allí, detrás de las especias? Parece estar escondida.

—Es que lo está. No quiero que el patrón la vea. Además, él no quiere verla.

Fernanda quería preguntar por qué cuando escuchó unos pasos en el pasillo. Se volvió y vio a Juan de Dios detenerse en el umbral sin ninguna expresión en el rostro. Él apoyó la mano en la jamba de la puerta y curvó las comisuras de los labios en una sonrisa.

—Buenos días.

Ella se ruborizó al notar que se había vestido como un caballero para recibirla pese a que de ordinario prefería un atuendo más informal. Sonrió al verlo tirar de su corbata y lo miró a los ojos.

—Buenos días, señor Ferrara. —Intentó no mirarlo fijo, pero no pudo evitar reparar en su gélida apostura, y el rubor de sus mejillas se intensificó.

Él la miró y, por un instante, pudo ver en la expresión de su rostro, de sus ojos pardos casi verdosos, algo en lo que antes no había reparado: ella se sentía atraída por él. Era plenamente consciente de su cercanía, tanto como él de la de ella, y eso lo perturbó. El calor del deseo, pesado y quemante, se le extendió lentamente por las venas y le crispó los dientes. Recurrió a todo el férreo control que acostumbraba a tener sobre sus emociones.

Fernanda sonrió y avanzó hacia él.

—Estoy segura de que se preguntará qué hago aquí un domingo a estas horas, y puedo explicarlo —dijo, y su voz fue miel en sus oídos.

Juan de Dios dirigió una mirada tensa hacia Cecilia y la cesta que había dejado en el suelo, a su lado.

—¿Vamos a salir? —preguntó con más aspereza de la que había pretendido.

—No. Eso es un distractor para los vecinos metiches—. Fernanda apoyó la mano en su brazo con toda naturalidad—. ¿No le parece una buena idea?

—Sí.

—En realidad solo quería conocer su casa y hacerle una visita de cortesía.

—Comprendo.

—¿Qué le parece si me hace una visita guiada? Su casa es encantadora.

Juan de Dios sonrió, pero sus ojos de lince se fijaron en ella con particular agudeza.

—Espérame aquí, Cecilia.

—Enseguida le alcanzo su té —dijo la anciana. Observó primero a Fernanda y luego a Juan de Dios, pensativa—. ¿Estarán en la sala, patrón?

—En la biblioteca. Creo que la señorita Carnicer querrá echarle un vistazo a mis libros.

Yara torció los labios en una sonrisa mientras terminaba de preparar el té.

—A tu patrona le gusta el señor Ferrara —dijo.

Cecilia hizo girar los ojos.

—Eso parece.

—¿Temes que le haga daño?

—Sí. No me gustaría que le rompieran el corazón. La señorita Fernanda puede parecer muy desenvuelta, pero no tiene mucha experiencia con los hombres. Se pasó la vida entera estudiando, no querría que nadie la lastimara.

Yara asintió.

—Ella está a salvo con mi patrón. —Hizo una pausa—. A él le gusta.

—¿Está segura?

La anciana suspiró.

—Sí —musitó—. Muy segura.

* * *

Arasunu la observó examinar los libros que se amontonaban en dos de las paredes de la biblioteca y sonrió.

—Creo que tengo la solución a sus problemas —dijo.

—¿La solución? —Ella no lo miró. Eligió un libro y lo abrió. Parecía distraída.

Él admiró su perfil.

—Pensé en su padrastro y sus deseos de enviarla a un asilo de dementes.

Ella se volvió y lo miró.

—Estas dos últimas semanas no ha hecho nada en mi contra.

—Por supuesto, ha estado ocupado.

—¿Ocupado?

—Ha visitado a su amante.

Fernanda le frunció el ceño. Dejó el libro donde lo había encontrado y se sentó en una silla frente a él.

Él curvó los labios a un lado.

—En realidad no es exclusiva —dijo—. ¿Ha oído hablar de Laura Zacarías?

Fernanda meneó la cabeza.

—Es una prostituta. Regentea un burdel en las afueras de la ciudad. Por lo que pude averiguar, llevan una relación de años.

Ella apretó los labios, disgustada.

—¿Debo suponer que estuvo con ella, incluso mientras tenía a mi madre a su lado?

—Es posible.

Fernanda lo miró un momento en silencio.

—¿Usted tiene una...? —preguntó en voz baja.

—¿Una qué?

—Una amante. —Él enarcó una ceja, y ella se ruborizó—. Disculpe, no es de mi incumbencia, por supuesto, yo...

—No. Terminé con ella poco antes de conocerla a usted.

—¿Por qué?

Él sonrió.

—Julia ya no me divertía.

Ella lo miró un momento en silencio.

—Los rumores dicen que usted todavía... la mantiene.

—Eso es cierto, aunque dejaré de hacerlo pronto. —Arasunu vio su expresión atenta, sus ojos bonitos fijos en él y apretó los labios—. Le gusta jugar y ha estado ya en varias oportunidades bajo el hacha. La mayor parte de su dinero lo deja en las mesas de juego. La ayudo en tanto encuentra a otro protector dispuesto a velar por su seguridad.

—Entiendo. —Ahuecó los labios e intentó ocultar sus celos—. Es usted muy amable.

—Demasiado en su opinión, ¿o me equivoco?

—No se equivoca. —Ella lo miró a los ojos y se sorprendió a sí misma. Jamás se habría atrevido a decir nada parecido a un caballero, pero había decidido no ocultar lo que en verdad pensaba—. No me gustaría que esa mujer se aprovechara de usted.

Arasunu sonrió, y antes de que pudiera hacer algún comentario que pudiera avergonzarla, Fernanda agitó la mano y descartó el tema.

—Hábleme de esa solución que ha encontrado a mis problemas —dijo.

—¿Ansiosa por cambiar de tema?

—Sí, la verdad que sí.

—Eso es lo que más admiro de usted, su sinceridad.

En ese momento, Yara llamó a la puerta y, después de un instante, entró al recinto con una bandeja entre las manos. Miró a su patrón con una sonrisa.

—¿Quiere que sirva? —preguntó.

—Yo lo haré, gracias —replicó Fernanda.

La anciana asintió y se marchó.

Fernanda le pasó una taza con su platillo.

—¿Decía usted? —preguntó.

Arasunu asintió. Aceptó la porcelana pero la dejó sobre la mesa. No había ninguna emoción en su rostro cuando habló.

—Deberíamos casarnos.

Ella se puso de pie al instante.

—¿Perdón? —chilló.

Arasunu sonrió.

—Discúlpeme, no me expresé bien. —Se puso de pie, rodeó el escritorio y se acercó a ella. Se detuvo a su lado y sonrió con suavidad—. En realidad, deberíamos comprometernos.

—¿Por qué? ¿Qué pretende?

Arasunu mantuvo sus ojos en ella.

—Usted no se encuentra a salvo; se engaña a sí misma si cree que sí. Hombres como Horacio Gutiérrez no se detienen ante nada por conseguir lo que desean —dijo, y su voz tenía la aspereza del roble de una barrica—. Su padrastro planea algo en su contra; lo crea o no, conozco hombres de su calaña y sé que intentará deshacerse de usted.

—Y quiere evitarlo al comprometerse conmigo.

—¿Evitarlo? No. De hecho, considero que anunciar nuestro compromiso precipitaría las cosas.

—¿Puedo preguntar cómo ha llegado a esa conclusión?

—Por comentarios de mi madre y de mis hermanas.

Fernanda lo miraba incrédula. Tenía las uñas enterradas entre los pliegues de la falda sin dar crédito a sus oídos.

Él tomó una de sus manos entre las suyas. El agudo contraste entre su piel oscura y la de ella, tan clara, nunca le había resultado tan evidente como en ese momento.

—Mi madre y mis hermanas me hicieron una visita hará un par de días para ponerme en conocimiento de los rumores que corren en la ciudad respecto de nosotros —dijo pensativo.

—Entiendo.

—¿No llegaron esos mismos rumores a sus oídos?

—Quizás —musitó.

Ella desvió la mirada. Sentía la caricia suave de los dedos de Arasunu en su mano y, aunque parecía tranquila, las emociones salvajes e incontrolables bullían en su interior. Nunca había permitido que ningún caballero se tomara libertades con ella y, por supuesto, jamás uno se había atrevido a tomarle la mano de esa manera. El rubor comenzó poco a poco a teñirle de rosa las mejillas.

Arasunu sonrió.

—Ya veo que sí. —Él se inclinó y le buscó la mirada—. Podríamos aprovecharlos.

—¿Y qué espera conseguir con eso? —preguntó—. Dice que mi padrastro apresuraría sus planes y ¿entonces qué?

—Atentaría contra usted. Tendríamos pruebas en su contra para enviarlo ante los Tribunales.

—Sería un escándalo.

—¿Le preocupa el escándalo cuando su vida está en peligro? —Le soltó la mano y ella se sintió extrañamente desolada—. Si anunciamos un compromiso, su padrastro pensará que pronto perderá la oportunidad de echarle la zarpa encima a su dinero. Creerá, con razón, que usted pasaría a estar bajo mi tutela si nos casáramos y todo su dinero caería en mis manos. Si le sucediera algo, sería yo el heredero y ni un centavo quedaría para él. Su padrastro se apresurará a poner en práctica los planes que tenga. Tenemos una buena oportunidad de mandarlo a la cárcel si intenta matarla.

—Pero aun así...

—¿Qué?

—Fingir un compromiso... No sé, no me gusta.

—¿Qué no le gusta? —Él endureció su rostro, la aferró por los brazos y la puso de pie. Le buscó la mirada—. ¿Qué sucede, Fernanda?

—¡Señor! —Fernanda intentó apartarse, pero él no se lo permitió. Era más fuerte que ella y estaba decidido a intimidarla—. ¡Déjeme! Sabe que lo aprecio.

—Me aprecia.

—Sí, y le tengo afecto. —Fernanda se ruborizó, aunque no apartó la vista de él.

Él bajó la cabeza y la besó. Fernanda abrió muy grandes los ojos, atónita. Arasunu la estrechó contra él y le poseyó los labios en un beso avasallante. Ella apoyó las manos en sus hombros en un vano intento por apartarlo, pero él no lo permitió.

—No me rechaces —dijo con suavidad.

Fernanda abrió la boca para protestar pero él la ignoró. Saboreó sus labios, profundizó el beso. Ella sabía a miel, olía a jazmín. Arasunu le enredó los dedos en el pelo y deslizó la lengua entre sus labios.

Fernanda vaciló. Sabía que debía detenerlo, que no era correcto, pero una excitación le encendió la sangre, y aplastó toda protesta de su conciencia. Se relajó entre sus brazos y le rodeó el cuello con las manos. Arasunu le deslizó una mano por la espalda, le hundió los dedos en el pelo, probó el interior de su boca con la lengua.

—¿Señorita? —Cecilia tocó a la puerta—. ¿Puedo pasar?

Fernanda se apartó de Arasunu con un respingo y le apoyó los dedos sobre los labios húmedos e hinchados. Él la miró en silencio.

—Adelante. —Él no apartó los ojos de Fernanda.

Cecilia entró y miró primero a uno y a otro con desconfianza. Tenía la cesta de hierbas y ungüentos colgada de un brazo y un reloj en la otra.

—Se hace tarde. —Observó a su patrona, ceñuda—. Pensé que le gustaría que le recordara que... Eh, debemos ir a ese lugar, usted sabe.

—Sí, por supuesto. —Fernanda desvió la mirada—. Tenemos que hacer... eso.

—Sí, eso —asintió Cecilia.

Arasunu elevó una ceja.

—¿Necesita que la acompañe? —Su voz ronca desmentía la tranquilidad que había en su rostro. Él estaba tan afectado por el beso que habían compartido como ella.

—No será necesario. —Fernanda retrocedió hacia la puerta—. Lo que tenemos que hacer es... Eh... en casa.

—Comprendo.

Fernanda intentó sonreír, y luego de un breve gesto de despedida, huyó.

Ya en la calle, Cecilia suspiró aliviada.

—Ya sabía yo que usted se metería en problemas —comentó.

Fernanda terminó de abrocharse la pelliza.

—Qué cosas dices.

—Qué cosas digo, sí, cómo no, si llegué justo a tiempo. —La miró de reojo—. No corra, que el señor Ferrara no nos sigue.

Fernanda se ruborizó y trató de acomodar los pasos a los de su sirvienta.

—No pasó nada.

—Si cuando entré, usted estaba más roja que un pavo. Pasó algo, yo lo sé, pero supongo que llegué a tiempo para evitar un daño mayor. Le dije que era peligroso ir a casa de un hombre soltero, y usted no quiso escucharme.

—Estoy bien. —Fernanda la miró un momento—. ¿Cómo se te ocurrió ir a buscarme?

—Pensé que tardaba demasiado. Tomar un té no lleva tanto tiempo.

—Sí. —Fernanda todavía sentía sobre los labios la presión de la boca de Arasunu. El color en sus mejillas se intensificó—. Supongo que sí.

La muchacha sonrió.

—Anímese —dijo—. Ya está usted a salvo.

Fernanda asintió distraída.

Dios mío, pensó. ¿Y ahora qué haré?

* * *

La alcoba estaba en penumbras, iluminada apenas por el amarillento resplandor que provenía de un candil. Bajo su tenue luminosidad, las paredes se veían doradas, la alfombra parecía de bronce bruñido y las baldosas del suelo habían adquirido una inquietante tonalidad cobriza. Envueltos en la opacidad grisácea de la noche quedaban un armario, una repisa repleta de figuras de porcelana, un escabel de enormes proporciones y una cama con dosel.

Ella cruzó el umbral y cerró la puerta. El fulgor del candil le tiñó de oro el pelo y convirtió en alabastro su piel. La joven eludió la vieja maleta de viaje que había dejado en el centro de la habitación, sobre la alfombra, y fue hasta una pequeña mesa circular que ocupaba una esquina del recinto. Hundió las manos dentro de una jofaina de porcelana y suspiró; el agua le enfrió la piel. Su perfil se reflejó un momento en el espejo que colgaba de la pared y, por un instante, sus ojos azules volaron hacia la oscuridad que se veía a través de la ventana.

Fuera, la luna parecía una cuña encajada en un montículo de negruras. Su débil esplendor blanco caía en cascada sobre la copa de los árboles, convirtiendo en plata sus hojas alicaídas y en trozos de hielo los diminutos brotes que comenzaban a surgir en sus ramas viejas y retorcidas. Vio una luz flotar en la oscuridad sobre la neblina que se elevaba del suelo, etérea y

fantasmal. Un pájaro chilló y otros más aletearon disgustados. La luna se ocultó detrás de la guadaña de una nube, y la noche se oscureció. La luz desapareció.

Ella se miró al espejo mientras se lavaba las manos. Debajo, su nombre grabado en un pañuelo de batista la hizo sonreír.

Amara.

Su madre había insistido en bordarlo para ella.

—¿Es necesario?

—¿Y si lo pierdes y alguien lo encuentra? ¿Cómo podrá devolverlo si no tiene tu nombre?

—Oh, mamá, pareceré una niña pequeña.

—Ya no eres pequeña, pero siempre serás una niña para mí.

Amara suspiró. Se veía pálida y ojerosa, pero ya se sentía mejor después de haber afrontado durante semanas una fiebre que por poco no se convirtió en neumonía.

El frío, la lluvia, el viento y una caminata bajo la luna después de haberse perdido en las inmediaciones de la laguna la habían confinado a la cama durante más de dos semanas.

Se miró al espejo una vez más y ladeó la cabeza. Sonrió al ver los aretes que su madre le había regalado por la tarde, parecían pequeñas lágrimas de oro. La acompañarían en su viaje. Prometió que nunca se los quitaría: los tendría puestos cuando cargara con su maleta y esperara a que su padre trajera el coche para llevarla a la ciudad. Los rozaría con los dedos cada vez que pensara en su casa y en la familia que dejaba atrás, cuando buscara un empleo en la ciudad y se pensara en la nueva vida que deseaba forjarse con sus propias manos.

Se inclinó, se humedeció la cara y se presionó el pañuelo contra la mejilla. Su maleta estaba hecha, las viejas muñecas, guardadas en el arcón junto a la cama; sus libros, a salvo de ratas y cucarachas en el armario; y su vieja Biblia esperaba por ella junto a la mesita de noche. Pensó que no había olvidado nada. Al día siguiente ya no estaría allí. Esa alcoba dejaría de pertenecerle, su vida en la granja quedaría en el pasado y todas sus vivencias allí, en su hogar, se convertirían en recuerdos.

Se dirigió hacia el candil, lo apagó y la habitación se sumió en la oscuridad. Murmuró algo entre dientes y se dejó caer en la cama. La manta se sentía áspera bajo sus dedos; la almohada, dura; las sábanas, incómodas. Cerró los ojos. No sabía si había hecho bien en pedirle a su madre que no fuera a despedirla. Su padre se había enfadado con ella, pero Amara sabía que si su madre comenzaba a llorar al desearle un buen viaje, perdería el valor de partir.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Qué tonta. No se iba para siempre: regresaría. Visitaría a sus padres, a sus tíos. Volvería en primavera cuando el campo estuviera cubierto de flores blancas, rojas y violetas.

El portón que daba a la calle rechinó con suavidad, y ella volvió la cabeza a un lado, perpleja. Pensó en sus padres. ¿Acaso habían regresado ya? Debían asistir a una cena en casa de unos vecinos, y habían prometido no volver muy tarde, pero jamás regresaban antes de la medianoche. Alguien llamó a la puerta.

Qué extraño, pensó. Se puso de pie y tendió la mano hacia el pañuelo. Se secó los ojos y fue hasta el pasillo. La oscuridad parecía temblar en lentas y tenebrosas oleadas a su alrededor.

—¿Quién es? —preguntó.

Escuchó algo, un murmullo, y sonrió, aunque un poco desconcertada. Se cerró la bata y fue hasta la puerta; corrió el cerrojo y la abrió.

—Señor, ¿qué hace aq...? —comenzó, y entonces algo crujió en su cabeza y una explosión de dolor la hizo tambalear.

La oscuridad se cernió sobre ella cuando intentó enfocar la mirada en el rostro que tenía en frente. Retrocedió a trompicones. Algo tibio y pegajoso empezó a deslizársele por la sien hasta los ojos y empañó su visión.

Amara golpeó la cadera contra una mesa y cerró los ojos al verlo levantar algo hacia ella. ¿Una rama? ¿Un rebenque? No lo sabía. No podía verlo con claridad. Se cubrió la cabeza con las manos cuando otro golpe la arrojó al suelo.

Escuchó a la distancia, muy suavemente, el ligero clic de la puerta al cerrarse, y se desmayó.

El pañuelo cayó al suelo, junto a su mano inerte.

* * *

Fernanda despertó con un respingo. Fijó los ojos en el techo, agitada. El corazón le latía desbocado en el pecho y le golpeaba las costillas a un ritmo febril, aterrador. El sudor se sentía pegajoso en el cuello, entre los senos. Tenía el camisón enredado entre las piernas.

Se volvió en la cama y observó la ventana: había olvidado cerrarla antes de acostarse. Vio las cortinas moverse con la brisa adelante y atrás, una y otra vez, en una cadencia casi hipnótica.

Desde la cama no podía ver la luna, pero sí su resplandor. Solo era un delicado fulgor azulino en un cielo sin nubes. Se reflejaba en su espejo, en la estatuilla que adornaba la mesita de noche, en la plata de su cepillo y en un anillo que había dejado sobre el tocador.

Saetas de plata caían desde el cielo sobre la alfombra y oscilaban acompañando el soporífero compás que marcaban las cortinas.

Cerró los ojos y cayó en una oscuridad sin sueños.

* * *

Yara revolvió el caldo y dejó la cuchara a un lado sobre la mesa. Buscó unas hierbas en la estantería y las arrojó en la olla mientras el agua hervía. Se volvió, caminó unos pasos hacia la mesa y comenzó a ordenar la vajilla. La anciana sonrió y observó un plato. Era blanco con arabescos azules a los lados adornados con diminutas rosetas pintadas a mano.

Itatí lo había mandado a traer de Francia poco antes de marcharse. Era hermoso. Yara no sabría decir dónde quedaba Francia realmente, pero debía de ser muy lejos, porque Itatí estaba que se subía por las paredes semana tras semana mientras esperaba su vajilla francesa. Decía que daría cenas espectaculares, que todos en la ciudad morirían de envidia al ver sus platos.

Yara la escuchaba en silencio. En su opinión, un plato era un plato, unos más bonitos que otros, pero platos al fin. Se comía sobre ellos, se ensuciaban, había que limpiarlos, secarlos, guardarlos. Si uno se rompía, había que reponerlo y punto. Pero esa vajilla parecía ser muy importante para su nieta, y Yara sabía por qué. Itatí no necesitaba explicarle nada porque su abuela la conocía muy bien.

Observó su reflejo en la porcelana. Pensó en su nieta cuando cumplió dieciocho años, y el patrón le obsequió aquellas hermosas rosas blancas. Qué feliz parecía. Sonreía, discutía con ella sobre lo que estaba de moda, realizaba caminatas en las tardes por el Paseo Mitre, disfrutaba de maravillosas veladas en el teatro, pero, aunque se mostraba vivaz y encantadora, sus gestos expresaban otra cosa: dolor por los desprecios que había tolerado toda su

vida a causa de las circunstancias de su nacimiento, odio por lo que no podía cambiar, deseo de pertenecer al patriciado correntino, a los mismos que jamás la invitarían a sus fiestas y bailes aunque fuera tan blanca como ellos, porque debajo de su piel de alabastro corría sangre india.

Yara suspiró y se estrechó el plato contra el pecho. Itatí había creído que, si se casaba con el señor Ferrara, las cosas cambiarían. Él es como yo, decía, y no veía que, aunque compartieran el hecho de ser mestizos, el señor Ferrara era hombre y tenía, además, un apellido importante y una familia que velaba por él, que jamás permitiría un insulto hacia uno de sus miembros. No comprendía que, a pesar de que Yara vivía con ella, su permanencia en la casa de un hombre soltero la perjudicaba. El señor Ferrara le dijo que Eloísa podría tenerla en su casa hasta el matrimonio, pero Itatí no quiso dejarlo. Decía que Arasunu se sentiría solo sin ella. Yara lo dudaba, pero jamás pudo negarle nada.

Itatí pensaba utilizar aquella vajilla para impresionar a la sociedad en cuanto aceptaran cenar en su mesa. Cuando finalmente llegó la porcelana, organizó una cena muy elegante. Incluso contrató sirvientes para atender a los invitados. De todas las personas a las que esperaba recibir, solo la familia Ferrara y un par de amigos del señor se hicieron presentes en la casa aquella noche. Yara todavía recordaba la expresión de su nieta, la sonrisa de cera plasmada en su cara mientras intentaba fingir que todo estaba bien, que no se sentía avergonzada, insultada, dolida.

Yara había visto cómo miraba la mesa larga y vacía, los cubiertos que nadie usaría, los sirvientes que esperaban servir a comensales que nunca llegarían. Todos, al parecer, habían tenido cosas importantes que hacer, problemas familiares que resolver, asuntos que no podían esperar. El señor Ferrara estaba acostumbrado a esos desplantes, pero Itatí no. Aquella noche, Yara la escuchó llorar y se dispuso a consolarla, pero ella la echó de su alcoba, y juró que nadie la despreciaría otra vez, que una vez que fuera esposa del señor Ferrara nada de eso sucedería, todos en la sociedad frecuentarían su casa y comerían en su vajilla francesa y nadie volvería a burlarse de ella.

Pero eso nunca sucedió. Se marchó mucho antes, y dejó atrás a su abuela, al patrón, a la vida que quería para ella. Yara supuso que su nieta finalmente había caído en la cuenta de que nunca sería feliz, primero porque la sociedad a la que tanto deseaba pertenecer jamás la aceptaría, y después porque el señor Ferrara no la amaba, no realmente.

Algo cayó al suelo y Yara dio un respingo. Se miró las manos. Los dedos se habían crispado contra el plato a causa del susto. Suspiró y pensó que algún frasco de especias se había caído y se volvió mientras se preguntaba dónde habría dejado el recogedor.

—Itatí —musitó cuando solo encontró la fotografía de su nieta en el suelo. Se inclinó con dificultad y la recogió. No entendía cómo había podido caerse del lugar donde la había dejado. Recogió el marco, ya viejo; se había desprendido. Astillas de vidrio cayeron al suelo.

Lo que está roto, roto está, pensó. Observó la fotografía de cerca y frunció el ceño. Había una sombra que rodeaba la figura de su nieta. Qué extraño, nunca antes lo había notado. Su rostro, tan luminoso, se veía opaco, sin vida. Deslizó los dedos sobre la fotografía y meneó la cabeza con tristeza.

—¿Dónde estás, m'hija? —musitó—. ¿Dónde?

CAPÍTULO 12

—¿Esta es su idea de una broma, señor Ferrara?— preguntó Horacio, y se puso de pie. Si bien su tono no reveló más que curiosidad, sus ojos eran astillas de hielo. Crispó los puños a los lados del cuerpo, furibundo—. ¿Qué pretende lograr con el anuncio de un compromiso del que no sabíamos nada?

Juan de Dios torció los labios en una sonrisa sardónica.

—Su hijastra y yo nos casaremos, señor Gutiérrez —dijo. Su voz tenía la suavidad del terciopelo—. No es ninguna broma.

La expresión de Fernanda se tornó cautelosa. Se alisó los pliegues de la falda y dirigió a su “prometido” una mirada furtiva.

Juan de Dios se encontraba de pie detrás de ella con las manos apoyadas en el respaldo de su silla. Vestido completamente de negro, era una presencia intimidante, fría y elegante en el pequeño salón de recibo en el que primaban los tonos beige y ocre. Solo su camisa blanca plisada destacaba el tono bronceo de su piel y confería algo de color a su atuendo. Mariana y su madre estaban sentadas junto a la ventana, ambas con los ojos fijos en Fernanda, tan sorprendidas como Horacio.

Ella se removió en la silla, incómoda, y Arasunu le rozó la nuca con los dedos en una caricia casi imperceptible. Ella se ruborizó y clavó la mirada en el suelo, nerviosa.

Juan de Dios la miró un instante sin demostrar emoción alguna. A él le habría gustado tranquilizarla, asegurarle que no tenía nada que temer y que él estaba allí para ayudarla y protegerla, pero se limitó a apoyarle una mano sobre el hombro.

Horacio intercambió una mirada con su esposa.

—Señor, debe entender, esto es muy precipitado. —La mujer eludió su mirada. Arasunu se sorprendió al descubrir que la mujer le temía. Tanto mejor, pensó, serviría a sus fines—. No sabíamos que Fernanda lo conocía, jamás nos preguntó si podía tratarlo.

Juan de Dios alzó una ceja. Vio a la muchacha hundir las manos entre los pliegues del vestido.

Ella cerró los ojos un instante. Él está de mi lado, pensó. No permitirá que me lastimen.

—Fernanda es mayor de edad —dijo él con suavidad—. No veo por qué habría tenido que pedir permiso para tratarme.

—Esto es inconcebible —dijo Horacio con disgusto. Dirigió los ojos hacia su hijastra—. Jamás imaginé que pudieras hacernos esto.

—¿Hacer qué? —Ella se fingió estúpida. Sintió la presencia de Arasunu a sus espaldas—. Estoy comprometida, deberían alegrarse por mí.

—Estamos *preocupados* por ti —dijo Alcira en un intento por mostrarse maternal—. Sabes que la muerte de tu madre te ha afectado muchísimo, tu salud se ha deteriorado. Tomar esta clase de decisiones ahora no es conveniente. Señor Ferrara, tiene que entender, esta niña ha sufrido mucho, no sabe lo que hace. Le ruego se retire. Hablaremos con más calma por la mañana y, entonces, aclararemos este malentendido.

Arasunu curvó las comisuras de los labios. Sus ojos habían adquirido la tonalidad de la obsidiana.

—No hay ningún malentendido —dijo con frialdad—. Fernanda se casará conmigo.

Horacio lo miró fijo.

—¿Qué sucede, señor Ferrara? —preguntó a quemarropa, y luego, incapaz de contenerse, agregó—: ¿Quiere echarle la zarpa encima a su fortuna?

Fernanda ahogó una exclamación.

—Si usted no fuera a emparentar conmigo muy pronto, señor Gutiérrez, en este momento acordaríamos un encuentro al amanecer —advirtió.

Horacio pareció inquieto.

—No pretendía ofenderlo —dijo entonces—. Entienda que debo velar por los intereses de mi hijastra.

—Lo comprendo, pero a partir de ahora de su bienestar me encargaré yo.

Horacio apretó los labios.

—No. Esta niña no se da cuenta de lo que sucede —Alcira se puso de pie y señaló a Arasunu con un dedo acusador—. Usted quiere apoderarse de su dinero. Es eso, ¿verdad? Piensa casarse con ella y hacerse de su fortuna.

—Mamá. —Mariana miró a su madre con los ojos muy abiertos, incapaz de creer que hubiese sido capaz de decir aquello—. No creo que el señor Ferrara sea un cazafortunas.

—Tú cállate y vete a tu alcoba.

Mariana se puso de pie y abandonó la sala casi a la carrera. Alcira volvió sus ojos hacia Fernanda.

—¡Es un maldito mestizo! —gritó la mujer, fuera de sí. Clavó sus ojos insidiosos en Fernanda—. ¿Acaso no te das cuenta de que eso es lo único que quiere de ti?, ¡tu maldito dinero, niña, nada más, tú no le importas!

—¡Es suficiente! —dijo Fernanda, y se puso de pie—. Un insulto más hacia mi prometido y se irá de esta casa con lo puesto.

Alcira la miró, horrorizada.

—Ahora, si me permiten, acompañaré al señor Ferrara a la puerta. Después discutiremos los detalles de mi boda.

Horacio la miró con calma, y Alcira apretó los labios, pero no hizo comentarios. Arasunu se despidió con cortesía y siguió a Fernanda con parsimonia.

—¿Estás ansiosa por despedirte de mí? —preguntó, divertido—. Qué vergüenza, señorita Carnicer.

—Todo esto es su culpa —siseó ella, y se detuvo junto a la puerta.

—¿Mía?

—Por supuesto que sí. Este plan que ha pergeñado... ¿cree que funcionará? El señor Gutiérrez es muy inteligente, no caerá en esto fácilmente.

—Creo que ya cayó.

Ella echó una rápida mirada por encima del hombro y se inclinó hacia él.

—No sé si estoy de acuerdo en llevar adelante esta charada —musitó—. Debió haber cerrado la boca y dejarme pensar en esto un par de días.

Él la miró sin ninguna expresión en su semblante. Recordó el beso que habían compartido y algo en su interior se removió, expectante. Aunque ella quisiera olvidarlo y fingir que no había sucedido, él jamás borraría de su

memoria lo que sintió al tenerla entre sus brazos. Nunca ninguna mujer lo había afectado como ella, y comenzaba a aceptar el hecho de que la deseaba.

Fernanda abrió la puerta y lo empujó fuera.

—Si no hubiese dicho nada esta noche, me habría dado tiempo de pensar en otra solución —dijo nerviosa—. No querría inmiscuirlo en mis problemas. Mi padrastro podría intentar hacer algo contra usted. No es un caballero como usted.

Juan de Dios la miró desde arriba, pensativo.

—¿Qué le hace creer que soy un caballero? ¿Mi ropa? ¿Mi apellido? ¿Mi dinero? —Curvó los labios.

Una lámpara se meció con el viento, y el rectángulo de luz que había creado sobre los peldaños de la entrada osciló con suavidad. Los elegantes arabescos en altorrelieve que adornaban el techo de la vieja casona parecían mecerse bajo el temblor de la lámpara.

—Dios mío, ¿Cómo vamos a salir de esto?

Él alzó una ceja.

—No se preocupe, no estará atada a mí por mucho tiempo —dijo con calma. Sin embargo, había una veta de acero debajo de sus palabras—. En cuanto resolvamos el asunto de su padrastro, esperaremos un tiempo prudencial, y usted romperá el compromiso conmigo.

—Como si fuera tan sencillo.

—Lo es, créame.

Ella frunció el ceño.

—Mi padrastro sabrá que hay algo muy extraño en todo esto. Yo jamás haría nada imprudente.

Él esbozó una sonrisa. Se inclinó y la miró a los ojos.

—Nos besamos, Fernanda —dijo—. ¿Eso no le parece imprudente?

Ella se ruborizó.

—Un caballero jamás me recordaría algo así.

—Bueno, intenté advertirle que se equivoca usted al considerarme un caballero.

—¡Oh, cálese! —dijo ella enfurruñada, y apoyó la mano en su pecho con la intención de empujarlo lejos de su puerta, pero él no se movió. Apretó los labios—. Váyase ya.

—Ahora que está usted comprometida, su padrastro intentará evitar que se case conmigo —dijo inamovible. Alzó una ceja, divertido, al notar que ella había evitado mirarlo a los ojos desde que había mencionado el beso que habían compartido—. Si intenta lastimarla, acuda a mí de inmediato, ¿comprende?

—Sí, pero... Nadie creerá esto. Todos los que me conocen saben que jamás me casaría con alguien como usted.

Él alzó una ceja.

—¿Alguien como yo? —preguntó con suavidad.

Ella apretó los labios.

—Mi marido debía ser un hombre pobre, inculto, quizás hasta ignorante.

—Y yo no lo soy.

—Por supuesto que no. Ese es el problema. Un marido así jamás representaría un problema para mí. Podría manejarlo a mi antojo, darle dinero y asegurarme de que no se convirtiera en un obstáculo en mi camino ni me impidiera hacer mi voluntad —dijo—. Usted, señor Ferrara, no me parece un hombre fácil de manejar.

Con una oscura sonrisa en sus labios, tendió la mano, cerró los dedos sobre su nuca y la atrajo hacia él.

—No, no lo haga.

—¿Debo suponer que no le gustó besarme?

—Es un error. Usted lo sabe, yo lo sé.

Él se inclinó y la besó. Exploró su boca con la lengua.

Ella se aferró a sus hombros. A pesar de sus protestas, no deseaba que ese momento acabara.

—Arasunu —musitó contra sus labios.

Él la miró con una sonrisa.

—¿Todavía crees que es un error?

—Sí.

Él sonrió.

—Estamos comprometidos —dijo de buen humor—. Bien podríamos tomarnos ciertas libertades.

Ella lo miró avergonzada. El rubor le había coloreado la piel y sus mejillas se veían rojas bajo la amarillenta luz de la lámpara.

—Tiene razón —dijo—. Usted no es un caballero.

—¿Debo suponer que no le gustó? Déjeme probar otra vez. Quizás si...

—No. —Ella se apartó de un salto, y él rio entre dientes—. Aléjese de mí.

—¿Está segura?

—Eso... Esto. No es correcto —dijo rígida, y miró cualquier cosa menos a él.

Él le aferró el mentón con dos dedos y buscó sus ojos. Todo aire socarrón había desaparecido de su mirada.

—Si tiene algún problema, envíeme un mensaje. —Su voz fría y oscura resonó en la quietud de la noche en un suave murmullo—. Vendré por usted.

El la miró un momento en silencio, hizo un gesto de despedida y desapareció en la oscuridad de la noche.

Ella cerró la puerta y se volvió. Alcira la observaba desde el umbral de la sala con expresión fiera.

—No lo puedo creer —dijo—. Ese hombre es un mestizo, un bastardo. Sería un muerto de hambre si no fuera por la caridad de los Ferrara.

Fernanda se detuvo a unos pasos de ella.

—Atrévase a repetir eso y se encontrará en la calle con tanta celeridad que no sabrá cómo llegó allí.

Horacio se acercó a su mujer en silencio y la aferró del brazo.

—Cálmate —dijo, y volvió los ojos hacia Fernanda—. Exijo que rompas ese compromiso.

—No lo haré.

—Ese indio no pisará mi casa como tu prometido jamás.

Fernanda se envaró.

—Es *mi* casa, señor. Y si mi prometido quiere venir de visita, a cenar o a pasar la noche, será bienvenido.

Horacio crispó los dientes. Le temblaba la mandíbula a causa de la furia contenida.

—Eres una perdida.

—Sé lo que pretende, señor, y no lo logrará.

Él entrecerró los ojos y Alcira ahogó una exclamación de horror.

—Lo escuché hablar con el doctor Resoagli —dijo. Su voz fría y controlada no reveló más que desprecio—. Pretende hacerme pasar por loca, encerrarme, quedarse con todo lo que me pertenece, pero no lo logrará. No lo permitiré.

Horacio apretó los puños a los lados del cuerpo. Fernanda tuvo el descaro de sonreír.

—Además, sé que usted envió a alguien para matarme. Que me asesinaran habría sido perfecto para usted, habría heredado mis bienes, pero ¿y si no funcionaba? ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que entrara gritando a la casa en medio de la fiesta que había un hombre en el jardín para que usted dijera frente a todos que no había nadie, que tenía alucinaciones?

Horacio la miró en silencio, y Fernanda se estremeció. Allí, en sus ojos, en la frialdad de aquella mirada, estaba la verdad.

—No funcionará —dijo.

Alcira apretó los dientes.

—Basta. —Horacio no apartó los ojos de su hijastra—. Dejemos que Fernanda vaya a descansar, mañana hablaremos de esto con más calma.

—Buenas noches, señor, señora —dijo. Subió las escaleras despacio, casi pensó que se abalanzarían sobre ella. Cuando llegó al piso alto y escuchó a su padrastro y a su esposa encerrarse en la biblioteca, suspiró aliviada. Le pediría a Cecilia que durmiera con ella esa noche, y luego trancaría la puerta con una silla, como de costumbre.

—¿Fernanda? —La voz de Mariana llegó hasta ella con suavidad desde el umbral de su alcoba. Estaba de pie entre las sombras con una bandeja entre las manos—. Te esperaba.

Ella la miró con desconfianza.

—Quería felicitarte por tu compromiso. —Intentó sonreír—. Te hice un poco de té. —Dio un paso y se detuvo con la bandeja entre las manos—. Pensé que lo necesitarías.

Fernanda asintió.

—Gracias, pero no creo poder tomar nada en este momento. Prefiero ir a dormir.

Mariana la miró un momento en silencio y luego sonrió. Dejó la bandeja sobre una mesita y tomó la taza entre los dedos. Bebió un sorbo.

—No está envenenado. —El humor iluminó sus ojos azules—. Aunque sí muy dulce. No me sorprendería que creyeras que todos en esta casa quieren asesinarte. —La miró risueña—. Pero yo no. A veces querría estar en tu lugar, eso es todo.

Fernanda no supo qué decir y Mariana tomó otro poco de té.

—Tú lo tienes todo —dijo con suavidad—. Yo, nada.

* * *

Los grilletes le sujetaban las manos contra la pared. Ella levantó la cabeza y observó asustada la oscuridad que la rodeaba. El resplandor de una vela iluminaba las paredes desconchadas, las manchas de humedad, la pesada puerta de madera que la mantenía prisionera en aquella penumbra gris y fría.

Amara intentó humedecerse los labios agrietados con la punta de la lengua, pero el sucio trapo que la mantenía amordazada no le permitía siquiera eso. Forcejeó contra los grilletes. Las cadenas tintinearón en el silencio. Aterrada, fijó los ojos en la puerta y temió que él pudiera escucharla. Luego los cerró un momento, presa de la desesperación.

Tenía las ropas hechas jirones. Su pelo rubio, apelmazado y húmedo por la sangre que le había hecho costra sobre las sienes, le caía en rígidas guedejas a los lados del rostro macilento y golpeado. Había sangre entre sus piernas y en sus muslos.

Amara sintió el ardor de las lágrimas en los ojos al recordar cómo la había forzado. Meneó la cabeza. No lloraría. Tenía que escapar de allí, regresar con su familia. Intentó incorporarse y cayó de rodillas sobre las mantas que cubrían el suelo. Sentía los músculos débiles, las piernas inútiles.

No sabía cuánto tiempo había estado allí encerrada a merced de ese diablo que había decidido domeñarla y poseerla. ¿Días? ¿Semanas? No, semanas no. Días. ¿Tres? ¿Cuatro? No podía saberlo.

Ahogó un sollozo y escudriñó los grilletes que ya le habían lastimado la piel de las muñecas. Sabía que él la mataría si no lograba escapar de allí. Miró hacia la puerta una vez más y, luego de un instante de vacilación, golpeó la mano contra la pared, dos, tres, cuatro veces hasta que el dolor

resultó intolerable. Y luego comenzó otra vez. Con las lágrimas que le rodaban por las mejillas, estrelló la mano derecha con fuerza contra el muro, y algo crujió. Ahogó un grito de dolor y, temblorosa, deslizó los dedos por uno de los grilletes. Se había dislocado el pulgar. Se quitó la mordaza y tomó una bocanada de aire. Apretó los labios e hizo lo mismo con la mano izquierda. Cuando consiguió liberarse, lloraba.

Se arrastró hacia la puerta y se puso de pie; se apoyó contra la jamba. Probó el cerrojo y notó, sorprendida, que la puerta estaba abierta. Empujó y no lo pensó más, echó a correr en las sombras por un viejo camino de tierra. Bajo sus pies crujía la hojarasca, los abrojos se le adherían a las ropas, las ortigas le arañaban los pies y la piel de las piernas, pero ella no sentía más que la necesidad de huir de él.

Escuchó unos pasos a sus espaldas y soltó una exclamación de miedo. Giró a la izquierda y se adentró entre los árboles. La luz de la luna caía de soslayo entre el follaje y lanzaba destellos de plata en la oscuridad. Ella corrió, trastabilló, se aferró a un árbol y salió al claro. Las aguas heladas de la laguna reflejaron su cuerpo pálido, sus ropas destrozadas, el horror de su mirada.

Algo crujió entre los arbustos, se volvió y retrocedió sobre la hierba. Sus pisadas se hundieron en el lodo. Intentó gritar, pero de su garganta solo escapó un graznido. Se volvió, entre sollozos, e intentó escapar de él.

De pronto, algo la golpeó. Cerró los ojos con fuerza cuando sintió el cuerpo de él que la presionaba contra el suelo. Sintió su fétido aliento en la mejilla, la risa ronca en los oídos, la dureza de su virilidad entre los muslos.

—No —jadeó, cuando él hundió la mano entre sus ropas y le arrancó lo que quedaba de su falda—. Otra vez no, por favor.

Él rio en su nuca. Le rodeó el cuello con su brazo y le separó los muslos. Ella cerró los ojos y se mordió la lengua cuando sintió que sus dedos hurgaban en su interior y la lastimaban. Intentó forcejear, pero sabía que

jamás podría alejarlo por sus propios medios. Quiso gritar, pero él no se lo permitió. Entonces, con una fuerte y única embestida, la penetró.

Amara observó las aguas de la laguna, vio el reflejo de los árboles en ella, la oscuridad de las nubes, el resplandor acuoso de la luna. Él gruñía en sus oídos, le dejaba el sudor sobre la espalda, la presionaba hasta casi asfixiarla. Ella hundió las uñas en la tierra: el dolor era lacerante. Las lágrimas caían por sus mejillas, humedecían sus labios secos.

Cuando él derramó sus semillas en su interior, Amara se arrastró hacia los pajonales, asqueada. Intentó ponerse de pie y lo hizo mientras él luchaba con la bragueta del pantalón. Pensó que podría escapar. Dio un paso y luego otro, y finalmente encontró la fuerza para correr. La sangre y el semen se mezclaban en sus muslos mientras intentaba alejarse. Ella se volvió y entre las sombras vio la azulada luminosidad del farol. Comenzó a llorar. Sus sollozos entrecortados le quitaron el aliento. Dio un paso hacia los árboles y él la alcanzó. La golpeó con fuerza y la lanzó al suelo. Amara gimió. Lo vio dejar el farol en una piedra y su rostro en sombras se dibujó en la oscuridad. Ella sintió la tierra bajo los dedos, el arrullo del agua en los oídos.

—No, no —comenzó a llorar—. Déjeme.

Él se inclinó, la aferró del pelo y la arrastró hasta la orilla de la laguna. La soltó, y ella cayó en el agua. Intentó incorporarse mientras tosía e intentaba respirar, pero entonces él presionó sus manos grandes y fuertes contra sus hombros. La empujó dentro del agua oscura y susurrante.

Amara intentó respirar, pelear, pero él la aplastó y el agua le inundó la nariz, la boca. Empezó a agitar los brazos, pero sabía que todo sería inútil. Moriría allí.

No puedo respirar. No puedo, pensó.

** * **

Fernanda despertó con un grito. Estaba sentada en la cama, atrapada entre los pliegues del camisón. Tomó bocanadas de aire una y otra vez con la mano contra el pecho agitado. El corazón le latía con fuerza.

—Una pesadilla —musitó, y observó la oscuridad que la rodeaba. La luz de la luna, pacífica y diáfana, entraba a raudales por su ventana e iluminaba los muebles con un ligero resplandor azulado.

Notó que la manta había caído al suelo al igual que la sábana. Pensó que quizás por eso había sentido tanto frío en sus sueños.

—Amara —musitó.

¿Por qué su nombre era Amara en las pesadillas?

Se dejó caer sobre la almohada y cerró los ojos. Tenía las mejillas húmedas por las lágrimas, había llorado en sueños. Pensó en la mujer que era ella y no lo era a la vez: la mujer de cabello rubio. No la conocía, nunca antes había visto a nadie como ella y, sin embargo, sus rasgos eran tan reales que casi podría reconocerla si la encontraba en la calle.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. No entendía por qué tenía esos sueños tan vívidos, tan desagradables.

Recordó la primera vez que la había visto en sus pesadillas, cuando ese hombre la había sorprendido en su casa y la había golpeado hasta dejarla inconsciente. Y ahora soñaba con lo ocurrido después, cuando la tuvo a su merced durante días, cuando la violó no una, tuvo la certeza, sino varias veces, y luego cuando la mató.

Se estremeció y cerró los ojos.

—No quiero volver a soñar con ella —musitó, y su respiración acompasada permitió que su voz sonara apenas como un murmullo.

Una sombra se deslizó a su lado, y ella se quedó dormida bajo su mirada muerta.

CAPÍTULO 13

—Todo esto es culpa suya —dijo Fernanda en voz baja. Abrió el abanico de nácar y lo agitó junto a su pecho, crispada. Observó de reajo a la multitud de personas que llenaban el teatro y los escrutaban sin disimulo.

Que el señor Ferrara y la extraña señorita Carnicer estuvieran comprometidos era de lejos el acontecimiento más interesante que había ocurrido en los últimos meses. El patriciado correntino no podía menos que sentir curiosidad.

Fernanda deslizó su tensa mirada sobre los palcos y notó, disgustada, que muchos binoculares estaban dirigidos hacia ellos. Curvó los labios en una sonrisa en beneficio de los chismosos de la ciudad y cerró el abanico con un chasquido sobre la falda.

—Sonría —dijo—. Nos observan.

Juan de Dios miró con helada indiferencia a una pareja que parecía particularmente interesada en ellos. Fernanda lo observó de reajo y se ruborizó. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, recogido a la altura de la nuca, lo cual dejaba al descubierto sus rasgos fríos y pétreos. Como siempre, había elegido el negro para vestir. Pensó, divertida, que parecía amenazante y peligroso y que, quizás, a causa de ello, ninguno de los buenos vecinos de la ciudad se había atrevido hasta el momento a acercarse para satisfacer la malsana curiosidad que ellos despertaba.

Fernanda volvió su atención hacia las tablas, intentó serenar sus nervios.

La asistencia al teatro, ya fuera para apreciar una obra o para disfrutar de un *ballet*, resultó ser una costumbre para la oligarquía correntina, una suerte de hábito imprescindible para figurar como miembro de la parte más representativa de la sociedad.

Lo importante no se desarrollaba en el escenario ni en la pista, sino en los pasillos, donde la elegancia en el vestir, o la falta de ella, era muchas veces objeto de críticas o elogios en las crónicas sociales de los días posteriores al evento.

La apertura de la temporada era un evento muy importante y, al igual que los carnavales, era esperada con gran anhelo. Además de ser un lugar donde observar y ser observado, era un ámbito donde también se podía discutir de los más diversos temas, desde política y leyes hasta de los tiernos rumores de romance.

Concurrir a una velada en el Coliseo de San Juan al 600 era un acto de tanta relevancia social, que la ausencia de alguna persona particularmente importante era comentada luego en los diarios más leídos de la ciudad, como *La verdad y las cadenas*. La ciudad, al igual que otras capitales importantes de América, comenzaba a respirar la influencia europea en sus costumbres y, en particular, en el vestir. Y esto era especialmente perceptible entre las mujeres, quienes no dudaban en seguir los dictados de la moda francesa en sus atuendos. Con el tiempo, se consolidó la costosa costumbre de lucir trajes y accesorios importados de París, en especial, para asistir al teatro. No cualquiera podía permitirse comprar un atuendo para cada evento y, mucho menos, cuando sabía que era poco probable que volviera a usarlo en una segunda ocasión; había entonces atuendos de día, de tarde o de noche, de casa, de calle, de paseo, de visita, para ir al teatro, para ir a una cena, a un baile, al hipódromo o al campo. Resultaba obvio que no todas las familias de alcurnia podían permitirse tales gastos, a pesar de mantener una apariencia de opulencia y sosiego, razón por la cual muchas de ellas, a veces, se excusaban para no asistir a los eventos en el Coliseo donde, sabían, se esperaba lucieran el último grito de la moda.

Eran en estas veladas en las que la elite exigía a hombres y mujeres de valía prestar una atención particularmente detallista en sus atuendos y accesorios, ya que eran los que revelaban la posición que ocupaba cada quien en la sociedad. Las damas de alcurnia lucían vestidos de fastuosas telas, *chiffon*, gasas, rasos y tafetas de seda, brocados bordados con hilos de oro y plata e incluso con aplicaciones de cristal y perlas, de vistosos colores como rojos, amarillos y azules intensos e intrincados diseños.

Los caballeros, por costumbre siempre más sobrios en el vestir, lucían trajes de colores apagados, negro por lo general, a veces azul, café o gris Oxford, para servir de marco a la rutilante belleza de las damas más que para competir en elegancia con ellas.

La riqueza y la posición social de los asistentes a tan importantes eventos se percibía a través de la vestimenta. En la noche, sobre los peldaños que conducían a las enormes puertas dobles del teatro, abundaban abanicos pintados a mano, anillos de brillantes, guantes de seda, estolas de piel, relojes de bolsillo de oro, chaquetas de corte inglés, peinetas de carey, bastones con mangos de plata, corbatas de seda, broches, pellizas, pulseras, collares y brazaletes de oro. Carecer de estos accesorios o no lucirlos con la elegancia correspondiente tendría como consecuencia unas palabras muy poco halagüeñas desde las páginas de *Las cadenas*, que sería leída y repetida entre los círculos de la clase alta hasta el hartazgo, con la consiguiente descalificación social. Arriesgarse a eso, para la mayor parte de la *high-class*, era inconcebible.

Después de un momento, Fernanda le lanzó una mirada indagadora.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Disfrutar de la obra.

—Me refiero a nuestro compromiso —dijo ella, impaciente—. ¿No le parece incómodo?

—No.

Arasunu clavó en ella sus ojos de lince.

—Necesitaba una esposa, usted un marido —dijo—. Este compromiso ha solucionado ya uno de mis problemas y pronto resolverá el suyo.

—No entiendo —dijo.

—Mi madre y mis hermanas me han presionado para que buscara una esposa. Comprometerme con usted me ha dado un respiro —dijo conciso—. Ahora que no tienen que preocuparse de que muera solo y sin haber conocido el amor de una mujer, focalizarán su atención en otra cosa.

—Comprendo, pero aun así...

Él la miró. Había algo muy extraño en su mirada, algo que ella no supo interpretar.

—No estaría en esta situación si no quisiera —dijo cortante.

Si aquel compromiso fuera real y él se convirtiera en su marido, pensó, qué feliz sería.

Eso no sucederá, se dijo. Era todo una pantomima. En su beneficio, por supuesto, pero no era más que una farsa que pronto terminaría. Lo miró de reojo, apenas lograba respirar cuando se encontraba a su lado. Por supuesto, a veces se comportaba como un salvaje con ella, la agarraba del brazo y la conducía como si fuera a caerse si la soltaba; la tocaba y le hablaba como nadie se había atrevido a hacerlo jamás, y aun así, admitió, estaba fascinada con él.

¿Acaso estaba enamorándose? Es probable, pensó.

Pero no había nada más triste que amar y no ser correspondida.

Todavía luchaba con esa idea cuando él fijó en ella la atención de sus ojos fieros.

—¿Cómo están las cosas en su casa? —preguntó.

Ella desvió la mirada.

—Alcira está furiosa conmigo. Mi padrastro no me dirige la palabra, pero lo vi reunirse con su abogado y un par de médicos. —Se estremeció—. Planea algo, usted tenía razón.

—Cálmese —dijo, y cerró los dedos sobre su mano—. Es lo que queríamos, ¿recuerda?

—Sí, pero... —Inclinó la cabeza. A través del guante podía sentir el calor de su mano, y eso la confortó—. Tengo miedo.

Arasunu suavizó su expresión.

—Está bien —dijo suave—. Yo cuidaré de usted.

Ella asintió, pero parecía incómoda.

—No querría tener que depender de nadie, no es justo. Tengo un título, una profesión, dinero, debería ser libre y, en cambio, no lo soy, no cuando existe la posibilidad de que termine mis días en un asilo para dementes.

—Eso no sucederá, confíe en mí.

Ella lo miró a los ojos y cerró los dedos sobre los suyos.

—Confío —musitó—. Nunca he confiado en alguien tanto como confío en usted.

* * *

—¿Qué haces aquí sola, Fernanda? —Eleonora Ferrara se detuvo junto a los pesados cortinones de terciopelo rojo que cerraban el palco. Parecía confundida—. ¿No estaba mi hijo contigo hace un instante?

—Sí, señora. —La saludó con cariñosa cortesía—. Un caballero quería hablar con él en privado y salió un momento al pasillo.

La mujer suspiró resignada.

—Me temo que tendrás que acostumbrarte. Se deja arrastrar por el trabajo aun en lugares donde se supone debe divertirse, al igual que su padre. Debería estar aquí y atenderte.

—Está bien, no me molesta.

—Eres mucho más comprensiva que yo, eso es obvio. —Se sentó junto a ella y abrió el abanico. Sonrió con dulzura—. No tuve antes oportunidad de agradecerte por tus atenciones, permíteme hacerlo ahora. Desde que fui a tu consultorio, me he sentido muy bien.

—Solo recuerde no comer tan tarde ni acostarse de inmediato después.

—Lo recordaré. —La dama guardó silencio un momento y luego volvió sus ojos hacia ella, emocionada—. Estoy muy feliz de que pases a formar parte de mi familia, Fernanda.

Ella se ruborizó. Mentirle a esa señora le resultaría cada vez más difícil, pensó. Ojalá no tuviera que hacerlo durante mucho tiempo.

—Gracias, yo... No sé qué decir.

—Juan de Dios parece estar muy encariñado contigo. —Le palmeó la mano—. Eso es muy importante para mí. Que mi hijo finalmente haya encontrado a una mujer con la que se sienta a gusto y a quien quiera es un

sueño hecho realidad. Fernanda, no sabes cuánto recé porque apareciera en su vida una mujer como tú.

Eleonora la notó avergonzada y comprensiva, observó a la multitud que se había reunido en el teatro esa noche.

—Arasunu no se siente muy a gusto entre tanta gente —dijo después de un momento.

Fernanda la miró sorprendida.

—No parece. Se lo ve en su elemento.

—Créeme, él preferiría estar en cualquier otra parte y no aquí, entre tantas personas. Si está aquí es por ti.

—¿Por mí?

—Sí.

—Los rumores sobre las posibles causas de su rápido compromiso se han esparcido por toda la ciudad. Él sabía que si no aparecían juntos en público, los cuchicheos serían inconcebibles. Quiso asistir esta noche para darte el apoyo de su presencia. Sabes que a un hombre no le afectan los chismes tanto como a nosotras. No tenía por qué haber venido, pero aquí está. —Eleonora sonrió con afecto—. No sé de dónde la ha sacado, pero mi hijo tiene una profunda veta protectora debajo de ese exterior hosco y distante que tanto se esfuerza por mantener.

Fernanda enarcó una ceja.

—Entiendo —dijo con suavidad.

—Está muy preocupado por ti —dijo Eleonora, pensativa.

—¿Cómo lo sabe? —Fernanda parecía incrédula.

—No te ha quitado la vista de encima en toda la noche. Creo que cada tanto quiere asegurarse de que estés bien y no te sientas apabullada por todo esto. —Hizo un gesto casi imperceptible hacia las miradas que no se habían apartado de su palco—. Le preocupa tu reputación, supongo que pretende demostrar que no hay prisas para llegar al altar y que el de ustedes es un matrimonio concertado.

—Sí, yo... Sí, eso es.

Eleonora la observó con una sonrisa fraterna en los labios.

—Es un hombre difícil —dijo en voz baja—. Tendrás que ser muy paciente con él.

Eso la sorprendió.

—No es difícil en absoluto —dijo—. Es muy amable y considerado conmigo.

Eleonora sonrió.

—Puede ser que te lo parezca ahora, pero en una pareja la convivencia es la prueba final. No es fácil entenderse con un caballero. Tienes que adaptarte a muchas cosas, aceptar unas, tolerar otras tantas. A veces está de mal humor, otras busca la soledad; solo dale tiempo. No te enfades ni te distancies de él a la primera discusión, no te permitas ni le permitas ir a la cama con una discusión de por medio. Traten de arreglar sus desacuerdos antes de la caída del sol o la brecha en la pareja se hará más grande y los baches en el matrimonio se multiplicarán hasta ser infranqueables.

Fernanda desvió la mirada con emoción. Pensó que si su madre hubiera estado allí, le habría dado los mismos consejos.

Eleonora se mostró incómoda.

—Perdóname por darte estos consejos y en este lugar, pero quiero que seas feliz y que hagas feliz a mi hijo. Eres muy joven todavía, una muchacha de tu edad necesita de los consejos de una madre, y como la tuya está en el cielo, espero que me disculpes por haberme tomado la libertad de dártelos yo.

Fernanda se ruborizó.

Eleonora sonrió. Estaba muy satisfecha con la mujer que su hijo había decidido tomar como esposa. No solo era bonita y de buenos sentimientos, sino también médica e hija de una de las pocas mujeres que Eleonora había considerado una amiga.

Fernanda vio a Arasunu acercarse por el pasillo y detenerse a unos metros del palco, junto a un caballero que parecía muy ansioso. Sonrió al notar en su rostro una expresión implacable.

—No parece estar de humor para ser cortés —comentó.

Eleonora suspiró.

—El caballero que está con él es un amigo de mi marido. El señor Toledo respeta a Arasunu, pero a veces lo subestima. Mi hijo ha tenido que luchar muy duro para entrar al mundo de los negocios y forjarse una reputación como un abogado y, por otro lado, como administrador de los bienes de la familia.

—Comprendo.

Eleonora sonrió.

—Ven conmigo —dijo—. Te presentaré a unas amigas mías. Si pretendes ejercer de médica y ampliar el número de tus pacientes, tienes que contar con ellas.

Fernanda asintió y siguió a la señora Ferrara al pasillo. Arasunu la observó, pensativo. Ella le hizo un gesto con la mano, quizás con la intención de tranquilizarlo.

Juan de Dios vio a su madre conducir a Fernanda entre el gentío hacia el área donde las matronas de la sociedad correntina se reunían para chismorrear y vigilar a sus jóvenes retoños en edad casadera, y curvó los labios en una sonrisa casi imperceptible.

Eleonora se encargaría de vigilarla y ofrecer una pátina de respetabilidad y la protección de su buen nombre a una situación que podría ser muy difícil para Fernanda. La sociedad entera estaba convencida de que la próxima llegada de un bebé era la causa de tan inesperado compromiso.

Basilio Ferrara apoyó una mano sobre el hombro de su hijo y sonrió.

—Si me disculpas, Antonio, tengo que hablar un momento con Juan de Dios —dijo y, en cuanto el señor Toledo asintió, lo llevó a un aparte, cerca del palco.

—¿Qué haces? —preguntó.

Juan de Dios lo miró sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—Deberías estar con tu prometida. Ve con ella, llévala al salón de refrigerios, déjate ver a su lado. Será más sencillo para ti protegerla de las malas lenguas si no pierdes el tiempo con los viejos carcamanes. Tu madre está ahora con ella, pero tienes que apoyarla.

Arasunu curvó las comisuras de los labios.

—Lo hago —dijo.

—Muy bien, muy bien. —Basilio asintió satisfecho—. Solo quería recordarte que ella será el alma de tu casa, debes respetarla.

—¿Y tienes que recordármelo ahora aquí?

—¿Cuándo, sino? Ya casi nunca te veo, andas detrás de esa muchacha día y noche.

Arasunu se rindió.

—Jamás le faltaría —dijo lacónico.

—No me refiero a eso. —Basilio descartó el asunto con un ademán de su mano.

—¿Entonces?

—No le levantes la voz frente a los sirvientes. Dale su lugar en tu casa. Ella se encargará de hacerte la vida sencilla y apacible.

Arasunu asintió obediente.

—Los sirvientes deben obedecerla y no lo harán si tú la contradices. Recuerda esto: desde el momento en que la lleves a tu casa, ella será la dueña, la señora. Pasará más tiempo que tú allí. No debes hacerle la carga más pesada, no le contradigas sus órdenes. Si algo no te gusta, discútelo con ella en la intimidad del dormitorio, donde nadie pueda escucharlos. No la contraríes si no tienes motivos para hacerlo.

—No lo haré.

—Por supuesto, cometerá errores, pero no la reprendas con dureza —aconsejó el anciano. Parecía muy importante para él que Arasunu prestara atención a los consejos. Suspiró—. He observado a la chica y creo que tiene mucho carácter, y eso es muy bueno.

—¿Lo es?

—Sí, por supuesto. Como te dije, la vida a su lado no será fácil, pero tampoco aburrida. Temía que te casaras con una avejilla sin seso, pero veo que has elegido a una mujer admirable y estoy contento con eso. Por eso te

digo esto, la quiero como nuera y no deseo que lo echés a perder.

Arasunu tuvo que sonreír.

—Hijo, trata muy bien a esa niña —continuó—. Así como esperarás que ella sea una buena esposa, tú tendrás que ser un buen marido.

—Sí, señor.

—Bien, bien. —Basilio se mostró satisfecho—. Ve con ella, muchacho, y trátala bien. Es la compañera que has elegido para ti, será la madre de tus hijos, no lo olvides.

* * *

Mariana apartó las cortinas y observó a Fernanda despedirse del señor Ferrara. Ella se veía feliz, muy hermosa con su vestido de noche y los colores en sus mejillas. Era evidente que estaba enamorada de él.

Apretó los labios. Dejó caer las cortinas por temor a que repararan en ella, pero no se apartó de la ventana. Observó a Juan de Dios. Qué diferente era del hombre al que ella estaba prometida. Si bien no se había hecho el anuncio, y la noticia no aparecería en los periódicos hasta dentro de unas semanas, ya no podía hacer nada. Terminaría por casarse con el señor Manferrer e iría a vivir a su casa bajo la férula de su futura suegra.

Podría tener un destino peor, pero no podía imaginar ninguno que lamentara más.

No era justo que Fernanda lo tuviera todo y ella nada. Dinero y un título, y ahora un marido joven y atractivo.

—¿Qué haces? —Alcira abrió la puerta y la miró con las cejas en alto—. Ya deberías estar en la cama.

—Ya iba a acostarme. —Se apartó de la ventana y la miró sin saber qué más decir.

Alcira asintió.

—Mañana por la noche vendrán invitados a comer —dijo—. Quiero que te veas muy hermosa. Dejé un vestido para ti en tu ropero, el color te sentará bien.

Mariana vaciló.

—¿Quiénes vendrán? —preguntó finalmente.

—Tres médicos y los abogados del señor Gutiérrez —dijo Alcira, satisfecha. Su rostro continuaba hinchado y se veía más cansada que de costumbre. Mariana había intentado convencerla de que guardara reposo, pero ella había asegurado que se sentía bien, aunque era evidente que no—. Se ocuparán de Fernanda.

—No entiendo. ¿Se ocuparán de Fernanda?

—No hace falta que entiendas nada. —Alcira ahuecó los labios—. Solo precisas sonreír y verte muy bonita. Dos de los médicos son amigos del señor Manferrer y querría que les agradaras. Siempre es bueno gustar a los amigos del marido.

—Madre. —Mariana titubeó—. No quiero casarme con ese hombre.

—¿Otra vez con eso?

Mariana retrocedió un paso. Su madre la miró con sus ojos enormes fijos en ella. Odiaba que la mirara así porque entonces sabía que la había molestado y, cuando su madre estaba molesta, podía resultar muy hiriente.

—¡Qué niña estúpida eres! —Alcira elevó la voz. Crispó las manos a los lados de su cuerpo y sus ojos enormes se clavaron en Mariana. Ella tembló—. ¿Crees que puedes decirme eso ahora, cuando finalmente encontré a alguien que podría ayudarnos? Pero ¿qué pretendes, idiota? ¿Qué vivamos de la caridad de Fernanda? Te casarás con él y punto.

Alcira la aferró de un brazo y la zarandeó. Mariana apretó los dientes, aterrada.

—Escúchame muy bien: harás lo que yo te diga y cerrarás esa boca, ¿entendiste? Te lo digo por tu bien. Tú eres la única que puedes sacarnos de la miseria. Mañana en la noche te pondrás el vestido que elegí para ti y bajarás a comer con nosotros. Sonreirás y le mostrarás a los amigos de tu futuro marido lo encantadora que eres, y tendrás mucho cuidado con lo que dices. No querría que llegaran a los oídos de tu prometido alguna de tus tonterías y acabaras con nuestros planes.

Alcira se volvió y abandonó la habitación con un portazo. Mariana esperó un momento y luego tomó una bocanada de aire; contuvo las lágrimas.

Pensó en el señor Ferrara y cerró los ojos con fuerza.

—Tú me protegerías —murmuró. Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla y se perdió entre sus rizos.

Crispó las manos, contuvo el aliento y, aun así, las lágrimas acudieron a sus ojos. Se cubrió los labios con las manos y lloró en silencio, ahogando sus sollozos contra la almohada.

CAPÍTULO 14

Eloísa observó a sus invitadas un momento, luego dejó a un lado su costura con cierta impaciencia e intentó adivinar en la expresión de Fernanda el porqué de su incomodidad.

—¿Sucede algo? —comenzó con una sonrisa alentadora—. ¿Estás preocupada por los chismes que hay respecto del compromiso? No deberías estarlo, son tonterías. Desaparecerán en cuanto llegues al altar.

Antes de que la joven pudiera decir algo, cualquier cosa, Nélica hizo un gesto con la mano.

—Eloísa, ¿acaso no has escuchado los últimos runrún? —dijo contrariada—. Ya todos en la ciudad saben que Fernanda es una rica heredera. Los chismes aseguran que Juan de Dios decidió casarse con ella para apoderarse de su fortuna, ¿puedes creerlo? A él no le agrada el escándalo ni los chismes. Debe de estar furioso con todo esto.

Eloísa contempló a su hermana con tranquilidad.

—No parece. Yo lo vi muy tranquilo cuando acompañó a Fernanda hasta mi puerta.

—Eso es porque ves lo que quieres ver, siempre has hecho eso. Te importa muy poco lo que sucede alrededor siempre que consigas lo que quieres.

—¿Y se puede saber qué quiero ahora?

—Casarlo con Fernanda. Estás ansiosa por organizarle la boda.

—¿Y tú no?

—Oh, cállate.

—Suficiente —dijo Eleonora con sequedad—. Molestan a la pobre chica.

Eloísa y Nélica volvieron sus ojos hacia Fernanda.

—Tendrás que disculparnos, pero esta situación pone a mi hermana de los nervios —dijo Eloísa con descaro.

Fernanda desvió la mirada.

—Está bien, no importa —dijo. Detestaba engañar a Eleonora y a las hermanas de Arasunu, pero él le había advertido que se mostrara firme con su familia y que no revelara su plan. Era importante que su familia lo creyera a fin de dar una pátina de veracidad a todo lo dicho.

Nélica le frunció el ceño a su hermana.

—¿A mí? Eres tú quien ha intentado utilizar *Las cadenas* para desafiar a cualquiera que se atreva a hablar de Arasunu y su prometida.

Eleonora decidió intervenir otra vez antes de que los ánimos se caldearan en demasía.

—Por favor, no es necesario que hablemos de los chismes ahora —dijo—. Lo importante es que tenemos a Fernanda aquí y debemos darle una buena impresión. No queremos que se arrepienta de haber aceptado casarse con Juan de Dios, ¿verdad?

Eloísa y Nélica asintieron al unísono.

—Por supuesto —dijo Nélica con una sonrisa.

—Es obvio que no. No queremos que suceda de nuevo. Con una ya fue suficiente.

Fernanda la miró confundida.

—¿A qué se refiere?

Las mujeres intercambiaron una mirada.

Eloísa suspiró.

—Creo que deberías saberlo —dijo, pese a que Eleonora le lanzó una mirada de advertencia—. Me sorprende que Arasunu no te lo haya dicho.

—¿Decirme qué?

Nélida decidió intervenir.

—No es la primera vez que mi hermano piensa en casarse con una mujer. Hace dos años estuvo comprometido.

Fernanda la miró incrédula.

—¿Iba a casarse? —balbuceó.

—Sí. La chica decía quererlo y parecía agradable —continuó Nélida. Era obvio que el tema le desagradaba—. Habían resuelto casarse en La Esperanza, creo que sabes que tenemos una casa allá. Yara y su nieta quisieron poner la casa a punto para la boda y decidieron viajar hasta allí para preparar todo. Itatí pronto sería la esposa de Juan de Dios, y parecía feliz.

Fernanda cerró los dedos sobre su falda.

—¿Itatí? —musitó. Recordó a la hermosa joven que sonreía en la fotografía que había encontrado entre los especieros.

—Sí —dijo Eloísa sin inflexión alguna en la voz—. Pero poco antes de que Arasunu fuera a reunirse con ellas para ultimar los detalles, Itatí se marchó. Desapareció; ni siquiera dejó una nota que explicara la razón de su huida.

—Y se llevó el anillo —dijo Nélida con rencor.

—Era muy costoso, de oro blanco y zafiros —agregó Eleonora con tristeza.

Fernanda miró a una y a otra, confundida.

—Arasunu intentó encontrarla, pero no halló rastros de ella. —Nélida apretó los dientes, irritada.

Fernanda bajó los ojos.

—¿La amaba?

Eloísa hizo un gesto con la mano.

—Si el alguna vez mi hermano sintió afecto por Itatí, desapareció cuando lo dejó.

—Arasunu jamás perdonaría una traición —dijo Nélida.

—Comprendo —musitó Fernanda. Deslizó los dedos sobre su anillo de pedida. Era una argolla en filigrana de oro con un sencillo diamante en el centro. El señor Hoffman había acompañado al señor Augusto Zentner hasta su casa para mostrarle la joyería alemana en existencia. Por órdenes de Arasunu, le había mostrado un gran surtido de sortijas, brillantes engarzados, pulseras y alfileres para señoras.

Primero debía elegir su anillo de pedida y luego el señor Ferrara deseaba que tomara también cualquier otro objeto que encontrara de su agrado, como un obsequio.

Fernanda había elegido, además de la sortija, un camafeo de cristal negro. Aunque tuviera que devolverlos en cuanto rompiera su falso compromiso con Arasunu, se había sentido muy emocionada al pensar que Juan de Dios se había tomado el tiempo para pensar en esos detalles.

Y ahora sabía que había tenido esos detalles con otra mujer. Aplastó sus celos, decidida.

Eleonora la observó, pensativa.

—Le sugerí a mi hijo que una vez casados te lleve un tiempo a su casa en La Esperanza. Ese lugar ofrece la intimidad necesaria para que los recién casados comiencen a conocerse. Te agradará, es un sitio maravilloso.

Fernanda asintió, pero sabía que Eleonora intentaba cambiar de tema, y se lo agradeció. No deseaba hablar de esa mujer, saber que Arasunu había amado a alguien más, que había estado a punto de casarse con otra.

Nélida la miró y la notó alicaída.

—¿Te pasa algo? —preguntó. Tomó su mano—. ¿Hemos dicho algo que te ha molestado?

Fernanda meneó la cabeza.

—No sé si él podrá sentir afecto por mí —musitó.

Eleonora y Eloísa intercambiaron una mirada y sonrieron.

—Querida, debes de tener la vista muy mala, casi tanto como la mía —dijo Eleonora con simpatía—. Si Juan de Dios no sintiera afecto por ti, no se casaría contigo.

—Sé que mi hermano es muy malo para expresar sus sentimientos, pero créeme, está enamorado de ti —dijo Eloísa con seguridad.

Fernanda intentó sonreír.

—Eso no es posible —dijo.

Eloísa descartó su comentario con un ademán.

—Solo tienes que tener paciencia con él —dijo Nélida—. A veces es un hombre difícil.

Eleonora la miró a los ojos.

—Muy difícil —recalcó, y le palmeó la mano—. Pero sé que sabrás manejarlo.

* * *

Juan de Dios compró un par de empanadillas de carne a un vendedor ambulante, y luego regresó junto a su “prometida”, quien se encontraba de pie junto a una pérgola mientras observaba pensativa los rosales que crecían cerca de la fuente.

Todas las plazas de la ciudad estaban adornadas con bellos jardines y frondosos árboles que servían para el sosiego y descanso de los transeúntes, pero de todos los paseos públicos, el más admirable era la plaza 25 de Mayo. Por entonces estaba adornada con parterres de un sinnúmero de plantas, varias fuentes y una docena de añosos árboles, aunque a veces, en los periódicos de la época, algunos buenos vecinos se quejaban de su aspecto, y decían que “se ve mal, con sus árboles en mal estado”, además de estar “invadida por animales sueltos... Vacas y caballos”.

Arasunu la miró y, por un momento, cuando ella volvió la cabeza hacia un lado para seguir con la vista el vuelo de un pájaro, la luz de la mañana que se colaba por entre el follaje de los árboles le dio de lleno en la cabeza, confiriendo reflejos rojizos a su pelo y una magnífica tonalidad dorada a su piel de alabastro.

Cuando lo vio acercarse, Fernanda cerró su sombrilla color crema y rio con suavidad al ver lo que había comprado.

—¿Cómo puedes comer eso a estas horas? —preguntó—. Enfermarás.

Él le ofreció una de las empanadillas.

—Tengo una médica a mi disposición, ¿o no? —dijo divertido, y la vio luchar contra sus blanquísimos guantes para tomar el tentempié con sus manos.

Ella se ruborizó.

—Sí, por supuesto —dijo, y probó un bocado. Infló los cachetes y se cubrió la boca con los dedos—. Está delicioso —balbuceó.

—Me alegra ver que tienes un saludable apetito. Si comieras tan poco como Eloísa, desesperaría.

—Al contrario de lo que se cree, considero que no es saludable para una mujer comer como un pajarillo —dijo—. Debería advertírselo, pero sé que no me escuchará.

—No, no lo hará. —Guardó los guantes de Fernanda en uno de los bolsillos de su chaqueta, y luego apoyó los dedos de la dama sobre su brazo—. Nélide, en cambio, tiene un excelente apetito, pero jamás comería nada frente a ningún caballero, a menos que fuera un diminuto bocadillo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Juan de Dios la condujo hacia uno de los caminos de guijarros que serpenteaban alrededor de la plaza y saludó amablemente con la cabeza a una pareja que pasó a caballo al trote corto, muy cerca de ellos.

—¿Cómo resultó todo con las mujeres de mi familia? —preguntó.

Fernanda terminó su empanadilla y Arasunu le entregó su pañuelo de batista para que se limpiara los dedos.

—Muy bien. —Se mostró incómoda—. Aunque lamento tener que mentir, no estoy acostumbrada a hacerlo y cada vez me resulta más difícil. —Ella lo miró un momento en silencio y luego contempló el camino, pensativa—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

Vaciló.

—¿Qué piensas de mí?

—Te admiro.

—¿Sí?— Por una vez ella deseó que él no fuera tan parco—. ¿Por qué?

—Creo que eres una mujer excepcional. —Él se mostró incómodo—. Supongo que no te fue sencillo convertirte en lo que eres ahora, y admiro tu determinación para lograr tus metas.

—Nadie parece darse cuenta de ello. Ven los resultados y suponen que fue suerte o, en el peor de los casos, que alguien me ayudó, que la misericordia de algún hombre logró que yo llegara a este punto. Tuve que sacrificar muchas cosas en el camino y dedicarme a estudiar más que muchos de mis compañeros, porque no pensaban que pudiera lograrlo, porque esperaban que no lo hiciera.

—Has logrado todo lo que te has propuesto sin depender de la anuencia o del apoyo de nadie —dijo con suavidad—. Has logrado entrar a la universidad a pesar de todos los obstáculos que seguramente has tenido que sortear solo por ser mujer, y te has recibido con honores. Ejerces como médica y lo haces además con personas que jamás podrían pagarte ni conseguir los medicamentos que les proporcionas en forma gratuita. —Sonrió—. Creo que eres una de las mujeres más admirables que he conocido.

Eso la turbó. El corazón le dio un salto y el calor floreció en sus mejillas.

—Mi padrastro nunca aprobó que entrara en la Facultad de Medicina, y menos le agradó que me recibiera —comentó—. Creo que esperaba verme fracasar y celebrar mi regreso a casa con una derrota.

—Lo supuse.

Fernanda sonrió. Quizás él tendiera a veces a mostrarse como un déspota insufrible, arisco y hasta huraño, pero tenía un buen corazón y, bajo su exterior rudo y severo, era un auténtico caballero.

Arasunu curvó sus labios a un lado.

—¿Te agradecería acompañarme a comprar un par de obsequios para mis sobrinos? —preguntó.

—¿Ahora? —Fernanda notó que pronto sería la hora de comer.

Arasunu se inclinó y la miró a los ojos.

—Cobarde —musitó.

¡La desafiaba!

Ella tomó una decisión.

—Está bien. —Se prendió de su brazo—. Acepto.

—Sabía que no podrías resistir un desafío.

—¿Lo sabías?

—Sí. —La miró con una enigmática sonrisa en los labios—. Comienzo a conocerte muy bien, Fernanda.

* * *

Dante Rivera examinó sus naipes un instante y luego los arrojó sobre la mesa, sin mayor interés. Sus labios se curvaron en una sonrisa cuando apoyó la espalda contra el respaldo de la silla, cruzó las piernas y encendió un cigarro.

En la penumbra del recinto, sus rasgos afilados e implacables parecían incluso siniestros. Era un hombre alto, de hombros anchos y aspecto peligroso. No parecía un caballero, y no lo era, aunque tenía el barniz de uno. Ningún caballero habría llevado un facón cruzado sobre los riñones bajo el chaleco ni habría ocultado una navaja en una de las botas, como lo hacía él. Tampoco habría escondido la hoja de una espada en el bastón que usaba cuando emergía de sus oscuros dominios para echar un vistazo a los luminosos salones de la *high-class*, lo que ocurría cuando alguien que le debía un favor se veía obligado a abrirle las puertas de su casa. Y mucho menos tendría bajo su férula a más de la mitad de los delincuentes que pululaban en la noche correntina.

Acostumbrado a tratar con ladrones y prostitutas, incluso con asesinos, había adquirido con los años cierta reciedumbre en sus maneras, una seca frialdad que muchos confundían con soberbia en su expresión y una actitud a veces rayana en una álgida indiferencia hacia el bienestar de cualquiera que no estuviera directamente relacionado con él o con sus intereses.

Bajo la ligera luminosidad de una lámpara, su rostro imperturbable y áspero adquirió una sombría tonalidad. Sus ojos intensos, de un tono de verde casi opalescente, no revelaron más que gélida diversión.

—¿Me pides un favor? ¿Tú? —dijo, y su sonrisa se torció a un lado. La cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la cara desde la ceja hasta la mandíbula pareció deformarse bajo las sombras—. Me sorprendes.

Arasunu recogió sus ganancias.

—Me lo debes.

—No pienso discutir ese punto. —Dante hizo un gesto con la mano y una voluta de humo flotó en el aire. La punta incandescente del cigarro se reflejó un instante en sus ojos jaspeados de oro—. No te preocupes, sé pagar mis deudas, te debo mi libertad.

—Lo sé. Por eso acudí a ti.

Dante sonrió. Su mirada reflejó cierta simpatía.

—Eres el único abogado que aceptó trabajar en mi caso. Si no hubieras intervenido cuando lo hiciste, habría terminado en la cárcel.

Arasunu sonrió.

—No recuerdo que la posibilidad de pasar el resto de tu vida encerrado entre cuatro paredes te hiciera perder el sueño.

—Sabía que de alguna u otra manera saldría del agujero. Sin embargo, prefería estar en la calle. No es mucho lo que puedo hacer desde la cárcel y tengo asuntos que atender. —Hizo una pausa y luego agregó en voz baja—: Me preocupaba mi gente. Si la policía les echaba la zarpa encima, no habrían sobrevivido bajo la férula de “la justicia”. No aquí. No cuando se sabe que me son fieles y que no hablarán con nadie sobre mí.

—No tienes que preocuparte por ellos.

—Solo porque confío en ti —dijo, y eso, supuso Arasunu, no era algo que Dante Rivera acostumbrara a decir con facilidad—. Sé que sin importar lo que suceda conmigo, tú los mantendrás a salvo.

Arasunu asintió, y Dante hizo un gesto con la mano.

—Además, terminé en la cárcel a causa de un malentendido —dijo de buen humor. Peinó su pelo hacia atrás con los dedos. Guedejas de oro y bronce enmarcaron su rostro de líneas fuertes y casi agradables—. Era cuestión de

tiempo que me soltaran. Y lo habrían hecho al instante si hubiese tenido el apoyo de un abogado desde el principio.

—El cadáver de un caballero tirado en la puerta de tu casa no parece un simple malentendido —comentó Arasunu—. Y mucho menos después de que te vieron discutir con él y amenazarlo con matarlo al echarlo de tu salón de juegos.

—Lo expulsé del Paraíso porque golpeó a una mujer. No puedes culparme, la muchacha trabaja para mí y, mientras lo haga, estará bajo mi protección. Además, lo arrojaron en mi casa para inculparme. Quizás mis manos estén manchadas de sangre, pero no con la suya.

—Sí, algo parecido dije en tu defensa.

—El imbécil que intentó hacer que me encierren por un asesinato que no cometí debe de estar muy lejos de aquí —musitó—. Si no lo está, te aseguro que lo encontraré.

—Si lo haces, asegúrate de no dejar testigos —dijo Arasunu con calma—. En este momento tengo algo que resolver y no podré ocuparme de mantenerte lejos de la cárcel.

Dante observó la punta de su cigarro.

—Ortega no podrá ocultarse de mí eternamente —dijo—. Algún día saldrá del agujero donde se metió, y yo lo atraparé.

—¿Debo suponer que no has sabido nada de él?

—No, pero me conoces, soy un hombre paciente. Si hay algo que sé hacer, es esperar.

—Lo sé.

Dante lo miró un momento en silencio y luego buscó algo en uno de los bolsillos de su chaqueta. Dejó sobre la mesa, junto a los naipes, varios pagarés.

—¿Qué piensas hacer con ellos? —preguntó.

—¿Importa?

Dante curvó sus labios a un lado.

—No —dijo—. Solo era curiosidad.

Arasunu guardó los documentos y lo miró a los ojos.

—Quiero que vigiles a Gutiérrez por mí, si no te importa —dijo—. Entiendo que tienes ojos y oídos por toda la ciudad. Necesito información sobre él.

—¿Y eso?

—Alguien me enseñó la importancia de coleccionar información sobre las personas que me rodean, eso es todo.

Dante enarcó una ceja.

—¿Aldama?

Arasunu asintió, y él lo observó con una leve sonrisa en las comisuras de sus labios. Una guedeja de pelo cayó sobre su frente cuando se movió. La luz de la lámpara doró su piel aceitunada cuando apoyó los codos en los apoyabrazos de la silla y lo miró con suspicacia.

—¿Alguna razón en particular para echarle mis perros encima al señor Gutiérrez? —preguntó, y su voz de barítono denotó cierta curiosidad—. ¿Una de sus hijastras? ¿La médica, tal vez?

—¿La conoces?

—He oído sobre ella.

—Gutiérrez pretende confinarla a un asilo para dementes para quedarse con sus bienes. Ya consultó a un médico al respecto y quizás también a sus abogados.

—Entiendo que pronto será tu esposa.

—Lo será, sí.

Dante dio una chupada a su cigarro y lo miró a los ojos en silencio. Parecía evaluarlo, como hacía con todos los que franqueaban el umbral del Paraíso y se acercaban a sus mesas de juego. El humo del cigarro se elevó y su boca se curvó a un lado.

—Es una trampa —dijo con suavidad. La punta ardiente del cigarro iluminó un instante el verde pálido de sus ojos—. No te molestes en negarlo. Y no te preocupes, quien no te conoce entrará en ella con bastante facilidad. Sin embargo, ¿quién caerá primero?, ¿Horacio o tú?

—¿A qué te refieres?

—Te acercas demasiado a esa mujer —advirtió Dante.

—Me necesita.

Dante hizo un gesto con la mano cuando Arasunu endureció su boca.

—Puedes confiar en mí. Me sorprende que no te ocuparas de refundirlo en la cárcel por intentar echarle la zarpa encima a la fortuna de su hijastra.

—No hay pruebas de que ese fuera su objetivo, aparenta preocuparse por ella. Es un caballero, nadie lo creería capaz de traicionar la confianza de Fernanda.

Dante se inclinó. Su cicatriz se torció una vez más cuando sonrió.

—Puedo crearlas para ti, ya lo sabes —dijo.

—No será necesario. Solo vigílalo por mí.

—Muy bien, aunque yo en tu lugar lo mataría. —Su sonrisa fue siniestra—. Jamás permitiría que mi mujer perdiera el sueño por un bastardo como ese.

—Si mantuvieras a una mujer a tu lado por más de dos noches seguidas, sabrías que no aprueban la violencia.

—Una lástima. —Dante volvió a recostarse contra la silla. Estiró las piernas, fumó despacio—. Escuché que utilizas a Tito para seguir a Gutiérrez. Te será útil. No es muy espabilado, pero si le pagas bien, puedes comprar su fidelidad.

—Es bueno saberlo. —Arasunu escuchó la algarabía que provenía del piso bajo. Las mesas de juego parecían estar llenas esa noche. Cuando entró, había notado que los dos salones destinados al juego estaban a rebosar.

Dante sonrió.

—Los pobres bastardos no saben que la casa siempre gana —dijo—. Agregué un par de atractivos a las mesas.

Arasunu enarcó una ceja.

—¿Mujeres?

—Un cebo para los peces gordos y un distractor para los imbéciles. —Lo miró a los ojos—. Tendré a Gutiérrez vigilado. Y a Laura.

—¿Laura?

—Esa puta malintencionada planea algo, y apostaría la mitad del Paraíso a que Gutiérrez está involucrado.

—¿Estás seguro?

—Confía en mis instintos. —Dante aplastó su cigarro en un cenicero de cristal. Se puso de pie con una gélida sonrisa en sus labios—. Si descubro algo interesante, te enviaré un mensaje.

* * *

La luz de una vela alumbraba lánguidamente el estrecho pasillo de la vieja casa, dejando parte de los rincones en penumbras. Al final del corredor, junto a la puerta de la última alcoba, una mesita esquinera de madera señalaba el tenebroso recoveco que conducía a las escaleras. Sobre las paredes pintadas de un aburrido pero elegante tono beige, una diminuta araña de patas largas se deslizó detrás de un cuadro.

La atractiva mujer de cabellos oscuros y tez trigueña atravesó el pasillo a grandes pasos y se dirigió a su alcoba. Un enorme espejo reflejó la sombra que se deslizó detrás de la gruesa cortina que cubría las ventanas. Las paredes pintadas de azul celeste contrastaban con los muebles blancos de estilo inglés, entre los que se incluía un viejo librero de madera. Un único sillón de líneas rectas descansaba junto a las cortinas opacas de seda y encaje.

Rosario rodeó la cama que ocupaba gran parte de la habitación y, de repente, escuchó un crujido a sus espaldas. Cuando se volvió, algo se estrelló con fuerza contra su frente, arrojándola a un lado, sobre la cama.

Gimió e intentó incorporarse. Vio entre las sombras a un hombre que sostenía algo pesado. Cerró los ojos y levantó la mano para defenderse. El golpe llegó fuerte y certero. Su mano crujió y los dedos se torcieron. Soltó un chillido de dolor y se arrastró detrás de la cama.

La pulsera que tenía en su muñeca se desprendió y cayó al suelo. El dije en forma de margarita tintineó al caer sobre los listones de madera que cubrían el piso.

Rosario intentó escapar. La sombra se extendió a su lado y ella abrió la boca para gritar.

Otro golpe, esta vez sobre la sien, por encima de la oreja, la hundió en la oscuridad.

* * *

Fernanda abrió los ojos. Las negruras de la noche susurraban a su alrededor. Se incorporó con lentitud, confundida. Se había quedado dormida sobre la mesa, junto a sus hierbas. Se cubrió los ojos con sus manos y sintió las lágrimas en sus mejillas. Creyó que había tenido otra pesadilla, aunque no lograba recordar con claridad qué había soñado.

Se puso de pie y caminó unos pasos. Sentía el cuerpo pesado y adolorido. Supuso que sus sueños se debían al miedo, a la confusión, a las emociones que había sentido a lo largo de las últimas semanas.

Observó su rostro en el espejo que colgaba de la pared. Estaba pálida, con las mejillas hundidas. Se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos. Tenía los labios casi morados, como si hubiese estado en un lugar muy frío, la piel cetrina, el cabello apelmazado. Levantó la mano para desenredar los nudos cuando, justo a sus espaldas, vio la figura inmóvil de una mujer de pelo negro. Se volvió con un respingo y no vio a nadie; retrocedió unos pasos. El viento rugía entre los árboles, la luz de la lámpara temblaba, un insecto reptó sobre la mesa y cayó al suelo, muerto.

Fernanda tomó una bocanada de aire. Se dijo que no había visto nada realmente, solo una sombra, quizás la suya propia. Intentó sonreír, pero solo una mueca tiró de los labios. Intranquila, con la sensación de que alguien estaba allí y la observaba, tomó la lámpara y salió del cobertizo.

El viento soltó un aullido y cerró la puerta tras ella con un golpe. El patio se encontraba a oscuras, pero la luz de la luna iluminaba el sendero de lajas que conducía a la casa principal. Fernanda lo siguió en silencio mientras pensaba en el extraño sosiego que había caído sobre ella desde que estaba comprometida con Juan de Dios. Quizás había estado tan atemorizada por su padrastro que vivir se había convertido en un calvario, hasta que Arasunu entró a su vida con su implacable seguridad, su fría determinación, su decisión de ayudarla, de no permitir que se cometiera una injusticia con ella.

Entró a la casa por la puerta de servicio. Pensaba prepararse algo de comer antes de subir y darse un baño. Cuando decidía qué preparar escuchó voces en el pasillo. Echó una mirada al reloj que marcaba los minutos desde una esquina del recinto y frunció el ceño, pasaban de las nueve. Recordó vagamente que Alcira le había dicho que tendría invitados a comer y que esperaba que ella se mantuviera lejos del salón comedor, no quería que la avergonzara con sus ropas de entrecasa.

Fernanda se asomó a la puerta que separaba la cocina del pasillo y, al no ver a nadie, empujó y salió. Dio unos pasos y ahogó una exclamación al ver al doctor Resoagli y a uno de sus colegas entrar a la biblioteca, junto a su padrastro y a otros tres hombres que no reconoció. Alcira parecía muy satisfecha mientras los acompañaba con una bandeja de té entre sus manos.

Fernanda frunció el ceño y atravesó el pasillo casi de puntillas. Apoyó la mano sobre la puerta y entreabrió una rendija.

—¿Cree que podremos hacerlo esta noche? —preguntó Horacio desde el escritorio.

—Si no tiene usted inconveniente, cuanto antes, mejor —dijo el doctor Resoagli—. Por lo que me ha contado usted, su hijastra ha empeorado. Es obvio que está muy afectada de los nervios y necesita nuestra ayuda.

Alcira asintió, dolida.

—Nos acusó de pagar a un hombre para que la atacara en el patio, un hombre que además nadie vio.

—Se ha comprometido con el señor Ferrara —dijo Horacio con frialdad. Ocultó la expresión del rostro bajo sus dedos—. Temo por la seguridad de ese caballero. Fernanda está trastornada y no sabe lo que hace.

—Escuché hablar de ese compromiso, sí. —El médico meneó la cabeza—. ¿No intentó advertir al señor Ferrara sobre la salud de su hijastra?

—Lo hice, sí, pero no quiso escucharme. Fernanda inventó una sarta de mentiras sobre mí y mi esposa. Imagínese, creer que deseamos atentar contra su vida.

—¿Qué podemos hacer? —Alcira se mostró muy preocupada—. No me gustaría que dañara al señor Ferrara o a sí misma en un ataque de ira. Está incontrolable.

El doctor Resoagli intercambió una mirada con sus colegas y luego meneó la cabeza.

—Por lo que me cuentan, no es seguro que alguien conviva con su hijastra, señor Gutiérrez —dijo—. Si lo desea, la llevaremos ahora al hospital y la mantendremos en observación hasta que podamos conducirla a una institución mental mañana por la mañana, y luego hacerla examinar por un equipo de médicos especialistas.

—Eso sería de gran ayuda —dijo Horacio, y unió sus manos sobre el escritorio.

—Tendremos que avisar de esto a su prometido —dijo uno de los abogados—. Querrá saber el paradero de la muchacha.

—No será necesario. —Alcira sirvió una taza de té al médico—. Yo me encargaré de eso.

Fernanda no escuchó más. Retrocedió en silencio hasta la cocina y tembló. No la atraparían. Se volvió, empujó la puerta que daba al patio y atravesó los jardines a la carrera. Esquivó los arbustos y se dirigió hasta el portón. Notó, asustada, que estaba cerrado. Apretó los labios, eso no la detendría. Se aferró a las rejas y trepó por ellas. Con una exclamación de dolor al sentir el pinchazo de un arabesco de hierro forjado en el estomago, saltó del otro lado y aterrizó en la calle oscura.

Con el corazón que golpeaba con fuerza contra sus costillas, corrió hacia la casa de Arasunu. Él la ayudaría, su plan había dado resultado. Horacio había decidido actuar antes de que ese compromiso terminara en una boda, y ahora estaba decidido a encerrarla antes de que alguien pudiera impedirlo.

Juan de Dios resolvería aquello. La ocultaría de su padrastro hasta que pudiera encontrar una solución.

Cruzó la plaza 25 de Mayo casi resollando, con una punzada de dolor en el costado. No podía detenerse a descansar. Estaba segura de que para entonces su padrastro ya había notado su ausencia y mandaría a buscarla. Eludió las negruras que se deslizaban a lo largo de toda la plaza y atravesó la calle a trompicones.

Finalmente llegó a la casa de Juan de Dios. Se aferró a la aldaba y golpeó con fuerza, casi con lágrimas en los ojos, y echó rápidas miradas a su alrededor.

Yara franqueó el umbral mientras se secaba las manos en el delantal. La miró de arriba abajo, atónita.

—¿Señorita Carnicer? —preguntó.

—¿Está el señor Ferrara en casa?

—Sí, por supuesto. ¿Está sola?

—¿Me permite pasar?

—Señorita, no puede entrar a la casa de un hombre soltero a estas horas, aunque sea su prometido —murmuró la mujer. Quizás quería evitar un escándalo—. Debió traer a su sirvienta con usted.

—Gracias por su preocupación. —Fernanda apartó a la mujer y entró al vestíbulo, jadeante. Su palidez bajo la luz del candil parecía casi cadavérica —. Pero tengo problemas más graves que un posible escándalo. ¿Dónde está el señor?

—En la biblioteca, pero...

—Muchas gracias. Me anunciaré yo misma. —Dio unos pasos hacia la segunda puerta de la derecha y luego se volvió. El fulgor del candil iluminó su rostro. El miedo estaba allí, en sus ojos, en el temblor incontrolable de sus labios, en su voz—. Si alguien viene y pregunta por mí, dígame que no me vio, ¿está bien?

La mujer abrió muy grandes sus ojos.

—Sí, claro.

Fernanda asintió y abrió la puerta.

—Arasunu —dijo, y su voz tembló. Apretó las manos contra su estómago. Un estremecimiento la sacudió—. Ay, Dios mío, Arasunu.

Él se puso de pie detrás de su escritorio todavía con unos papeles en la mano. Sus ojos de lince le escrutaron el rostro. Algo cambió en su expresión, apretó los labios. Ella estaba aterrorizada. Vio el desasosiego en sus ojos y endureció el rostro.

—¿Fernanda?

Ella intentó hablar, explicarle qué hacía allí a esas horas de la noche, pero solo un sollozo escapó de sus labios fríos.

—Me... Me quieren encerrar —balbuceó.

—No la harán.

Ella lo miró. Él parecía tan implacable, seguro, tan fuerte, el muro de piedra en el que había aprendido a recostarse para recuperar fuerzas, para pensar, sentirse a salvo. Con un sollozo, corrió hacia él y se arrojó a sus brazos. Ocultó la cara en el hueco de su cuello y le rodeó la cintura con las manos, como si no fuera a soltarlo jamás.

—Esta misma noche —lloró ella—. Los escuché ha... hablar. A mi padrastro y al doctor Resoagli. Dijeron que sería lo mejor. Escapé. Yo solo vine.

Arasunu recurrió a todo el control que tenía para someter la furia que amenazaba con dominarlo.

—No te encerrarán —dijo, y aunque la cólera se agazapaba en sus ojos, su voz tenía la suavidad del terciopelo—. No lo permitiré.

Ella le creyó.

—Estaba tan asustada —lloró. Sintió los brazos de él alrededor de su cuerpo, el calor de su piel, los labios en su pelo y otro sollozo escapó, pero esta vez de alivio. Él no permitiría que nadie la lastimara—. Creí que me atraparían antes de que pudiera llegar.

Cordeles de ira tiraban de sus entrañas, pero Arasunu mantuvo su expresión serena. La aferró por los hombros y la sentó en una silla. Se inclinó y buscó su mirada acuosa.

—No necesitas ocultarte. —Le entregó un pañuelo—. Solo quédate aquí.

—Pero...

—Esto es lo que esperábamos —dijo en voz baja—. ¿Recuerdas?

—Pero no funcionará, ¿comprendes? Mientras no esté casada, él seguirá con sus amenazas. Logrará...

—Funcionará.

—Aunque lo lledes a los Tribunales, esto tardará años en resolverse. — Ella hizo un gesto con la mano, desesperada—. Él dirá que solo quería mi bien, que creyó realmente en mi falta de capacidad, Dios mío.

—Lo solucionaremos de otra manera.

La miró un momento en silencio.

—Quédate en mi casa esta noche —dijo con suavidad. La aferró por los hombros—. Aquí estarás segura.

—Pero...

Él le arrebató el pañuelo de las manos y lo apretó contra su nariz.

—No lo haces bien, suénate —dijo. Ella obedeció avergonzada—. Ahora déjalo todo en mis manos, yo me ocuparé. ¿Has comido ya?

Ella meneó la cabeza, todavía confundida.

—Le diré a Yara que te prepare algo. Después dile que te quedarás a dormir.

Ella se ruborizó.

—Creo que ya lo supone.

—Prepararé una habitación para ti —dijo Arasunu—. Me ocuparé de que estés a salvo. Confía en mí.

Ella sonrió.

—Confío en ti —dijo temblorosa—. Siempre lo haré.

* * *

Arasunu avanzó hacia el escritorio de Horacio Gutiérrez y se detuvo bajo el níveo resplandor de la lámpara. La luz subrayó la dureza de sus rasgos, la frialdad de sus ojos, la sonrisa lobuna.

Estaba furioso, pero no permitió que la rabia que lo embargaba se revelara en su expresión. Observó a su presa; casi sentía el sabor de su sangre entre los labios, pero sabía que no podía ocuparse de él como deseaba, al menos no todavía. Tenía que pensar en Fernanda, regresar a su lado, tranquilizarla, no podía perder el tiempo con esa mierda. Además, no sería considerado con la servidumbre el manchar la costosa alfombra del recinto con la sangre de esa piltrafa.

—Fernanda está en mi casa —dijo.

—Sabía que había acudido a usted —dijo Horacio. Se mostró dolido—. Debí de haber malentendido algo que escuchó aquí esta noche.

—¿Le parece?

—Por supuesto. Le agradecería que esperara, señor Ferrara, en tanto busco el coche. Querría traer a mi hijastra de regreso antes de que alguien repare en su ausencia.

—No lo hará.

Horacio pestañeó.

—¿Perdón?

Arasunu sonrió. Parecía tranquilo, pero quien lo conociera ya habría reparado en la oscura frialdad que había ensombrecido sus ojos de obsidiana.

—Fernanda está en mi cama, señor Gutiérrez. —Arasunu sonrió, seco—. Me temo que he mancillado su honor.

—¿Qué? No entiendo.

—Pensaba casarme con su hijastra en unos seis meses. Usted sabe todos los detalles que hay que ultimar para una boda, pero dadas las circunstancias, Fernanda será mi esposa en un par de días como mucho.

—No. Ella... Esto no es posible. Fernanda nunca haría algo así. —Horacio balbuceó una maldición y se recompuso—. Ella está mal de la cabeza, créame. Tiene que verla un médico.

—Dudo mucho de que hasta el médico más recalcitrante se oponga a que una dama se case con el hombre que la ha deshonrado.

—No, usted no entiende. Es... Esa muchacha es una histérica. Intentó suicidarse en varias ocasiones. Necesita estar encerrada. Por su seguridad, ¿comprende?

Arasunu endureció su boca, hizo caso omiso de sus palabras.

—Desde este momento, el que llevará las riendas de su vida soy yo —dijo—. Como comprenderá, después de esta noche ya no habrá un noviazgo formal.

Horacio enrojeció de ira. Se puso de pie.

—Usted la ha secuestrado —acusó—. La obligó a ir con usted. Ella debería estar aquí, en su casa, pero... ¡Usted quiere su dinero!, ¿no es así? Ha pergeñado todo esto para conseguirlo. ¡No permitiré que Fernanda se case con usted! Hablaré con ella, le haré entender la clase de hombre que es usted.

—Si se atreve a acercársele, señor Gutiérrez, me encargaré personalmente de hundirlo en la más abyecta miseria.

Arasunu le dirigió una gélida sonrisa.

—Creo que tenemos un amigo en común —dijo con calma—. ¿Conoce a Dante Rivera?

Horacio palideció.

—Bien, veo que sí —continuó, casi amable—. Entiendo que usted le ha firmado una serie de pagarés que, creo, esperaba recuperar pronto. Usted lo conoce. Para Dante, no hay nada más importante que el dinero. Estoy seguro de que no tardará en deshacerse de esos documentos a cambio de una buena suma de dinero.

—¿Piensa comprar? ¡No puede hacer eso! —gruñó Horacio, tembloroso—. ¡Maldito mestizo!

Arasunu lo ignoró, pero sus ojos negros permanecían clavados en su presa, atento a cada uno de sus movimientos.

—Olvídese de Fernanda, señor Gutiérrez —advirtió—. Ella es mía, su dinero será mío, y si le pasa algo, usted no verá un centavo de su fortuna. Puede renunciar a los planes que tenía para ella, no permitiré que le haga daño. Como mi esposa, ya no tendrá nada que temer de usted.

Horacio apretó los labios.

—No lo permitiré —gritó. El control que acostumbraba a tener sobre sus emociones flaqueó. Su rostro perdió la máscara de fría indiferencia y enrojeció a causa de la ira—. Si cree que le dejaré que eche las zarpas encima a esa fortuna, está muy equivocado, maldito indio.

Arasunu entornó los ojos.

—Fernanda me contó que está usted en la ruina, no tiene adónde ir. Le sugiero que se busque un agujero en el que quedarse. Llevaré a la muchacha a mi casa, en las afueras de la ciudad, para pasar nuestra luna de miel. Tiene hasta nuestro regreso para dejar esta casa.

Arasunu fue hasta él.

—Una cosa más —dijo.

—¿Qué?

Rodeó el escritorio, extendió la mano y lo aferró por el cuello de la chaqueta. Lo empujó y lo aplastó contra la pared.

—Esos pagarés —dijo, y lo soltó—. Ya los tengo en mis manos.

Horacio lo miró aterrado. Arasunu se volvió y vio a Alcira, blanca como el papel, de pie en el umbral de la puerta.

Inclinó la cabeza en un breve gesto de cortesía.

—Buenas noches, señora Gutiérrez —dijo, y abandonó la casa silbando por lo bajo.

* * *

Fernanda estaba hecha un ovillo en la cama, debajo de las mantas. Yara le había asignado la habitación de invitados después de obligarla a tomar una infusión de tilo. Dijo que le calmaría los nervios y la ayudaría a descansar, y quizás en otras circunstancias habría resultado, pero estaba tan asustada que dudaba de poder tranquilizarse lo suficiente como para dormir.

La anciana le había prestado un camisón y una bata que, dijo, pertenecían a la señorita Lucía, y aunque le quedarían cortos y las mangas de puntilla y lacitos le apretarían un poco, ordenó que se los pusiera.

—No puede usted pasar la noche con ese vestido. Está sucio y huele mal—dijo Yara, y la miró con firmeza. Hizo un gesto con la mano cuando Fernanda intentó protestar—. A la señorita Lucía no le importará que use su ropa, créame, esa chica es un encanto. Dejó muchas cosas aquí la última vez que vino de visita. El marido encargó para ella un guardarropa nuevo y bueno, dejó aquí lo que no pudo llevarse a su casa. Ahora le prepararé la tina con agua, tomará un baño y luego un té de tilo. ¿Está claro? El patrón dijo que cuidara de usted en su ausencia y eso es lo que pienso hacer.

Media hora después, Fernanda se encontraba limpia y en la cama, pero todavía con la mente embotada a causa de lo sucedido en su casa. Temía que el doctor Resoagli se presentara allí y dijera que venía a llevársela, incluso que su padrastro lo acompañara después de haber convencido a Arasunu de que estaba loca, pero se obligó a sí misma a apartar esos pensamientos de su cabeza cuando empezó a temblar otra vez.

Juan de Dios jamás creería en las patrañas del señor Gutiérrez. Centró su atención en él e intentó calmarse. Encogió las piernas debajo de la manta y fijó sus ojos en la puerta. Un resquicio de luz se colaba al dormitorio por debajo, y dejaba su habitación en penumbras. Yara había dejado el candil del corredor encendido para su patrón. La alcoba de Arasunu se encontraba al final del pasillo. Si Fernanda no se quedaba dormida, sabría de su regreso en cuanto su sombra se deslizara debajo de la puerta.

El silencio se hizo opresivo; la espera, desesperante. La joven escuchó el lento tictac del reloj de pie en la noche tranquila, cada vez más ansiosa. ¿Dónde estaría? Su casa se encontraba a unos diez minutos a pie. ¿Habría discutido con su padrastro? ¿El doctor Resoagli habría hablado con él? ¿Lograrían convencerlo de que la regresara a la casa y la dejara en manos de los médicos? Arasunu era abogado, sabría impedirlo, pero quizás había alguna ley, algo, que lo obligara a ponerla bajo la férula del señor Gutiérrez.

Entonces lo escuchó. Oyó abrirse la puerta de la calle. Pasos suaves resonaron en el pasillo. La voz de Yara, adormilada, comenzó una serie de murmullos que luego acabó al cerrarse otra puerta. Otra vez el silencio se apoderó de la casa.

Fernanda se incorporó y se calzó las chinelas. Esperó un momento. Vio una sombra pasar bajo la puerta y luego el chasquido de una cerradura, a unos metros de distancia, quebró la quietud nocturna.

Fernanda no esperó más. Tomó la bata, se la puso, anudó el cinto de seda alrededor de su cintura y salió al pasillo. La luz del candil se mecía con suavidad, y arrojaba oscilantes saetas de bronce hacia el patio interior. Las plantas se veían oscuras, azuladas. El aljibe se había convertido en una sombra, y las columnatas que adornaban la galería, en lóbregas siluetas amorfas. La joven se dirigió hacia la alcoba de Arasunu y tocó a la puerta con los nudillos. Cuando lo escuchó decir que pasara, quizás creyó que era Yara. Fernanda franqueó el umbral.

—Lo siento, no podía esperar para saber —comenzó, y calló avergonzada.

Arasunu estaba de pie frente a la jofaina que se encontraba en una esquina de la alcoba. Tenía la corbata desanudada alrededor del cuello, el pelo lacio suelto sobre la espalda, la camisa desprendida que colgaba laxa de sus hombros mientras terminaba de secarse las manos.

—Perdóname —concluyó ella con un quejido. Sabía que no era correcto que estuviera allí, que debía apartar la mirada, volverse, regresar a su habitación, pero echó una rápida mirada hacia la sólida musculatura que se ondulaba debajo de su piel oscura antes de mirar el techo, las paredes, cualquier cosa menos a él—. Quizá deba regresar a mi habitación.

—Quédate —dijo Arasunu—. Tenemos que hablar.

Ella abrió los ojos muy grandes y, una vez más, fijó la vista en él. El color tiñó de rosa sus mejillas al reparar una vez más en su torso macizo y definido, en el vello oscuro y rizado que desaparecía debajo de sus pantalones, su fría y distante postura.

—Bueno —graznó ella, y carraspeó—. Quizás deberíamos hacerlo en la sala.

Arasunu se sentó al borde de la cama y se quitó una bota.

—Hablé con tu padrastro —dijo—. Te dejará en paz.

—¿Sí? —ella no podía apartar los ojos de sus manos fuertes y ásperas, oscuras, tan diferentes de las suyas.

—Sí. —Arasunu se sacó la otra bota y la dejó en el suelo. La miró y ella desvió los ojos hacia la chimenea. Estrujó los dedos contra los volantes de la bata. Parecía nerviosa, incluso asustada.

Arasunu sintió que su cuerpo respondía a su presencia, se endurecía a causa de su cercanía. Se veía hermosa en la penumbra, con el pelo suelto y alborotado, los labios encendidos, la piel avergonzada. Tensa, incómoda como estaba, supuso que podía sentir la amenaza que representaba para ella, para su inocencia, y crispó los puños a los lados del cuerpo.

La deseaba.

El anhelo desnudo, ingobernable, de hacer suya a esa mujer se deslizó, pesado y caliente, por sus venas. Debería comportarse como un caballero, pedirle que se fuera antes de que perdiera todo el control sobre sus emociones, antes de que todo resquicio de la pátina de civilización que había adquirido a través de los años desapareciera y se transformara en un salvaje, en un depredador, en un hombre que no toleraría un rechazo, pero no pudo hacerlo.

Ella lo deseaba tanto como él a ella. Lo sabía, podía notarlo en la expresión de sus ojos, en el rubor de sus mejillas, en la tensión de sus manos. El deseo estaba allí, y ya no quería ignorarlo, mentirse, decirse que un caballero no actuaría así. Antes que un caballero, pensó, era un hombre.

Arasunu se puso de pie y atravesó el recinto hacia ella. Fernanda elevó sus ojos y lo miró sorprendida. Retrocedió un paso, pero no más. Él se detuvo a su lado, tendió la mano despacio hacia ella, quizás con la intención de darle tiempo a que se apartara, le diera la espalda, lo rechazara, pero ella no se movió y él apoyó los dedos en su rostro. Deslizó el pulgar por la piel suave de su mandíbula, sus labios entreabiertos, y la miró a los ojos. Sentía el calor de su piel bajo los dedos, el delicado y casi imperceptible temblor de su cuerpo.

—Estás a salvo conmigo —dijo con suavidad.

Ella asintió. Lo sabía. Siempre lo había sabido.

El corazón le latía enloquecido en el pecho, el rubor le quemaba las mejillas. Sabía que una mujer decente jamás habría salido de su habitación si había un hombre soltero a una puerta de distancia, ni siquiera estaría allí, pero debía haber algo muy malo en ella porque no quería apartarse de él.

Después de todo, pensó, y no por primera vez, era mayor de edad, no debía darle cuenta de sus actos a nadie y estaba con él, con Juan de Dios, el único hombre al que le había permitido acercarse tanto a ella.

—Arasunu.

Él hundió los dedos en su pelo y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No permitiré que nadie te lastime —dijo, y la aspereza de su voz convirtió en terciopelo sus palabras—. ¿Me crees? ¿Confías en mí?

—Sí.

—Fernanda... —Él inclinó la cabeza y musitó con suavidad—: Te necesito.

Ella se estremeció. Buscó su mirada y vio en su expresión los restos hechos añicos de su orgullo, de su gélida arrogancia. Él, que siempre era el protector, la imagen misma de la fortaleza y el honor, el muro de hierro y piedra donde todos buscaban apoyarse y encontrar solaz y refugio, la necesitaba.

Fernanda sonrió trémula.

—También yo. —Apoyó las manos en sus hombros, deslizó los dedos bajo su camisa. Sintió el calor de su piel, la fuerza contenida de sus músculos, la tensión de su cuerpo.

—¿Sabes lo que te pido?

—Sí. Quiero quedarme aquí esta noche —dijo despacio—. Contigo.

Él capturó sus labios en un beso posesivo, poderoso y caliente. Fernanda cerró los ojos y se entregó. Las candentes sensaciones que provocaba en ella al besarla, al deslizarle la mano por el talle, al crispár los dedos contra la tela de su bata se le arremolinaban en el vientre, en la sangre, en cada centímetro de su piel.

Fernanda siguió la línea de sus hombros hasta los músculos de los brazos con la punta de los dedos, arrastró la camisa en la caricia y se la quitó. La corbata cayó al piso. Quería sentirlo contra ella, duro y salvaje, caliente, fuerte e implacable.

Ella separó los labios y lo rozó con la lengua. Presionó su cuerpo contra él, y Arasunu movió la boca sobre ella con ternura. La estrechó entre sus brazos, la empujó con suavidad pero con firmeza contra la pared y la acorraló allí, la sostuvo, la aprisionó contra él.

Hundió las manos entre los pliegues de su camión. Profundizó el beso, arrastró el camión hacia arriba y descubrió la piel clara de sus piernas. Le enterró los dedos en los muslos y hundió la lengua en la boca.

Fernanda se estremeció bajo sus recias caricias, la dureza de su virilidad, la fiera violencia de sus besos.

—Estoy aquí —musitó. Lo miró, y él clavó en ella sus ojos de obsidiana—. No voy a irme.

Arasunu sintió que el deseo le hervía la sangre, que todo el cuerpo respondía a la suavidad de sus palabras. Ella se quedaría, no lo rechazaría, no cambiaría de parecer. Enredó los dedos en su pelo y tiró hacia atrás, descubriendo su garganta.

—No te dejaría ir —dijo, y su voz tenía la aspereza del trueno.

No, no lo haría, pensó.

Ella echó la cabeza hacia atrás al sentir su lengua en su garganta, en el hueco del cuello, en su hombro. La bata se le deslizó por el cuerpo hasta los pies. Él tiró del camión y varios botoncillos se quebraron. La tela se rasgó bajo la tensión de sus dedos. Probó con la lengua el sabor de su piel, dejó una pátina de fuego sobre sus senos desnudos, tomó un pezón entre los dientes y lo chupó, y la hizo arder de deseo.

Fernanda soltó un gemido y se apoyó contra la pared, desfalleciente. Le temblaban las piernas, las manos, todo el cuerpo, y se habría deslizado al suelo si él no la hubiese sostenido con un brazo de hierro.

Cuando sintió sus manos en las caderas desnudas, la potente virilidad que le presionaba el vientre, el deseo desnudo de su boca sobre ella, se dejó arrastrar por el deseo y clavó las uñas en sus hombros.

—Ahora —musitó.

Arasunu deslizó una rodilla entre sus piernas y presionó con suavidad contra ella una y otra vez, excitándola. La cálida dureza de su masculinidad se movía sobre ella y la enardecía. Él poseyó su boca, se hundió en su calidez, la alzó por el talle y la llevó a la cama.

Sin dejar de besarla, la despojó del camisón, la desnudó, la presionó contra las mantas. Bajo sus expertas caricias y su cuerpo fuerte y oscuro, ella se retorció de placer. Hundió los dedos en su pelo y echó la cabeza hacia atrás cuando él se inclinó y dejó un rastro de besos sobre sus senos, su estómago, su vientre. Cerró los ojos y separó los muslos bajo la presión de su mano. Cuando sintió aquellos dedos ásperos que la acariciaban, la humedecían, la preparaban para él, gimió y se aferró.

Arasunu hundió la boca en la base de su garganta y su férrea virilidad presionó, caliente y pulsante, contra su femineidad. Fernanda se apretó contra él cuando el dolor se mezcló con el placer.

Él apoyó la frente en la suya. Su sexo caliente y tenso palpitaba contra ella. Fernanda era una inocente, demasiado pequeña para él. Se maldijo. Quizás debería detenerse; le causaría daño.

—Estoy bien. —Fernanda buscó su mirada—. Lo estoy, de verdad.

Arasunu la miró a los ojos.

—¿Confías en mí? —preguntó con voz ronca. Los músculos de su espalda ondulaban bajo los dedos de Fernanda, el sudor le doraba la piel.

Ella asintió.

Arasunu bajó la cabeza, dominó sus labios con los suyos, movió la boca sobre ella. Capturó sus manos entre los dedos, presionó sus muñecas sobre las mantas. La inmovilizó bajo su cuerpo fuerte e enhiesto. La sujetó, la aplastó contra la cama, se enterró entre sus muslos y la escuchó soltar una exclamación cuando con una única embestida la poseyó.

Fernanda se aferró; el placer y el dolor se fundieron en su sangre y la colmaron de ardientes sensaciones. Arasunu la miró. Parecía un dios de oro y bronce, peligroso, hermoso en su salvaje desnudez. Sus ojos oscuros la observaban en silencio mientras su cuerpo húmedo por el sudor se ondulaba contra ella, una y otra vez, en suaves y profundas embestidas.

Su expresión se suavizó.

Fernanda sonrió. Apoyó las manos en su rostro.

Y él la besó, arrastrándola al placer.

* * *

Rosario observó la puerta en silencio. Sabía que no tenía cerrojo, pero tampoco podía llegar a ella. Tenía las manos y los pies atados. Estaba tendida en el suelo, desnuda, sobre una vieja manta de lana. Profundos tajos sanguinolentos le cruzaban los senos pequeños, el vientre pálido y los muslos.

Las lágrimas nublaron su visión y pestañeó varias veces cuando recordó al diablo, sus manos en su cuerpo, los dientes en su piel, la lengua en su boca. Ahogó un sollozo y sintió la correosa textura de la mordaza que la había mantenido en silencio los últimos dos días. Había sido violada tantas veces que solo moverse era un martirio. Sabía que estaba herida, que le había hecho daño con sus duras embestidas, y comenzó a llorar.

Sus dedos torcidos e hinchados dolían: estaban rotos. Cerró los ojos, y las lágrimas calientes resbalaron por sus mejillas.

Moriré aquí, pensó. Él regresará y me matará.

Rosario tenía el rostro desfigurado a causa de los golpes, los ojos amoratados, un par de profundos cortes en las sienes. Miró el techo. Sentía el suelo duro en la espalda, la tierra húmeda debajo de la manta. Una cucaracha se desprendió y cayó sobre su vientre. Se removió, asqueada, y el dolor la atravesó como una saeta de fuego. Se quedó quieta. La cucaracha caminó sobre uno de sus senos, se deslizó hacia su hombro y desapareció entre los rizos de su cabello.

De pronto escuchó unos pasos fuera. Un sollozo se le atascó en la garganta, el miedo se le clavó en el vientre, los temblores se hicieron presa de su cuerpo adolorido.

Un resquicio de luz se dibujó debajo de la puerta. Ella intentó incorporarse, a pesar del dolor. Se arrastró y apoyó la espalda contra la pared, con los ojos fijos en la puerta, aterrada. Se estremeció de frío.

Él empujó la puerta y la abrió. Un chirrido espantoso quebró el silencio. El amarillento resplandor de su farol iluminó unos metros frente a él, y dejó en sombras la mayor parte del recinto.

Rosario vio sus botas, el cuchillo que llevaba en una de las manos, la curva malvada de su sonrisa, y cerró los ojos.

—No me lastime —balbuceó, aunque a través de la mordaza sus palabras fueron incomprensibles. Se encogió cuando él dejó el farol en el suelo.

—Te quitaré eso —dijo y se acuclilló a su lado. Él olía a frío y a pino. Había abrojos en sus pantalones, barro en sus tacos. Le acarició la mejilla con la punta de los dedos, luego tomó un mechón de su cabello, que debajo

de la luz parecía de cobre, y tiró con suavidad. Sonrió cuando la liberó de la sucia mordaza—. ¿Así está mejor?

Rosario presionó la espalda contra la pared e intentó alejarse de él. Comenzó a llorar.

—¿Por qué me hace esto? Yo confiaba en usted.

Él comenzó a reír entre dientes. Le deslizó los dedos por el cuello, le apretó uno de los pechos, pellizcó sus pezones y apoyó la palma sobre su vientre con los dedos abiertos.

Ella lo miró y solo vio sombras en su rostro.

—No llores —dijo—. No me gusta verte llorar, pequeña.

—Por favor.

Él sonrió y elevó el cuchillo. Rosario comenzó a gritar y se ahogó con su propia sangre cuando la hoja se le hundió entre las costillas y le perforó los pulmones. Él reía y ella se convulsionaba a sus pies mientras la sangre salpicaba la manta, la pared, incluso el techo de madera. Entonces volvió los ojos y la miró.

—Fernanda —dijo. Sus ojos sin párpados, su piel cetrina cruzada de venas negras, pútridas, sus labios amoratados parecían ser lo único existente entre las sombras—. Encuéntrame.

Fernanda retrocedió un paso.

—Encuétranos. —Tendió la mano—. No nos dejes aquí. Hace frío y está oscuro.

** * **

Fernanda despertó cuando Juan de Dios la zarandeó con suavidad y la arrancó de las garras oscuras de aquella pesadilla. Ella lo miró, asustada, todavía presa de violentos temblores. Él le tomó el rostro entre las manos.

—Estás bien —dijo con suavidad. La luz de la luna entró por un resquicio entre las cortinas y convirtió en bronce parte de su rostro, los duros ángulos de su mandíbula, los músculos de los brazos—. Estás a salvo.

Fernanda tenía la respiración agitada, el corazón enloquecido en el pecho.

—Dios mío —susurró, y cerró los ojos un momento.

—Tenías una pesadilla. —Arasunu le acarició el pelo y la atrajo hacia él con ternura. Cubrió su cuerpo desnudo con una sábana y la arropó con la manta.

Fernanda asintió y apoyó la mejilla en su pecho. Escuchó los latidos de su corazón y se estremeció, todavía con el miedo que le atenazaba la garganta.

—Fue horrible —musitó.

—¿Recuerdas qué soñabas?

—Sí, eso creo. Había alguien, una mujer. Estaba encerrada en algún lugar, no lo sé. Estaba todo oscuro, pero luego hubo una luz. —Tomó una bocanada de aire. Notó entonces que parte del sueño se desvanecía poco a poco de su mente. Intentó retenerlo, pero fue inútil. Solo recordaba las últimas palabras de aquella mujer, de Rosario, pensó.

“Encuéntrame.”

“Encuéntranos. No nos dejes aquí. Hace frío y está oscuro.”

Juan de Dios hundió los labios en su pelo.

—¿Qué sucedió con ella? —preguntó en voz baja.

—Me pedía que la encontrara. Estaba muerta, Arasunu, sé que lo estaba. —Ella se aferró a él—. Detesto estas pesadillas. Las he tenido desde... —vaciló. ¿Desde cuándo exactamente? No podía recordarlo—. No lo sé.

—Ya pasarán. Has estado muy nerviosa estas últimas semanas. —Le acarició el pelo y la recostó a su lado. Se apoyó en un codo y le acarició la mejilla.

Fernanda intentó sonreír, pero no logró hacerlo.

—Esa mujer parecía tan real.

—¿La viste alguna vez?

—No lo creo. Solo... Solo en mis sueños —se estremeció—. Vi cómo ese hombre la capturó, la golpeó y cómo la mató. Es espantoso.

—Necesitas descansar. A veces el agotamiento hace esto con la mente de las personas.

Los resabios de las pesadillas comenzaron a desaparecer bajo su mirada serena. Él la observó un momento en silencio y se preguntó si ya habría pensado en las consecuencias de la intimidad que habían compartido. Supuso que no.

Fernanda lo vio endurecer la expresión del rostro y elevó una mano hacia él, hundió los dedos en su pelo, parecía de terciopelo negro. Luego acarició sus rasgos angulosos y severos, sonrió con suavidad.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Él dirigió sus ojos hacia la ventana. Todavía estaba oscuro, pero pronto amanecería.

—Lo que sucedió entre nosotros...

—Fue mi decisión —dijo ella y, aunque el rubor había enrojecido sus mejillas, no apartó los ojos de él—. Soy una mujer soltera y mayor de edad, y puedo hacer lo que me plazca. Siempre que sea discreta, no creo que debamos preocuparnos.

—Te casarás conmigo.

—¿Qué dices? —Ella lo miró sin comprender.

—En un par de días, quizás tres. Lo arreglaré.

—No. —Fernanda se apartó de él. Se envolvió en la sábana y se puso de pie. Para pensar con claridad necesitaba poner distancia entre ambos—. No permitiré que te cases conmigo por algo que... Bueno, que fue inevitable. Yo estaba asustada y necesitaba... En fin, dejemos el honor fuera de esto. Sé que usted es un caballero, pero esto es llevar demasiado lejos las reglas de la cortesía.

—¿Regresamos a la formalidad?

Arasunu se puso de pie y no parecía tener los tapujos que ella tenía para mostrar su cuerpo desnudo. Él avanzó hacia ella con la gracia de un depredador al acecho y, entre la penumbra azulada del amanecer, sus músculos se movieron, ondulantes y poderosos, bajo su piel de bronce.

Ella retrocedió un paso y desvió la mirada, avergonzada.

—No tienes que sentirte obligado a presentarme una propuesta de matrimonio —dijo, y luego añadió—: ¿Podrías cubrirte, por favor?

Él la ignoró.

—No me siento obligado —dijo por lo bajo. Se cernió sobre ella, peligroso y cautivante—. Es un maldito privilegio.

Ella retrocedió otro paso y se halló contra la pared. Crispó las manos contra la sábana. Elevó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Sería un error. No podemos casarnos por esto. —Hizo un gesto hacia la cama—. Yo tomé la decisión de entrar a su habitación, de... Dios mío, fue solo una vez.

—Y habrá muchas más, créeme.

—No lo creo.

—¿Me desafías?

Ella tomó una bocanada de aire.

—Está bien, sucederá otra vez —aceptó, y se sinceró con él—. Creo que sería inútil negarlo cuando es obvio que es algo que ambos deseamos. Sin embargo, no es necesario casarnos para esto. Podríamos ser amantes.

Juan de Dios apoyó las manos a los lados de su cabeza y la acorraló contra la pared. Inclino la cabeza y buscó su mirada.

—Te casarás conmigo —dijo.

—¿Te preocupan los rumores? ¿Es eso? —Fernanda intentó sonreír, pero sus labios se negaron a estirarse. Arasunu parecía considerar la posibilidad de estrangularla—. Ya estoy acostumbrada a ellos. Puedo soportarlos. Además, poco me importaría que la mayor parte de la sociedad me retirara el saludo, mucho menos las invitaciones a los bailes y fiestas. Créeme, estaré bien.

Él le aferró de un brazo.

—No discutas conmigo —dijo y tiró de su brazo hacia él para apartarla de la pared—. Te casarás conmigo.

—Pero...

—Si no quieres casarte por salvaguardar tu honor, piensa en esto: la mayoría de los médicos sostiene que los problemas mentales de una mujer se pueden solventar con el matrimonio. A mi lado ya no tendrías nada que temer de tu padrastro. Tú necesitabas un marido para resolver tus problemas, bien: lo has conseguido.

Ella lo miraba estupefacta.

—Pero no era a ti a quien quería. Ya te lo dije una vez, no podría manejarte.

—Qué lástima.

—¿Hablas en serio?

—¿Crees que haría bromas con este tema?

Fernanda alzó una ceja.

—Si nos casamos...

—*Cuando* nos casemos —la corrigió él con suavidad.

Ella hizo un mohín.

—Abriré un consultorio en tu casa —dijo.

—Puedes utilizar la sala de recibo o la casa entera si quieres, mientras me dejes la biblioteca para mi uso personal.

Fernanda apretó los labios.

—Como mi marido, administrarás mis bienes o, al menos, necesitaré tu permiso para tomar todas las decisiones que hasta ahora no debía consultar con nadie. Eso no me gusta.

—¿Te preocupa que te niegue algo?

—Si estoy casada, no tendré tanta libertad como si fuera soltera.

—Yo nunca te negaré nada —dijo él con suavidad—. Si quieres arrojar tus bienes al río o prender fuego todas tus propiedades, por mí como si tal cosa. Es tu dinero, no el mío.

Ella lo miró y él comprendió su miedo, lo asustada que estaba, y se odió a sí mismo por presionarla, por obligarla a aceptar un matrimonio que, quizás, en otras circunstancias, jamás habría aceptado, pero la quería para él y no renunciaría a ella.

—Fernanda, di que sí.

Ella inclinó la cabeza. ¿Cómo podría decirle que no?, estaba enamorada de él. Observó su anillo de pedida.

—No querría tener que devolverlo —dijo en voz tan baja que él tuvo que inclinarse para escucharla.

Juan de Dios curvó los labios en una sonrisa casi imperceptible.

—No tendrás que hacerlo.

Ella lo miró un instante en silencio y luego asintió.

—Sí —dijo finalmente—. Me casaré contigo.

* * *

—Mariana, querida, ¿te sientes bien? —preguntó la señora Ernestina Negrete de Manferrer, y observó a su invitada con auténtica preocupación en sus ojos castaños—. Te noto un poco pálida.

La joven la miró espantada, pero, antes de que pudiera decir algo, Alcira hizo un ademán con la mano y atrajo la atención de la señora.

—Mi hija está un poco nerviosa. Eso es todo —dijo. Clavó una mirada severa en Mariana un instante antes de que una sonrisa tirara de sus labios a los lados de su rostro—. No está acostumbrada a recibir las atenciones de un caballero como su hijo. Es muy tímida, además.

Ernestina sonrió complacida. Era una mujer alta y delgada, embutida en un vestido color chocolate sin más adorno que un collar de perlas.

—Comprendo, y me alegra mucho escuchar eso. A veces creo que la timidez que convertía en encantadoras a nuestras jóvenes ha desaparecido, y eso me apena mucho.

—Sin duda alguna es un problema.

—Hoy hablan a voces, se ríen a carcajadas en público, flirtean hasta con desconocidos y además pretenden emular a los hombres en todo —continuó la señora Manferrer mientras acariciaba distraída las perlas que adornaban su cuello. Una expresión de profunda desaprobación cruzó su rostro de rasgos severos—. Sé que los tiempos cambian y las costumbres también, pero la femineidad está desapareciendo de nuestras señoritas. Es un tema preocupante.

—Por supuesto que sí.

—Seré sincera con usted. Me inquietaba la posibilidad de encontrar en su hija a una joven obstinada como tantas otras, incapaz de comprender la importancia de la familia y de las buenas maneras en una mujer, pero ahora que he llegado a conocer a Mariana, le diré que estoy encantada con ella. Será una buena esposa para mi hijo.

—Lo será, claro que sí. Fue educada para ser madre y esposa, no la decepcionará.

Ernestina sonrió.

—Me alegro de que mi hijo haya sabido elegir bien esta vez —dijo. Mariana unió las manos sobre su falda, bajo la atenta mirada de su madre—. Su primera esposa, lamentablemente, era una mujer desagradable que jamás fue una amiga para él. Sé que no se debe hablar mal de los muertos, pero Dios me perdonará. Solo digo una verdad que todos conocen. Clotilde era una mujer altanera y desagradable, jamás escuchó mis consejos y, por supuesto, fue incapaz de ser una buena esposa para Evaristo.

—Mi hija jamás rechazaría un consejo suyo. Valora la experiencia y la sabiduría —dijo Alcira, satisfecha—. ¿Verdad que sí, hija?

—Sí, mamá.

Ernestina asintió.

—¿Cuántos años tienes, querida? Nunca te lo pregunté.

—Diecinueve, señora —se apresuró a decir Mariana, todavía con los ojos bajos.

—Serás una esposa muy, muy joven, sin duda alguna —asintió Ernestina, pensativa—. Sin embargo, confío en que tu madre te haya educado bien. Mi hijo necesita una esposa, no una chiquilla a la que deba vigilar y consentir.

—Sí, señora. —Mariana no apartó los ojos de la alfombra—. Sé cuáles son mis deberes y sabré cumplirlos con devoción.

—Jamás se arrepentirá de recibir a mi hija en su familia —dijo Alcira. Sabía que Mariana podía mostrarse más amable, incluso vivaz, pero desde que habían decidido visitar a su futura suegra, se había encerrado dentro de sí misma hasta el punto de parecer sordomuda. Si bien la señora Manferrer parecía satisfecha con ella, esperaba que su hijo no la creyera una simplona aburrida y sosa a causa de su mudez—. Es una chica adorable, se lo aseguro, y no lo digo solo porque soy su madre.

—Por supuesto que lo es, señora —dijo Evaristo, con los ojos fijos en Mariana—. Por eso, cuando supe que estaba soltera, me apresuré a pedir su permiso para cortejarla. Seré un hombre muy feliz cuando camine del brazo con ella como mi esposa.

Alcira observó a su futuro yerno, pensativa. Aunque habría preferido para su hija un hombre más atractivo a fin de que no encontrara repulsivo acudir al lecho conyugal, cumplía con la mayoría de sus expectativas: era rico, de buena familia y parecía dispuesto a complacer todos los caprichos de su joven y hermosa novia.

No era un hombre agradable a la vista. Tenía una nariz bulbosa bastante grande, incluso prominente, labios demasiado finos para resultar interesantes, manchas de vejez en su rostro pálido y enfermizo, y en la cabeza solo le quedaba un puñado de pelos oscuros que peinaba hacia la derecha, como si creyera poder disimular su calva.

Ernestina observó a la joven con la que su hijo había decidido casarse y asintió, complacida.

—La felicito, Alcira. Usted ha convertido a esta niña en una auténtica dama —dijo—. Lamentablemente no puedo decir lo mismo de la hijastra de su marido. La señorita Carnicer ha dado mucho que hablar en estos tres últimos días.

Mariana alzó una ceja, pero no hizo comentarios.

—Lo cierto es que Fernanda es incontrolable —dijo Alcira con una mueca—. No querría juzgarla, pero me temo que la madre la consintió demasiado y no le inculcó los valores básicos que toda mujer debe tener.

—Escuché que se recibió de médica.

—Sí, así es.

—Entiendo que pasa gran parte de su tiempo en la ranhería de las afueras, en las cercanías de la cárcel. ¿No teme contagiarse alguna de sus enfermedades? —preguntó Ernestina con un atisbo de repugnancia en su voz—. Tocar a esa gente debe de ser de lo más desagradable. Son tan sucios, tan piojosos.

Alcira frunció la nariz.

—Intenté prevenirla, pero no quiso nunca escucharme.

—No tiene el aprecio de sus colegas aquí, todos hombres, por supuesto —comentó Evaristo con seriedad. Deslizó una mirada apreciativa sobre los senos de su futura esposa y luego se relamió los labios—. Dicen que sus métodos son poco convencionales.

—Me temo que así es. Ha decidido hacer uso de hierbas para tratar las dolencias más comunes, como si fuera una india.

Mariana miró a su madre, luego a Ernestina y finalmente a su prometido.

—La madre era herbolaria y curadora —dijo.

Alcira clavó en ella sus ojos álgidos.

—Por supuesto, de allí sacó sus extraños pasatiempos —dijo con frialdad—. Sin embargo, nadie la tomará en serio mientras no use los métodos más modernos para tratar a sus pacientes.

—Estoy de acuerdo con usted. Preferiría tomar láudano para aliviar mis dolores de cabeza a un té de manzanilla o agua de menta —dijo Ernestina, y rio entre dientes, como si la sola idea de tomar esas infusiones fuera de lo más ridícula.

—Por cierto, escuché que se casó con el joven señor Ferrara —comentó Evaristo—. Fue un matrimonio apresurado, por lo que he oído.

Mariana se ruborizó al percibir qué se ocultaba detrás de aquellas palabras: la sospecha de que Fernanda había llegado al altar en “mal estado”.

—El señor Ferrara insistió —dijo Alcira. Le habría gustado decir que sí, que su boda se había realizado a toda prisa porque estaba encinta, pero eso podría echar una sombra sobre su propia hija, la sospecha de que quizás Mariana fuera igual de descocada, sin mencionar el hecho de que, si Fernanda no daba a luz a un niño antes del año, ella quedaría como una mentirosa. Tuvo en cuenta todo esto, ahuecó los labios y añadió—: Quedó prendado de ella y pidió su mano de inmediato. Al parecer, sus negocios lo requerían en las afueras de la ciudad y no quería retrasar sus muchas ocupaciones con un noviazgo formal.

—Comprendo.

—Ferrara es un hombre muy inteligente —dijo Evaristo—. Es una lástima que sea un mestizo, de otra manera, me agradaría contarme entre sus amigos.

—Los mestizos no son de fiar —dijo Ernestina—. Una vez tuve una sirvienta que tenía la piel del color del té con leche y, aunque nunca lo mencionó, sé que era una india. Se marchó una noche con la platería.

—Qué horror.

—Sí, ya no se puede confiar en nadie, en particular en esos indios ladinos.

—Por suerte para nosotros ya no quedan muchos en la ciudad —dijo Alcira—. Regresan a los montes, donde pertenecen.

—Eso es un alivio —dijo Ernestina, complacida.

Mariana crispó las manos contra su falda.

* * *

Yara se sentó en el borde de la cama y observó sus bártulos. El señor Ferrara le dijo que fuera a su casa de La Esperanza a limpiarla, porque él y su mujer esperaban pasar allí unas semanas de descanso. Suspiró. No le gustaba regresar allá. Ese lugar traía muchos recuerdos, la mayoría muy buenos, pero otros tan tristes que se le estrujaba el corazón de solo pensar en pisar otra vez aquella casa.

Se puso de pie y fue hasta el ropero. Sus pasos apenas hacían ruido sobre la alfombra. Abrió una de las puertas y se inclinó. Buscó algo entre sus ropas y, cuando lo encontró, lo tomó entre sus manos con ternura y lo llevó consigo hasta la cama. Se sentó, y bajo la débil luz del atardecer, apartó los pliegues de un pañuelo.

Quería ver a su nieta una vez más antes de guardarla en su baúl, lejos de la vista del patrón.

De pronto, la anciana soltó una exclamación y dejó caer la fotografía al suelo. Se santiguó al ver que la sombra que había notado antes en la imagen se había extendido hasta abarcar la mitad de la fotografía. Opacaba el vestido blanco de Itatí y creaba una serie de venas negras sobre la piel de sus manos. Sus ojos, antes grandes y dulces, parecían escudriñarla desde el pasado con un brillo inusual en sus pupilas, casi diabólico.

Yara se inclinó, echó el pañuelo sobre la imagen y la guardó.

—Es la humedad —dijo. Se inclinó, abrió el baúl y la puso debajo de sus ropas, casi en el fondo.

Se santiguó una vez más y se arrodilló frente a la cama. Comenzó a rezar en voz baja, lejos de la mujer de cabellos negros que la observaba en silencio desde el umbral de la puerta.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 15

Fernanda crispó los dedos contra el libro que tenía entre sus manos, nerviosa. Por el rabillo del ojo notó que Juan de Dios mantenía su rostro vuelto hacia la ventanilla del carruaje y contemplaba los campos que se extendían hasta el horizonte, distante. Ella observó el rictus amargo de su boca, la oscuridad de su mirada, la salvaje frialdad de su semblante e, incapaz de tolerar un momento más el opresivo silencio que había caído entre los dos, soltó un audible suspiro.

Él la miró. Sus ojos oscuros perdieron por un instante el sombrío cendal que había velado su mirada desde que habían salido de la ciudad.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Solo pensaba —respondió cohibida bajo su mirada fija.

—¿Puedes decirme en qué?

Fernanda sonrió.

—No —dijo.

Arasunu la miró en silencio un momento y luego dijo con suavidad:

—No te haré daño. No tienes nada que temer de mí, quiero que lo sepas.

Así, con aquellas sencillas palabras, logró que el corazón de Fernanda comenzara a retumbar, desbocado. Por supuesto, no debía darle a sus palabras más importancia de la que tenían, después de todo, él era su marido, y su

deber era, precisamente, cuidar de ella, pero aun así la conmovió.

Ella sonrió.

—¿Te preocupa que piense que, al igual que mi padrastro, quieras recluirme en un asilo para dementes para quedarte con mi herencia?

Él apretó los labios.

—Escuchaste los rumores que corrieron por la ciudad después de nuestra boda.

—Los escuché, sí, y no les di la menor importancia. Jamás creería algo así de ti. Sé que no me harás daño, y mucho menos por dinero.

—¿Cómo puedes saberlo? —Él torció sus labios a un lado. La observaba, la evaluaba, e intentaba descubrir sus pensamientos a través de la expresión de su rostro—. No me conoces.

Fernanda asintió.

—Es cierto, no te conozco tanto como querría —dijo con tranquilidad—. Pero sé que puedo confiar en ti.

—A pesar de tu escrutinio, desde que comenzamos este viaje has estado prácticamente pegada a la puerta.

—Lo siento, no me di cuenta.

—Me preguntaba en qué momento decidirías saltar del carruaje.

Ella tuvo que sonreír.

Sus dedos se contrajeron casi imperceptiblemente sobre su pierna.

—Espero que disculpes mi grosería y sepas comprenderme: es la primera vez en muchos años que me encuentro a solas con una mujer durante tanto tiempo y, si además esa mujer es mi esposa y no estoy muy seguro de qué espera de mí, comprenderás mi silencio.

Fernanda esbozó una sonrisa. Su sinceridad podría parecer grosera pero, con toda seguridad, a ella le agradaba.

—Entiendo —dijo cariñosa—. Y está bien, no necesito que me entretengas. —Le mostró su libro—. Como ves, traje una novela para el viaje.

Juan de Dios asintió.

—Seguramente es más interesante que yo.

—No lo creo —susurró ella. Se arrebujó en su capa y contempló el camino—. ¿Puedo preguntar qué planes tienes para mí?

—¿Planes?

—Sí. ¿Qué piensas hacer conmigo? Entiendo que prefieras mantenerme en las afueras de la ciudad mientras mi padrastro se acostumbra a la idea de que ya no puede hacer nada para quedarse con mi herencia, pero ¿qué esperas que haga con mi tiempo? Supongo que tú te dedicarás a examinar los libros de cuentas que has traído con tu equipaje. En tanto, ¿qué puedo hacer yo?

—Pasear, dormir, leer, lo que desees. La casa se encuentra rodeada de plantas curativas —dijo. Él la observó un momento—. Podrás recoger todas las que quieras y dedicar horas a preparar tus ungüentos e infusiones. Prometo no estorbarte.

Ella sonrió.

—Sería interesante tener a alguien con quien juntar hierbas —insinuó—. Nunca antes había tenido compañía para eso, además de Cecilia, y me agradaría probar.

Él dudó un instante y luego asintió.

—Iré contigo.

Fernanda sonrió y volvió sus ojos hacia la ventanilla. Arasunu la miró un momento más y luego volvió a hundirse en sus pensamientos.

Media hora después, Fernanda descendió del carruaje y observó con curiosidad la casa que sería su hogar durante las siguientes semanas. Hundida entre las sombras violáceas del ocaso, la enorme edificación de dos plantas, de madera y piedra mora, parecía haber sido construida cientos de décadas atrás, a juzgar por su aspecto de vejez y abandono, aunque sabía que no tenía más de cincuenta años.

Fernanda recorrió con la mirada sus lóbregos muros, la profusión de trepadoras que colgaban de las piedras sobresalientes, los gigantescos ventanales y los apagados jardines que bordeaban el camino de entrada. Pensó que era esperable que una residencia que había soportado el descuido de su dueño por años, como poco, tuviera un aspecto tenebroso, pero, en su opinión, esa casa superaba con creces la idea de lo siniestro. Los árboles desnudos y escuálidos, los parterres abandonados, las ventanas sucias y el estado general de olvido y decadencia en el que se encontraba la casona era deprimente, sino directamente aterrador.

El atardecer ya había comenzado a pincelar el horizonte con los últimos colores del día mientras una extraña neblina empezaba a extenderse desde la arboleda que circundaba la propiedad hasta las puertas mismas de la casona. Una ráfaga de viento helado la golpeó, deslizó sus dedos gélidos sobre la piel de su rostro y luego desapareció entre los árboles, arrastrando consigo un cúmulo de hojas gualdas. Fernanda se estremeció y crispó las manos dentro de su manguito de piel.

Juan de Dios la miró, preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió, incapaz de apartar los ojos de la casa.

—Sí, estoy bien —dijo—. Es solo que esto da miedo.

—Es vieja y ha estado cerrada mucho tiempo, eso es todo.

—Es tétrica.

—Esta es tu casa —dijo él con suavidad—. Puedes hacer todos los cambios que te parezca.

Levantó la mano y deslizó los dedos con suavidad sobre la piel satinada de su mejilla en una lenta caricia.

—Quiero que encuentres felicidad a mi lado.

—Lo seré —dijo.

—Me encargaré del equipaje —dijo, e hizo un gesto hacia Tobías.

Fernanda asintió y observó la casa una vez más. Algo se movió en la última ventana de la derecha en la planta alta. Abrió grandes los ojos, sorprendida. Una mujer la miraba con atención desde las sombras que las cortinas echaban sobre ella. Su rostro pálido y serio se recortaba contra el cristal con sorprendente claridad pese a que todas las ventanas necesitaban una buena friega. Sonrió, pero no obtuvo respuesta. Esa mujer tenía sus ojos oscuros fijos en ella, los labios curvados en un rictus de amargura y tal expresión de angustia en su semblante que la asustó.

Fernanda se volvió hacia Arasunu, inquieta.

—Pensé que habías dicho que no habría nadie más que Yara en la casa —dijo.

Arasunu enarcó una ceja.

—Y así es.

—Pero vi a alguien en la ventana.

—Imposible —dijo Tobías, y echó una mirada de curiosidad hacia ella—. La casa está cerrada.

—Pero la vi, estaba allá. —Fernanda observó la ventana una vez más y se mostró confundida. La cortina estaba corrida y los vidrios tan sucios que era imposible distinguir nada—. Habría jurado que había alguien en esa ventana.

—¿Quiere que suba y me asegure de que no haya ningún intruso en la casa, señora? —se ofreció el viejo, amable—. Puede suceder, ¿sabe?, que alguien sin hogar busque un techo para dormir.

Ella estaba a punto de decir que sí, que subiera, que revisara la casa entera en busca de intrusos, pero desistió. Era evidente que su imaginación se había desbocado. Era imposible que hubiera visto a alguien a través de la suciedad que empañaba aquella ventana. Incluso las cortinas no eran más que sombras debajo de la mugre.

Había algo que le llamaba la atención en aquel entorno frío y oscuro, pero no logró identificar qué.

—No será necesario —comenzó Fernanda, pero calló cuando vio que la atención de Tobías se había desviado y que su rostro, siempre tan imperturbable, de pronto parecía rebosar desagrado.

—Esa rata —masculló el viejo, disgustado.

Arasunu apretó los dientes. Ella siguió la línea de su mirada y vio a un hombre a la vera del camino, debajo de las sombra de los árboles, sobre un hermoso alazán. Era un caballero alto, esbelto, de hombros anchos y expresión taciturna, bastante atractivo con su pelo rubio y los ojos claros. Vestía con elegancia, aunque había algo tosco en él, casi desagradable.

—Buenos días, señor Ferrara —saludó, y agitó las riendas. Su caballo cruzó la carretera con parsimonia.

—Cabral —dijo Arasunu con frialdad.

El caballero detuvo su montura a unos pasos de distancia y fijó sus ojos insensibles en Fernanda.

—¿No me presenta a la señora? —preguntó.

Arasunu torció los labios.

—Fernanda Ferrara, mi esposa —dijo glacial—. Fernanda, el señor Marcos Cabral, uno de nuestros vecinos.

Ella lo saludó con cortesía. Percibió entre ambos hombres hostilidad y se preguntó por qué. El caballero la miró una vez más, parecía evaluarla, y eso le desagradó. Se sintió como si fuera parte de una puja de blancas, y ese sujeto tuviera que decidir si comprarla o no.

—Es usted un hombre con suerte, señor Ferrara. —Fue su veredicto—. Su esposa es muy bonita.

Arasunu alzó una ceja, pero no hizo comentarios. Fernanda no supo qué responder; murmuró su agradecimiento entre dientes, incómoda. Era obvio que a su esposo no le hacían ninguna gracia los comentarios de aquel hombre.

El caballero le mostró una sonrisa tan falsa como la cordialidad que exhibía al dirigirse a Juan de Dios, y tiró de las riendas de su montura con suavidad.

—Me gustaría quedarme a conversar, pero oscurece y debo regresar a casa antes de que el diablo salga a pasear. Le daré saludos de su parte a mi padre, señor Ferrara. Señora. —Se despidió con una leve inclinación de cabeza y, sin esperar un comentario por parte de Juan de Dios, se volvió y siguió un estrecho camino de tierra que se perdía entre las sombras de la arboleda sin echar una mirada más hacia atrás.

Fernanda frunció el ceño.

—¿Que el diablo saliera a pasear? —murmuró sorprendida.

—Eso se dice cuando pronto será noche cerrada y no habrá más luz en los montes que la que emite el farol del diablo —dijo Tobías, y se santiguó.

Arasunu clavó en ella sus ojos gélidos.

—No te acerques a él —dijo.

Fernanda sonrió.

—¿Por qué no?

Arasunu endureció su rostro.

—Di una orden —dijo—. Espero que obedezcas.

—Si crees que así funcionara nuestro matrimonio, estás en un error —dijo Fernanda, de buen humor, sin embargo. Se colgó de su brazo y tiró de él hacia el sendero de guijarros que conducía a la puerta principal—. Si quieres verme obedecer sin rechistar, tendrás que hacer algo más que mostrarte como un tirano conmigo.

Juan de Dios le dirigió una mirada fulminante.

—¿Por qué te preocupa tanto ese hombre?

Él no parecía dispuesto a decir nada y, por un momento, Fernanda temió que no lo hiciera, pero luego desvió la mirada.

—No es de fiar.

—¿Sucedió algo con él? —insistió—. ¿Tuvieron algún problema?

—Fue hace mucho tiempo —dijo, y era obvio que no iba a decir nada más. Parecía tan disgustado que Fernanda le palmeó la mano con intención de calmarlo.

—Está bien —dijo suave—. No lo trataré.

Arasunu la miró y asintió. Ella tiró de su mano.

—¿Entramos a la casa? Aquí fuera hace frío —dijo, y volvió sus ojos hacia la oscura arboleda desde donde parecía provenir el viento. Había negruras tan profundas entre los árboles que casi no se veía el interior. El follaje azulado y frondoso bajo la moribunda luz del ocaso echaba sombras oscuras sobre la valla que dividía la propiedad. Debía admitir que el lugar tenía una belleza impactante, pero era una hermosura tenebrosa, susurrante. Se estremeció. Entonces descubrió qué le había llamado la atención desde su llegada y que no había sabido identificar. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Durante todo el camino había escuchado los chillidos y los aleteos de un sinnúmero de aves. Pero allí, en los alrededores de la casa, incluso en las cercanías de la arboleda, no había pájaros.

Deberían de estar armando alboroto mientras se preparaban para dormir, pensó, pero no había ninguno a la vista, ni siquiera cerca.

Arasunu tiró de su mano y abrió la puerta.

—Vamos, te mostraré la casa —dijo.

Fernanda frunció la nariz en cuanto cruzó el umbral.

—¿Qué es ese olor? —preguntó mientras se cubría la nariz con su manguito.

Arasunu la miró con curiosidad.

—¿Qué olor?

—¿No lo sientes?

—No.

—Todo huele a rosas muertas —dijo—. Es insoportable.

—Es solo una impresión —dijo Juan de Dios, y tiró de ella hacia adentro—. Ya pasará.

Fernanda lo dudaba, pero asintió. Observó el vestíbulo: las sombrías pinturas que colgaban de las paredes, la raída alfombra de lana y los viejos muebles que, en su opinión, deberían haber sido donados a un museo décadas atrás.

—Dios mío —murmuró.

Arasunu sonrió.

—Puedes hacer los cambios que desees, ya te lo dije.

—Créeme, lo haré. —Avanzó unos pasos. Todo el lugar apestaba. Empujó una ventana: el viento frío del Sur apagó un poco el aroma y lo relegó a los rincones. La penumbra grisácea que parecía flotar sobre los muebles comenzó a esfumarse, aunque se resistía a abandonar los oscuros recovecos de la sala.

—Ven conmigo —dijo él, y tomó su mano. La condujo por el pasillo y ella lo siguió con una sonrisa. Comenzaba a acostumbrarse a ser conducida de un lado a otro como si fuera una niña pequeña. Arasunu abrió la primera puerta de la derecha—. Esta es la biblioteca.

Fernanda echó un vistazo. Allí el olor era menos penetrante, y apartó el manguito de su nariz. Vio un enorme escritorio en el centro del recinto, un par de sillas fuertes y toneladas de libros amontonados en cuatro estantes de madera, a los lados de la chimenea.

—Me gusta —murmuró—. Y me gustaría más si se abrieran esas ventanas y se aireara un poco.

Él sonrió.

—Esta casa ha pasado mucho tiempo cerrada —dijo—. La soledad ha impregnado las paredes. Dale tiempo: cuando se acostumbre a nosotros, cambiará.

Fernanda la miró sorprendida.

—¿Y eso? —preguntó.

Arasunu sonrió.

—He pasado mucho tiempo con Yara —dijo. Le mostró el comedor, la cocina, el cuarto de baño, la despensa y finalmente la llevó hasta una habitación que se encontraba en el fondo de la casa, a una puerta de distancia del patio.

Fernanda observó los techos altos, el piso de baldosas, la ventana, los estantes que cubrían tres de sus paredes y volvió los ojos hacia él con curiosidad.

—¿Y esto?

—Pensé que aquí podrías ocuparte de tus hierbas —dijo incómodo.

Fernanda lo miró sorprendida.

Él desvió la mirada.

—Junto a la arboleda hay una gran cantidad de hierbas medicinales —continuó—. María, mi madre, las cultivaba. Cuando era un niño la ayudaba a recogerlas si alguien de la familia enfermaba.

Fernanda sonrió con dulzura. En un impulso se volvió y lo abrazó, apoyó la cabeza en el hueco de su cuello y se arrebujó entre sus brazos.

—Gracias —musitó.

Arasunu vaciló un instante y luego la estrechó contra su cuerpo.

—Quiero que seas feliz conmigo —dijo con suavidad. Hundió los labios en su pelo—. Eso es todo.

* * *

Eran más de las diez de la noche cuando Fernanda se abrigó con un chal de lana, cruzó la cocina y salió al patio. Un candil se mecía con el viento y arrojaba saetas de bronce sobre parte de la galería que rodeaba la casa.

Observó con curiosidad la extraña profusión de arbustos y plantas que, bajo la azulada luz de la luna, parecían flotar entre las sombras en un lento y eterno vaivén. Dos escuálidos árboles de ñangapirí, varios espinos y un sinfín de malas hierbas ocupaban una esquina del patio mientras que en la otra un viejo aljibe se veía casi cubierto por una gruesa enredadera. Más allá, a unos cincuenta metros, ya cerca de la valla que separaba la propiedad de un descampado que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, retorcidos esqueletos de antiguos árboles se alzaban al cielo y señalaban con sus ramas deformes el infinito azul de la noche.

Fernanda volvió sus ojos hacia la arboleda. El viento soplaba sus misterios entre los matorrales, a veces como murmullos, otras como aullidos estentóreos. Si en la tarde ese lugar parecía atemorizante, de noche era aterrador.

Fernanda iba a entrar a la casa cuando vio una luz en la oscuridad a través de los árboles. Era diminuta y flotaba en la neblina con suavidad. Crispó sus manos en los bordes del chal, de pronto asustada. Recordó las palabras de Tobías y se estremeció, incapaz de contenerse. “No habrá más luz en los montes que la que emite el farol del diablo.”

Se dijo que no debía tener miedo, que era una tontería, pero no podía apartar los ojos de la oscuridad, e intentó encontrar entre las negruras aquella luz que aparecía y desaparecía en la neblina.

—Hace frío aquí.

Fernanda dio un respingo y el corazón se atoró en su garganta. Se volvió y encontró a Yara de pie detrás de ella. Su rostro ajado y cubierto de arrugas parecía casi siniestro bajo el fulgor amarillento de la vela que sostenía en su mano.

Fernanda tomó una bocanada de aire.

—Me asustó.

—Perdóneme. Creí que me había escuchado llamarla. —Observó la arboleda y apartó los ojos al instante con una expresión rayana en la repugnancia en su rostro—. ¿Por qué no está en su cama? Está helando.

—Buscaba a Arasunu. ¿Sabe usted dónde está?

—En el establo. —Señaló un edificio de madera en la oscuridad, justo a la izquierda de la casa, detrás de los árboles—. Los caballos están nerviosos, y Tobías no parecía poder calmarlos. Llamó al patrón para que lo ayudara, el señor tiene muy buena mano con los animales. ¿Quiere que la ayude a regresar a su habitación?

—Esperaré al señor Ferrara.

—¿Aquí, sola? Se enfermará. —Echó una rápida mirada hacia el establo: era apenas una oscura silueta amorfa en la noche—. Además, el patrón no volverá hasta que los animales se calmen, y eso puede tardar. Venga conmigo.

Vaciló, pero finalmente asintió.

Yara la miró un momento, pensativa.

—¿Qué miraba usted con tanto interés allá afuera? —preguntó, y dio un paso hacia ella. La luz de la luna suavizó sus viejas facciones—. Creí que le daría un ataque, y eso que la llamé dos veces.

—No la escuché, discúlpeme. —Fernanda señaló un punto entre los árboles—. Vi una luz allá.

La mujer sonrió.

—Le conviene no repetir eso frente a Tobías —dijo con una sonrisa desdentada—. Le diré que es el farol del diablo si está de buen humor, o el alma de un difunto que pena sus pecados si se encuentra con ganas de asustarla.

—Es la segunda vez que escucho eso.

—¿Qué cosa?

—El farol del diablo.

—Es una creencia nomás, cosas que dice la gente de por aquí. —Hizo un gesto con la mano y la vela titiló, amenazando con apagarse y dejarlas en la oscuridad—. Dicen que a veces el diablo sale a hacer de las suyas en la noche. Se sabe que anda suelto cuando se ve la luz de su farol en la oscuridad. Nadie se atreve a salir entonces, porque podría decidir quedarse con quien se atreve a ir a su encuentro, y entonces ya jamás volvería. Al diablo le gusta hacer esas cosas, ¿sabe usted? Robarse a las personas y arrastrarlas con él al infierno.

—Comprendo —dijo Fernanda, suave. No creía en cuentos como esos, pero allí, de pie en la penumbra, frente a la oscura arboleda que se mecía con el viento entre susurros y aullidos, no le sería difícil creer en el diablo, y mucho menos en sus salidas nocturnas.

Yara sonrió.

—Son cuentos de viejos —dijo—. Para asustar a los niños y obligarlos a ir a la cama temprano. No ponga esa cara.

Fernanda se ruborizó.

—Lo que usted vio no es al diablo —dijo—. Es solo una luz. Debe de venir de la casa del señor Cabral, no está lejos de aquí. Tras la arboleda y luego de vadear una pequeña laguna.

—Pero estaba tan cerca.

—En el campo aun las cosas más lejanas parecen estar cerca. —La anciana le dirigió una mirada sapiente—. Le recomiendo que no vaya para allá.

—¿Por qué no?

Yara le hizo un gesto para que la siguiera al interior de la casa.

—El patrón no se lleva bien con el joven Cabral, eso es todo. Usted hágame caso, quédese por aquí, ya tiene suficiente para pasear con el patio y el campo que está atrás. ¿Para qué querría meterse en la arboleda y mucho menos llegar a la laguna?

Fernanda asintió. Cerró la puerta, que se trancó con un chasquido, y la anciana la guio a través del oscuro pasillo. El haz amarillento de la vela confería al recinto un aire viejo y desgastado. Una araña reptó hasta un hueco en la pared y se ocultó allí.

Fernanda titubeó.

—¿Por qué mi marido no se lleva bien con ese hombre? —Se sentía incómoda al preguntar a la servidumbre algo que, sabía, debía consultarle a su marido.

—¿No se lo imagina?

—No.

La mujer se volvió al pie de la escalera. Sus ojos caídos la observaron un instante.

—Usted es una buena persona —dijo con suavidad—. Usted no ve lo que otros ven. No porque no quiera, sino porque simplemente no ve. El patrón tuvo suerte al encontrar una mujer como usted para él.

—No comprendo.

—El señor Cabral, Marcos, el joven que usted conoció nada más llegar, no es un buen hombre. Ve al patrón con desprecio porque es mitad indio. Cuando era chico le tiraba piedras; nomás lo veía y empezaba a atacarlo mientras le gritaba “bastardo” y otras cosas iguales de malas. El patrón era por entonces un crío, bueno como el pan, señora. Nunca lo oí quejarse. Acá no sabíamos nada de lo que sucedía allá afuera con el señor Marcos, que tendría la misma edad que el patrón en esos tiempos. Solo lo veíamos llegar con cortes y golpes, y creíamos que era a causa de los juegos propios de los muchachos. Un día, llegó a casa con un ojo morado. La señora Eleonora le exigió que le dijera qué sucedía, pero el señor Juan de Dios no quiso soltar prenda. La señora Nélide, que por entonces era una chiquitina, fue quien lo contó. Dijo que Marcos, el vecino, le tiraba piedras a Juan de Dios y que a veces se agarraban a piñas, como había sucedido ese día. El señor Basilio dijo que hablaría con el mocoso. El señor Arasunu era orgulloso, aun a esa edad. Dijo que sabía que no necesitaba que su padre se metiera en el asunto. No sé qué pensó el señor Basilio, pero le aseguro que echaba humo de lo furioso que estaba. Ignoró al niño y habló con el padre del señor Marcos.

—Supongo que defendió a su hijo.

—No como cree. El viejo Cabral es un buen hombre. Se disculpó en nombre de su hijo y no hubo más problemas por un tiempo.

Fernanda estaba fascinada. Siguió a la anciana por las escaleras. Un escalón crujió a sus espaldas y ella se volvió, ceñuda.

—La casa empieza a despertarse —dijo la mujer—. No se preocupe. Está vieja y a veces se acomoda sobre sus pilones.

Fernanda suspiró y avanzó. Frunció la nariz cuando el olor a rosas muertas pareció llegar desde el descansillo y a intensificarse a medida que subía.

La vela titiló un instante y amenazó con apagarse.

—Tendremos que limpiar esta casa a fondo —dijo Fernanda con una mano sobre la nariz.

—¿Por qué? —La mujer la miró por encima del hombro, sorprendida—. Si la dejé a punto antes de que usted llegara.

—Huele muy mal.

—¿Está segura? Yo no siento nada.

—¿No? ¡Pero si apesta!

—Será la humedad —dijo, y dejó las escaleras atrás al doblar a la derecha. Las cortinas oscuras se mecían despacio con el viento.

La luz de la luna se veía con claridad a través de las ventanas que dominaban el corredor, y el pasillo parecía hundido en una ligera neblina azulina.

Fernanda restregó la mano contra su brazo, hacía frío.

—Usted dijo que los problemas pararon por un tiempo —comentó.

—Poco tiempo. Ese muchacho, Cabral, siempre fue ingobernable y malo como Añá, señora. Usted no lo creerá, pero lo era. A veces hay niños que llevan el diablo adentro, siempre lo he dicho. Cuando el patrón cumplió doce

años, el señor Ferrara le obsequió un perro, uno grande, de buen carácter. El niño lo adoraba. Nunca conocí a un chiquillo que amara tanto a un animal como él. —Hizo una pausa—. Una mañana lo encontró muerto en la puerta de atrás, ahí mismo donde estaba usted parada hace un momento. Estaba muy golpeado, pobre perro, debió de sufrir mucho antes de morir. Pero no murió a causa de los golpes, no. Tenía el cuello cortado.

—Dios mío.

—El señor Basilio estaba furioso. Le pidió a Tobías que investigara quién podía haber hecho algo así. Ese viejo chocho nunca logró descubrir nada, pero dos días más tarde, el señor Juan de Dios volvió a la casa con la camisa rota, todo sucio, le sangraba la boca. La señora María casi enloqueció. Creyó que su hijo había sido atacado, hasta que el niño le aseguró que no era *su* sangre. Y no lo era, señora, se había agarrado a sopapos con el joven Cabral. Al parecer, llegó a la conclusión de que el joven Marcos había matado al perro y decidió hacérselo pagar. Le rompió la nariz y el brazo. El señor Basilio fue a la casa de Cabral para hablar de lo ocurrido, pero ese mocoso pendenciero acusó a Juan de Dios de golpearlo sin razón. Nunca admitió haber matado al animal, pero aquí todos sabemos que fue él.

Fernanda no supo qué decir. La anciana se detuvo junto al umbral de su puerta.

—Después de eso creímos que las cosas se calmarían, pero no fue así. Ese niño siempre fue malo.

—¿Volvió a atacar a mi marido?

—No. A la señorita Eloísa. Ese muchacho malvado se encontró con Eloísa y la pequeña Lucía en la arboleda. Hacían cosas de niñas, ya sabe usted, recoger flores y piedras bonitas. Se les tenía prohibido ir más allá, debían quedarse donde la señora Eleonora o la señora María pudieran verlas, pero ya sabe cómo son los críos. Fueron más allá, cerca de la laguna. Ese es un lugar malo, quiero que entienda eso desde ahora. No es muy grande, pero sí

peligroso, las aguas son oscuras y hay pozos. Si un chiquito cayera, no saldría. Eloísa intentaba convencer a su hermana de que regresaran cuando Marcos apareció y le dijo que era muy bonita. Por entonces tenía diez años la niña y, sí, lo era, pero no tenía edad todavía para atraer la atención de un muchacho, ya casi un hombre. Se asustó y la pequeña Lucía empezó a llorar. Supongo que nunca había visto a su hermana tan incómoda. Eloísa le pidió al señor Marcos que se alejara y le dio la espalda. Él cayó sobre ella y la empujó al suelo. Lucía corrió a contarnos lo que sucedía y Juan de Dios salió a la carrera a buscar a su hermanita.

—Habrás estado furioso.

—Creímos que mataría a ese muchacho. Eloísa lloraba y el hermano ni la miró. Se arrojó sobre el joven Cabral como un perro de pelea. Creo que lo habría matado a puñetazos si el señor Basilio no los hubiera separado. —Meneó la cabeza—. Entonces el señor Ferrara decidió llevar a la familia de vuelta a la ciudad y dejó la casa a cargo de Tobías. ¿Ahora entiende por qué Juan de Dios no quiere que se acerque a ese hombre?

Fernanda la miró sorprendida.

—Ah, no ponga esa cara, Tobías me lo contó. Ese viejo no se guarda nada. Le gusta el chisme como si fuera una vieja —sonrió—. Hágle caso al señor Ferrara, él sabe cómo es ese hombre realmente, y no es nada bueno. Le tiene odio. Ahora es un hombre ya el señor Cabral, pero dudo mucho de que haya cambiado. —Volvió sus ojos lejanos hacia la ventana. La oscuridad era absoluta, la luna había desaparecido detrás de unas nubes. El fulgor amarillento de la vela tembló.

Fernanda asintió. Una silueta oscura se detuvo al final del pasillo, entre las sombras. Ella soltó una exclamación.

—¿Señora?

Fernanda no respondió. Frunció el ceño y miró sobre el hombro de la anciana con atención.

—¿Pasa algo? —La mujer se volvió. Escudriñó la oscuridad, pensativa.

—No, nada, supongo. —Fernanda pensó que era el momento de ir a dormir. Debía de estar muy cansada. Por un instante había creído ver a alguien de pie al final del pasillo, pero entonces el viento había agitado la cortina y las sombras se mecieron, revelando la razón de sus temores: un viejo reloj de pie.

La mujer sonrió.

—Vaya a dormir, ha tenido un día muy largo —dijo.

Ella asintió. El olor a rosas comenzaba a desaparecer y tomó una bocanada de aire frío y limpio que entraba por la ventana.

—¿Quiere que le deje la vela?

—No será necesario.

Yara asintió. Detuvo la mirada un instante en su rostro y luego esbozó una sonrisa.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches.

Fernanda se volvió y entró a su habitación. La puerta crujió con suavidad sobre sus goznes y se cerró con un chasquido. La neblina se deslizó sobre las baldosas del suelo y se esfumó bajo la delicada penumbra de la noche.

* * *

La luna iluminó el salvaje altorrelieve de los músculos de su abdomen cuando fue hasta la ventana y cerró los postigos. La habitación se sumió en la oscuridad, aunque un delicado haz de luz se colaba por un resquicio, tiñendo de plata el contorno de los muebles. Arasunu se acercó a la cama y observó a su esposa. Ella dormía profundamente. Tenía las sábanas enrolladas alrededor de sus caderas y el camisón se le había subido hasta la mitad de los muslos. El cabello que siempre llevaba bien peinado y recogido, estaba suelto sobre la almohada. Se inclinó y le rozó la mejilla con la punta de los dedos, su piel era suave y tibia.

—¿Arasunu? —Lo miró adormilada—. ¿Sucede algo?

—Duerme. —Él se inclinó y depositó un beso suave sobre sus labios.

Ella asintió y se quedó dormida otra vez, debía de estar agotada. Él le rozó la nariz con la punta de los dedos. Durante años había vivido sin el calor de una mujer en su cama. Primero, porque había estado demasiado ocupado en el control de los negocios de la familia, luego, porque había vigilado a Lucía en San Pedro y después, a su regreso, porque le había pedido a Itatí que fuera su esposa y había considerado importante esperar hasta la noche de bodas para compartir la cama. Tampoco había sido un gran sacrificio para él. Pensó en ese momento que no la había deseado, no realmente, jamás como a Fernanda. Por Itatí había sentido afecto, el deseo de cuidar de ella y no mucho más.

Apartó las mantas y se acostó junto a Fernanda. Ella inmediatamente se volvió hacia él y buscó su calor. La atrajo hacia él y ella elevó una pierna sobre las suyas mientras miraba el techo con una sonrisa en los labios.

Sería una larga, larga noche.

CAPÍTULO 16

Fernanda se puso de rodillas en el suelo para examinar las plantas que crecían junto a la valla. La arboleda se mecía con suavidad a unos metros y dirigió sus sombras hacia ella.

La joven tenía las manos sucias mientras clasificaba las hierbas en una cesta. Había burrito, yerbabuena, cola de caballo y cedrón.

—Buenos días, señora Ferrara.

Alzó la vista y vio a un anciano en el camino que avanzaba con cierta lentitud. Se apoyaba en un viejo bastón de madera mientras se acercaba. Era un hombre de hombros enjutos, aunque delgado y alto. El cansancio de sus ojos, las arrugas que le surcaban los pómulos y la extrema delgadez de los labios, casi inexistentes, habían hecho mella en él. El cabello blanco había comenzado a ralearse y había dejado a la vista una calva brillante y redonda. Vestía con elegancia, aunque de forma anticuada.

—Buenos días —saludó ella, cortés.

El anciano se apoyó en la valla. La miró un momento en silencio. Sus ojos celestes parecían viejos y cansados, pero brillaban con una profunda inteligencia.

—Soy Aurelio Cabral —dijo—. Tengo entendido que conoció usted a mi hijo hace unos días.

—Sí, por supuesto, lo recuerdo. —Se puso de pie y se limpió las manos en el delantal—. ¿Cómo está usted?

—Bien, bien. —Miró sus manos sucias y luego el suelo—. ¿Le gustan los yuyos, señora?

—Fernanda, por favor. Y sí, me gustan. Suelo preparar remedios con ellos.

Hubo un momento de silencio.

—Es un bonito nombre el suyo —dijo, pensativo—. Igual que usted.

—Gracias, señor —dijo, aunque se sintió incómoda. No estaba acostumbrada a los elogios, y esa mirada celeste intensa la ponía incómoda.

Aurelio carraspeó.

—A mí también me gustan las plantas —comentó—. Mi mujer, que en paz descansa, adoraba las flores. Cuando lo supe, me dediqué a aprender todo sobre el asunto. Hice un jardín para ella, creo que por eso se casó conmigo.

Fernanda sonrió.

—Estoy segura de que se sentía muy afortunada.

—Era yo el afortunado. Era hermosa, dulce como la grana. Cuando murió, se llevó una parte de mi corazón con ella.

—Lo lamento mucho.

—Mi hijo fue un consuelo para mí. —Hizo una pausa—. Aunque su conducta no fue lo que esperaba. Supongo que su marido ya la habrá indispuerto en su contra.

—Supone mal. Juan de Dios no se atrevería a hablar mal de sus vecinos.

—Me alegro mucho, y no me sorprende. —El anciano la miró cavilante—. El joven señor Ferrara siempre fue un caballero. Un título al que lamentablemente no todos podemos aspirar, más que por nacimiento.

Fernanda no supo qué decir.

Aurelio hizo un gesto con la mano.

—Cosas de viejo, no me haga caso. —Señaló unos rosales al final del jardín. Sus tallos se elevaban hasta metro y medio del suelo. Los ojos le resplandecieron con suavidad bajo el sol del mediodía. Miró las plantas con una emoción muy extraña en la mirada—. Yo ayudé a la señorita Itatí a plantar aquellos rosales. Le enseñé a elegir los bulbos, luego a plantarlos con esmero, a esperar el momento exacto para la poda, por eso están así. Uno siempre tiene que aguardar el momento exacto para podar, sí señor, o el placer no es el mismo.

Fernanda frunció el ceño.

—¿Conoció usted a Itatí? —preguntó.

El anciano parpadeó.

—Por supuesto. Era una chica encantadora. Se parece usted a ella, Fernanda, es muy amable. Aunque las comparaciones son odiosas, claro. Nunca conocí a una muchacha tan dulce como ella. —Aurelio suspiró—. Esa niña creció por aquí. Vivía en algún lugar por allá, hacia el Sur. Su casa se quemó, y el señor Ferrara decidió darle cobijo. Cuando la vi por primera vez con su abuela, era solo una niña, pero ya muy, muy bonita. Era una india. Blanquísima, pero india al fin, y no creí que tuviera un futuro promisorio. Pero llegó a estar a punto de casarse con quien es ahora su marido. No me sorprendió. Después de todo, él también es mestizo.

—Señor...

—Oh, no piense mal de mí. Yo llamo a las cosas por su nombre y ya soy viejo para cuidar mi lengua. Sepa que no es mi intención ofender a nadie.

El anciano se rascó la barbilla.

—Juan de Dios quiso a esa muchacha desde que la vio —rememoró—. Tenía unas trenzas largas y oscuras, y siempre llevaba una flor en el pelo. Eso me gustaba. Las jóvenes de ahora se adornan con oro y diamantes, no saben lo lindas que quedarían solo con una flor detrás de las orejas.

—Imagino que sí.

El anciano suspiró.

—Pensé que era una buena chica, pero al parecer conoció a otro caballero. Un hombre que le dio la atención que deseaba. Supongo que la sedujo. Pocos días antes de que aconteciera la boda, abandonó esta casa.

—¿Se marchó con un hombre?

—Eso me temo —asintió—. Cuando se marchó, yo me ocupé de los rosales. Por ella, por si algún día regresaba y quería verlos.

La expresión del anciano se tornó distante.

—Juan de Dios la quiso mucho —dijo—. Un hombre como él jamás le pediría a una mujer que se casara si no la quisiera profundamente, créame.

Fernanda asintió ausente. Pensó en su situación. Arasunu se había casado con ella para salvarla, para ayudarla a escapar de las maquinaciones de su padrastro. Sin duda alguna era un hombre maravilloso, pero estaba segura de que no la quería, no la amaba, no como a Itatí.

—La abuela todavía espera su regreso. —El anciano volvió sus ojos hacia los rosales, pensativo—. Casada, quizás con un niño colgado de sus faldas. O no, tal vez sola mientras espera que Juan de Dios vuelva a recibirla.

—Eso no sucederá —dijo Fernanda.

—No, no sucederá. —Sonrió—. Ahora está usted, y no creo que tenga tan poco carácter como para dejarle su marido a otra.

—Señor...

—Supongo que su marido está en casa —interrumpió—. No creo que le guste que hable conmigo.

—Creo que se equivoca —dijo Fernanda con seguridad—. Él no lo culparía por las acciones del señor Marcos.

—Tal vez. —Aurelio se encogió de hombros—. ¿Me haría un favor? A eso vine, a pedirle un favor, y míreme aquí, hablé de Itatí y de un montón de tonterías. Tendrá que disculparme.

—No se preocupe.

—Bueno, sé que una joven esposa no debe guardarle secretos a su marido, pero antes de pedirle ese favor, me gustaría que prometa que no le dirá a Juan de Dios que hablé de Itatí. A él no le gusta escuchar sobre ella, y mucho menos de labios de su esposa —dijo avergonzado—. Esa muchacha es agua pasada. No debe usted pensar en ella.

—No diré nada.

—Bien, bien. Es usted muy buena, muy buena. —Hizo una pausa—. En cuanto a ese favor, bueno, ya sabe que yo ayudé a plantar esos rosales, les tengo mucho cariño. ¿Podría permitirme seguir cuidando de ellos? Lo he hecho mientras estaba la casa vacía, pero ahora que están usted y su esposo me será más difícil hacerlo y no sé si seré bienvenido.

—Puede usted venir cuando quiera —dijo con una sonrisa.

Los ojos del anciano se iluminaron satisfechos.

—Es usted una dama. Muy amable, mucho. Le prometo que no la molestaré.

El anciano, después de echar una rápida mirada hacia los rosales, se despidió con un gesto.

Fernanda lo vio desaparecer entre la arboleda y se obligó a inclinarse y recoger la cesta de hierbas con calma, sin exteriorizar la agitación y el desasosiego que sentía. El anciano tenía razón, pensó, un hombre como Arasunu, al amar, lo haría con todo el alma, salvajemente, para siempre, y, si ya había entregado su corazón alguna vez, no volvería a hacerlo.

* * *

—¿Dónde está Fernanda, Yara? —quiso saber Arasunu mientras desplegaba el periódico ante sus ojos. Estaba sentado frente al escritorio con una montaña de documentos frente a él.

—La señora se encuentra en el jardín, patrón. —La señora dejó la bandeja sobre el escritorio. El olor del café impregnó el ambiente—. ¿Desea algo más?

Arasunu la miró con curiosidad.

—¿En el jardín? —Dirigió una rápida mirada hacia la ventana—. Hace frío.

—Sí, lo sé.

—¿Qué hace fuera de la casa?

La anciana sonrió brevemente.

—Busca yuyos —respondió—. Salió muy temprano con una cesta. No me sorprendería que llegara hasta el campo de atrás mientras escarba entre los pajonales. Se puso muy contenta cuando descubrió los restos del antiguo

huerto de su madre.

—Imagino que sí. Me sorprende que todavía quede algo de eso por aquí.

—Tenemos tierra buena allá afuera. Tobías dice que si uno echara un escupitajo, saldría una flor.

Arasunu bebió un poco del café. Yara vaciló.

—A la señora quizás le agrada hablar con Asunta —dijo—. Ella sabe mucho de plantas y tiene un montón en su patio. Es la mujer más vieja por estos lares y sabe dónde conseguir los mejores yuyos. ¿Cree que debería hablarle de ella a la patrona?

—No.

La anciana lo miró pensativa.

—¿Teme que le hable de Itatí?

Arasunu no respondió. La anciana volvió sus ojos cetrinos hacia la ventana.

—¿Por qué no habla de ella con su esposa, patrón? —preguntó en voz baja—. Ella no es un mal recuerdo. Cometió un error, pero eso sucedió hace mucho tiempo, debería usted perdonarla.

—No quiero hablar de ella —dijo, tajante, y era el tono que utilizaba para obtener de los sirvientes una absoluta obediencia.

—Sí, patrón.

La miró un momento en silencio.

—¿Desea que le diga a la señora que entre a la casa?

—No, déjala. Estará divirtiéndose.

—Muy bien, patrón.

Arasunu bebió su café, distraído.

—Patrón. —La anciana hizo una pausa y lo observó con atención—. Si me permite el atrevimiento...

—¿Qué?

—Por aquí las lenguas son muy largas. No tardará en oír hablar de mi nieta. Creo que lo mejor sería que usted conversara con ella y le asegurara que mi Itatí ya no es importante para usted.

Arasunu apretó los labios.

—Lo pensaré —dijo, y después de un momento la miró a los ojos—. Ella te agrada.

La anciana inclinó la cabeza.

—Es una joven encantadora y confía en usted. Una mujer siempre quiere saber, para estar segura, ¿me entiende?

Él la miró un momento en silencio.

—Yara, puedes retirarte.

La anciana asintió y salió de la biblioteca.

Arasunu murmuró algo entre dientes y observó el periódico, sin verlo. Curvó los labios a un lado. Elevó la vista cuando percibió la presencia de su esposa. Se puso de pie. Vio sus ropas sucias, el delantal manchado de tierra, la cesta repleta de plantas.

—Veo que has tenido una mañana muy productiva —dijo.

Ella asintió, vaciló y luego entró a la biblioteca. Cerró la puerta y dejó la cesta en el suelo, sobre la alfombra.

Ella dio un paso hacia él y se detuvo.

—Sé que debí preguntarte esto hace mucho, pero no pensé que importara, aunque ahora sí. —Lo miró a los ojos—. ¿Por qué te casaste conmigo? Sé que deseabas protegerme de las intenciones de mi padrastro, pero casarte conmigo solo por eso te convertiría en un santo, y sé que no lo eres.

Él rodeó la mesa con lentitud y se acercó a ella. La miró desde arriba, con el semblante fiero, los ojos fijos en ella.

—¿Me creerías si te dijera que eres la mujer más intrigante que conocí en mi vida?

Ella sonrió, y había diversión en sus ojos bonitos.

Él estiró la mano y le acarició el cuello. Movié el pulgar con suavidad sobre el pulso acelerado y enredó los dedos en su cabello. Hacía mucho tiempo había perdido la cinta que los mantenía sujetos y su pelo era una brillante cascada que caía sobre sus hombros, enmarcando su rostro.

Ella inclinó la cabeza sobre su mano. La caricia era gentil, pero a la vez posesiva.

—¿Crees que hayas considerado, tal vez, que tenemos mucho en común?

—Quizás. Aunque no logro imaginar qué.

—El deseo de proteger a otros, de cuidar de aquellos que nos necesitan. Tal vez el hecho de que los dos estábamos solos y necesitábamos confiar en alguien. Alguien que no nos traicionaría.

Él enarcó una ceja. Algo oscuro se agazapó en su mirada.

—¿A qué te refieres?

Ella lo observó un momento en silencio y sonrió.

—Te aseguro que nunca te traicionaré.

—¿A qué viene todo esto?

—Solo quería que lo supieras.

Él la observó un instante y luego la besó. Fernanda deslizó las manos por sus hombros y lo atrajo hacia ella. Arasunu enredó sus cabellos en un puño y tiró de ellos hacia atrás para elevar su rostro hacia él.

—Mírame.

Ella abrió los ojos casi con indolencia.

—Me casé contigo porque quería que fueras mía —susurró con voz oscura y peligrosa. Su mirada era intensa, de fuego negro—. Porque no podía imaginar mi vida sin ti a mi lado.

Fernanda lo miró subyugada.

—Patrón, tiene visitas —anunció Tobías con un leve carraspeo desde el umbral de la puerta.

Arasunu se apartó de Fernanda, que se apresuró a alisar algunas arrugas invisibles de su falda.

—¡Tobías! —dijo Arasunu en voz baja—. Debió tocar antes de entrar.

—Lo hice, patrón, pero creo que usted no me escuchó. —Había un ligero tono de satisfacción en la voz del hombre—. Estaba usted muy ocupado con su esposa.

Arasunu murmuró algo en guaraní, y el anciano enrojeció.

—No volverá a suceder —dijo, aunque todavía le costaba controlar su excesivo buen humor—. El señor Del Valle desea verlo. ¿Desea que le diga que no se encuentra en la casa?

—No se moleste. —El visitante se encontraba justo detrás del anciano. Era un hombre de aspecto tranquilo y agradable; tenía los cabellos negros, lacios y cortos, ojos castaños y facciones aristocráticas: frente ancha y despejada, nariz recta, pómulos altos y una boca cincelada en piedra. Vestía como un peón, pero había tanta arrogancia en sus maneras, que Fernanda dudó de que lo fuera—. No podrás deshacerte de mí.

Tobías dirigió a Arasunu una mirada larga e inexpresiva, luego se despidió cortésmente de Rafael del Valle y desapareció por el pasillo.

—Buenos días, señora —saludó el caballero con amabilidad y, después de echar una pensativa mirada hacia Arasunu, agregó—: Me la imaginaba muy diferente.

—Rafael —advirtió Arasunu—. Compórtate.

—No era mi intención insultar a nadie —dijo. Le sonrió a Fernanda—. Quizás debería explicarme con usted. Cierta vez, le dije a Arasunu que terminaría por casarse con una vieja arpía si continuaba evadiendo sus obligaciones sociales. Como no lo he visto en ninguno de los eventos de la temporada, cuando me enteré de que se había casado, creí que mis vaticinios se habían cumplido. Me alegra saber que me equivoqué. Es usted muy hermosa, señora, con el permiso de su marido aquí presente.

Fernanda sonrió divertida.

—Exagera usted —dijo.

—En absoluto. —Volvió los ojos hacia Arasunu—. Deberías avergonzarte. No recibí ninguna invitación a tu boda, y eso que se supone soy uno de los pocos amigos que tienes.

Arasunu le frunció el ceño de mal humor.

—Fue una boda apresurada —gruñó.

—No me digas. —El hombre fijó los ojos en el vientre de Fernanda, y ella enrojeció—. Pensé que eras un caballero.

—No se trata de eso. —Endureció la boca—. No avergüences a mi esposa.

—Si no quieres que lo haga, deberás contarme todos los detalles de este matrimonio.

Fernanda sonrió.

—Imagino que tienen mucho de qué hablar. Los dejo solos para que lo hagan. Señor Del Valle, un placer conocerlo.

—El placer es mío, señora.

—Puede llamarme Fernanda.

—No, no puedes —dijo Arasunu de mal humor.

Rafael enarcó una ceja.

—Los celos pueden dañar el hígado, lo sabes, ¿verdad?

Arasunu apretó los dientes, y Rafael le guiñó un ojo a Fernanda.

—¿Desea quedarse a comer? —preguntó con una sonrisa.

—Sería estupendo —dijo, e hizo caso omiso a la gélida mirada de Arasunu—. No habría esperado una invitación semejante por parte de Arasunu.

Ella contuvo una carcajada y abandonó el recinto mientras cerraba la puerta detrás de sí. Rafael se dejó caer en una silla frente a la ventana.

—Perdón —dijo sin una pizca de arrepentimiento en la voz—. ¿Interrumpí algo?

—No —respondió Arasunu tajante.

Rafael lo miró a los ojos, y dos arrugas en forma de paréntesis encerraron su boca al sonreír.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba.

—Qué irritable estás hoy. —Sin perder aquella odiosa sonrisa burlona que Arasunu detestaba, Rafael fue hasta el mueble de las bebidas y se sirvió una medida de whisky—. Me pregunto si tu falta de humor está relacionada con el hecho de que llegué en el momento en que parecías decidido a tirar a tu esposa al suelo de una manera francamente vergonzosa. ¿No sabías que desear a tu propia esposa está muy mal visto entre el patriciado correntino?

—Cuidado.

Rafael alzó una ceja.

—Ahora dime, ¿cómo sucedió esto?

Arasunu le echó una mirada implacable, pero finalmente se rindió. Sabía que su amigo no dejaría el tema hasta conocer todos los detalles.

En pocas frases le contó la situación en la que se encontraba Fernanda, la insistencia de Eloísa en que tomara una esposa y finalmente su decisión de que ya era tiempo de casarse y de tener una familia propia. Cuando concluyó, Rafael levantó el vaso, divertido.

—Te compadezco —dijo—. Terminarás enamorado de tu propia esposa. Esa mujer complicará tu existencia. —Sonrió complacido—. Esto será un espectáculo digno de verse. ¿Me permites venir a visitarte con más asiduidad? Mi casa no está lejos y puedo darme una vuelta por aquí todos los días para la comida, ¿Qué te parece?

Arasunu lo fulminó con la mirada.

—¿Se puede saber la razón de tu visita? —preguntó antipático.

Rafael sonrió.

—En principio, quería conocer a la mujer que consiguió echarte el lazo al cuello; y, luego, mi madre pretende organizar una pequeña celebración en mi casa. Dice que necesito distraerme del trabajo. Me ordenó que te pidiera que llevaras a tu esposa.

—No iremos.

—¿Por qué no?

—Mis razones no te conciernen.

—Deberías reconsiderar tu decisión. Si no vas con tu esposa a la fiesta, mi madre vendrá hasta ti. Sabes que lo hará y, cuando eso suceda, te dará un rapapolvo por no haber asistido.

—De acuerdo —dijo Arasunu, y se dio por vencido.

Rafael asintió y, después de un momento, se puso serio.

—Te recomiendo que vigiles muy de cerca al imbécil de Cabral. Sabes que siempre ha deseado hacerte daño. Tu bonita esposa podría representar una tentación para él, además de una excelente oportunidad para molestarte.

Arasunu lo miró a los ojos.

—Lo mataré si se le acerca.

—Vine a advertirte sobre él porque habló de ella con esos dos idiotas que tiene por amigos, Ruveda y Gómez. ¿Los recuerdas? Dos buenos para nada iguales a él. Una de sus sirvientas se lo comentó a mi madre. Al parecer, tu esposa le gustó. Dijo que merecía algo mejor que un indio entre sus piernas.

—Maldito.

—Tranquilo. Solo vigila a tu mujer y estate alerta. No confío en esa mierda.

—Tampoco yo.

Rafael lo miró a los ojos, pensativo. Bebió el resto del whisky.

—Tu señora no está segura si él está por aquí —dijo—. Ninguna mujer lo está.

CAPÍTULO 17

Caminaba a la vera del camino a grandes pasos. Su falda ondeaba con el viento. La luz del sol caía oblicua sobre ella y le iluminaba el pelo castaño. Tenía la blusa húmeda por el sudor de la siesta y el rostro contraído en una mueca de disgusto. Estaba furiosa.

El calor era asfixiante. Se desprendió un botón y observó a su alrededor, buscaba un lugar donde quedarse. No deseaba regresar a su casa. Allí estaría su hermana mayor, enojada con ella, y quizás su sobrino, que apenas tenía dos años menos, que esperaban para darle un sermón por huir en medio de una discusión.

Se detuvo y saltó una zanja. La hierba rozó sus piernas cuando sujetó su falda para no ensuciarla con el barro. Las ortigas le picaron los tobillos y se inclinó bajo la sombra de los arbustos.

La sombra estaba llena de huecos de oro que dibujaban en el suelo, sobre la tierra, diminutos círculos de luz, pero al menos la mantenía a resguardo del sol. Lamentó no haber llevado el sombrero, le habría protegido la piel de la luz de las tres de la tarde.

Se sentó y estiró las piernas. Vio caracoles grandes y verdosos en la zanja. Examinó la orilla y sonrió al descubrir espigas cubiertas de diminutos huevecillos rojos. Un extraño movimiento en el agua le llamó la atención, parecían ser mosquitos. Tomó un palito y comenzó a remover con él el barro del fondo. El agua hizo un sonido de succión y algo saltó a cierta distancia.

Ella se inclinó, intrigada. ¿Había peces en las zanjas? Frunció el ceño y se inclinó, intentó ver qué se ocultaba bajo la superficie. La delicada cruz de plata que pendía de su cuello centelleó un instante bajo el sol, y su nombre brilló antes de quedar oculta una vez más entre los volantes de su blusa.

De pronto, un brazo se cerró alrededor de su cintura y una mano le cubrió la boca. Carmen intentó resistirse y comenzó a forcejear contra el hombre que la arrastraba hacia los arbustos, lejos del camino, pero él era más fuerte.

Gruñó algo en su oído y luego la arrojó al suelo, boca abajo. Carmen pateó, quiso volverse, oponer resistencia, pero él le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Atontada, escuchó el sonido de sus medias romperse con un leve siseo de protesta. Abrió la boca para gritar, pero otra vez esa mano grande y áspera le cubrió la cara y luego la arrojó al suelo con otro puñetazo. Comenzó a llorar, y él se inclinó sobre ella.

Carmen fijó sus ojos aterrorizados en el cuchillo que él acercó a su cuello.

—Si haces un ruido, te mato —dijo.

Ella ahogó un sollozo.

Él hundió la mano debajo de su falda y sus dedos sujetaron sus muslos con fuerza, como si quisiera lastimarla.

La muchacha soltó un chillido, levantó las manos y comenzó a luchar contra ese diablo, pero él solo se reía de sus inútiles intentos por escapar.

—Cálmate —dijo—. No quiero que te hagas daño.

Su fétido aliento llegaba hasta ella en calientes y repugnantes oleadas. Le arañó la cara y él dejó de reír. Murmuró algo entre dientes, cerró el puño y la golpeó con tanta fuerza que su cabeza rebotó contra el suelo; luego, la oscuridad la inundó.

* * *

Fernanda despertó con un respingo y cerró los ojos con fuerza un momento. Jamás había tenido un sueño tan vívido. Pensó que habría sido a causa de los cambios en su vida. Era una mujer casada, sentía celos de una mujer a la que no había conocido y además los acontecimientos que la habían llevado al matrimonio habían sido traumáticos.

Se volvió y encontró la cama vacía. Arasunu a veces se acostaba casi al amanecer después de encerrarse gran parte de la tarde en la biblioteca para trabajar con sus libros de cuentas. En su opinión, trabajaba demasiado. Quizás debía encontrar la manera de distraer su atención.

Las imágenes del sueño comenzaron a desaparecer y su respiración agitada se tranquilizó. Observó la ventana. Estaba oscuro. Se volvió y miró el reloj, pronto serían las tres de la mañana. Vio la luz de la luna entrar por la ventana y la cortina mecerse con suavidad.

Era obvio que no podría volver a dormirse. Se puso de pie y se colocó una bata. Pensó en ir a la sala de lectura. Quizás, si encontraba algo para leer, se distraería de sus pesadillas. Se calzó las chinelas y salió al corredor, bajó las escaleras despacio. Alguien había dejado una de las ventanas abiertas. El pasillo se veía iluminado por una diáfana luz grisácea, incluso parecía flotar frente a ella. Se estremeció de frío y abrió suavemente la puerta de la sala de lectura y la cerró tras ella.

Casi de puntillas, por temor a despertar a Yara o a Tobías, se deslizó sobre la alfombra que adornaba gran parte de la estancia, y se dirigió hacia los estantes que cubrían una de las paredes en busca de un buen libro.

Se estremeció cuando una corriente que parecía provenir del pasillo se coló debajo de la puerta y llegó hasta ella. Se arrebujo en la bata y luego arrastró un banquillo hasta la pared. Se encaramó sobre él de puntillas e intentó alcanzar uno de los libros.

—Maldito libro —murmuró frustrada y, cuando finalmente lo tuvo entre sus manos, el banquillo crujió, y ella se puso blanca como el papel cuando creyó que caería.

—Tranquila. —Soltó una exclamación de miedo justo en el momento en que Arasunu le rodeaba el talle con sus enormes manos. La depositó sin esfuerzo sobre la alfombra—. ¿Te encuentras bien?

—Me asustaste. —Lo acusó en voz baja, todavía con el libro de marras apretado contra el pecho.

Él la miró divertido.

—Mis disculpas. —Había una sonrisa en su voz y, por un instante, ella tuvo la impresión de que él había querido asustarla adrede. Sus ojos brillaban con suavidad en la penumbra—. ¿Qué haces despierta?

—Necesitaba algo para leer.

—¿A estas horas?

—Sí, no podía dormir.

Él la miró preocupado.

—¿Tuviste otra de tus pesadillas? —preguntó.

—Sí, y son cada vez más terroríficas.

—Entiendo. —La miró un momento en silencio—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Dormir a mi lado sería de mucha ayuda —dijo, y se atrevió porque la penumbra le dio valor.

—¿Y eso por qué?

Ella sonrió.

—Bueno, si aparece un monstruo, primero te comería a ti, y tus gritos desesperados me alertarían y me darías tiempo para huir.

—Comprendo. —Él le rodeó el talle con las manos y la abrazó. Hundió el mentón en su pelo y aspiró su aroma, una fragancia que siempre asociaba con ella, que se le había metido bajo la piel, que había embargado sus pocos sueños.

—¿Y tú? ¿Por qué no puedes dormir? —preguntó ella, con la voz amortiguada contra su pecho. Le rodeó la cintura con las manos y apoyó la mejilla en él. Tenía la camisa desabrochada y sonrió al sentir el latir de su corazón en la oreja.

Él dirigió los ojos hacia la ventana. Debajo del azulado fulgor de la luna, la arboleda tenía un aspecto tenebroso, fatídico. Recordó que Lucía solía chillar en la noche, asustada, cuando despertaba al escuchar el viento entre las viejas ramas. Decía que alguien gritaba entre los árboles, que los alaridos eran de dolor, de miedo, y luego no había forma de hacerla dormir sola. Entonces, Nélide o Eloísa tenían que llevarla a la cama y quedarse con ella hasta que se durmiera.

—Siempre me duermo tarde, cerca del amanecer. Estoy acostumbrado.

—Es una mala costumbre, enfermarás. Ahora que tienes a una médica por esposa, harás bien en seguir mis consejos. Te acostarás conmigo, y yo me encargaré de hacerte dormir.

Él enarcó una ceja.

—¿Cómo lo lograrás?

Ella se ruborizó.

—No pienso responder a eso.

Él le acarició el pelo con ternura.

—Si algo te asusta o no puedes dormir, llámame —dijo en voz baja—. No quiero que bajes sola en la oscuridad.

Alzó la vista y lo miró en silencio. Él aferró su mano.

—Vamos a la cama —dijo con voz ronca.

Fernanda sonrió al sentir la presión del deseo en su vientre.

—Pensé que nunca lo dirías, aquí hace frío.

Él la miró por encima del hombro.

—Quiero... —Apretó los labios. La miró en silencio un momento—. No estoy de ánimo para ser suave esta noche —dijo, y su voz aterciopelada llegó justo al centro mismo de su ser.

Fernanda se ruborizó. Arasunu tiró de ella, le rodeó la cintura con la mano y la apretó contra su cuerpo. Se apoderó de sus labios en un beso fiero, impetuoso, irresistible. La obligó a recibirlo en su boca y la exploró con la lengua. El deseo y toda su frenética violencia se hundieron en su carne, desgarrando el control que intentaba mantener sobre sus propias emociones y que le retorció las entrañas.

La deseaba.

Ella gimió contra sus labios, y él deslizó las manos por la curva suave de su torso hasta sus caderas y luego por sus piernas. Los dedos se le crisparon contra el camisón. Saboreó su boca con la lengua y buscó sus muslos con los dedos. La miró a los ojos cuando encerró en un puño la delgada tela de su ropa interior.

—Eres mía —murmuró. La aplastó contra la pared y la alzó contra su cuerpo—. No puedes rechazarme.

Fernanda le buscó los labios con los suyos.

—Y no quiero hacerlo —dijo, e inhaló profundamente cuando él la volvió contra la pared y se estiró sobre ella, le apresó las manos y la mantuvo inmovilizada debajo de él.

—Quédate quieta —murmuró con voz ronca, y le hundió los dedos entre los pliegues del camisón.

Fernanda crispó las uñas contra la pared. Parecía salvaje y brutal, pero la tocó con sumo cuidado, con ternura.

—¿Qué estás...? —gimió y se estremeció al sentir la íntima invasión de uno de sus dedos.

Él la deseaba. La dura masculinidad presionó contra sus nalgas desnudas, y ella se ruborizó. Murmuró algo en guaraní, y su voz oscura y sedosa le obnubiló los sentidos.

Fernanda inclinó la cabeza y jadeó cuando él la cubrió con su cuerpo y cerró las manos contra sus caderas. Tironeó de la bragueta del pantalón y la aplastó contra la pared. Entonces la atrajo hacia él y se hundió en el placer de hacer suya a la única mujer que había logrado romper las barreras que había erigido alrededor de su corazón.

* * *

Un alarido espeluznante la despertó. Fernanda se incorporó en la cama con un sobresalto. Volvió los ojos dilatados hacia la ventana, el sol ya estaba alto en el cielo. Aguzó el oído con el corazón que le golpeaba con fuerza en el pecho. Intentó escuchar algo, pero solo halló silencio. No había pájaros, ni grillos, ni ranas; nada de lo que se suponía debía haber en el campo.

Tomó aire. Pensó en ese grito horrible, lleno de dolor, de miedo, tan fuerte que la había arrancado del sueño. Se incorporó y se puso de pie, todavía confundida, con el rostro pálido como la cera.

Fue hasta la mesita del tocador y tendió la mano hacia su peine. No estaba. Frunció el ceño. Siempre lo dejaba allí, en el mismo lugar, junto al alhajero y a las horquillas. Se inclinó y rebuscó sobre la mesa, pensó que quizás se había caído al suelo, aunque no imaginaba cómo. Se arrodilló en el piso y examinó las sombras que se extendían debajo del mueble y de la cama.

Con un suspiro se levantó, y entonces retrocedió un paso sin dar crédito a lo que veían sus ojos. El cepillo estaba junto al alhajero, justo en el mismo lugar donde se suponía debía estar. Tendió los dedos y lo tomó: estaba helado. ¿Cómo era posible que no lo hubiese visto? Algo crujió en la pared.

Fernanda se volvió y clavó los ojos en una esquina, justo donde las sombras convergían. Los crujidos se intensificaron. Ella dio un paso y se detuvo. Sonaba como si alguien estuviera arañando la pared; las uñas subían y bajaban, se hundían en el ladrillo, intentaban llegar a ella.

Una mano huesuda y pálida se apoyó en su hombro, Fernanda soltó un grito y brincó a un lado.

—Señora, perdóneme —dijo Yara sorprendida—. No pretendía asustarla.

Fernanda la miró, muda.

—Llamé a la puerta y, como no respondió, entré.

—¿Escuchó el grito?

—¿Qué grito?

—Hace unos minutos, fue lo que me despertó. —Fernanda se estremeció—. Fue horrible, Yara. Era de una mujer.

La anciana la miró comprensiva.

—Fue solo un sueño, señora.

—Sí, tal vez. —Ella dudó. Sí, quizás lo fuera. Después de todo, lo escuchó mientras dormía. Pero no recordaba haber soñado con nada que se relacionara ni remotamente con una mujer que gritara de esa forma. Le había helado la sangre. Intentó respirar con normalidad, todavía sentía el corazón golpearle con fuerza las costillas—. Tenemos ratas.

—¿Ratas?

—Y de las grandes. Escuché una hace un momento, en la pared.

—Qué extraño. Tobías se ocupó de cazarlas a todas el mismo día que usted llegó.

—Bueno, una escapó de la masacre. —Fernanda se recogió el pelo con un par de horquillas—. Tendremos que revisar la habitación de aquí junto.

Yara desvió la mirada.

—Es la habitación de invitados —dijo finalmente.

Fernanda supo que mentía. Era de esa mujer, pensó. Perteneecía a Itatí.

—Bueno, te ocuparás de ella. —Fernanda no tenía ninguna intención de entrar allí. Sabía que, de todas maneras, no habría nada. Si esa mujer alguna vez había estado en esa alcoba, hacía mucho tiempo que había desaparecido hasta su recuerdo—. Hay una rata que se oculta allí y debemos acabar con ella antes de que decida mudarse a la despensa.

—Sí, señora.

—Discúlpeme, ¿deseaba algo?

—En realidad vine a ver si estaba usted despierta para servirle el desayuno.

—¿Y el señor?

—Salió. Creo que fue a casa del señor Cabral.

Eso la sorprendió.

—¿Por qué iría allí? No se llevan bien.

—No lo sé. Se despertó al alba y fue allá.

Fernanda asintió, aunque parecía distraída.

—Bajaré en un momento, Yara —dijo—. Solo tomaré un poco de té, no tengo hambre.

—Tiene que alimentarse bien. Mírese, está en los huesos.

—Exagera. De hecho, he engordado: mis vestidos ya no me caben.

La anciana sonrió comprensiva, aunque dudosa. En su opinión, la señora Fernanda se vería mucho más bonita con un poco más de carne.

—¿Sabe de alguien de por aquí que pueda arreglar las costuras de mis vestidos? Algunos necesitan alargar el dobladillo —preguntó Fernanda mientras hurgaba en su baúl. Ninguno de sus vestidos le parecía adecuado para el frío, y en esa casa hacía mucho, a veces creía que demasiado.

Yara la miró pensativa.

—Hay alguien —dijo, y vaciló—. Asunta Viota.

—¿Me llevaría a verla?

—No sé.

Fernanda enarcó una ceja.

—Al señor no le gustará. —La mujer parecía nerviosa—. Sabe que le preocupa su seguridad.

—Bueno, si sucede, yo hablaré con él —le dijo, y tomó su mano ajada—. No se preocupe.

Yara la miró un momento en silencio y luego asintió.

—Será mejor que lleve la cesta con usted —dijo—. La señora Asunta sabe mucho de yuyos y usted querrá revisar su huerto. Seguro que logra conseguir que le venda algo.

Fernanda sonrió.

—Sí —dijo—. Seguro que sí.

* * *

Marcos Cabral inspeccionó los naipes que tenía entre sus manos y entrecerró los ojos, confundido. Estaba ebrio y lo sabía. Quizás debía dejar de jugar.

Aguzó el oído y se sorprendió al notar que la casa estaba en silencio. Entonces recordó que su padre le había dicho, poco después de terminar el desayuno, que iría a visitar a la viuda de Jara, a kilómetro y medio de allí. Esa vieja zorra a veces lo recibía durante el día libre de la servidumbre cuando creía que nadie podía verlo. Golpeó los dedos contra la mesa. Su padre lo avergonzaba. Si tanto quería a esa mujer, bien podría haberse casado con ella en cuanto enviudó, en lugar de hacer el ridículo de visitarla a hurtadillas como si tuviera veinte años.

Observó el dinero que se encontraba en el centro de la mesa y se mesó la mandíbula; intentó mantener la cabeza despejada.

De ordinario, Rómulo Gómez era un mal jugador y no conservaba su dinero durante mucho tiempo, pero esa noche parecía estar con suerte.

—Señores, he conseguido vender la finca de mi abuelo —dijo Jaime Ruveda, y arrojó unas monedas al montón—. Obtendré una buena suma por ella.

—Esas tierras son muy buenas —comentó Gómez, pensativo—. Arrendarlas te habría dado más ganancias.

—Prefiero venderlas.

Marcos asintió, aunque el tema le importaba poco y nada. Observó sus naipes, quizás debía mostrar su juego en ese momento.

—Ayer por la tarde le eché un buen vistazo a la mujer de ese indio. Pasé por la casa y la vi —dijo Jaime con un rictus de mofa en sus labios gruesos—. Ella hacía algo en el jardín con esa vieja urraca.

—¿Cuántos años tiene esa vieja bruja? ¿Cien?

—Quizás. Ya era muy vieja cuando vivía en ese rancho, a la vera del camino, allá, detrás del tabacal, ¿recuerdan?

—Sí —masculló Marcos, malhumorado.

—No debiste echarle fuego, Marcos —dijo Rómulo, pensativo—. Si no lo hubieras hecho, esa vieja y su nieta todavía vivirían allí. Habríamos podido divertirnos con Itatí. Esa zorrita se veía muy bien.

Marcos alzó la vista.

—Es suficiente —dijo.

Jaime sonrió. Arrojó un naipe al centro de la mesa.

—¿Te gustaba? —dijo—. Deberías avergonzarte. Que te atrajera una india ladina, no era propio de ti.

Marcos apretó los labios.

—No me gustaba.

—A mí no me engañas. —Rómulo le dirigió una mirada evaluativa—. Cuando te propuse seguirla al monte y jugar con ella cerca de la laguna, saliste en su defensa.

Marcos no respondió.

—Sí, la quería —dijo Jaime divertido—. No quería compartirla con nosotros. Una lástima, tenía buenas tetas.

—La lástima es que ese indio la gozó primero —acotó Rómulo—. Hasta se iba a casar con ella.

La expresión de Marcos se tornó reservada.

—Ella lo amaba —murmuró.

—¿Cómo puedes creer eso? Lo dejó por otro. Esa zorra encontró a alguien que le pareció mejor.

—Eso seguro. —Rómulo se relamió los labios y deslizó el pulgar sobre uno de sus naipes. Meneó la cabeza—. Me habría gustado probarla, se habría dejado por unas monedas. Era una muerta de hambre a pesar de las ropas que llevaba.

—Ella no era así —dijo Marcos con frialdad.

—¿Y tu cómo lo sabes? —dijo Jaime, burlón.

—Lo sé —replicó, y arrojó un par de ases sobre la mesa. Frunció el ceño. Junto a él, una botella vacía de ron atraía la poca luz del recinto.

Rómulo lo miró pensativo. Marcos apretó los dientes. Le importaba una mierda lo que pensaba de él. Volvió sus ojos hacia la ventana. Llovía, el día se había tornado gris y desagradable poco después de las nueve. Pensó con desagrado que el agua se estancaría alrededor de la casa, y el lodo comenzaría a formar trampas mortales en la avenida de entrada.

Un relámpago serpenteó a lo largo del cielo negro y plomizo e iluminó el tejado. Un trueno hizo temblar las vigas, y Jaime dio un respingo en su silla. Rómulo comenzó a reír entre dientes como el idiota bobalicón que era.

Marcos frunció el ceño cuando creyó escuchar a alguien en la galería exterior. Pensó en su padre y en que quizás había olvidado llevar la llave. Siempre sucedía. Ese viejo chocho comenzaba a olvidar las cosas con demasiada asiduidad. Iba a ponerse de pie con la intención de regañarlo por salir con ese tiempo cuando de pronto la puerta se abrió, y una ráfaga de viento se arrastró con violencia al interior, trayendo consigo el olor de la tierra mojada y las hojas muertas.

Atónito, Marcos observó a Arasunu atravesar el recinto con pasos decididos. Se acercó a la mesa y echó un breve vistazo a los hombres que bizqueaban sus cartas, ansiosos.

—Fuera —dijo tajante.

Rómulo se levantó de un brinco y huyó; dejó el abrigo y el sombrero olvidados sobre una silla. Él sabía reconocer a un hombre peligroso cuando lo veía, y, en su opinión, Juan de Dios Ferrara lo era. Jaime elevó los ojos hacia él y dejó caer las cartas sobre la mesa. Murmuró una disculpa y se retiró hacia el vestíbulo mientras fingía mantener la calma, aunque en su interior estaba deseoso por seguir los pasos de su amigo.

Marcos frunció el ceño y movió el cigarro de un lado a otro de la boca.

—¿Qué mierda quieres? —gruñó con voz gangosa.

Arasunu sacó su navaja de la manga con un rápido movimiento, hundió la cuchilla en la mano de Marcos y se la clavó a la mesa.

Cabral soltó un alarido y fijó sus ojos extraviados en los rasgos severos y oscuros que tenía frente a él.

—No te molestes en pedir ayuda, no creo que a tus amigos les interese arriesgar la vida por ti —dijo Arasunu, y curvó las comisuras de los labios.

Rómulo desapareció en la tormenta sin mirar atrás.

Arasunu endureció la boca.

—Sabes por qué estoy aquí —dijo.

Marcos tenía los ojos fijos en la cuchilla. El dolor era intolerable. La sangre se deslizaba con suavidad sobre los naipes, el color rojo parecía casi negro en la penumbra.

—No sé de qué mierda hablas.

—Sí lo sabes. —La cuchilla se hundió unos centímetros y Marcos soltó una exclamación de dolor. Hacía ruidos extraños con la nariz. El miedo palideció su piel cetrina.

—¿Qué quieres?

Arasunu alzó una de sus cejas, su aspecto no podía ser más aterrador. Era un hombre que sabía mantener la calma y a quien no le habría importado matar.

—Tu atención, Marcos, solo eso pretendo conseguir, ¿está claro? No te atreverás a mencionar siquiera el nombre de mi esposa. —La hoja se hundió unos centímetros más—. ¿Está claro?

—¡Dios santo!

—¿Tengo tu palabra?

—Sí, mierda, no quise...

—Sí quisiste, Marcos. —Arasunu clavó en él sus ojos duros e implacables—. Tienes toda la intención de lastimarla, pero no lo permitiré. Ella es mi esposa. Espero que lo recuerdes. Nadie toca lo que es mío.

Marcos alzó la vista y clavó en él sus ojos inyectados en sangre.

—Qué puede importarte ella —barbotó—. Tú no sabes amar a nadie.

Arasunu desenterró su navaja de la carne de Marcos, que soltó un aullido. Se llevó la mano contra el pecho e intentó vendarla con un sucio pañuelo que llevaba entre las ropas.

Arasunu se puso de pie.

—Estás advertido.

* * *

La anciana se sentó a la mesa de la cocina y cebó un mate. Invitó uno a Fernanda, pero ella declinó el ofrecimiento con una sonrisa. No estaba acostumbrada. Ni su madre, ni su abuela le habían permitido jamás tomar mate, decían que solo las clases bajas bebían “esa cosa”.

La mujer de hombros enjutos y mirada serena la observó un momento, atenta.

—Jamás imaginé que Arasunu regresaría a esa casa —dijo, y meneó la cabeza. Yara clavó en ella sus ojos astuto, y Asunta sonrió—. Siempre es bueno regresar. Los recuerdos malos deben enfrentarse, ¿sabe usted?

Fernanda asintió.

Yara se veía muy incómoda.

—La señora trajo unos vestidos. Necesita arreglos —dijo.

Asunta hizo un gesto con la mano.

—Desde que mi marido falleció tuve que comenzar a bordar y a coser para otros para mantener esta vieja casa —contó—. Pude haberme ido a vivir con unos parientes a la ciudad, pero prefiero quedarme aquí, aunque deba vivir de la caridad de mis vecinos. Los tendrá para mañana a la mañana. —La miró de arriba abajo mientras terminaba el mate—. En un momento le tomaré las medidas y veremos, pero, en mi opinión, no le será de utilidad. Pronto encargará un bebé.

Fernanda se ruborizó.

—Señora Asunta, por favor, no hable de esas cosas —intervino Yara.

—Está casada con Arasunu, ¿crees que no ocurrirá? Si yo estuviera casada con ese hombre, estaría en la cama todo el día.

Fernanda desvió la mirada, hizo grandes esfuerzos para no reír.

—¡Señora! —dijo Yara, mientras se fingía molesta—. ¿Cómo se atreve a hablarle así a mi patrona?

—Me atrevo porque es la verdad. A mi edad, ya no andaré con tonterías. Ven a buscar los vestidos mañana, a eso del mediodía.

—Veo que tiene usted muchas plantas medicinales en su huerto —comentó Fernanda, e intentó desviar la atención de Asunta hacia temas menos escabrosos.

—Sí, las he cultivado toda mi vida. —Sus ojos expresivos la evaluaron—. ¿Usted es una curadora?

—Sí.

—Pensé que lo sería. ¿Quiere llevarse algunas? Puedo venderle varios ramilletes con raíz. La tierra de su casa es muy buena, crecerán bien.

—No viviré siempre allí.

La mujer meneó la cabeza.

—¿Quiere regresar a la ciudad? No la culpo, pero vivir aquí tiene sus ventajas. No se da tanta importancia a las apariencias, ¿entiende? Es un buen lugar para criar niños, además. A veces puede ser malo. Solo a veces.

—¿A qué se refiere?

Asunta intercambió una mirada con Yara.

—El diablo anda suelto por aquí, sale en las noches sin luna.

—No creo que deba asustar a la señora con esas cosas —dijo Yara.

—Es mejor que se asuste a que siga al farol del diablo y se pierda en la arboleda.

Fernanda estaba confundida.

—¿De qué hablan? —preguntó.

—Mi hija se encontró con el diablo una noche. Desde entonces, no he vuelto a verla.

Yara dijo algo en guaraní, y Asunta meneó la cabeza con firmeza.

—Que sí —dijo Yara, incómoda—. Que se marchó, nomás. Usted sabe cómo era, alocada como ella sola y, perdóneme que se lo diga, pero ella no quería vivir aquí, al igual que mi Isabel.

—Sí, pero ella se habría despedido de mí. —A Asunta parecía importante que Yara creyera en sus palabras—. Sé que iba a irse, que tenía que encontrar una nueva vida lejos de aquí, que odiaba las despedidas, pero me habría dicho adiós.

Yara suspiró.

La mujer intentó controlar el temblor en sus labios.

—Solo quedaba un pañuelo de ella en el suelo. Sé que el diablo se la llevó.

Fernanda la miró atónita. Un resquicio de la pesadilla que había tenido pareció flotar hacia ella y entonces recordó que la mujer que era ella, y a la vez no lo era, había dejado caer un pañuelo después de que alguien la había golpeado.

—¿Un pañuelo?

—Sí, uno que yo misma bordé. —La anciana observó a Fernanda con ojos emocionados, con un ligero temblor en sus labios—. Eso es lo único que me queda de ella.

Fernanda sintió un ramalazo de miedo en su interior.

—¿Cuál era el nombre de su hija? —preguntó. Tenía los dedos helados.

—Amara.

Dios mío, pensó. Fernanda la miró incrédula.

—Mi hija desapareció hace veinte años, señora, y nunca supe nada más de ella —continuó la anciana, sin notar la palidez mortal que había demudado el rostro de la joven—. Dicen que se marchó, pero jamás me envió unas líneas siquiera y, si se hubiese ido, lo habría hecho. Si no lo hizo, es porque ya no está en este mundo.

—No puede estar segura de eso —dijo Yara. Ella también tenía una nieta que se había marchado, que no había vuelto a comunicarse con ella, y no podía creer que estuviera muerta.

—Lo estoy, mi corazón de madre me lo dice, el diablo se la llevó. —La señora Asunta miró a Fernanda en busca de comprensión—. Mi niña no fue la primera, pero no recuerdo a las anteriores. Luego de ella desaparecieron otras, todas muy bonitas, todas con una familia que todavía espera verlas regresar a pesar del tiempo transcurrido. Incluso tu nieta, Itatí, desapareció como mi hija.

—No.

—Sí. —Asunta volvió sus ojos tristes hacia Fernanda—. Debe tener mucho cuidado, señora. El diablo anda suelto, y está al acecho.

Fernanda fingió sorprenderse al echar una rápida mirada al reloj que llevaba prendido a su blusa.

—Creo que deberíamos irnos —dijo—. Juan de Dios podría molestarse si no estamos para la comida.

Asunta asintió. Se puso de pie con dificultad; a veces le costaba levantarse. Sus rodillas no eran las mismas de antes. Hasta dos años atrás no había dejado de recorrer los alrededores en la noche, intentaba encontrar al farol del diablo para seguirlo y rogarle que la dejara ver a su nieta una vez más antes de morir, pero nunca había logrado atraparlo, y, ahora, con los huesos deteriorados y las rodillas inservibles, ya no podía ir más allá de su huerto.

—Déjeme traerle unas hierbas —dijo—. Hoy serán un obsequio, pero luego, si quiere más, no me vendrían mal unas monedas.

Fernanda asintió e hizo un ademán de agarrar el bolsito, pero Asunta apoyó una de sus viejas manos manchadas sobre la de ella y le sonrió.

—Es un regalo, le dije —susurró. Su aliento a menta reveló una vieja costumbre: lavarse los dientes con hojas de menta para mantenerlos blancos y limpios—. Guarde su dinero y venga conmigo, ya ha dejado de llover; verá qué lindo está mi huerto.

* * *

Arasunu desmontó de un salto y tomó a su caballo de la brida. Lo condujo despacio hacia el establo mientras intentaba controlar sus emociones. Había escuchado al imbécil de Cabral y a sus amigos mencionar el nombre de su esposa y luego recordar a Itatí, y eso lo había enfurecido.

En la mañana había decidido ir a la casa de Marcos con la intención de hacerle una advertencia, señalarle que no toleraría que se acercara a su esposa, pero cuando escuchó el nombre de Fernanda, perdió el control sobre sus emociones.

—Señor Ferrara. —Tobías se detuvo en el umbral con el sombrero en la mano. Parecía confundido—. Hay una joven mujer que lo espera en la sala.

—¿Una mujer?

—Sí. No supo explicar el parentesco que lo unía a usted, pero lo intentó. Aun así no le entendí nada, parece asustada la señorita. Lo que sí comprendí es que conoce a la señora Fernanda.

—¿Habló con mi esposa?

—No, patrón. La señora no está. No sé si hice bien en dejarla entrar a la casa, porque no la conozco, pero la verdad, me dio pena.

—Está bien, Tobías. —Palmeó el pescuezo del caballo y le entregó el cepillo al anciano—. Encárgate de él.

—Señor. —Tobías vaciló—. ¿Se ha hecho daño?

—No.

—Tiene sangre en la manga.

Arasunu torció sus labios a un lado.

—No es mía —dijo.

Tobías no hizo comentarios, pero dirigió una subrepticia mirada hacia la arboleda.

—Quizás debería cambiarse antes de ver a la señorita —dijo—. No querrá asustarla, ¿verdad que no?

—Tienes razón. —Él sonrió—. ¿Sabe dónde está mi mujer?

—No lo sé, pero llevaba una cesta. Imagino que fue a juntar yuyos, como siempre hace.

Arasunu frunció el ceño.

—No me gusta que ande sola fuera de la casa.

—Está con Yara, patrón.

Arasunu no hizo comentarios, pero murmuró algo incomprensible entre dientes.

Diez minutos después, Juan de Dios entró a la sala mientras todavía se abrochaba la camisa. No se había molestado en ponerse corbata ni chaqueta, estaba vestido para la intimidad de su hogar y no pensaba cambiar sus hábitos solo porque una mujer había decidido invitarse a su casa sin anunciarse.

Empujó la puerta y Mariana Alcaraz se puso de pie de un brinco; su bolsito cayó al suelo. Tenía una maleta a sus pies. Llevaba un traje de viaje y un simpático sombrerito sobre sus cabellos dorados.

Arasunu le frunció el ceño.

—No esperaba su visita.

—Sí, lo sé, yo... No... —balbuceó. Tomó aire—. Sé que es una sorpresa encontrarme aquí, pero permítame explicarle la razón de mi llegada.

—La escucho —dijo él, y la guio hacia la biblioteca. Esperó a que la joven se sentara y luego él hizo lo propio, detrás del escritorio.

Mariana lo miró y se ruborizó al notar los músculos definidos de sus hombros, las manos fuertes y morenas, el vello oscuro que se rizaba y desaparecía debajo de su camisa, la gélida postura de su semblante. Desvió la mirada y cruzó las manos sobre la falda. Era la imagen de la serenidad, de una serenidad que estaba lejos de sentir.

—Esto no es una visita —comenzó.

—Eso supuse. —Arasunu recordó su maleta—. ¿Cómo llegó aquí?

—Un hombre, un anciano me trajo en su carreta.

—Supongo que habrá sido toda una novedad para usted. ¿Escapó de su casa?

Ella enrojeció.

—Solo salí sin decir adónde iba. Le dejé un mensaje a mi madre para decirle que me quedaría con una amiga, si eso le preocupa.

—¿Qué pretende?

Ella contrajo sus dedos una y otra vez.

—Si pudiera usted ser tan amable de alojarme aquí por un tiempo, le estaría muy agradecida —dijo titubeante—. Verá usted, mi madre pretende casarme con un hombre mucho mayor que yo, y no está dispuesta a escuchar mi opinión. Deseaba ser una buena hija y obedecerla, pero el caballero que eligió como mi futuro esposo se molestó por algo que dije y me... Me golpeó. — Bajó los ojos cuando pensó que quizás Juan de Dios pudiera ver en ellos que mentía. Decidió continuar con la verdad desde allí—. Me negué a casarme con él, pero mi madre insistió en que lo hiciera, y el señor Gutiérrez me amenazó con encerrarme en mi habitación sin comida durante semanas si no accedía. Entonces supe que tenía que huir y vine aquí.

Arasunu la miró a los ojos.

—Gutiérrez vendrá a buscarla.

—No, no me iré con él. Esperaba que usted pudiera protegerme —dijo, y le dirigió una mirada acuosa por debajo de las pestañas.

Arasunu sonrió.

—Su padrastro tiene poder sobre usted hasta que cumpla la mayoría de edad; hasta entonces, no puedo hacer nada para ayudarla —aclaró con frialdad, aunque pensó que tal vez debía mostrarse un poco más comprensivo con la chica. Después de todo, era solo una niña—. Quizás podría convencerlo de que le permitiera quedarse con nosotros, pero dudo mucho de que acepte.

—Hablaré con él si viene por usted —dijo.

Ella sonrió.

—Le agradezco mucho. No puedo casarme con ese hombre. Es viejo y desagradable, y sé que me lastimará, y a mi madre no le importará porque está desesperada por encontrar a alguien con dinero para mí, que pueda sacar a la familia de la ruina.

Arasunu la miró en silencio. Esa muchacha sería una complicación en su casa. Era tonta, o al menos lo aparentaba; él detestaba los lloriqueos, y ella parecía más que dispuesta a ofrecerle un surtido de los mejores lloros de su repertorio.

Pensó que dejaría que Fernanda se ocupara se mantenerla lejos de su camino. Cayó en la cuenta de que si se hubiera casado con ella, como era el deseo de Eloísa, se habría vuelto loco.

—¿Mariana? —Fernanda cruzó el umbral mientras se sacaba el sencillo sombrero de paja que llevaba. Intercambió una mirada con Arasunu—. ¿Qué haces aquí?

La muchacha no necesitó más estímulo que aquella simple pregunta teñida de preocupación y estalló en llanto mientras se arrojaba a los brazos de la mujer.

Fernanda levantó la vista y miró a Arasunu, confundida.

Él se puso de pie.

—Ocúpate de ella —dijo aliviado, y cuando se alejó, Mariana lo siguió con la vista, subyugada.

CAPÍTULO 18

Fernanda despertó poco a poco. Estaba cansada, quizás había tenido otra de sus pesadillas y eso la había agotado. Se volvió en la cama de cara a la ventana y suspiró. Cerró los ojos un momento. Frunció la nariz al sentir ese olor a rosas muertas que parecía estar impregnado en todos los rincones de la casa. Había encendido salvia y la había recorrido por todos los rincones para terminar con ese hedor, pero persistía. Se estiró bajo las mantas. Escuchó que la puerta de su habitación se abría con un leve rechinado y escuchó el crujido de las tablas del piso junto a la puerta. Esbozó una sonrisa.

Todavía con los ojos cerrados murmuró el nombre de Yara.

—No quiero desayunar todavía —dijo—. Estoy cansada.

La puerta se cerró con un chasquido. Ella se volvió y abrió los ojos. Una mujer la observaba desde una esquina, con sus ojos negros sin párpados fijos en ella. Fernanda soltó un chillido y saltó hacia atrás. La sábana se le enredó sobre las piernas y cayó en el suelo detrás de la cama con un golpe seco. Se la quitó a tirones y se puso de pie de un brinco. No había nadie más que ella en la habitación. En el rincón donde creyó ver a la mujer solo estaba la sombra que echaba la cortina sobre el respaldo de un sillón.

Con el corazón que le palpitaba con fuerza en el pecho, Fernanda dio unos pasos hacia la puerta.

Sabía que había visto a alguien allí, no estaba dormida.

—¿Señora? —Yara golpeó a la puerta con los nudillos—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. —Fernanda notó que sus manos temblaban. Crispó los dedos contra los pliegues del camisón—. Sí, estoy bien.

—¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto.

Yara empujó la puerta y la miró preocupada.

—Escuché un golpe.

—Me caí de la cama.

—Dios mío, ¿se encuentra bien?

—Sí. Tendré un buen morado. —Fernanda intentó sonreír. Pensó que tenía una especie de reacción nerviosa. Un té la calmaría.

Yara frunció el ceño.

—¿Tuvo otra pesadilla?

Fernanda dudó, pero al no encontrar otra explicación a lo sucedido, asintió.

—Sí, creo que sí. —Tembló—. ¿El señor está en la biblioteca?

—No, señora. —Yara comenzó a recoger las sábanas del suelo—. El patrón salió temprano, fue a casa del señor Del Valle. Dijo que regresaría al mediodía. ¿Necesita que lo mande a buscar? Tobías podría ir y...

—No, no es necesario. —Fernanda consiguió estirar los labios—. ¿Mariana duerme?

—No, señora. —Yara frunció el ceño—. La señorita Alcaraz despertó poco antes del alba e insistió en preparar el desayuno.

Eso logró distraer su atención. Fernanda la miró sorprendida. Mariana nunca antes se había levantado antes de las diez y jamás habría creído que supiera cocinar o siquiera preparar unos huevos escalfados. Pensó que el disgusto de Yara se debía al hecho de que alguien más había invadido los sagrados confines de sus dominios culinarios, y entonces dijo:

—Ya se aburrirá. Mariana no acostumbraba a mover un dedo en mi casa.

—Aquí sí. —El ceño de la anciana se profundizó—. Cuando el patrón bajó, ella se apresuró a servirle el desayuno como si tal cosa. Se sentó frente a él y comenzó a darle conversación.

Fernanda la miró con sorpresa.

—¿En serio?

—Muy en serio. Usted ya conoce al patrón, se limitó a comer y a dirigirle ocasionales gruñidos, pero eso no pareció amedrentarla. Le preguntó si podría acompañarlo a conocer los alrededores.

—¿Qué hizo Arasunu?

—El patrón le dijo que no y se marchó. —Tomó una bocanada de aire—. Si me permite un consejo, señora, si yo fuera usted, no permitiría que ninguna mujer se acercara así a mi marido.

Eso logró que Fernanda sonriera.

—A mí no me gusta esa muchacha, y perdóneme que se lo diga, pero desde que llegó le anda detrás al patrón como si fuera un perrito faldero.

—Exagera.

Yara sonrió.

—Nomás tenga cuidado, señora —dijo—. Nunca falta una lagartija que quiera quitarle el marido a una.

Fernanda hizo un gesto con la mano.

—¿Dónde está Mariana ahora? —preguntó.

—En el patio. Dijo que recogería algunas flores para adornar la casa. —Apretó los labios—. Eso debería hacerlo usted, no esa mujer —refunfuñó, y se dirigió hacia la puerta—. Usted es la señora de esta casa, no ella.

—Está bien, Yara. Tiene muchos problemas ahora, necesita distraerse.

La vieja la miró un momento en silencio y luego, no muy satisfecha, se marchó.

Media hora después, Fernanda bajó al patio con una cesta en las manos y un sombrero de paja. Encontró a Mariana sentada en la galería; contemplaba los rosales. La joven se volvió y le sonrió vacilante.

—Buenos días —dijo.

Fernanda la saludó y luego la miró un momento en silencio.

—¿Qué piensas hacer, Mariana?

—¿A qué te refieres?

—No puedes quedarte aquí para siempre.

—¿No puedo? —La joven hizo un mohín—. Tu marido es un hombre muy amable.

Fernanda de pronto se sintió irritada.

—Mariana, no me opongo a que te quedes, no tienes que buscar a Arasunu como tu aliado —dijo—. El problema es que eres menor de edad, no puedes simplemente huir de tu madre.

—No quiero. No quiero casarme con ese viejo desagradable y sé que me obligará a hacerlo. —Se puso de pie y se volvió, intentaba contener las lágrimas.

No es justo, pensó. Era joven, hermosa, encantadora, ¿por qué no podía tener la suerte que tenía Fernanda? No solo era una rica heredera, también era médica y muy inteligente. Ahora tenía un marido acaudalado, amable, honesto, muy atractivo, que jamás le levantaría la mano ni la insultaría como hacía el señor Gutiérrez con su madre. La odió, la odió con todas sus fuerzas.

Mariana levantó la vista con la intención de gritarle que la dejara en paz, cuando fijó su atención en las sombras que se mecían con suavidad entre los árboles que se encontraban detrás de la valla.

—¿Quién es ella? —preguntó. La piel se le enfrió y deslizó sus dedos, distraída, sobre su brazo.

—¿Quién? —Fernanda se volvió.

La arboleda susurrante se movía con el viento. Más allá de los primeros árboles, la oscuridad era absoluta.

Mariana frunció el ceño.

—Había una mujer allá, de pie detrás de aquel árbol. —Señaló un viejo lapacho. Colgaban de sus ramas un sinnúmero de trepadoras que murmuraban unas contra otras—. Es la misma que vi cuando llegué a esta casa.

Fernanda sintió un golpe en la boca del estómago. El miedo se anudó en su vientre. Recordó la primera vez que llegó, y el rostro que creyó ver en una de las ventanas, el mismo rostro que había visto esa mañana al despertar.

—¿Dónde la viste? —preguntó asustada.

—¿Quién es?

—¿Dónde la viste, Mariana?

—Allá, junto a los rosales. Miraba hacia la arboleda, y, cuando la llamé, se volvió y caminó hacia el cobertizo. —Mariana se estremeció—. Creí que no me había escuchado y la seguí. Cuando llegué a la esquina de la casa, no la vi más. ¿Es una vecina?

Fernanda se mordió el labio.

—No... No lo sé —dijo. No quería ni imaginar quién era—. ¿Tenía el pelo negro?

—Sí.

Fernanda volvió el rostro hacia una de las ventanas del piso alto. Recordó los crujidos que había escuchado en la habitación que había pertenecido a Itatí.

—¿Fernanda? —Mariana le tocó el brazo con suavidad—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien —dijo, pero se veía ausente—. Tengo que salir.

—¿Adónde vas?

—Dile a Yara que regresaré en una hora. —Hizo un gesto vago con las manos hacia el monte—. Recogeré unas plantas y volveré en cuanto termine.

—Sí, pero... —Mariana calló y la vio abandonar la casa a grandes pasos.

La joven volvió sus ojos hacia los arbustos y escudriñó las sombras. Entonces la vio. Esa mujer otra vez. No podía distinguir sus facciones a esa distancia, pero notó la palidez mortal de su rostro delgado. El pelo ahora se le

veía sucio y enmarañado, tenía rastros de barro en la mejilla, en el cuello y en las manos; la blusa y la falda, muy sencillas, estaban hechas jirones.

Mariana retrocedió un paso, asustada.

La mujer levantó el brazo y señaló algo en el interior de la arboleda. Mariana siguió su mirada y vio un camino de tierra que serpenteaba en la oscuridad hasta desaparecer, fuera de su vista.

Mariana volvió los ojos hacia la mujer, pero ya había desaparecido.

—¿Señorita?

La joven dio un respingo y se volvió. Vio a Yara de pie a su lado, con una escoba y un estropajo en la mano.

—Si quiere vivir aquí, tendrá que ayudar —dijo, y le entregó la escoba—. Puede empezar con la planta alta.

Ella se envaró.

—¿Cómo se atreve? Soy una invitada.

—No, no lo es. Por lo que tengo entendido, llegó usted sin anunciarse y nadie la esperaba.

—Usted... Usted... —Mariana se atragantó con su propia ira—. Le hablaré de esto al señor Ferrara.

—Fue él quien me dijo que le buscara una actividad. Al patrón no le gustan las manos ociosas.

—Pero... Fernanda no hace nada.

—La señora Fernanda es el ama aquí —dijo Yara, y le dirigió una mirada de regocijo por encima del hombro—. Puede hacer lo que le plazca, pero usted no, y tendrá que ganarse el sustento. Cuando termine, me acompañaré a

hacer las compras —continuó—. Hay una chacra aquí cerca y tiene un gran surtido de frutas y verduras. Vendrá usted conmigo y me ayudará a pensar qué hacer para la comida.

—Pero...

—Son órdenes del patrón —concluyó la mujer, y entró a la casa sin decir más.

Mariana apretó los labios.

—Vieja malvada —masculló.

* * *

Rafael cruzó las piernas y se llevó un mate a los labios. Estaba sentado bajo la sombra de la galería, detrás de la casa. Desde allí podía ver a su madre mientras alimentaba a los pollos, y a dos de las criadas de la casa que recogían la ropa seca.

—Supongo que me invitarás a comer después de haber interrumpido mi desayuno. Te recuerdo que extraño mucho los guisados de Yara —dijo de buen humor—. ¿Qué te obligó a abandonar tu casa a horas tan tempranas de la mañana?

—Los lloros de esa mujer.

—¿La muchacha que llegó a tu casa para quedarse?

—Sí. —Arasunu estaba sentado a unos pasos de distancia, sobre las gradas. Se inclinó y rascó las orejas de un perro mestizo que dormía a sus pies—. Es la hijastra de Horacio Gutiérrez. No es mala, pero esa mujer terminaría

con la paciencia de un santo. Le dije a Yara que se encargara de ella esta mañana —dijo—. No quiero que gimotee su suerte por los rincones y moleste a mi señora. Fernanda ya tiene suficiente con sus propios problemas.

—¿No te da vergüenza? ¿Ya le haces la vida imposible a tu mujer cuando apenas llevan casados dos semanas?

Arasunu le dirigió una mirada torva, y Rafael esbozó una sonrisa.

—¿Qué sucede? —preguntó. Le cebó un mate—. ¿Por qué no te agrada esa muchacha?

Arasunu miró un momento el horizonte. A lo lejos se veían algunas vacas pastar. No había nubes y probablemente no llovería en días.

—No confío en ella —dijo en voz baja. Cruzó los brazos contra el pecho—. No creo que sea totalmente sincera. Es solo una impresión, pero no la quiero en mi casa. Si oculta algo, es su problema, pero no quiero que lastime a mi esposa.

—A los hechos —dijo—. Tienes en tu casa a una jovencita llorosa a la que su madre intenta casar con un viejo rico para facilitarse la vida. La niña es una llorica y temes que oculte algo. Quizás un amante, quién sabe, lo cierto es que tu esposa le dio cobijo, y tú tienes que tolerarlo.

—Sí.

—Y hoy le ordenaste a esa vieja bruja que tienes a cargo de tu casa que se encargue de ella —concluyó Rafael, con una sonrisa en los labios.

—Sí.

Rafael alzó una ceja.

—¿Le diste instrucciones precisas? —preguntó.

—No.

Rafael sonrió.

—No me sorprendería si regresaras a la casa y encontraras a la señorita Alcaraz de rodillas fregando el suelo —dijo.

—Yara no sería capaz.

—Lo sería, la conoces. Detesta a las mujeres que esperan ser servidas.

Arasunu sonrió.

—Creo que debí advertirle que no fuera muy dura con la muchacha.

—Bah, si esa niña es como dices, no le hará daño ensuciarse las manos un poco. —Rafael lo miró pensativo—. Aun así, deberías ser menos severo con ella. Desconfías de todas las mujeres desde que Itatí se marchó.

Arasunu endureció su expresión.

—No quiero hablar de ella.

—Pero hablaremos —dijo Rafael, y sonrió con malicia.

—¿Has tenido noticias de ella?

Arasunu no fingió no saber a qué se refería.

—No.

Aún después de tanto tiempo no lograba entender qué razones había tenido Itatí para abandonarlo. Creía que había sido su culpa. ¿Acaso se había dado cuenta de que jamás lograría amarla como ella se merecía?, ¿de que a su lado solo tendría migajas de su amor? Había intentado quererla, y había sentido afecto por ella, pero sabía que eso no era suficiente, que jamás lo sería, que la haría desdichada. Pero prefería pensar eso a considerar la otra opción: que

había caído en manos de alguien que le había hecho daño. El farol del diablo, pensó, y recordó los viejos chismorreos que todavía hacían eco entre los habitantes de La Esperanza.

Rafael cebó otro mate.

—Entiendo que le pediste a Dante que te dejara a varios de sus hombres para seguir su rastro. ¿No han encontrado nada?

—No.

—Es muy extraño, esa muchacha te amaba. No creo en lo que dicen por aquí, que se fue con otro hombre. ¿Tú sí?

—No. —Arasunu desvió la mirada hacia el horizonte—. Ella me amaba.

Rafael asintió. Hubo un momento de silencio entre ambos.

—Creo que ella no se fue de aquí —dijo Rafael en voz baja—. A veces pienso que está muerta.

Arasunu apretó los labios.

—¿Crees que no he pensado lo mismo? —preguntó.

—Pero no quieres creerlo.

—Si lo hiciera... —Arasunu crispó los puños a los lados del cuerpo—. Tendría que aceptar el hecho de que no supe protegerla. Era mi responsabilidad.

—No, no lo era. —Rafael endureció la expresión—. No puedes controlarlo todo, tampoco mantener a salvo a todos los que te rodean. A veces no puedes hacer nada.

Arasunu lo miró.

—¿Piensas en Carmen?

Rafael asintió.

—Mi tía era solo dos años mayor que yo —musitó—. Sé que debí cuidar de ella, era solo una niña cuando desapareció. Yo sé que alguien se la llevó, Carmen jamás habría dejado a su familia. Ese día estaba muy enojada con mi madre, pero nunca habría escapado.

Rafael lo miró.

—Creo que deberíamos recorrer los montes otra vez.

* * *

Fernanda apoyó los brazos sobre la mesa y unió los dedos.

—Sé que parece una locura, pero le aseguro que la vi —dijo—. Es una mujer de cabellos negros, muy bonita. Está un poco diferente, pero creo que es Itatí.

La señora Asunta la miró en silencio un momento. Estaba sentada en una mecedora y bordaba un mantel. Había trabajado gran parte de la mañana en su huerto, y para las nueve había decidido sentarse a descansar y adelantar un poco la costura que tenía pendiente. Cuando la señora Ferrara llegó, pensó tomar un descanso y conversar con ella, pero ahora ya no estaba tan segura de querer hacerlo.

La mujer la miró con ojos estrechos.

—¿Dónde la vio? —preguntó.

—En mi casa y también en los alrededores.

—Siempre supe que estaba muerta, igual que mi Amara.

—¿Cree que es un fantasma?

—Sí, y es muy malo que la esté rondando —dijo Asunta, pensativa—. No debe hablarle, no tiene que permitirle saber que usted le teme, o se quedará a su lado.

—¿Cómo?

Asunta suspiró.

—Es un espíritu, un alma que no se ha podido ir —dijo en voz baja—. Hay algo que quiere y, como usted la ve, quizás piensa que usted la ayudará a encontrar lo que busca.

—Eso es imposible. —Fernanda se puso de pie.

—¿Creyó que le diría que estaba usted loca?

—Sí.

—No, no lo está. Los espíritus caminan por este mundo, es una verdad tan cierta como que usted y yo estamos vivas. Algunas personas los ven, otras no. —Sus manos temblaron con suavidad—. A mí me gustaría ver una última vez a mi Amara, aunque fuera ella un espíritu, pero no ha sucedido y quizás no suceda nunca.

Fernanda la miraba incrédula.

—¿Cree que es posible que tenga un fantasma en mi casa?

Asunta la miró un momento en silencio.

—No, creo que está *con* usted —dijo—. A veces sucede, un espíritu se aferra a una persona.

—¿Por qué?

—Usted la vio y se asustó. Le demostró que puede verla. Ahora no se apartará de su lado hasta que consiga lo que quiere.

—¿Y eso qué es?

—¿Cómo podría saberlo yo? —Asunta parecía apenada—. Yo que usted no me preocuparía. Si quisiera hacerle daño, ya lo habría hecho. Creo que lo que quiere es su atención.

Fernanda volvió a sentarse.

—¿Puede hablarme de las otras muchachas desaparecidas?

—¿Cómo sabe que hay más?

—Solo lo sé.

Asunta tomó aire y desvió la mirada hacia su bordado.

—¿Para qué quiere hablar de eso? Es una cosa muy triste.

La mujer se santiguó.

—Rosario, la hija menor de Rómulo y Sebastiana Soto; Carmen, la hermana pequeña de la señora Del Valle; y mi hija, por supuesto, son las únicas tres que conozco. Sé que hay otras, pero mi memoria no es la misma que antes, discúlpeme. Usted y yo creemos que desaparecieron, pero muchos le dirían que se marcharon por sus propios pies. Es difícil discutir eso.

—¿Y usted qué cree?

—Se lo dije la última vez que estuvo por aquí. Que el diablo las atrapó a todas, igual que a mi hija.

Fernanda golpeó los dedos contra la mesa.

Asunta dejó las manos quietas sobre el mantel. La aguja tembló entre sus dedos.

—Rosario era muy bonita. Se había recibido de maestra, quería enseñar las primeras letras a los niños del paraje mientras estuviera aquí con sus padres. Dijo que esperaba encontrar una escuela que la aceptara. Si preguntara por ella, muchos le dirían que se fue a la ciudad a buscar más oportunidades de trabajo. —Hizo una pausa—. Carmen era solo una niña. Sé que la tarde en que desapareció había discutido con su hermana. Huérfana a muy corta edad, era una chiquitina consentida y muy querida. Creo que salió de la casa, furiosa, y que su sobrino, Rafael, fue tras ella, pero para entonces ya era tarde. Carmen había desaparecido. Algunos le dirán que se fue con un hombre, otros, que subió a un vehículo que la llevó a la ciudad.

Fernanda pensó en sus sueños, primero en la mujer que dejó caer su pañuelo al suelo después de ser golpeada, luego en la dama que fue agredida en su habitación y finalmente en la jovencita que había sido atacada entre los arbustos, a la vera del camino. Se preguntó si debía contarle aquello a la señora Asunta, pero luego decidió que no. Casi no recordaba los detalles de aquellas pesadillas. ¿Qué podría decirle?

Asunta cerró los ojos.

—Creo que Itatí quiere decirle algo —musitó—. Cuando desapareció, el señor Ferrara salió a buscarla. Algunos dicen que la encontró con su amante, que la furia lo embargó y que mató a ambos a golpes, a la joven y al hombre con quien lo engañaba.

—Dios mío. —Fernanda palideció—. ¿Arasunu sabe de esos rumores?

—Claro que sí. A veces la gente olvida, y los rumores mueren. Hoy ya nadie piensa en esa muchacha, excepto las personas que la querían. Yo la recuerdo, y también me acuerdo muy bien de cómo miraban al señor Ferrara, de cómo lo señalaban con el dedo.

—Él no sería capaz de hacer algo así. —Fernanda estaba furiosa—. Él la quería.

—Sí, eso dicen.

—No creo.

Asunta suspiró.

—Deje en paz a los muertos, señora —dijo con tono cansado—. Finja que no ve a esa mujer que se ha aferrado a usted, o su vida se convertirá en un infierno. Hay una línea que no se debe cruzar, que está allí y usted no debe verla. Aléjese de todo eso.

Fernanda asintió ausente.

Asunta meneó la cabeza.

—Veo que no me cree —dijo.

—Lo siento, pero...

—¿Prefiere pensar que es un producto de su imaginación? Adelante. ¿Que está loca? No sería la primera por aquí. Pero, yo que usted, le haría una limpieza a esa casa y luego me dedicaría a mis asuntos, y no le prestaría mayor atención a nada que sucediera allí.

—¿Una limpieza? —Fernanda la miró sin comprender. En su mundo de la medicina no existían los espíritus, no podían existir, y aquella mujer hablaba de ellos como si fueran reales. No quería creer y, sin embargo, un resquicio de ella comenzaba a hacerlo.

—Agosto es tiempo *carai*, señora. Tiempo de inestabilidad, de cambios. Hay que limpiar la casa de los malos espíritus, todos lo hacen por aquí. Usted dirá que son tonterías, pero limpiar a fondo una casa no cuesta nada, ¿verdad?

Fernanda la miró pensativa.

—¿Qué debe hacerse? —preguntó.

—Necesitará palillos de tabaco. Quemarlos en cada rincón de su casa. Sería bueno que colgara un ramito de ruda en cada puerta, en cada ventana, ¿me entiende?, para su protección, para impedir que vuelvan a entrar. Pida al Espíritu Santo que la proteja, hágalo mientras camina con los palillos de tabaco humeando. Tire todo lo que esté roto, en desuso o muy viejo, sobre todo las cosas que no son suyas, que tal vez pertenecieron a otros. A veces los espíritus se aferran también a las cosas. Quizás si hace todo eso, lo que vive en su casa con usted se vaya y la deje en paz.

—Esto... ¿Lo ha hecho antes?

Asunta lo pensó un momento.

—Hace muchos años, cuando mi madre vivía y yo era una niña.

—Yo pensaré en todo esto.

La mujer asintió.

—Hágalo —dijo—. Y, recuerde, no debe tenerle miedo. Los muertos no hacen daño, son los vivos los que pueden lastimarla.

Fernanda la miró aprensiva.

—Si creyera en todo esto, y no creo... ¿Por qué yo puedo verla, incluso una invitada en mi casa lo hace, pero no los que viven allí conmigo?

—En el caso de su marido, él desterró a Itatí de su vida la noche que desapareció. Su esposo es uno de esos que no perdonarían una traición, señora. La sacó de su vida, la arrancó de su mente, y quizás piense en ella a veces, pero ya no forma parte suya. Itatí no podría llegar a él, tampoco a su abuela. Yara es muy lista y sabe mucho, pero, para ella, los muertos, muertos

están. Además se niega a creer que su nieta ya no esté en este mundo, piensa que la verá regresar algún día, y eso impide que Itatí se le acerque. —Le dirigió una mirada sapiente—. Ese viejo chocho, Tobías, siente, sé que la percibe, porque en estos días ha venido por salvia y otros yuyos para mantenerse a salvo de los malos espíritus.

Eso la sorprendió.

—¿Tobías puede sentirla?

—Sí, pero lo que me preocupa es que la vea esa mujer, su invitada.

—¿Por qué?

—Si la ve, es porque está en peligro. A usted quiere decirle algo porque está más cerca del hombre que amó, quizás cree que la comprendería, pero su invitada...

—Mariana.

—Quizás esté en peligro de muerte, y está tan cerca de esa línea que no debe cruzarse, que puede ver a los muertos que están allí, del otro lado, que no han podido marcharse adonde deben ir. ¿Entiende?

—Sí —dijo Fernanda en voz baja.

No sabía qué había esperado encontrar al ir allí, pero estaba asustada, muy asustada.

Media hora después, regresaba a su casa por la vera del camino, con la cesta repleta de ramilletes de ruda y atados de palillos de tabaco. Estaba distraída. Pasaba del mediodía y hacía calor. Pensaba en Itatí. ¿Estaría muerta? ¿Sería ella la que estaba allí? No, no podía creer en todo eso. Luego estaba Mariana. Ella también había visto algo, a alguien. Debía hablar con ella y asegurarse.

Además, también estaba el señor Cabral, Aurelio. Él había dicho que después de la desaparición de Itatí había pasado mucho tiempo en la casa mientras cuidaba de los rosales.

¿Habría sentido algo extraño? ¿Habría visto algo? Tenía que hablar con él y preguntarle.

Se detuvo un instante al cruzar un estrecho camino de tierra que zigzagueaba entre los árboles y se perdía entre las sombras. Al final del sendero vio un puñado de añosos ceibos cernirse sobre una casa pequeña y desvencijada. Estaba prácticamente destruida. Fernanda la miró a la distancia y la aprensión se hizo una bola en su estómago. No sabía si realmente percibía algo extraño allí o si los dichos de Asunta ya comenzaban a sugestionarla, pero en esa casa había algo extraño.

—Buenos días, señora Ferrara —dijo Marcos Cabral desde las sombras.

Fernanda se volvió y lo miró atónita, no lo había escuchado acercarse.

—Señor Cabral —lo saludó, todavía aprensiva.

Marcos tiró de las riendas de su caballo y se le acercó con expresión simpática.

—¿Qué hace aquí a estas horas? —preguntó—. Casi es hora de la comida y supongo que su marido espera compartirla con usted.

—Sí, me dirigía hacia mi casa. Si me disculpa... —Se volvió y comenzó a caminar a grandes zancadas.

Marcos silbó por lo bajo y su caballo la siguió de cerca, con tranquilidad.

—Supongo que su esposo ya le advirtió sobre mí —dijo con suavidad—. ¿Qué le dijo? ¿Que debe temerme?, ¿que no debe acercarse a mí?

—Nada de eso, señor. —Fernanda lo miró de reojo. Cabalgaba a su lado con parsimonia. Ella notó que sonreía, pero su sonrisa no era más que una burda imitación. Sus ojos gélidos estaban fijos en ella—. Es solo que tengo prisa.

—Somos vecinos. Debería usted intercambiar cortesías conmigo antes de darme la espalda y correr hacia su casa.

—No corro.

—Lo hace, incluso levanta polvo.

Fernanda tomó una bocanada de aire. Lo cierto era que estaba asustada y no sabía si era por la presencia de ese hombre, porque se encontraba sola en el camino con él o porque Asunta la había aterrorizado con toda su cháchara sobre espíritus y las líneas que no debían ser cruzadas.

—Discúlpeme, tengo prisa —dijo con la espalda recta como una vara.

—Sí, ya veo. Si quiere, puede montar conmigo, puedo acercarla.

—No, gracias. Puedo caminar.

—Sé que puede, pero hace calor, la arena se le mete en los zapatos y dudo mucho de que le agrade ir a la carrera conmigo a la zaga —dijo, y echó una curiosa mirada a su alrededor—. Este camino es muy solitario a esta hora, como puede ver. Se podría encontrar con un indeseable.

El miedo se anudó en su estómago y apresuró el paso.

—¿Intenta asustarme, señor? —preguntó sin volverse.

—¿Asustarla? ¿Por qué haría eso?

—No lo sé, dígamelo usted.

—No me tenga miedo.

Fernanda se detuvo, se volvió y lo miró a los ojos. La luz del sol caía sobre él, doraba su pelo, pero no lograba iluminarle el rostro. Llevaba un sombrero que dejaba en sombras parte de sus facciones. A pesar de ello, Fernanda notó frialdad en su mirada y algo más que no supo identificar.

—No le tengo miedo, señor —dijo, pero no era cierto.

—Lo tiene. Intenta huir de mí y no veo por qué. No la he amenazado de ninguna manera.

—Si sabe que mi marido no lo tiene en estima, ¿por qué insiste en quedarse aquí, conmigo?

Marcos sonrió.

—Solo quería acompañarla hasta su casa, cuidar de usted.

—Aléjese de mí.

—Míreme, señora. —Marcos sonrió cuando ella clavó en él sus ojos—. ¿Cree que represento un peligro para usted?

Fernanda pensó que sí. Pesaba al menos treinta kilos más que ella, sin mencionar su tamaño; debía de medir al menos un metro ochenta. Un hombre como él no tendría problemas en dominarla.

—¿La tranquilizaría saber que su marido me tiene en la mira? —preguntó—. Si le pasara a usted algo, se lanzaría directo a mi cuello.

—¿Qué quiere decir?

—Su esposo vino a visitarme. No la aburriré con los detalles, pero me advirtió de una manera muy práctica que no debía acercarme a usted, ¿puede creerlo?

—Si lo hizo, sus razones tendrá.

—Sí, un recuerdo. Itatí. Él sabe que yo la quería. —Marcos crispó la mandíbula—. Cree que intenté seducirla solo porque le pertenecía, pero yo la quería. Eso él no puede entenderlo. ¿Cómo podría? Nunca la amó. —Torció los labios—. Supongo que ahora él cree que usted me atrae y por eso está preocupado.

Fernanda dio un paso atrás. Estaba arrepentida de haber ido a la casa de Asunta sola. Debió llevar a Yara con ella, o a Tobías, o incluso a Mariana.

—No necesita huir de mí. —Marcos la miró con sorna—. Usted no me gusta, al menos no como mujer. No se ofenda.

—No me ofendo.

Él sonrió.

—No pretendo hacerle daño —dijo—. Solo evitar que se lo haga usted misma. Tome mi mano, monte conmigo.

Fernanda apretó los dientes. Vaciló un momento y luego tomó su mano y apoyó el pie en el estribo. Marcos la subió a la grupa, detrás de él, con facilidad. No debió aceptar, pero estaba cansada y adolorida, y no sabía cuánto faltaba para llegar a la casa.

—Sosténgase, señora.

Ella cerró los dedos sobre su chaqueta sin acercarse en demasía. Quería mantener una distancia con ese hombre.

Él soltó un silbido y el caballo avanzó al trote sobre la vera del camino.

—¿Por qué miraba la casa abandonada? —preguntó con curiosidad.

—Me pareció interesante.

—Aléjese de allí, no es un lugar seguro. Esa era la casa de Rómulo Soto. Cuando la hija se marchó, abandonó la casa. Dijo que le traía demasiados recuerdos de esa hija ingrata que se fue sin decir adiós. La estructura es vieja y está a punto de venirse abajo. No le aconsejaría entrar. Si pisara una tabla floja, se mataría.

—Entiendo —musitó—. Señor Cabral, ¿qué sucedió con Itatí?

Él tiró de las riendas.

—Huyó de su marido —dijo—. Él la encontró y la mató.

—¿Cómo se atreve?

—Es la verdad. —Los músculos de sus hombros se tensaron—. Ella me quería, pero tenía miedo de decírselo. Supongo que él lo descubrió y acabó con ella.

—Déjeme bajar.

—Ya casi llegamos.

—¡Que me deje bajar! —gritó, y el caballo corcoveó, nervioso.

Marcos tiró de las riendas, Fernanda se deslizó hasta el suelo y rechazó su ayuda. Aferró la cesta y lo miró furiosa.

—Mi marido no es un asesino, jamás le haría daño a una mujer.

Él sonrió. Observó la arboleda que, oscura y susurrante, se mecía con el viento a unos doscientos metros.

—Espero que no esté equivocada —dijo, e hizo un gesto de despedida—. No querría que usted desapareciera también.

* * *

Arasunu esbozó una sonrisa. Se encontraba en el interior del establo; almohazaba a su caballo.

—¿Dónde está mi esposa, Tobías? —preguntó.

El anciano dirigió una mirada ansiosa hacia su patrón y luego hacia Rafael, que se encontraba en las sombras y alimentaba a su caballo con zanahorias.

—Salió, patrón —dijo nervioso.

—¿Con Yara?

—No sabría decirle. Yo nomás la vi salir por el portón después de cruzar unas palabras con la señorita Mariana.

—Debió de ir a recoger más hierbas —dijo Arasunu en voz baja—. Si no está con Yara, tengo que decirle que no salga sola.

Tobías se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Si quiere, voy a buscarla.

—Sí. —Arasunu hizo un gesto con la mano—. Sé que le gusta juntar ortigas detrás de los ceibos, quizás esté por allí.

—Sí, voy a ver. Ya vuelvo.

El anciano abandonó el establo en el mismo momento en que Mariana se detenía en el umbral. No vio a Rafael, sus ojos estaban fijos en Juan de Dios.

—Perdóneme —dijo. Su voz sonó extraña, nerviosa. Se restregó las manos contra el delantal—. Pero no pude evitar escuchar que busca a Fernanda. Y... Y que cree que está entre los ceibos, yo...

Arasunu asintió y la miró un momento en silencio. La joven se removió incómoda en el lugar bajo su intensa mirada.

—Fernanda no está allá —barbotó Mariana, y desvió los ojos—. Yo acabo de volver de allí. Yara me llevó a la chacra a comprar verduras, y sé que no está.

Arasunu clavó en ella sus ojos de lince.

—¿Y dónde está? —preguntó con voz sedosa.

—No sé si debería decirlo...

Arasunu estiró la mano y la aferró de un brazo, la obligó a mirarlo.

—Dímelo —dijo tajante.

Mariana palideció.

—Está con un hombre en el camino —dijo de prisa, casi sin aliento—. Yara también la vio. Yo la vi desmontar de su caballo.

Arasunu la soltó.

Mariana retrocedió un paso, cada vez más asustada.

—Salió temprano. Dijo que tenía que encontrarse con alguien, con un hombre —dijo a trompicones. Tomó aire e intentó controlar sus nervios—. Hace un momento la vi por allá, cerca de la arboleda, sobre la montura de un caballero.

—¿Cómo es él? —Arasunu la miró fijo. Su expresión se había endurecido hasta el punto de parecer cincelada en piedra. Los celos, correosos y asfixiantes, atenazaron sus entrañas.

—Muy alto, de pelo rubio —dijo presurosa—. Debió de estar con él toda la mañana. Se deshizo de nosotras para estar con él.

Arasunu masculló algo entre dientes y abandonó el establo a grandes zancadas.

Mariana sonrió.

—Creo que tendrás problemas, Fernanda.

De repente, unos dedos de acero se cerraron sobre su brazo y ella soltó una exclamación. Se volvió, blanca como el papel, y se encontró con un hombre alto, de músculos definidos y aspecto peligroso.

—A la mierda que es usted mala —dijo Rafael, y después de darle un zarandeo, la soltó como si lo asqueara su cercanía—. Pequeña mentirosa.

Mariana retrocedió un paso, asustada.

—¿Quién es usted?

Rafael esbozó una sonrisa.

—¿Ahora mismo? —Su voz destilaba frialdad—. Su conciencia.

* * *

Fernanda empujó el portón, distraída, y de pronto una mano se cerró sobre su muñeca, tiró de ella y la arrastró hacia la casa. Ella soltó una imprecación de miedo y su cesto cayó al suelo con un golpe seco. Las ramitas de ruda y las varillas de tabaco se esparcieron por el suelo.

—¡Arasunu! —dijo contrariada. Clavó los tacos en el suelo—. ¿Qué haces?

Él no respondió. La haló hasta el interior de la casa y luego hasta la biblioteca, bajo la sorprendida mirada de Yara, quien se había detenido en el umbral de la cocina al escuchar gritar a la señora. Fernanda fue tras él a grandes zancadas, trastabillando. Finalmente la soltó y cerró la puerta con un golpe.

Se volvió y clavó en ella sus ojos fríos.

—¿Dónde estabas? —preguntó con voz de hielo. Sus ojos eran ascuas encendidas en la penumbra.

Fernanda lo miró sorprendida.

—Fui a la casa de la señora Asunta —dijo confundida—. ¿Qué sucede?

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí —dijo, y luego frunció el ceño—. ¿Acaso dudas de mí?

Arasunu avanzó hacia ella y se detuvo. Su expresión se tornó amenazante.

—Quiero la verdad —exigió.

Fernanda apretó los dientes.

—No acostumbro a mentir, señor —dijo. Restregó su muñeca. Pensó que le quedaría un morado, aunque sabía que él no había deseado causarle daño—. Si no me crees, te invito a que vayas a su casa y termines con tus dudas.

Él la observaba como un depredador a su presa.

—¿Qué hacías allá? —preguntó. En sus ojos no había ninguna suavidad, solo hielo y acero.

—Quería informarme sobre las propiedades de algunas hierbas que cultiva en su casa —dijo. Fernanda pensó que no había necesidad de revelarle más—. De hecho, mañana probaré sus efectos dentro de la casa. ¿Qué pasa contigo? ¿A qué viene todo esto?

—¿Te encontraste con alguien más?

Fernanda se mordió el labio.

—No comprendo, ¿qué insinúas?

—¿Estabas con Marcos Cabral?

Ella hizo un ademán con la mano.

—Ah, eso —dijo sin darle importancia.

Arasunu crispó los dientes.

—Sí, eso. —Un músculo latió a un lado de su boca y encajó los dientes unos contra otros. Bajo la penumbra de las cortinas, su semblante era todo ángulos y sombras—. Explícame qué hacías con él.

Ella suspiró.

—Se encontró conmigo en el camino, a mi regreso —dijo—. Hacía mucho calor y todavía me faltaba un buen trecho para llegar a casa, se ofreció a acercarme. Al principio rechacé su oferta, pero estaba acalorada y temí insolarme. Me trajo hasta la arboleda y eso fue todo.

—Te advertí que no te acercaras a ese hombre.

—Sí, lo sé, y no lo hice. Fue solo un encuentro fortuito.

—Te dije que es un hombre peligroso —dijo él con suavidad, pero había algo alarmante en la oscuridad de su voz.

Ella pensó en la preocupación que había percibido en la voz de Cabral cuando le recomendó que no se acercara a la vieja casa abandonada, y supuso que no debía de ser tan peligroso como todos creían si se había mostrado tan amable en advertirle que permaneciera lejos de aquella vivienda.

Fernanda suspiró.

—No entiendo por qué estás tan enojado —dijo, e intentó ser paciente, pero él le dificultaba serlo. Por alguna razón estaba furioso con ella y no podía adivinar por qué—. Te expliqué cómo me encontré con él, no fue adrede.

De pronto Arasunu dio un paso hacia ella y la aferró por los hombros. Fernanda echó la cabeza atrás para mirarlo. Su expresión fiera, los ojos oscuros, tormentosos, la curva cruel de los labios le revelaron su furia.

—No te quiero cerca de él —dijo.

—Ya lo sé, pero...

—Te di una orden, Fernanda, ¿por qué insistes en desobedecerme?

—Por Dios, Arasunu, ¿qué crees que pudo suceder?

Sus dedos se enterraron en sus hombros.

—¿Crees que si me hubiese hecho algo estaría aquí, frente a ti, tan tranquila? —preguntó, colérica—. Ahora estaría junto a su cadáver mientras tú piensas en la manera de sacarme del problema.

—Fernanda.

—¿Qué? ¿Qué quieres saber? —Forcejeó con él hasta que la soltó y ella retrocedió un paso—. Te importa que hayamos hablado, ¿verdad? ¿Es eso? No te interesa saber qué me hizo, sino qué me dijo, ¿no es así?

Eso lo sorprendió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Lo sabes muy bien. —Fernanda lo señaló con un dedo—. Pensabas que de todos tus conocidos, él era el único que se atrevería a hablarme de esa mujer, de Itatí, y de los rumores que corrieron sobre ti cuando ella desapareció, y querías evitarlo, ¿estoy en lo cierto?

Arasunu la observó con atención.

—No entiendes —dijo.

—¿No entiendo? ¿Qué no entiendo exactamente, señor?— Fernanda se acercó a él y apoyó un dedo sobre su pecho—. Me habría gustado que confiaras en mí.

—No era de tu incumbencia.

—¿No? ¿Cómo que no?, soy tu esposa. —Hizo un gesto de impaciencia—. Tuve que enterarme de todo por chismes y rumores. No me gusta hacer el papel de tonta, y ese es el rol que me has dado en este matrimonio. ¿Qué pretendías de mí? ¿Una esposa callada y obediente, que estuviera a tu servicio y no se preocupara más que de mantener la casa en condiciones para tu comodidad y placer?

—Tú jamás serías esa clase de mujer. —La aferró de un brazo y la atrajo hacia él—. Siempre supe que convertirías mi vida en un infierno si te lo permitía.

—Suéltame. No quiero más secretos entre nosotros. ¿Qué sucedió con ella, Arasunu?

—No quiero hablar de eso.

Ella lo ignoró.

—No querías que supiera que ella desapareció, ¿verdad?

Arasunu apretó los dientes.

—Eso no te concierne.

Fernanda golpeó el piso con el pie.

—¿Cómo que no? —dijo enojada—. Si soy una invitada en tu casa.

—Esta casa te pertenece.

—No, no es así. Le pertenece a ella. Los muebles, las cortinas, la vajilla, todo es de ella —gritó Fernanda, e hizo un gesto abarcativo—. Hasta las malditas rosas son tuyas. Y no me quiere aquí.

—¿De qué hablas?

Ella retrocedió unos pasos.

—Dicen que huyó de ti. ¿Es cierto? —preguntó.

Arasunu clavó en ella sus ojos de obsidiana. No había en su rostro humanidad alguna, solo los ángulos que parecían tallados en piedra, las sombras crueles, gélidas. Endureció su expresión. Siempre supo que solo sería cuestión de tiempo hasta que ella prestara atención a los rumores, a los chismes, al escándalo.

—¿Qué quieres saber exactamente? ¿Si le seguí el rastro y la maté? —Crispó los puños a los lados del cuerpo.

Ella se sorprendió.

—Jamás creería que fueras capaz de hacerle daño a una mujer —dijo.

Arasunu hizo un gesto con la mano.

—Todos por aquí lo creen, ¿por qué mi esposa pensaría algo diferente?

—Porque confío en ti. —Fernanda sintió que las lágrimas inundaban sus ojos y le dio la espalda—. Pero tú no confías en mí.

Él apretó los dientes.

—¿La amabas?

Arasunu endureció la mirada.

—No.

Fernanda enarcó una ceja.

—¿No la amabas y aun así pensabas en convertirla en tu esposa? Arasunu, ¿cómo esperas que crea eso?

—Es la verdad.

—Itatí no tenía nada que tú quisieras. Estaba en la miseria, no aportaría un centavo a ese matrimonio, no provenía de una buena familia, ¿por qué otra razón querrías casarte con ella, además de amarla?

—Eso no te incumbe.

—Yo decidiré qué me incumbe o no —dijo ella con frialdad—. Lo cierto es que todo lo que se relacione contigo me incumbe.

Él apretó los labios.

—Itatí era muy joven cuando la conocí, una niña que nunca había conocido más que desprecios. Era una mestiza, como yo —dijo entre dientes—. Mi padre le dio cobijo a ella y a Yara cuando el rancho donde vivían se incendió. Cuando fue mayor, velé por ella, la protegí, le aseguré que nadie volvería a despreciarla por su sangre. Le prometí que siempre cuidaría de ella. Al cumplir diecisiete años me esperó en la biblioteca de mi casa, quería hablar

conmigo. Me dijo que me amaba. Ella no esperaba casarse, le bastaba con convertirse en mi amante, creía que una mestiza no podía aspirar a ser la esposa de un caballero—. Él la miró. En su rostro no había ninguna emoción—. Pensé entonces en casarme con ella. Decía amarme, sería una buena esposa para mí.

Fernanda de pronto sintió que toda la irritación que había sentido se desvanecía.

—¿Por qué?—preguntó, suave.

—Ella era como yo, mestiza. —Una salvaje emoción oscureció su mirada—. No me rechazaría, no me despreciaría, no vería repugnancia en su mirada cuando la tocara.

Fernanda palideció.

—Nunca la engañé —interrumpió él—. Ella sabía que no la amaba y supongo que creyó que podría tolerarlo, o, en el mejor de los casos, que podría suscitar en mí algún sentimiento con la convivencia. —Curvó las comisuras de los labios—. Yo la quería, y ella sabía que eso era todo lo que obtendría de mí.

Ella podía percibir un dolor lacerante en las profundidades de sus ojos.

—La quería —repitió él en voz baja—. Eso era mucho menos de lo que ella merecía. Marcos Cabral la deseaba, Itatí me lo dijo —continuó, imperturbable—. Le tenía miedo. Después de que atacó a Eloísa, supe qué esperar de él. Fui a verlo y le advertí que no se acercara a ella, y me dijo que no podría apartarla de él, que sería suya. No te aburriré con los detalles de aquel encuentro, solo te diré que quedamos en muy malos términos. Dos días después, Itatí desapareció.

Fernanda no se movió. Tenía los ojos fijos en él, la emoción en su mirada.

—¿Crees que él haya tenido algo que ver con su desaparición?

—Lo pensé, pero nunca encontré ninguna prueba en su contra.

Fernanda vaciló.

—¿Y los rumores? —preguntó.

Arasunu dio un paso hacia ella y se detuvo. La luz del sol iluminó un instante sus ojos cuando se movió, y su rostro adquirió el color del bronce bruñido.

—La noche en que Itatí huyó, salí a buscarla. En el paraje se corrió la voz de que había salido de cacería, de que mi objetivo era castigar a la mujer que se había atrevido a dejarme.

—Entiendo.

—Como Itatí no tenía un centavo a su nombre, se pensó que había huido con un amante. Lo cierto es que fue muy sencillo para todos creer que la había encontrado y que la había matado.

Fernanda apretó los dientes.

—Eso es imposible.

—No parecía tan imposible entonces. —Torció la boca—. La única razón por la que no me sentí particularmente perseguido por mis vecinos fue porque por aquí se considera que un hombre tiene el derecho de matar a su mujer si la encuentra con otro. Los rumores son una molestia, pero la mayoría de ellos tendían a excusarme.

Arasunu tomó su rostro entre las manos.

—Yo no la maté, Fernanda —dijo.

Ella lo miró a los ojos.

—Te creo.

* * *

Fernanda probó el pastel de carne que Yara había preparado para la comida y sonrió.

—Está delicioso —dijo. La anciana asintió complacida y le ofreció un trozo al señor Del Valle.

Rafael lo aceptó de inmediato.

—Te extrañé, Yara —dijo entre bocado y bocado—. De hecho, no puedo vivir sin ti.

—Lo sé.

—¿Huirías conmigo? Te ofrecería joyas, pieles, una casa, lo que quisieras.

Yara sonrió.

—Usted me encadenaría a la cocina.

La anciana meneó la cabeza, divertida, y se secó las manos en el delantal.

—Traeré agua —dijo, y abandonó el comedor.

Arasunu comía en silencio, estaba sentado a la cabecera de la mesa. Fernanda lo observó un momento y luego miró a Mariana. La joven estaba a su derecha, con los ojos bajos. Apenas había probado bocado, movía el tenedor de un lado a otro de su plato enfrascada en sus pensamientos.

Rafael tragó un buen bocado y clavó sus ojos en la joven.

—Mariana —dijo, y la muchacha soltó los cubiertos con un respingo—. Creo que tienes algo que decir.

Ella se ruborizó.

Fernanda y Arasunu intercambiaron una mirada. Les sorprendió que el señor Del Valle tratara a la muchacha con tamaña informalidad cuando hacía apenas unas horas que la había conocido.

Rafael se recostó contra el respaldo de la silla.

—¿Y bien? O lo dices tú o lo hago yo.

Mariana estrujó una servilleta entre los dedos.

—Mentí —barbotó. No se atrevió a mirar a nadie—. Cuando dije que Fernanda pasó toda la mañana con el señor Cabral, mentí. No es verdad que se haya deshecho de Yara y de mí para estar con él. Yo...

—¿Eso dijiste? —se sorprendió Fernanda—. ¿Cómo pudiste?

—Imaginé que mentías —dijo Arasunu en voz baja.

Rafael enarcó una ceja.

—Lo siento. —Su voz se quebró—. No volveré a hacerlo.

Arasunu apretó los labios.

—No, no lo harás —dijo—. O te encontrarás en la calle.

Mariana palideció.

—Arasunu, por favor. —Fernanda le apoyó una mano en su brazo y luego volvió los ojos hacia la joven—. ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. —Rafael buscó su mirada—. Habla.

La joven apretó los labios.

—Quería que el señor Ferrara se enojara con Fernanda —dijo en voz baja—. Estaba molesta con ella porque esta mañana discutimos y quise vengarme. Lo lamento mucho.

—Pudiste haber causado un problema muy grave entre mi marido y yo —dijo disgustada—. Si quieres quedarte en esta casa, tendrás que comportarte. No toleraré algo así nunca más.

Mariana ahogó un sollozo.

—Estaba enojada —arguyó.

Arasunu clavó en ella los ojos.

—Fernanda te acogió en esta casa, estás aquí por ella. ¿Crees que debería disculpar tu conducta cuando pudiste hacerme dudar del honor de mi esposa?

Mariana negó con la cabeza.

—Yo sé que hice mal, pero no quiero irme, no pueden echarme. —Un sollozo sacudió su cuerpo, y su mirada ausente se clavó en Arasunu, asustada—. ¡No tengo adónde ir!

—Eso me importa un carajo.

—Es solo una chiquilla.

—No, no lo es —dijo Rafael, pensativo—. Ella sabía muy bien lo que hacía.

—¡Lo siento! —gritó Mariana con vehemencia. Tiró de las puntas de la servilleta—. Pero estaba tan enojada. Es que... No es justo. ¡No es justo que Fernanda lo tenga todo y yo nada! —Los sollozos le quebraron la voz—.

Siempre lo tuvo todo: un padre que la amó, una madre que la ayudó a convertirse en médica a pesar de todas las dificultades, dinero, propiedades, un marido de su agrado... ¡Yo no tengo nada!

Fernanda la miró sorprendida.

—¡Mi padre nunca me quiso, siempre me odió porque no era su hija! — continuó la joven, presa de violentos temblores—. Aunque llevara su apellido, era la bastarda de un hombre que engañó a mi madre. Y ella... Ella tampoco me quiso.

—Eso no es verdad.

La joven temblaba tanto que todo su cuerpo parecía convulsionarse.

—Nunca me amó. Si yo no hubiese nacido, ella se habría casado con alguien a quien quisiera y no con el hombre que luego no dejó de recordarle cada día el error que había cometido. Ella me lo dijo. Yo le debo mucho, y tengo que resarcirle todo el daño que le hice. Intenté hacerlo, creía que si era una niña perfecta, ella me amaría, pero no resultó. Yo solo... Solo soy un medio para obtener lo que quiere: riquezas, lujos, el aprecio del patriciado al que tanto quiere pertenecer, pero nada más.

—Está bien, Mariana —dijo Rafael—. Es suficiente.

—No entienden, no podrían comprender. Yo no soy mala, de verdad que no.

Fernanda se puso de pie.

—Mariana, ven conmigo, estás muy nerviosa —dijo. Intentó tomarla de las manos, pero la joven la miró como un animal acorralado y soltó un sollozo.

—¡No seas tan buena conmigo! —gritó. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Yo quise... Yo quería quitártelo.

—¿Quitarme qué?

Mariana meneó la cabeza, se levantó y en su prisa por huir del comedor, echó la silla al suelo. Cruzó el recinto y salió al patio mientras se cubría el rostro con las manos.

Fernanda suspiró.

—Iré por ella —dijo.

—No, yo lo haré. —Rafael se puso de pie—. En este momento sería para ella muy violento hablar contigo.

Fernanda vaciló.

—Quizás deba ir con él —dijo.

—Déjalo. Es muy bueno para manejar a las mujeres, siempre lo ha hecho. —Arasunu tomó su mano y tiró de ella—. Siéntate y come.

Fernanda observó su plato. Su apetito había disminuido considerablemente.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó.

—¿Qué quieres hacer?

Ella lo miró pensativa.

—Pensé que querías que se fuera —dijo.

—Eso me gustaría, pero será tu decisión. Esta es tu casa. Si quieres que se quede, se quedará.

Fernanda asintió y tomó sus cubiertos. Los postigos de la ventana se abrieron con un chirrido casi imperceptible. Una brisa suave se coló a través de las cortinas y se deslizó hacia la sala; trajo consigo un fuerte olor a rosas

podridas.

Fernanda frunció la nariz.

—Mañana voy a limpiar toda la casa —anunció de repente.

—¿No lo hiciste hace unos días?

Ella lo miró.

—¿Tienes algún inconveniente en que mande a quemar aquello que no me guste?

Arasunu la miró un momento en silencio y luego le rozó la mejilla con una caricia.

—Cuando llegaste a esta casa, te dije que podrías cambiar lo que quisieras en ella. Es tu casa, haz lo que quieras.

—Muy bien —dijo Fernanda, decidida—. Lo haré.

* * *

Rafael encendió un cigarro y le dio una chupada.

—¿Estás bien? —preguntó.

Mariana estaba sentada a los pies de un árbol con las rodillas recogidas debajo de la falda.

—Sí.

—¿Piensas regresar a la casa?

—Allí nadie me quiere. —Se volvió y lo miró con sus ojos hinchados. Soltó un sollozo—. El señor Ferrara me odia y Fernanda... Bueno, ella también debería odiarme. Quizás está enojada conmigo, pero no sabe, no entendió. Quería quedarme con él, ¿sabes?

Rafael no fingió no comprender.

—¿Esperabas convertirte en su amante?

—No, sí... No lo sé. —Se pasó la mano por los ojos—. No lo creo. En realidad no pensé en eso.

—La envidia es algo muy feo —dijo él con sencillez.

—No es lo que piensas. Es... Es envidia de la buena, ¿comprendes?

Él tuvo que sonreír.

—No, en realidad no —dijo.

—No quiero herir a Fernanda, de verdad que no. —Mariana borró las lágrimas de sus mejillas y clavó los ojos en las sombras que se mecían en la arboleda—. Lo que hice fue solo un impulso. Yo la admiro. Es muy inteligente, es médica, ¿sabes? La única mujer de su promoción en recibir el título, y con honores. Y luego está casada con un hombre que la quiere, porque yo sé que la quiere, aunque se muestre hurtaño con ella. No quiero destruir nada de eso. Solo quiero un poco de eso para mí. ¿Ahora comprendes?

—Comienzo a hacerlo.

Él no hizo comentarios al respecto.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó.

—Regresar a mi casa, supongo. —Un sollozo escapó de sus labios—. Mi madre me castigará por esto. Quizás ya sabe donde estoy, quizás no, pero en cuanto me vea, se enojará conmigo.

—¿Le tienes miedo?

Mariana lo pensó un momento.

—Siempre le tuve miedo —dijo en voz baja—. Cuando era niña echaba llave a la puerta por las noches. Pensaba que ella podría venir por mí alguna vez mientras estuviera dormida, y lastimarme.

—¿Te golpeaba?

—A veces. —Se mordió el labio—. Cuando despertaba me hacía llamar por la sirvienta, quería que la ayudara a vestirse. Yo sabía cuándo estaba de mal humor e intentaba mantenerme alejada, pero ella me llamaba. Y... Y cuando me pedía que la ayudara a ponerse los botines, me agarraba del pelo y me decía que era una niña tonta, una estúpida, que no le gustaba que le hicieran perder el tiempo.

Rafael no se movió.

—¿Nunca le pediste ayuda a tu padrastro? —preguntó despacio.

—No. Él... —Se estremeció—. Él me miraba de una manera muy extraña. Cuando cumplí once años, él...

Ella vaciló.

—Me dijo que no echara llave a mi puerta, que iría a darme las buenas noches en cuanto mi madre se durmiera. Él nunca me había dicho algo así, me asustó. Desde entonces comencé a dormir con la sirvienta. Joaquina intuyó lo que sucedía, pero nunca me dijo nada. Solo se aseguraba de cerrar la puerta con una silla bajo el picaporte.

—¿Qué dijo tu madre al respecto?

—No hizo comentarios.

—Entiendo. —Él arrojó su cigarro al suelo y lo aplastó con el taco de su bota—. Ese hombre, ¿te dejó en paz?

—Sí, Joaquina habló con él. No sé qué le dijo, pero nunca volvió a molestarme. Aun así, dormí con ella hasta que él murió. Luego pensé que el señor Gutiérrez sería bueno conmigo, mamá se casó con él casi de inmediato. Pero lo cierto es que no fue mucho mejor. A mi regreso, me obligará a casarme con el señor Manferrer y mi madre estará de acuerdo con él.

Rafael se inclinó y le entregó un pañuelo.

—Límpiate.

Ella se sonó la nariz, avergonzada.

—No sé por qué te cuento todo esto.

—Porque fui testigo de una de tus mentiras más despreciables y no creo que puedas horrorizarme más —dijo él con una vaga sonrisa en los labios.

—No quiero casarme con ese hombre. No quiero. —Los sollozos atravesaron su cuerpo y Rafael soltó un improperio. Se inclinó, la aferró por los brazos y la estrechó contra su pecho.

—Siempre he detestado a las lloricas —dijo, y arrastró las palabras.

Mariana se aferró a él y lloró.

—No soy una llorica —dijo entre hipidos—. Nunca lloro.

—No parece. —Rafael la meció con suavidad.

—¿Qué voy a hacer? No quiero volver a mi casa.

—Entonces no vuelvas —dijo—. Supongo que Arasunu te dejará quedarte por aquí si prometes no volver a causarle problemas.

Los sollozos comenzaron a menguar.

—Ojalá no hubiese hecho lo que hice. —Ella tomó una bocanada de aire y se apartó. Lo miró a los ojos—. No soy mala.

Rafael sonrió.

—No, no lo eres —concordó. Le apartó el cabello de la cara con gentileza—. Solo estás asustada.

CAPÍTULO 19

Carmen abrió los ojos y fijó su mirada en la oscuridad. Asustada, reparó en las manchas de humedad que cubrían las paredes. El moho oscuro, casi verdoso, ascendía desde el piso hasta las vigas, creando amorfas y aterradoras figuras que parecían cernirse sobre ella.

La tierra se movió junto a su mano y ella clavó los ojos en el borde de la manta. Varias cucarachas emergieron de un agujero cerca de la pared y corrieron hacia ella. Soltó una exclamación y encogió las piernas debajo de la falda. Notó la sangre entre los muslos, el barro que le ensuciaba los pies y contuvo un sollozo, estaba adolorida.

No recordaba lo que había sucedido, pero estaba segura de que ese hombre le había hecho algo muy malo, porque allí, justo allí, dolía muchísimo y cada movimiento le enviaba dolorosas punzadas hacia el vientre y los muslos.

Ahogó un sollozo e intentó ponerse en pie. Tenía el cabello suelto y enredado, con hojas entre los nudos. Observó la puerta de madera y escuchó unos pasos. Era él.

Comenzó a llorar. Buscó con dedos temblorosos la cruz que siempre llevaba colgada del cuello, pero no la encontró. La puerta se abrió con un chirrido y una sombra se dibujó en el rectángulo de luz. Él se acercó. El intenso olor a vino que desprendía su ropa llegó hasta ella con la fuerza de una bofetada. Frunció la nariz, pero evitó echarse atrás porque eso lo enojaría.

Carmen tenía la garganta seca y la lengua pegada al paladar. Estrujo el ruedo la su falda entre las manos y lo miró fijo. Se sentía como un animalito indefenso, como uno de esos conejos que, cuando perciben una amenaza, se quedan muy quietos con la idea de hacerse invisibles frente a sus depredadores. Pero sabía que eso no funcionaría, porque ella no podía desaparecer si se quedaba quieta, y él podía verla muy bien.

El diablo cerró la puerta con un chasquido y caminó hacia ella con lentitud, como si disfrutara de su miedo. Se acuclilló a su lado.

—Quédate quieta —dijo con voz ronca. Le apoyó su manaza sobre la cabeza y ella pensó que sus dedos grandes y ásperos podrían fácilmente romperle los huesos del cráneo.

Él la acarició un momento en silencio y luego le deslizó las manos por las mejillas, le pellizcó la nariz y luego presionó los dedos sobre sus hombros pequeños.

Sus pulgares le rozaron el pecho una y otra vez hasta que finalmente cerró los dedos sobre uno de sus pequeños senos y lo estrujó. Ella soltó un gemido de dolor, y él sonrió.

—Es una lástima que todavía te busquen —dijo, y enredó su pelo en sus dedos.

—Déjeme ir.

—No. —Apretó los dientes, hundió los dedos contra su cabeza y la golpeó con fuerza contra la pared. La muchacha gimió y un hilo de sangre nubló sus ojos. Intentó echarse hacia atrás, pero él era demasiado fuerte. Abrió la boca para gritar, pero el diablo volvió a estrellarle la cabeza contra la pared. Algo crujió en su frente. La golpeó una vez más. El dolor desapareció, y la oscuridad le cerró los ojos.

Cayó al suelo con un golpe seco, y él comenzó a reír sobre su cadáver.

* * *

Fernanda despertó con un grito, agitada. Juan de Dios la sostenía por los hombros.

—Despierta —dijo suave.

—¿Arasunu? —Se llevó la mano a la garganta. El sudor le humedecía la piel, el pecho agitado subía y bajaba—. Ay, Dios mío.

Él la estrechó.

—Está bien —dijo—. Ya pasó.

Fernanda se recostó contra él e intentó tranquilizarse. Escuchó un momento el sonido acompasado de su corazón, luego alzó la vista y lo miró bajo la azulada penumbra del amanecer. Sus rasgos duros y severos se recortaban contra la luz de la luna. Tenía los cabellos sueltos sobre los hombros. Los músculos tensos de sus brazos parecían de oro bruñido mientras la sostenía.

—Fue una visión del pasado —susurró.

Él guardó silencio un momento.

—Describeme lo que viste —dijo.

Ella se lo contó. Recostó la mejilla contra su pecho y le habló de las paredes manchadas de humedad, el suelo de tierra, la niña que había sido atacada por un hombre al que consideraba el diablo.

Él desvió la vista hacia la arboleda que se mecía susurrante. El ligero ulular del viento se escuchaba a la distancia.

Fernanda cerró los ojos.

—Sé que no crees en fantasmas, pero te juro que hay uno aquí, y trata de decirme algo a través de estas pesadillas.

—¿Crees que se trata de Itatí?

—Sí.

Arasunu deslizó la mano sobre la piel de su espalda.

—Prefiero creer que se fue con otro hombre, que tiene un hogar, hijos, un marido que la ama —dijo con suavidad.

—Si es ella... —Arasunu la abrazó—. La busqué. Esa noche, cuando desapareció, salí a buscarla.

—Lo sé. Estoy segura de que ella sabe que lo hiciste.

—Seguí la ruta hacia el Norte y luego hacia el Sur. —Apretó los labios—. Revisé el viejo camino de tierra que lleva al paraje, incluso los senderos que atraviesan los maizales. No encontré señales de ella. Pensé que alguien la había esperado en un carruaje, sin embargo seguí buscándola.

—Querías traerla de regreso.

—No.

Eso la sorprendió.

—¿No? —Lo miró confundida.

—No. No iba a obligarla a vivir conmigo si no era eso lo que quería. — Todo rastro de emoción desapareció de su rostro—. Solo quería asegurarme de que estuviera bien, solo eso.

Él apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos un momento.

—Mírame —dijo ella.

Él lo hizo. Fuerte y vulnerable, duro y amable, una contradicción, un hombre que había levantado un muro a su alrededor para evitar que nadie se acercara lo suficiente como para dañarlo, un caballero acostumbrado a la soledad, al desprecio, y aun así, capaz de buscar a una mujer que creía lo había despreciado solo para asegurarse de que se encontraba a salvo.

Fernanda besó con suavidad sus labios.

—Yo te amo —dijo. Sintió la suavidad de su pelo bajo sus dedos, el calor de la piel de bronce, su mirada en la suya, la intensidad de los ojos negros, y el corazón comenzó a latir salvaje en su pecho—. ¿Cómo podría no amarte?

Él la miró a los ojos.

—No me mientas —dijo.

Ella sonrió con dulzura.

—Jamás podría —dijo, y se cobijó entre sus brazos.

* * *

Fernanda dio un paso hacia la oscuridad y se detuvo. Detrás, se extendía un largo camino de tierra que se perdía en el monte entre zarzales silvestres y espinos. El silencio era aterrador, también la soledad. Frente a ella, una arboleda oscura y susurrante se movía con el viento. Las ortigas lastimaban sus pies descalzos. Miró hacia abajo y vio un hilo de sangre que corría despacio entre la hojarasca hasta perderse en la oscuridad. Intentó retroceder, pero no pudo, algo la arrastraba hacia el interior de la arboleda. Caminó en el silencio. Vio la sombra de unos pájaros negros en el suelo, sobre las hojas. Eran aves de la muerte que flotaban entre las sombras con las alas extendidas: esperaban el momento para alimentarse.

Sus pasos se hundían en el barro. El frío se intensificó, y el viento pareció provenir de algún lugar en la oscuridad, aullante. La sangre se hacía más espesa y más negra a cada paso. Llegó hasta una bifurcación del camino. A unos metros a su alrededor había penumbra; más allá, solo neblinas. Se detuvo. Vio una luz azulada flotar entre los árboles, entre las sombras.

—Es el farol del diablo —se escuchó decir a Amara en voz baja.

Estaba sentada entre las raíces de un árbol con la falda hecha jirones. Parte de su pecho había desaparecido. Gusanos reptaban entre sus costillas desnudas. El cabello, antes rubio, se veía sucio y apelmazado, y caía sobre su rostro ocultándole la mitad de la cara. Sus ojos vacíos estaban fijos en ella. Sus labios agrietados se extendieron una vez más.

—Viene por ti.

La luz de la luna iluminó un instante a Rosario cuando se movió. Parte del rostro le caía en pedazos sobre los huesos expuestos. Las órbitas de sus ojos no eran más que agujeros vacíos. Estaba a unos pocos pasos de Amara con las manos atadas. La mitad de su cuerpo estaba enterrado.

—Siempre viene por alguien.

Fernanda escuchó un sollozo a sus espaldas. Se volvió y observó la oscuridad. El follaje de los árboles se abrió y una saeta de luz plateada iluminó los restos de un tronco caído. Estaba cubierto de musgo y hierbajos. Al principio ella no la vio, pero cuando la luna resbaló en el cielo, soltó una exclamación de horror.

Carmen lloraba con las manos contra la cara, oculta detrás de un árbol.

—Aquí hace frío —dijo, y ahogó un sollozo—. Y está oscuro.

—Siempre está oscuro —replicó Amara con voz estentórea.

—El diablo nos dejó aquí. —Rosario se puso de pie y dio un paso hacia ella. Parte de los gusanos que reptaban sobre su piel amoratada cayeron al suelo con un sonido sibilante.

—Ayúdame. —Carmen apartó las manos de su rostro y se volvió hacia ella. Su cara solo era una masa sanguinolenta—. Ayúdanos.

Fernanda retrocedió. Algo comenzó a subir por sus pies. Bajó la vista y vio que el musgo había comenzado a adherirse a sus piernas y tiraba de ella hacia abajo. El lodo se abría bajo su peso, parecía estar en un agujero muy profundo. Comenzó a gritar, pero no emitió ningún sonido. Alzó las manos. La rama de un árbol en forma de V estaba cerca, y ella tendió los dedos para agarrarla. Casi llegaba cuando los brotes que pendían de la corteza se convirtieron en dedos y la aferraron con fuerza por la muñeca.

Fernanda gritó y trató de escapar. Ya no era un árbol, era Itatí.

—Suéltame.

Itatí tosió, escupió tierra y gusanos. Ensució los volantes podridos de su blusa. Sus ojos negros sin párpados se clavaron en ella.

—Encuéntralas —dijo con voz ronca. Más tierra escapó de sus labios—. Encuéntrame.

Fernanda comenzó a llorar. Forcejeaba con ella, asustada.

—Déjame ir —dijo mientras tiraba de su mano—. Por favor.

Itatí clavó las uñas rotas en su piel.

—Están bajo la luz del farol —dijo—. A sus pies.

—¡Déjame!

—Quiero lo que es mío. —La rasguñó al soltarla—. Dámelo.

* * *

Fernanda abrió los ojos cuando Mariana apoyó una mano sobre su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Fernanda se incorporó. Estaba sentada a la mesa del cobertizo, detrás de la cocina. El olor de las hierbas que había clasificado se había intensificado con el calor del mediodía.

—Estoy bien —dijo. Se pasó la mano por la cara e intentó alejar las redes del sueño. No recordaba haber estado tan cansada como para quedarse dormida mientras trabajaba, pero era obvio que lo estaba. Sentía todos los músculos adoloridos y pesados, como si hubiese corrido.

—Dios mío. —Mariana tomó su mano—. ¿Qué te pasó?

Fernanda bajó la vista y vio su brazo amoratado. Se friccionó el brazo, asustada.

—Es ella —murmuró.

—¿Quién?

—Itatí. —Fernanda se puso de pie, somnolienta—. Sé que es ella. El tabaco, la ruda, nada funciona, porque no está aquí para hacernos daño. Quiere que encuentre a esas mujeres.

—¿Qué mujeres? —Mariana parecía confundida.

—Tres mujeres desaparecieron del paraje, mucho antes que Itatí. La señora Asunta me habló de ellas. Todos creen que abandonaron la zona, pero sé que están muertas. Itatí me lo mostró.

Mariana la miraba incrédula.

—¿Te das cuenta de lo que dices? —preguntó.

Fernanda la ignoró.

—No quiere lastimarme —dijo—. Quiere que encuentre a esas mujeres.

—¿Dónde están?

Fernanda vaciló.

—Bajo la luz del farol —musitó.

—¿Qué dices?

—Es lo que dijo Itatí cuando me agarró del brazo. —Frunció el ceño—. Tengo que hablar de esto con Asunta.

—¿De qué? ¿Supones que creerá que el fantasma de esa mujer te habló en sueños?

—Me creerá.

—Basta. —Mariana se mostró aprensiva—. Me asustas.

—Tú la viste. —Fernanda arrancó el sombrero del perchero—. Sabes que no imagino cosas.

—Pero...

—¿Vienes conmigo? Necesito hablar con esa mujer. Quiero saber cómo probar que lo que veo en sueños es cierto. Le hablaré de las mujeres que vi, y ella sabrá decirme quiénes son.

—Esto no me gusta.

—¿Vienes conmigo o no?

Mariana restregó la semana manos contra su falda. La miró un momento y luego se puso el sombrero. Parecía resignada.

—Esto me da miedo.

Fernanda no respondió. Abandonó la casa con Mariana a la zaga.

Media hora después, estaban de pie a las puertas de la casa de Asunta. Fernanda golpeó las manos, pero nadie salió a atenderla.

—Creo que no está —dijo Mariana, aliviada—. Ahora podemos regresar.

—Quizás esté en el patio. —Fernanda rodeó la galería y fue hasta el huerto. Notó, sorprendida, que la tierra estaba seca, cuarteada. Los brotes habían muerto y las hierbas no eran más que palillos secos: no habían sido regadas en días. Se arrodilló junto a las plantas y encontró algunas todavía con vida, pero no durarían mucho tiempo.

Mariana se detuvo a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—La señora Asunta no está.

—Eso puedo verlo.

—No, Mariana, no ha estado aquí en mucho tiempo. —Fernanda se incorporó—. Las plantas están secas. Ella cuidaba de su jardín, de su huerto. La última vez que estuve aquí nada de esto estaba así. Míralo ahora, todo está muerto o agoniza.

Mariana miró su entorno. La soledad y el silencio comenzaban a horadar sus nervios.

—¡Ave María! —Una mujer se detuvo en el lateral de la casa y las miró sorprendida. Era una de las pocas vecinas de la anciana. Frunció el ceño—. ¿Qué hacen aquí?

—No pretendemos llevarnos nada —se apresuró a decir Mariana, y le mostró las manos vacías—. Solo venimos de visita.

—Disculpe. —Fernanda avanzó hacia la mujer—. ¿Podría decirme dónde está la señora Asunta?

—La verdad es que no sabría decirle. —La mujer frunció los labios—. Yo vine a echarle una ojeada a su casa porque hace días que no la veo, una semana quizás.

—¿Sabe si tiene parientes por aquí?

—Ninguno que aprecie. —La mujer miró a Fernanda y luego a Mariana con curiosidad.

Mariana se removió incomoda.

—Se hace tarde —dijo.

Fernanda la miró un momento en silencio.

—Sí —dijo distraída.

La mujer sonrió.

—Vaya nomás, señora —dijo—. Yo aquí me quedo a regar los yuyos.

Fernanda se despidió de ella y se dirigió hacia la vera del camino.

—¿Regresamos a casa? —quiso saber Mariana.

—Todavía no.

—¿Adónde vamos? —Fernanda cruzó una zanja y sujetó su falda para que no se ensuciara con el barro. Mariana la seguía casi a la carrera—. ¿Podrías caminar más despacio? No puedo seguirte.

Fernanda la miró por encima del hombro.

—Si quieres regresar a casa, puedes hacerlo.

Eso la sorprendió.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó la joven, desconfiada.

—A una casa —vaciló—. La vi en mis sueños. Sé que está aquí cerca.

Mariana se estremeció, y no de frío.

—¿Para qué quieres ir allá?— preguntó en voz baja.

Fernanda se detuvo. El viento corría hacia el Este y arrastraba la arena del camino. Las alas del sombrero temblaron bajo su caricia.

—Allí atacaron a una mujer —dijo.

—Dios mío, ¿y piensas ir?

—Sí. Sucedió algo. Si todo esto es verdad, si lo que veo en sueños es cierto, en esa casa encontraré algo que me lo demostrará.

Fernanda la miró a los ojos.

—¿Vienes conmigo? —preguntó.

Mariana titubeó. Pensó en regresar sola a la casa por el camino polvoriento y silencioso, y tembló.

—Voy contigo.

Fernanda asintió e hizo un gesto con la mano para que la siguiera a través de un estrecho sendero que discurría entre los maizales de una finca. Después de unos diez minutos, señaló una casa entre los árboles, estaba abandonada y derruida. Mariana se detuvo de pronto, incapaz de dar un paso más.

—Tengo miedo —dijo, y echó una rápida mirada hacia la carretera. No estaba muy lejos.

Fernanda descartó el comentario con un gesto.

—Es solo una casa —dijo—. Cálmate. —No le prestó más atención. Saltó la zanja y resbaló en el barro. Sus botines se ensuciaron y murmuró algo entre dientes. Mariana la siguió sin tanta suerte. Hundió los pies en el agua estancada y, con un sonido acuoso, logró cruzar la zanja. Una costra húmeda y verdosa quedó adherida a sus botines.

—Eran mis favoritos —murmuró mientras se detenía para agarrar una rama y tratar de quitar esa cosa verde y pegajosa de sus talones. Después de varios intentos infructuosos, arrojó la ramita al suelo y siguió a Fernanda, quien ya estaba frente a la casa.

—¿Crees que es seguro estar aquí? —preguntó en cuanto llegó a su lado.

Fernanda estaba de pie entre las sombras de los arbustos, observaba la casa con atención.

—No lo sé. Solo debemos tener cuidado.

Mariana observó la construcción. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, algunas incluso tapiadas con grandes listones de madera.

La joven se friccionó el brazo.

—¿Podemos regresar a casa?— preguntó—. Este lugar no me gusta.

—A mí tampoco, pero tengo que encontrar algo allí.

Fernanda vaciló.

—Soñé con una mujer —dijo en voz baja—. Alguien la atacó y, cuando lo hizo, la golpeó con fuerza. Ella tenía una pulsera muy delgada, con el cierre estropeado. Cuando la arrojó a un lado, la pulsera salió despedida y cayó en una rendija, entre las tablas del piso.

—Dios mío. No me sorprende que no puedas dormir —dijo la joven, asustada—. Todas las noches te escucho subir y bajar las escaleras. El maldito crujido de las tablas comienza a ponerme de los nervios.

Fernanda la miró en silencio un momento.

—No soy yo en las escaleras. Nunca me levanto de noche, y mucho menos para deambular por la casa.

Mariana palideció.

—Es esa mujer, Itatí.

—No me digas eso.

—Tú la viste, Mariana, me dijiste que la habías visto.

Mariana se quedó muda.

Fernanda volvió sus ojos hacia una ventana del piso superior. Estaba abierta. Los tablones que la tapiaban se habían desprendido y las viejas cortinas podridas se mecían con el viento. El interior era solo un hueco oscuro y sin vida.

—Si encuentro esa pulsera, sabré que es verdad, que esos sueños que tengo son los recuerdos de esas mujeres, las que desaparecieron.

Mariana comenzó a temblar.

—Aquí hace mucho frío —dijo. Observó el tono gris opaco de la casa, las manchas de humedad, los arbustos que trepaban por sus viejas paredes de ladrillos. Algo chirriaba en el silencio. Se oía como un madero viejo o un postigo suelto—. Y estamos solas.

Fernanda observó, pensativa, el árbol que crecía a un lado de la casa, cuyas ramas llegaban hasta el tejado.

—Eso servirá —dijo, y se dirigió hacia árbol.

Mariana abrió muy grandes los ojos.

—¡Si piensas subir hasta el piso alto trepando, has perdido la razón!

—He hecho esto muchas veces cuando era niña —dijo—. Será sencillo. Primero subiré yo y después lo harás tú.

Mariana la miró espantada. Los árboles susurraban entre sí y se movían de un lado a otro con el viento. Extraños crujidos se oían en la quietud.

—Aquí me quedo —susurró.

Fernanda la miró un momento en silencio y luego asintió.

—Como quieras —dijo. Se levantó la falda y la amarró a un lado con su cinta para el pelo. Se colgó de una rama y comenzó a subir con cierta dificultad. La corteza le raspaba las manos, pero logró trepar hasta alcanzar otra rama.

Mariana la miraba asustada desde abajo.

—No te caigas —dijo.

Fernanda la ignoró. Se deslizó sobre la rama hasta que se dobló bajo su peso y, muy lentamente, estiró la pierna. Rozó con la punta de sus botines el tejado. Algo crujió bajo sus pies y una pequeña tabla cayó al suelo, junto a

Mariana.

La joven soltó un chillido y pegó un salto para alejarse.

Fernanda tomó aire y saltó. Resbaló en el techo y cayó sobre la madera. Se apresuró a incorporarse cuando el tejado rechinó bajo su peso. Alcanzó el alféizar de la ventana y se aferró a él; lo sintió húmedo bajo los dedos. Unas astillas se desprendieron en su mano. Fernanda murmuró algo entre dientes y apartó el postigo. Una bocanada de aire caliente y húmedo llegó desde el interior. Frunció la nariz y entró.

Se trataba de una alcoba, la misma que había visto en una de sus pesadillas, pero deteriorada por el tiempo. Las paredes estaban desconchadas, cubiertas de manchas de humedad desde el suelo hasta el techo. Varios candelabros con restos de cera estaban volcados sobre una mesa cubierta de polvo, y las telarañas colgaban de los techos hacia los rincones. La luz que penetraba por la ventana dibujaba un rectángulo de luz en el suelo, sobre los tablones. Fernanda avanzó. Rodeó los restos de una cama. El colchón estaba desecho, cubierto de excremento de ratas.

—Aquí no hay fantasmas —murmuró.

Avanzó hacia un rincón y se arrodilló. En su sueño todo se veía bajo un débil fulgor, pero reconoció el lugar. Había una mancha en el piso, el lugar donde la vela había caído. Se inclinó y con sus dedos siguió la ranura entre las tablas. Se rompió una uña, y una astilla se le enterró en el dedo. Fernanda se volvió y buscó algo a su alrededor, algo que pudiera ayudarla a levantar la tabla. Finalmente encontró un trozo de metal. Supuso que había sido el pestillo de la ventana. Lo metió en la ranura y forcejeó hasta que la madera chasqueó y la levantó.

Allí abajo, entre el polvo y las telarañas, algo brilló. Con el corazón palpitante metió los dedos y tomó entre el índice y el pulgar la delgada pulsera rota. Faltaba el dije. Respiró profundamente. Él lo había tomado cuando cayó.

Lo examinó en la penumbra y pensó en todo lo que representaba, allí estaba la prueba de que sus sueños eran las vivencias de esas mujeres, de lo que les había sucedido.

—Todas están muertas —dijo con tristeza.

Guardó la pulsera en uno de los bolsillos de la falda y fue hasta la ventana. Pasó una pierna y luego la otra.

Mariana la miró nerviosa.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. —Sentía deseos de llorar. Casi podía sentir el dolor, el sufrimiento de esas jóvenes.

—¿Qué encontraste? —preguntó.

—Una pulsera.

—¿Era lo que buscabas?

—Sí.

—Ave María. —La joven se santiguó—. Entonces es cierto.

—Muy cierto. —Fernanda estiró la mano y alcanzó la rama. De pronto, no supo cómo bajar. Era demasiado delgada y no podía solo saltar desde ahí. El suelo estaba a unos cuatro metros de distancia. Si no se mataba, se rompería por lo menos una pierna.

—¿Qué pasa? —Mariana se restregó las manos—. Baja ya de allí.

—No puedo.

—¿No puedes? ¿Cómo que no puedes?

—La rama está muy alejada del tejado, no puedo alcanzarla.

Fernanda frunció el ceño.

—Intentaré con la rama.

Mariana comenzó a llorar.

A cincuenta metros de allí, Arasunu tiró de las riendas y apretó los labios.

Imposible, pensó.

—Pequeña demente —murmuró entre dientes, todavía incapaz de dar crédito a lo que veían sus ojos.

Fernanda sostenía su falda por encima de las rodillas mientras hacía equilibrio a una altura considerable del suelo, a la vez que trataba de alcanzar una de las ramas del árbol.

Rafael detuvo su montura con parsimonia.

Entonces vio a Mariana trepar el árbol con más maña que aptitud. Llegó hasta la primera rama y tendió la mano hacia Fernanda, aunque estaba demasiado lejos para alcanzarla.

Rafael arrojó su cigarro al suelo, en un charco de agua.

—Esa llorica se va a matar si se cae.

—Ese tejado no soportará el peso de esa cabeza hueca por mucho tiempo —gruñó.

Rafael curvó los labios en una mueca, pensativo.

Fernanda estiró la mano e intentó alcanzar a Mariana. El tejado tembló peligrosamente bajo su peso.

Arasunu desmontó de un salto y avanzó hacia su esposa a grandes zancadas.

—Mierda —gruñó.

Rafael alzó una ceja.

—Se va a caer —vaticinó en voz baja. Desmontó y siguió a su amigo con una vaga sonrisa en los labios.

Mariana estaba frenética.

—¡Te vas a caer! —exclamó con un gemido, y se abrazó al tronco del árbol—. ¡Te dije que no lo hicieras! ¡Te caerás y te romperás la cabeza!

—¡Mariana, basta! —Exasperada, Fernanda se volvió para reprenderla y fue tan brusco su movimiento que un pie resbaló—. ¡Ay, Dios!

Mariana soltó un chillido. Fernanda se aferró al borde del tejado y quedó colgada. Unas astillas se desprendieron y un par de pequeñas arañas se deslizaron sobre su brazo.

Fernanda cerró los ojos un momento.

Dios mío, rezó. No permitas que me caiga.

—Vas a morir. —Mariana comenzó a hipar.

—¡Ayúdame a subir, rápido!

—No puedo.

—¡Mariana!

La joven sollozó.

—¿Cómo le diré al señor Ferrara que te has roto la cabeza? —balbuceó
—. ¿Cómo se lo explicaré?

Fernanda frunció el ceño.

—Mariana, ven aquí.

—Exactamente, Mariana, ¿cómo piensas explicármelo?

Fernanda pensó en la conveniencia de morirse en ese momento. Echó una breve mirada al suelo y vio a Arasunu de pie, justo debajo de ella.

—¿Se puede saber qué haces?

—Nada. —Ella se afligió ante su suerte—. Nada en absoluto.

—Déjate caer —ordenó él—. Yo te atraparé cuando caigas.

Fernanda sintió que sus dedos comenzaban a resbalar, por lo que se encomendó a Dios y se soltó. Arasunu la atrapó con bastante facilidad, pero no la dejó en el suelo de inmediato, sino que la mantuvo entre sus brazos como si no fuera capaz de soltarla.

Arasunu la miró en silencio. No creía poder hablar sin rugir.

Entonces Fernanda vio por el rabillo del ojo que Rafael estaba a los pies del árbol e intentaba convencer a Mariana de que descendiera por sus propios medios, o subiría él a buscarla.

Fernanda sonrió.

—Buenos tardes, Rafael —saludó ella desde los brazos de su esposo—. ¿Cómo se encuentra hoy?

Rafael le devolvió la sonrisa.

—Muy bien, gracias por preguntar —dijo, y atrapó a Mariana cuando finalmente se dejó caer sobre él.

Mariana intentó tirar de su falda.

—Ya puede bajarme —dijo.

Él la ignoró.

Fernanda volvió su mirada hacia Arasunu.

—Gracias por salvarme —dijo. Sus ojos parecían vacíos—. Pensé que me rompería la cabeza.

—Fernanda.

Ella notó en su voz el frío acero de su furia.

—Puedo explicarlo —dijo.

Arasunu todavía intentaba controlar el miedo salvaje que azotó sus entrañas cuando la vio resbalar. La estrechó entre sus brazos.

—Explícate —exigió con voz ronca.

Fernanda lo miró a los ojos.

—Es cierto —dijo, y la voz tembló—. Todo es cierto. Están muertas —comenzó a llorar—. Todas ellas.

CAPÍTULO 20

Fernanda colocó la última ramita de ruda sobre la ventana de su dormitorio y luego se volvió hacia Yara, que sostenía un recipiente repleto de varillas de tabaco encendidas. Su fuerte aroma se había esparcido por toda la casa y se había difuminado en los rincones.

—Creo que aquí terminamos —dijo.

Yara alzó las cejas.

—¿Intenta espantar a los malos espíritus, señora? —preguntó, aunque la respuesta era obvia. Miró el tabaco y luego la ruda, curvó los labios—. Creo que es un poco tarde, esto debió hacerse antes.

—Mejor ahora que nunca. —Fernanda se limpió las manos en el delantal y apartó las cortinas.

Detrás de los árboles, hacia el Oeste, se veía una voluta de humo que se elevaba hacia el cielo. Tobías había hecho una hoguera antes del amanecer, y desde entonces arrojaba en ella todos los artículos que Mariana le alcanzaba: libros ya ilegibles, viejos juguetes, ropa de cama, pinturas y un centenar de pequeñas chucherías que llenaban la casa y que ya nadie usaba o usaría. Arasunu, por su parte, se había encargado de arrojar los muebles en desuso en un descampado, a quinientos metros de la casa. En la tarde, Tobías los convertiría en leña y luego los quemaría.

—Esto no va a funcionar —dijo Yara mientras seguía a Fernanda escaleras abajo.

—¿Por qué no? —La joven se aseguraba de que todas las puertas y ventanas tuvieran su ramito de ruda sobre el marco.

—Bueno, esto espanta a los malos espíritus, ¿ha visto usted uno últimamente?

—Aunque no lo crea, sí.

—¿Y es malo? —dudó la anciana.

—¿A qué se refiere?

—El espíritu que vio usted, ¿Le hizo daño? ¿La lastimó?

Ella vaciló.

—No comprendo. —Fernanda se detuvo y observó la sala. Todos los objetos decorativos que Yara le había señalado como pertenecientes a Itatí ya habían desaparecido. Satisfecha, cuadró los hombros y se dirigió a la cocina.

—Si resulta que el espíritu que intenta espantar nunca le hizo daño y es bueno, nada de esto lo echará de la casa, porque todas estas brujerías están pensadas para expulsar a los espíritus malos.

Fernanda no podía discutir esa lógica.

Yara la miró un momento en silencio y luego desvió la mirada hacia los rosales que se mecían con suavidad bajo las luces de la mañana. Era un hermoso día, el sol brillaba en el cielo y no hacía calor. El viento que provenía del Sur ululaba con suavidad en la arboleda, y traía desde allí los olores de la tierra negra y de los pinos mojados.

—Cree que ella está aquí, ¿no es así? —preguntó por lo bajo—. Mi nieta.

—No sé si es ella. —Fernanda cruzó el umbral de la cocina y percibió el olor a rosas muertas en los rincones. Se volvió, tomó el recipiente de tabaco y comenzó a moverlo de un lado a otro mientras murmuraba una oración.

La anciana esperó a que Fernanda terminara de orar para santiguarse.

—¿Qué vio, señora?

—Es una mujer. Ojos oscuros, cabellos negros. Tiene el pelo recogido en una trenza.

—Ave María.

—¿Es su nieta?

—No... No lo sé, podría ser.

—Yo la vi, vi a esa mujer aquí y, perdóname, pero no quiero volver a verla —dijo—. Cuando llegué a esta casa la vi en la ventana del cuarto contiguo al mío. Luego, en mi dormitorio. Mariana la vio en el patio y en la alameda.

—La señorita Alcaraz no comentó nada al respecto.

Fernanda se mordió el labio. El olor a rosas se difuminó, pero todavía podía percibirlo.

La anciana miró a Fernanda, pensativa.

—No debí llevarla con la señora Asunta.

—¿Por qué no?

—Ella le metió estas ideas raras en la cabeza, ¿verdad?

—Si se refiere a que me aconsejó cómo deshacerme de los malos espíritus, sí.

La anciana meneó la cabeza.

Fernanda se encaramó sobre una silla y alcanzó el último estante con la punta de los dedos. Había algo allí. Lo rozó, era frío. Se puso de puntillas y se estiró. De pronto, una mano fría y descarnada sujetó su brazo y tiró de ella hacia arriba. Fernanda soltó un chillido y se tambaleó sobre la silla.

—¿Señora?

—Ayúdeme —gritó, asustada.

La anciana intentó tirar de su mano para ayudarla a bajar, pero los dedos negros y putrefactos se enterraron en su carne, deteniéndola.

—¡Yara, bájeme! —gritó.

El olor a rosas muertas la golpeó con fuerza y alzó la mirada hacia el estante. Ella estaba allí, delgada, pequeña, agazapada contra la pared. Sus ojos oscuros y sin párpados se clavaron en Fernanda. Su piel oscura y descarnada tenía rastros de barro. Su pelo negro, sucio y apelmazado, caía despeinado a los lados de su rostro. Abrió la boca y escupió una bocanada de tierra.

—Es mío —dijo.

—¡Yara!

—Lo quiero de vuelta.

—¡Yara, bájeme!

—Es mío.

Fernanda soltó otro chillido y, de repente, la soltó. Osciló y estaba a punto de caer cuando alguien la aferró del talle y la depositó en el suelo, con un impropio.

—¿Qué hacía allá arriba? Caramba, pudo caer y romperse la crisma.

—¡Señor Cabral! —Fernanda lo miró, atónita.

El anciano recuperó el bastón que había dejado caer y meneó la cabeza.

—¿Dónde está su marido? Debería estar aquí y evitar que usted trepe por los rincones como un carayá.

—El señor fue a tirar unos trastos viejos al descampado —dijo Yara, y miró a su ama, extrañada—. ¿Está bien?

—Sí. Sí, estoy bien. —Restregó la piel de su brazo con fuerza. Todavía podía sentir los dedos de esa mujer allí, fríos y corruptos, sus uñas rotas lastimándole la piel. Pero no había ningún rasguño allí donde debían estar las marcas de su agarre.

—¿Quiere un poco de té?

Fernanda intentó disimular.

—Sí, Yara, por favor.

—Siéntese, parece estar a punto de desmayarse —dijo Aurelio, y la tomó por el codo. La empujó con firmeza hacia una silla y la sentó—. No estará usted encinta, ¿verdad?

—Eh, no —musitó Fernanda, avergonzada—. No lo creo.

—Bueno, será el calor entonces. Está usted blanca como la cera. ¿Qué le pasó allá arriba? Chillaba usted que daba miedo.

—Un ratón. —Fernanda se restregó el brazo una vez más—. Vi un ratón.

Yara y Aurelio volvieron sus ojos al unísono hacia el estante. Estaba muy alto, y era poco lo que se podía ver desde abajo.

—¿Y eso la asustó tanto? —Aurelio comenzó a reír entre dientes—. Mujeres.

Yara la miró con desconfianza, pero no hizo comentarios. Puso la pava al fuego y comenzó a preparar la vajilla para el té.

El anciano observó a su alrededor con sus ojos alicaídos y luego olisqueó el aire casi como lo habría hecho un perro. Frunció el ceño.

—¿A qué huele aquí? —preguntó.

—A tabaco y ruda —dijo Fernanda, con las mejillas arboladas—. Como puede ver, estamos de limpieza.

—Sí, eso veo. Pero ¿tabaco y ruda? Al ser usted mujer, pensé que le agradarían más las flores. ¿Por qué tabaco y ruda?

—Espanta a los bichos —intervino Yara, de espaldas—. Moscas, cucarachas, mosquitos. Después de esto, no encontrará uno a millas a la redonda.

Aurelio frunció el ceño con desagrado.

—Le creo —dijo—. Discúlpeme, pero la casa apesta.

Fernanda asintió. Pensó que desde que había llegado no había encontrado una sola alimaña ni dentro, ni fuera de la casa. Así como los pájaros no se atrevían a acercarse a cien metros de la puerta, tampoco lo hacían los insectos.

—Mis rosas ya florecen —dijo el anciano, y volvió sus ojos hacia la ventana. Fernanda siguió su mirada y vio los rosales que se entrelazaban unos con otros junto a la valla. Enormes pimpollos rojos, blancos y rosados se mecían con el viento—. Si no le importa, me gustaría venir a podar por la tarde.

Fernanda se sintió culpable.

—Lo siento, debí prestarles más atención —se disculpó.

—Ah, no se preocupe. Sé que tiene usted un huerto de hierbas medicinales y seguro que eso consume todo su tiempo. Yo puedo cuidar de las rosas, un día sí, un día no, en mis días buenos, cuando esta pierna me lo permita —dijo y golpeó su muslo.

—¿Qué le pasó, señor?

—¿En la pierna?

—Sí. Discúlpeme, no tiene que decirlo si no quiere.

—Bah, usted es médica y, como todos los médicos, no puede evitar preguntar sobre las dolencias de los demás —dijo Aurelio de buen humor—. Solo una cosa, muchacha, llámeme por mi nombre. No me gusta que me llamen “señor” cuando mi hijo es el nuevo señor, no sé si me entiende, da pie a confusiones.

Fernanda sonrió.

—Un accidente —dijo—. No tuve el cuidado que debí tener al carnear y, bueno, este es el resultado.

—Entiendo. Cuando quiera algún calmante, no dude en enviar a alguien por él. Tengo algunos ungüentos que podrían servirle.

—Gracias, muchacha.

—Aquí está —dijo Yara, y dejó una bandeja sobre la mesa. Dos tazas de té humeaban en la penumbra—. ¿Azúcar? ¿Leche?

—Está bien, yo me ocuparé —dijo Fernanda, y le señaló el recipiente con tabaco—. ¿Podría continuar con eso, por favor?

—Sí, señora. —Se secó las manos en su delantal y se marchó.

—¿Cuántos años tiene esa mujer? —preguntó Aurelio con curiosidad—. Cuando la conocí ya le calculaba ciento cincuenta.

Fernanda sonrió.

—Usted debe de conocer a todos por aquí —comentó.

—¿Me quiere decir que yo también parezco más viejo de lo que soy?

—Ay, perdón, no pretendía ofenderlo. ¿Cuántos años tiene usted?

—Sesenta y ocho.

—Ah, eh... No los parece.

—Claro que sí, y me he ganado cada arruga que ve aquí —dijo Aurelio, y señaló su cara apergaminada—. Nací, me casé y vi a mi hijo crecer aquí. Más que seguro de que cuando me muera mis huesos terminarán también aquí. Eso es bueno. Las raíces, ¿comprende? A mí no me gusta eso de ir de un lugar a otro. Mi hijo quiere irse a vivir a la ciudad, ¿sabe? Ya le dije que si quiere irse, que se vaya y no me fastidie con sus tonterías. Pero no quiere dejarme solo, cree que me caeré y me romperé la cadera, como la vieja Clotilde. ¿Ya conoció a Clotilde?

—No.

—Bueno, ya la conocerá usted cuando se recupere. Es una vecina. Vive a unos setecientos metros, a buena distancia de la ruta, hacia el Sur. Una mañana decidió tomarse unos mates en la galería de su casa, no se fijó dónde pisaba con esas chanclas viejas que suele usar, resbaló y se cayó. Se rompió la cadera.

Fernanda rio entre dientes.

—¿No tiene sirvientes en su casa?

—A nadie. Ya estoy viejo, muchacha. Ya no puedo irle detrás a las criadas para asegurarme de que limpien como se debe y tampoco de vigilar la platería para ver si falta algo. Mejor solo que nervioso, siempre lo dije.

—Entiendo.

—Además, no hay mucha gente que quiera trabajar para mí.

—¿Es usted muy difícil, Aurelio? —preguntó Fernanda con una sonrisa.

El anciano meneó la cabeza y bebió un sorbo de té. Dirigió sus ojos atormentados hacia los rosales.

—No soy yo, es mi hijo. Mucha gente le tiene miedo.

Fernanda recordó los conflictos que había tenido con Arasunu en la infancia, el ataque a Eloísa, las advertencias sobre él.

Aurelio suspiró.

—Está usted aquí hace tiempo ya, y supongo que habrá escuchado rumores sobre las muchachas que desaparecieron. Sé que hizo preguntas sobre ellas.

Fernanda asintió sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—La señora Asunta. —El anciano le dirigió una mirada sapiente—. Fui por algo para mi insomnio cuando comenzamos a hablar de usted. No piense mal, comentábamos lo bueno que era tener un médico en el paraje cuando me reveló que había ido usted a verla y a preguntarle sobre las jóvenes desaparecidas. A mí me gusta pensar que todas ellas se fueron de aquí por sus propios pies, que decidieron marcharse y solo eso. Pero a veces, cuando veo a mi hijo enfurecer y hacer cosas que avergonzarían a cualquier hombre de bien, entonces me pregunto si él... —Calló y desvió la mirada—. Dios mío, no me haga caso, soy un viejo chocho.

Fernanda apoyó una mano sobre los dedos temblorosos del anciano.

—¿Qué trata de decirme, Aurelio? —preguntó en voz baja.

—Mi hijo no es bueno, Fernanda. Tenga cuidado con él.

El viejo tembló.

—Pasó algo, ¿sabe usted? —musitó—. Fue hace mucho tiempo, cuando él solo era un niño, pero la gente de por aquí nunca lo olvidó, y desde entonces son muy pocos los que se acercan a él. Los hombres se mantienen a distancia y las mujeres le temen. —El anciano meneó la cabeza—. Creo que por eso quiere irse, para empezar de nuevo.

—¿Qué pasó?

El anciano contempló las rosas una vez más.

—Cuando mi hijo tenía unos ocho años, iba a la escuela del paraje —comenzó en voz baja—. No era más que un rancho, y creo que todavía lo es, pero la maestra era buena. Tenía un amigo, un chiquillo llamado Ramón. No me pregunte el apellido, ya lo olvidé, aunque sé que algunas cosas jamás deberían olvidarse. Era un chico feúcho. Sus ojos eran pequeños, oscuros y saltones, el cabello, demasiado corto como para serle de alguna ayuda, no podía ocultar su frente demasiado amplia. Tenía la nariz muy larga y solía fruncirla como un ratoncillo particularmente inteligente cuando se concentraba en los números. Y, como si todo eso fuera poco, su aspecto ratonil se acentuaba cuando sonreía, porque sus labios se curvaban sobre unos dientes grandes, enormes, como de roedor. “Rata” le decían. Carlos Domínguez, otro niño del paraje, lo había bautizado con aquel mote el primer día de clases. Ramón era un chico listo, pero muy callado. Era flaquito como un junco y menudo, sí señor, así era él, difícilmente le llegaba a los hombros a Marcos. Carlitos lo odiaba con toda el alma. Él era todo lo contrario a Ramón: casi tan alto como Marcos, robusto, fuerte, de puños rápidos y boca sucia, todos le temían y respetaban. Solo hacía falta verlo para asustarse. Mi hijo me contó

que Carlos solía esperar a Ramón a la salida de la escuela para zurrarlo, y aprovechaba cualquier momento de distracción de la maestra Fernández para pegarle una trompada o patearlo en las costillas.

—¿Por qué razón?

—No importan las razones para los Carlitos del mundo. Lo golpeaba porque sí, porque Ramón era un ratoncito bueno y asustado, porque no había una pizca de maldad en él y porque en este mundo de Dios hay gente así, mala, envidiosa y muy cruel. Nunca nadie intentó defenderlo ni ayudarlo. Cuando Marcos me lo contó, le di un buen sopapo. Él debió de haber ayudado a ese chico, pero bueno, a ese muchacho nunca pude inculcarle valores.

Fernanda pareció incómoda.

—Todos le temían a Carlitos, incluso mi hijo. ¿Y la maestra Fernández? Ah, era una buena persona, y habría sido defensora de Ramón si hubiese sabido las cosas que sucedían, pero Carlitos se cuidaba mucho de no hacer nada frente a los ojos de los adultos. Sé que Ramón decía en su casa que los golpes se debían a caídas. “Me caí de un árbol” era una justificación tan buena como cualquier otra mentira para explicar un ojo amoratado. La madre le creía, igual que mi esposa le creía a Marcos cuando decía que los golpes que lucía en sus costillas se debían a “resbalones”. La señora Ramírez tenía que trabajar de sol a sol en la chacra de Mendoza para alimentar a sus seis hijos, y Ramón era el mayor, imagínese nomás la terrible situación en la que se encontraba la pobre mujer. Así que supongo que no tenía tiempo para preocuparse por golpes y caídas. Ramón no tenía padre, o, mejor dicho, sí tenía, pero se había marchado a buscar trabajo a la ciudad a poco de nacer el más pequeño de sus hijos y jamás regresó.

—Qué terrible situación.

—Le cuento todo esto para que entienda mejor por qué nadie confía en mi hijo. Uno puede pasar años con la espalda apoyada contra la puerta del trastero para mantener todo adentro, pero en algún momento la puerta se abre.

—¿El trastero?

—Sí, ese lugar aquí —dijo el anciano, y se golpeó la cabeza con el dedo—. Aquí mismo, donde se guardan las cosas que no se hacen y las cosas que no se dicen. A veces sucede, el pestillo se oxida, el cerrojo se rompe con un chasquido, y lo que estaba allí, lo que intentamos ocultar por años, estalla como un pomelo maduro y todas las cosas que no se hacen y las cosas que no se dicen se esparcen por todos los rincones del cerebro como una mancha de aceite, oscura, espesa y pegajosa, y no podemos detenerla. Eso le sucedió a Ramón una mañana de octubre. Simplemente, el cerrojo se rompió. Esa mañana, Carlos le había advertido, poco antes de entrar a clases, que lo esperaría detrás de la escuela para “hablar” con él. Ramón, como siempre, bajó la mirada, apretó el cuaderno contra el pecho y se sentó en su lugar en silencio. Mi hijo lo observaba desde la ventana. Aquella mañana, Ramón fue el último en abandonar el aula. Con los labios apretados en una línea dura, se dirigió hacia el patio. Marcos fue detrás de ellos. Ramón se internó entre los arbustos que conducían a la parte vieja de la escuela. Marcos lo siguió y lo vio llegar hasta el viejo pozo. Estaba seco y ya nadie lo usaba, creo que todos se habían olvidado de su existencia; lo habían cubierto apenas con una tapa de madera vieja. Hasta aquel día no había representado peligro para nadie, sin embargo, tiempo después iba ser rellenado con tierra y escombros. En cuanto Carlos apareció junto al pozo, Ramón se arrojó sobre él y comenzó a golpearlo, pero Carlitos le propinó una patada en las costillas y fue entonces cuando Marcos decidió intervenir.

—¿Qué sucedió?

Aurelio la miró un momento con los ojos ausentes.

—Marcos se acercó a Carlos y lo golpeó. Con una piedra. Mi hijo me contó que escuchó crujir la cabeza de ese niño. Lo vio caer al suelo mientras su sangre comenzaba a humedecer la arena. Ramón alzó los ojos hacia Marcos y luego volvió la mirada hacia Carlitos, ambos supieron que estaba muerto. Ramón comenzó a llorar. Marcos me dijo que no recordaba cómo había llegado esa piedra a sus manos. Ramón dijo que se lo diría a la maestra, y

Marcos lo empujó. Yo sé que lo hizo. Él dijo que Ramón había tropezado y que se había caído al pozo, pero yo sé que él apoyó la mano en su hombro y lo empujó. Ramón trastabilló, cayó sobre la madera podrida que cubría el pozo, y la tapa cedió bajo su peso. Cayó diez metros abajo y su cabeza golpeó con fuerza contra el fondo de cemento. Marcos arrojó la piedra junto a él y se alejó de allí mientras escuchaba a la maestra acercarse mientras reunía a todos para regresar a clases. Cuando llegó a la puerta del aula, escuchó a la señorita Fernández chillar. Fue ella quien dijo que Ramón y Carlitos habían peleado y que “tal vez Ramón quiso defenderse y lo golpeó con la piedra y luego tal vez resbaló y cayó al pozo”. Eso dijo, pero muchos de los niños habían visto a Marcos seguir a Ramón y se lo dijeron a sus padres. Nadie pensó que Ramón hubiera podido ser capaz de defenderse de Carlitos, y mucho menos de haber cometido la torpeza de caer al pozo por accidente: todos sabían lo inteligente que era. Nadie dijo nada, pero sabían que Marcos había acabado con la vida de los dos.

—Aurelio... Esto que me cuenta...

—Es algo que sucedió hace mucho tiempo, Fernanda, pero tenía que contárselo para que pudiera entender. —Se puso de pie con cierta dificultad—. Solo hágame caso, deje de hacer preguntas, aléjese de él. Nada sucederá si deja las aguas quietas. Y ahora me voy. —El anciano llegó hasta la puerta y frunció la nariz—. Esta casa apesta.

—Sí, señor.

El anciano se despidió con un gesto y se alejó renqueando sin volver la vista atrás.

* * *

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Mariana, malhumorada. Arrojó varias fotografías al fuego que Tobías había encendido en el patio.

Rafael sonrió con lentitud.

—Caramba, qué verdes están hoy las uvas —dijo. Se llevó un cigarro a la boca—. ¿Por qué está tan disgustada? ¿Es que la hicieron trabajar como una esclava? ¿Tiene calor? Yo lo tendría si estuviera a punto de quemarme los zapatos por estar tan cerca de esos leños.

Mariana se apartó de la hoguera unos pasos.

—Váyase.

—Muy bien. Hable conmigo. ¿Qué le molesta?

—Usted.

Él la observó un momento en silencio y luego asintió, como si hubiese encontrado la solución a un difícil problema.

—Entiendo —dijo—. Míreme.

—Estoy ocupada.

—Ya veo. —Rafael le dio una chupada a su cigarro—. Está avergonzada porque berreó en mis brazos como la llorica que es y ahora no puede mirarme a la cara.

—¿Es que no puede solo irse y dejarme en paz?

—Lo haría si usted me aburriera, pero como me parece muy graciosa, tendrá que tolerarme a su alrededor. ¿Qué hace?

—Me deshago de las viejas fotografías que estaban guardadas dentro de la casa, en un baúl —dijo con las mejillas coloradas, y Rafael se preguntó si sería por el fuego o por su cercanía—. Fernanda me explicó que los fantasmas

se aferran a las cosas viejas.

Rafael alzó una ceja. El cigarro se movió en su boca y torció los labios en una media sonrisa.

—¿Usted y Fernanda creen en fantasmas? —preguntó.

Mariana frunció la nariz, ofendida.

—Ríase si quiere, pero Fernanda está decidida a limpiar la casa de malos espíritus —dijo en voz baja, y arrojó el resto de las fotografías al fuego. Hizo un gesto hacia una de las habitaciones del piso alto—. Al parecer vio a uno allá arriba.

—Y usted ha decidido ayudarla.

—No puedo hacer otra cosa después de lo mal que me porté con ella. —Ahuecó los labios—. Tengo que ser buena.

—Así que usted hace cualquier tarea que le encomienden para pagar sus pecados. Qué corazón tan noble. Otra en su lugar se habría marchado.

Mariana suspiró.

—Estoy avergonzada por mi conducta, pero tampoco tengo adónde ir. ¿Qué más puedo hacer?

—Mi casa está a su disposición.

—¿Disculpe?

—No ponga esa cara. —Rafael hizo un ademán con la mano y una voluta de humo se elevó alrededor de su cabeza—. No es una propuesta indecente.

—Oh.

—Pero si quiere, puedo hacerlo. Parece usted decepcionada.

—¡Señor!

Él sonrió.

—Mi madre vive conmigo —explicó con voz cansina—. Es viuda y a veces se siente sola. Usted podría hacerle compañía y, además de tener otro lugar donde ocultarse de sus parientes, haría una obra de bien: dejaría solos a los tortolitos.

—No, gracias.

Rafael encogió un hombro.

—Si cambia de opinión, solo tiene que decírmelo —dijo.

—Si cree que yo... —Mariana calló y fijó los ojos en una vieja fotografía. La humedad había carcomido la mitad de la imagen, pero los rasgos de la persona que en ella aparecía eran todavía visibles—. Dios mío.

Rafael se puso serio.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó ella, y le mostró la imagen.

Rafael observó con expresión taciturna. Vio a una hermosa mujer montada a horcajadas sobre un caballo mientras reía. Su cabellera oscura estaba suelta sobre sus hombros, y el hermoso rostro parecía iluminado por la luz del atardecer.

—Arrójela al fuego —dijo.

—¿Quién es?

—Itatí, la nieta de Yara.

—Ah. Yo la vi.

—¿La vio?

—Sí. —Frunció el ceño—. Cuando llegué a esta casa, la vi en el jardín, y luego hace poco en la arboleda, por allá. —Hizo un gesto vago con la mano—. Aunque se veía diferente. El pelo sucio y desgredado, la ropa hecha jirones.

—¿Está segura?

Mariana lo miró sorprendida. Rafael parecía incrédulo.

—Sé que es ella —dijo tajante.

Rafael le arrebató la fotografía de las manos y la arrojó al fuego. Luego se cernió sobre ella y la obligó a echar toda la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Si ve a esa mujer por aquí otra vez, mande a avisarme —dijo, y era una orden—. Venga conmigo.

—¿A dónde? —Mariana no tuvo más remedio que dejarse arrastrar.

—Si fuera usted un caballero, no me llevaría a la rastra.

—Bueno, nunca he dicho que lo fuera —dijo Rafael, divertido—. Mi padre era un arriero; y mi madre, la hija de un hacendado del interior; se fugaron para casarse. Mi abuelo la desheredó y la borró de la biblia familiar. Durante años tuvieron que trabajar muy duro para llevar comida a la mesa. Con el tiempo pudieron ahorrar lo suficiente para comprar unas tierras, y mi padre comenzó a construir la casa donde vivo ahora. Me enseñó lo que sabía, que era mucho en lo que respecta al ganado y al comercio de las carnes, y con el tiempo me dediqué a la ganadería. No tengo mucho dinero, pero puedo llevar una vida cómoda y sin sobresaltos. No tengo la educación de Juan de Dios, pero sé lo que quiero y cómo conseguirlo. —Sonrió—. Soy el tipo de hombre del que su madre le advertiría.

Mariana lo miró con admiración.

—Me impresiona.

—Qué bueno. Era lo que esperaba —dijo él, y la empujó con suavidad hacia una silla—. Siéntese, prepararé unos mates.

Mariana se sentó a la mesa y lo observó un momento. Vio la forma en que se movía, con innegable gracia masculina. Era alto y delgado, y más moreno que los hombres que conocía, pensó que debía de pasar tiempo a la intemperie. Le gustaban sus ojos, eran marrones como el chocolate, y, cuando sonreía, lo que hacía casi siempre, se le formaban un montón de arruguitas alrededor. También le gustaban los paréntesis que se le formaban a los lados de la boca, pensó. Miró sus manos y supuso que debía de usarlas para trabajar. Siempre la tocaba y, al hacerlo, sentía la aspereza de sus dedos, la fuerza contenida que ocultaba debajo de su relajado exterior.

Rafael sonrió, arrastró una silla frente a ella y la miró a los ojos mientras se calentaba el agua en la pava.

—Le contaré lo que sé de Itatí, y usted prometerá no acercarse a ella si la ve.

—Está bien.

Rafael se inclinó.

—Tiene usted unos hermosos ojos, Mariana —dijo—. Me recuerdan al cielo en una tarde de verano.

Ella se ruborizó.

—Gracias —musitó.

—¿Por qué? Solo le di mi opinión. Ahora le toca a usted.

—¿Qué cosas?

—Decirme qué opina de mis ojos.

—¿Perdón?

—Espero un halago, a ver, inténtelo. —Él se metió el cigarro en la boca —. Puede comenzar y explayarse a gusto.

—No sé.

—Ha recibido usted un halago de mi parte con total naturalidad, pero ¿es incapaz de pensar en algo que le guste de mí? ¿Nada? Qué vergüenza. Suya, no mía. Esperaba más de usted.

—Sus arrugas —dijo ella, impulsiva.

—¿Mis arrugas?

—Cuando sonrío, me gusta cómo se arrugan sus ojos —dijo avergonzada.

—Muy bien, es un avance, aunque es algo inusual que le gusten mis arrugas. ¿Qué más?

—¿No íbamos a hablar de esa mujer?

—A su debido tiempo. Ahora me interesa saber si me encuentra atractivo.

—¿Qué? Esto es de lo más indecoroso.

—No sea gansa. Solo intercambiamos impresiones. Me gusta su pelo. —Rafael se inclinó y enredó una guedeja de sus cabellos en uno de sus dedos—. Parece de oro, muy suave. Desde que la conocí me he preguntado si se ofendería usted mucho si lo acariciaba.

—Oh. —Ella no supo qué decir.

Rafael sonrió.

—Parece usted a punto de desmayarse —dijo—. ¿Acaso nunca le han dicho algo semejante?

—Sí, pero...

—¿Pero?

—No un hombre como usted.

—¿Un hombre como yo? Esto se pone interesante —dijo—. Descríbame, ¿a qué se refiere con “un hombre como yo”?

—Eh...

—La ayudaré: ¿atractivo?, ¿fuerte y decidido?, ¿irresistible, tal vez?

—No creo que sea correcto seguir con esta conversación —dijo Mariana, cada vez más incómoda—. Comienzo a irritarme con usted.

—Imagínese mi incomodidad hace un momento cuando usted me devoraba con la mirada. Me sentía como un trozo de carne fresca.

—¡Señor! —Mariana enrojeció, se puso de pie y se fingió ofendida—. Yo jamás...

—Mentirosa.

—¿Cómo se atreve?

Rafael sonrió.

—Cuando frunce los labios así pareciera pedir un beso. ¿Quiere uno?

—¿Qué?

—Un beso. Si quiere uno, podría complacerla.

Mariana retrocedió un paso y se parapetó detrás de la silla, alarmada.

—Si se acerca a mí, gritaré —balbuceó.

—Sí, creo que lo haría, pero solo para mantener las formas. —Rafael se volvió y apagó el fuego—. Cállese, no saltaré sobre usted, solo quería advertirla: si vuelve usted a mirarme como lo hizo hace un momento, terminará con un beso, lo quiera o no, y puede que más, si insiste.

—Esto es lo más vejatorio, ofensivo... —Ella masculló algo incomprensible—. ¡Usted se burla de mí!

—En absoluto. —Rafael la miró con una sonrisa—. Ahora siéntese mientras preparo el mate.

—Después de lo que acaba de decirme, no pienso sentarme y...

—¿Quiere que le cuente sobre Itatí o no?

Ella vaciló y finalmente se sentó. Rafael rio con suavidad.

—Hablemos de Itatí —dijo—. Será más seguro para los dos.

* * *

—Entonces me dijo que su hijo a veces hace cosas que no debería, cosas espantosas —dijo Fernanda, casi al borde de la silla. Fijó en él sus ojos bonitos, y quizás esperó hallar en él una emoción más fuerte que la curiosidad—. Me habría gustado hacerle más preguntas, pero el señor Cabral se puso de pie y prácticamente huyó.

—Aurelio está viejo —dijo con calma—. ¿Crees que si creyera a su hijo un asesino, te lo diría? Te contaba una historia.

—No parecía estar mintiendo —adujo la joven, disgustada.

—No creo que fuera su intención mentirte. —Arasunu enarcó una ceja—. Quizás solo es una historia que él cree cierta.

—¿Y si es cierto?, ¿y si su hijo asesinó a esos dos pequeños cuando era apenas un niño, y luego, ya de mayor, decidió matar también a esas chicas? ¿A Itatí? ¿No te gustaría saber qué sucedió con ella?

Él la observó en silencio un momento y luego volvió los ojos al libro de cuentas que había estado examinando. Sentado detrás de su escritorio, parecía un frío hombre de negocios.

—Fernanda, no puedes creer en las palabras de un hombre que se sienta junto a esas malditas rosas cada vez que puede y les cuenta todo lo que hizo en el día, como si tal cosa —dijo, e intentó razonar con su esposa—. Hace dos días lo encontré y canturreaba una canción de cuna mientras las podaba, y tuve que pedirle a Tobías que lo acompañara a su casa. ¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué te importa tanto esto?

—Necesito saber qué sucedió con Itatí.

—Se fue, Fernanda.

Ella vaciló y luego soltó un suspiro.

—Ella está muerta, y su espíritu está aquí. Quiere algo. Quiere algo que es suyo. Dice que le pertenece, y no sé qué es —dijo presurosa, casi como si esperara que él la callara—. Sé que su muerte está relacionada con la desaparición de las otras mujeres. Sé que es así.

—Y crees que Marcos Cabral la mató, así como a todas las demás.

—Sí, sí, eso es. Y además están esas pesadillas. —Cerró los ojos un momento—. Arasunu, no son normales. Nunca he tenido sueños como esos, son horribles. En ellos yo soy atacada, y es todo tan vívido.

—Estás sugestionada. Has escuchado tantas cosas sobre esas jóvenes que ahora están en tus sueños. Ya pasará.

—Sé que es ella.

—¿Quién?

—La hija de la señora Asunta. Es una de las mujeres con las que sueño —dijo—. Pero no sé si son ellas las que quieren decirme algo o si es Itatí la que desea contarme cómo empezó todo.

Ella buscó su mirada.

—Necesito que me creas. Hay algo, hay alguien en esta casa que trata de decirme qué sucedió con ella.

Arasunu enarcó una ceja.

Fernanda se echó hacia atrás en la silla y señaló la ramita de ruda que colgaba del dintel de la ventana, y lo distrajo de sus pensamientos. La mortecina luz del sol se apagó cuando la tarde murió en el horizonte, detrás de los árboles, y la penumbra gris del umbral de la noche se deslizó subrepticamente desde la arboleda hasta la casa.

—Pensé que la quitarías —dijo Fernanda—. Supongo que para alguien que no cree en fantasmas debe de resultar muy extraño tener ruda en la ventana.

—Tú crees en ellos, con eso basta —dijo él.

Ella sonrió complacida.

—Entonces supongo que no te importará no encender velas hasta que haya pasado un ciclo lunar completo desde hoy.

—¿Qué dices?

—La luz de las velas atrae a los espíritus.

—Fernanda, aquí no hay luz eléctrica. ¿Qué esperas que haga? Tengo que trabajar.

—No, no tienes. Técnicamente estamos de luna de miel —dijo ella, y se entusiasmó con el tema—. Cenaremos más temprano, a las seis, y luego podemos sentarnos en la galería y conversar bajo la luz de la luna. O no, podríamos quedarnos en silencio si prefieres. O dar un paseo por los alrededores, hacia allá, no hacia la arboleda. Quizás hasta podríamos ir a visitar a nuestros vecinos. Sé que por aquí cerca vive una anciana que se rompió la cadera. Una visita de cortesía sería agradable y después, bueno, podríamos irnos a la cama.

—¿Acaso intentas convencerme de que pase los próximos veintiocho días en la oscuridad, paseando y visitando a los vecinos?

Arasunu clavó en ella sus ojos de lince.

—De acuerdo —dijo con suavidad—. No habrá velas.

Ella le obsequió una brillante sonrisa.

—Oh, gracias, sabía que entenderías.

—Pero... No quiero que sigas con las averiguaciones sobre lo sucedido con esas mujeres. Es peligroso y suscitaría nuevos rumores, o quizás hasta atraerías a indeseables a nuestra puerta.

Fernanda se mostró decidida.

—No —dijo—. Si no lo hago, Itatí nunca se irá de aquí. Debo saber si Marcos Cabral la mató.

Arasunu se puso de pie, rodeó el escritorio y fue hasta su esposa. Apoyó la mano en los brazos del sillón y se inclinó sobre ella; la encerró entre su cuerpo y el respaldo.

—Quiero que dejes eso —dijo, y había en su voz un filo advertencia—. Olvidarás ese tema y te dedicarás a espantar a los fantasmas de esta casa sin ahondar más en ese asunto.

—¿Señor? —Yara carraspeó desde el umbral—. ¿Puedo servir la comida?

—Hazlo. —Arasunu crispó la mandíbula—. Mi esposa y yo iremos en un momento.

—Sí, señor.

Fernanda sonrió.

—Espere, iré con usted —dijo, y eludió a su marido—. Necesitará ayuda.

La anciana pareció ofendida.

—¿Con la comida? —preguntó escandalizada—. No, señora, yo...

—Yara, iré con usted. No me contradiga.

—Bueno... —Se mostró confundida—. Podría usted encender unas velas.

—No habrá velas. Prescindiremos de ellas durante las próximas semanas.

—¿Disculpe?

—Ya me ha oído.

La anciana dirigió una mirada hacia Arasunu y, como no objetó las órdenes de Fernanda, inclinó la cabeza.

—Está bien, señora —dijo—. Como usted diga.

Arasunu clavó sus ojos en su esposa.

—Fernanda.

—¿Sí, señor? —Ella lo miró con inocencia desde el umbral.

—Estás advertida.

Ella sonrió.

—Intentaré recordarlo —dijo, y desapareció del umbral.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 21

Yara dejó una carta sobre la mesa del comedor junto al plato de Mariana. La joven estaba sola en la penumbra del ocaso cuando observó la fría caligrafía de su padrastro.

Bajo la mirada atenta de la anciana, rompió el sello. Había creído que su madre la olvidaría, y que, como a su padrastro le importaba muy poco su suerte, no la buscaría. Pero, al parecer, se había equivocado. Se preguntó si Fernanda les había avisado de su paradero, o tal vez el señor Ferrara, y luego concluyó que no importaba. Siempre había sabido que no podría escapar de su destino.

Apretó los labios. Habría preferido desaparecer para siempre. Abrió la carta.

Estimada hija:

Cuando recibas estas líneas, espero que tu madre siga con vida. Está muy enferma y ha empeorado desde tu ausencia. He tardado en encontrarte y no lo habría logrado si Ferrara no me hubiera escrito unas líneas para informarme de tu paradero. Esperaba ir por ti, pero la salud de tu madre me ha mantenido en casa. Te escribo para que regreses por tus propios medios, porque no puedo dejar a Alcira sola para ir a buscarte.

Apelo a tu buena voluntad y los sentimientos que debes de tener para con tu madre.

El médico dice que está por morir. Si tardas mucho, puede que no llegues a verla antes de su final.

Horacio Gutiérrez

—Dios mío. —Mariana observó las líneas de la carta, incrédula. Pensó en su madre, tan fuerte, robusta, siempre saludable, y no pudo imaginarla enferma, mucho menos al borde de la muerte. Su padrastro debía de exagerar.

—¿Sucede algo? —Fernanda se acercó a la mesa. Juan de Dios la seguía de cerca. Parecía más tranquila.

—Mi madre —dijo con tono monocorde—. Está enferma y parece que pronto morirá.

Fernanda la miró incrédula.

—Dice mi padrastro que debo regresar a su lado.

No creía que su madre y su padrastro pudieran inventar algo así solo para hacerla regresar. Se puso de pie, y por primera vez en mucho tiempo su rostro había adoptado esa expresión ausente que antes la caracterizaba.

—Iré a preparar mis cosas.

La joven miró a Arasunu. Sus dedos temblaron ligeramente cuando estrujó uno de los pliegues de su falda.

—Si pudiera prestarme su carruaje para ir a mi casa, sería usted muy amable. Yo juro que lo enviaré de regreso en cuanto pueda.

—Regresaremos a la ciudad con usted —dijo Juan de Dios, y Fernanda lo miró sorprendida—. Es lo mejor.

—¿Irán conmigo? —Mariana se mostró preocupada—. Temo que mi padraastro...

—Yo me ocuparé de él. —Arasunu sonrió—. Tranquila.

Ella asintió, pero se sentía avergonzada.

—No sé qué hacer —musitó.

Fernanda fue hasta ella y le rodeó los hombros con un brazo.

—Estaré contigo —le dijo—. Tienes mi apoyo.

Mariana asintió.

Arasunu observó la sombra que se deslizó subrepticamente frente a la ventana. Pensó que sería bueno alejarse de la casa por un tiempo.

* * *

Mariana empujó la puerta y observó la habitación de su madre. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas. Solo unos pocos muebles eran visibles en la penumbra. Todo el lugar olía a vómito.

Dio un paso y se detuvo.

—¿Mamá? —llamó con suavidad.

El pequeño bulto que estaba debajo de las mantas se movió.

—¿Mariana?

La joven miró a su madre y casi no la reconoció. Estaba demasiado flaca. Los huesos de la cara parecían sobresalir y la piel se tensaba sobre ellos como si fuera un trozo de cuero. Temblaba. El pelo, antes sedoso y abundante, había raleado y colgaba flojo a los lados de su rostro.

—¿Qué sucedió? —La muchacha fue a su lado y se arrodilló junto a la cabecera. Buscó su mano. Era pequeña y huesuda entre sus dedos. Se sorprendió al encontrarla tan fría.

Alcira entreabrió los ojos.

—Es el estómago —dijo. Su voz brotaba en temblorosos susurros. Su aliento olía a ajo, pese a que Joaquina le había dicho que no había comido nada desde el mediodía—. El dolor pasa a estas horas, pero en la noche...

—Está bien. El médico sabrá qué hacer.

—Voy a morirme. —Alcira cerró la mano sobre sus dedos—. Tienes que escucharme.

—Sí, mamá.

—Cásate con ese hombre, con el señor Manferrer. Él cuidará de ti —dijo—. Tu padrastro habló con él, está dispuesto a olvidar que huiste. Te quiere. —Hizo una mueca. Intentó incorporarse y Mariana se apresuró a ayudarla—. Él tiene dinero, una casa, propiedades. Estarás bien.

—Yo... Estoy enamorada, mamá. Sé que te alegrarás por mí. No puedo casarme con ese hombre porque ¿cómo podría si amo a otro?

—¿Enamorada? —Alcira hizo una mueca de desprecio—. ¿De quién?

—Es un buen hombre. Me trata bien y me comprende, me escucha. Sabe las cosas más terribles de mí y no parece horrorizarle nada de lo que piense, diga o haga. Todavía no se lo he dicho y quizás nunca lo haga, pero si lo quiero de esta manera, jamás podría casarme con otro, ¿comprendes?

—¿Tiene dinero?

Mariana vaciló.

—No es rico, pero tiene una casa muy bonita en las afueras de la ciudad. Se encarga del comercio de reses. Él...

Alcira frunció los labios. El dolor era intolerable, pero no permitió que la venciera, no cuando debía asegurar el futuro de su hija antes de morir.

Alcira clavó las uñas en la mano de su hija.

—No digas tonterías, niña estúpida —dijo, y por un momento pareció la misma de siempre: altiva, orgullosa, despreciativa—. A tu edad el amor es una ilusión. Pasará. Con el señor Manferrer tendrás un hogar, seguridad, todo lo que yo no tuve. Ese hombre al que dices amar, ¿siente lo mismo por ti? —Había una mueca burlona en sus labios agrietados.

—No lo sé, yo...

—No te quiere. Solo quiere abusar de tu inocencia. Eres una tonta. Luego te dejará. Los hombres son así. Te dejará sola con un niño, desamparada, para que arregles el desastre como puedas. No permitiré que vivas lo mismo que yo.

—Él no es así. Quizás no lo consideres un caballero, pero lo es. Es un hombre en quien puedo confiar.

Alcira apretó los labios.

—Tu padrastro pasó vergüenza por tu culpa, no sabíamos dónde estabas. Todo este tiempo... Y ahora resulta que andabas de puta y te arrastrabas detrás de un campesino. Cuando recibimos un mensaje de ese indio, que decía estabas a salvo con ellos, creí que tu padrastro me mataría. —Alcira apretó los labios. La piel cerúlea se le tensó sobre los pómulos—. Horacio tuvo que explicarle al señor Manferrer que te habías ido con esa furcia, con Fernanda, y que esperaba que regresaras pronto. Pero el señor Manferrer no es estúpido, sabía que habías intentado huir de él y estaba a punto de romper el compromiso contigo cuando tu padrastro lo convenció de que esperara por ti.

Mariana pestañeó rápidamente cuando sus ojos comenzaron a nublarse con las lágrimas.

Alcira intentó salir de la cama y alcanzar a su hija, pero no pudo. Le mostró los dientes en una sonrisa ladina.

—Acércate —dijo.

Mariana tembló. Los recuerdos de su infancia llegaron a ella a borbotones.

—No, mamá —dijo.

—Ven acá, te digo.

Mariana dio un paso y luego otro hacia su madre. Años de acatar sus órdenes le impidieron rebelarse.

—Arrodíllate junto a la cama.

Mariana obedeció. Alcira enredó los dedos en su pelo y tiró con fuerza hacia abajo.

—No llores.

—Suéltame.

—Ya te voy a enseñar yo a llorar.

—Alcira. —Horacio estaba en la puerta, tenía una bandeja entre sus manos. Una taza de té humeaba en la porcelana—. Suéltala.

La mujer hizo una mueca y la soltó. Mariana retrocedió. Las lágrimas habían desbordado sus ojos, pero el llanto permanecía atorado en su garganta.

Horacio la miró con desprecio.

—Tu madre necesita comer —dijo—. La pones nerviosa. Ve a tu habitación.

Mariana asintió y huyó.

* * *

Llovía, pero a ella no parecía importarle. Tenía las ropas mojadas, el sombrero arruinado, los zapatos hundidos en el barro, el pelo pegado al cuello y los ojos nublados por las lágrimas. Estaba sentada en el cobertizo, frente a la puerta abierta. Afuera, la garúa que había comenzado a caer poco después de que regresara de la casa del señor Manferrer se había convertido en una tormenta.

Mariana inclinó la cabeza y soltó un sollozo. Creyó escuchar pasos en la gravilla, pero supuso que se trataba de una sirvienta que se apresuraba a recoger la ropa que alguien había olvidado en el tendedero. Recogió las rodillas bajo la falda, inclinó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos. Escuchó la puerta chirriar al abrirse y, después de un momento, alguien se arrodilló junto a ella y tocó sus dedos con suavidad.

—No llores.

Ella alzó la cabeza con un respingo y lo miró sorprendida.

—Rafael —musitó.

—Eres una llorica —dijo él, y aplastó un pañuelo contra su nariz—. ¿Ahora qué sucedió?

Mariana parecía incapaz de apartar los ojos de él.

—¿Qué hace aquí?

Él la obligó a sonarse y luego guardó el pañuelo en uno de sus bolsillos. También estaba mojado por la lluvia, pero no tanto como ella. Gotitas de agua brillaban su pelo.

—Pensé que necesitarías a un amigo —dijo con una sonrisa, pero el humor no llegó a sus ojos. En realidad parecía preocupado—. Creo que soy bueno con las mujeres llorosas, y supuse que al regresar usted a su casa tendría muchas razones para llorar.

—¿Cómo supo dónde encontrarme?

—Juan de Dios me dio sus señas.

—Entiendo. —Ella trató de mantener su dignidad al incorporarse y alisarse las arrugas de la falda—. Sin embargo, no lo necesito. Señor, déjeme sola por favor.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. —Rafael curvó los labios en una sonrisa torcida. Notó cómo su traje sastre de paseo se le adhería al cuerpo cuando intentó alejarse de él. Estaba mojada, con los ojos hinchados y tenía todo el aspecto de un gato a medio ahogar—. Sé que dije que no soy un caballero, pero supongo que lo soy después de todo. No puedo dejarla aquí sola cuando necesita llorar con alguien. Creo que me quedaré hasta que decida usted arrojarse a mis brazos y contarme sus cuitas, o dejar de berrear a fin de hablar conmigo con cierta coherencia.

Ella elevó el mentón.

—Váyase. No quiero hablar con usted —dijo.

Él entornó los ojos.

—Necesita hablar con alguien. Se desmorona. Si no es conmigo, con una amiga entonces.

—No tengo amigas —dijo Mariana, y luego añadió—: Nunca las tuve: mi madre no me lo permitió. Dijo que solo sentirían envidia de mi belleza e intentarían lastimarme.

Él apretó los labios.

—¿No tiene algo más que hacer?

—A decir verdad, no imagino nada mejor para hacer esta tarde que estar aquí y consolarla.

Eso la conmovió profundamente, pero no dijo nada. Rafael extendió el brazo, le rodeó los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Ella intentó apartarse, forcejeó, pero él estaba decidido a mantenerla a su lado, y la joven terminó por apoyar la cabeza en su pecho.

—Esto no es correcto —dijo.

—¿Abrazarla? —Alzó una ceja—. ¿Le disgusta mi cercanía?

Ella no supo qué decir. Él sonrió.

—A mí me gusta abrazarla —dijo, y dejó de lado la formalidad—. Me gusta el olor de su piel bajo la lluvia, el color de su pelo y hasta eso que cuelga de su nariz.

—¡Oh!— Mariana soltó una exclamación, horrorizada, y se cubrió la nariz con la mano, con la cara que le ardía solo para descubrir que le había tomado el pelo.

Rafael reía entre dientes.

—Lo siento, no pude contenerme. Se veía tan... ¡Ay! —se quejó cuando Mariana enterró el puño en sus costillas.

—¿Qué pretende de mí? —exigió saber—. ¿Burlarse? ¿Hacerme sentir una tonta?, ¿es eso? No lo entiendo.

Rafael endureció su expresión.

—Solo quiero consolarla —dijo—. Jamás conocí a alguien que precisara de tanto consuelo como usted.

—¡Aléjese de mí! ¡Váyase! ¡Regrese al campo, donde pertenece! ¿No ve que no puedo? —Ella tembló y le dio la espalda—. Mi madre está muy enferma, me necesita a su lado y no puedo alterarla, creo que podría morir.

—¿Lo lamenta?

Mariana apretó los dientes.

—No. En realidad me sentiría aliviada. Sería libre. —Hizo un gesto con la mano—. Podría tomar mis propias decisiones, irme de aquí, pintar, vivir mi vida. Dios mío, podría casarme con quien yo quisiera y tratar de ser feliz. — Lo miró por encima del hombro, vacilante—. ¿Me desprecia?

—¿Por decir la verdad? No. —Él buscó algo en el interior de su chaqueta y luego sacó un cigarro. Lo encendió y le dio una chupada—. ¿Discutió con ella?

—Quiere verme casada con el señor Manferrer antes de morir.

Él la miró. Sus ojos se ensombrecieron.

—Y su dominio es tan fuerte sobre usted que no puede hallar la manera de desobedecer sus órdenes —dijo—. ¿Qué piensa hacer? ¿Se casará con ese hombre?

—Sí.

Él la miró un momento en silencio y avanzó hacia ella. Desde su mano, las volutas del cigarro se elevaban en diminutos y ondulantes círculos grisáceos. La aferró de un brazo y la volvió hacia él.

Mariana lo miró a los ojos. Él parecía tan fuerte, tan seguro, que sintió lástima de sí misma: ¿por qué no podía tener un poco de su determinación, solo una pizca de su carácter?

Rafael buscó algo en su mirada.

—Maldita sea. —Cerró los dedos sobre su nuca, la acercó a él y la besó. Mariana abrió muy grandes los ojos, sorprendida.

Rafael acarició sus labios con la lengua.

—Bésame —dijo, y la muchacha obedeció. Era el único que tendría, el último que experimentaría con el hombre que amaba. Le rodeó el cuello con las manos y sintió entre los dedos la húmeda suavidad de su pelo. Olía a lluvia, sabía a whisky y a tabaco, y Mariana sintió que el corazón se le derretía entre sus brazos.

Rafael le rozó la garganta con la punta de los dedos en una caricia gentil.

—Déjame acercarme a ti —dijo contra sus labios. La miró a los ojos—. Permíteme cortejarte, ser la opción a ese hombre que te pretende.

Él apartó con los dedos la guedeja de pelo que había caído sobre su frente y la colocó con cuidado detrás de su oreja.

Mariana lo miró con lágrimas en los ojos. Pensó en su madre, en sus ojos, la mirada decidida, y se estremeció. ¿Qué haría contra Rafael si sabía de su existencia? Quizás no estaba en condiciones de hacer mucho, pero su padrastro sí. Temió por él.

—No siga, por favor —dijo, y sin poder contenerse, alzó la mano y acarició su rostro—. No puede ser.

—¿Por qué no? —preguntó—. Sé que sientes lo mismo que yo. Lo veo en tus ojos, lo siento en tus labios. No puedes negarlo.

No, no podía, pero si lo admitía, ¿qué sería de él? No podría enfrentarse a su padrastro. Ella desvió la mirada, incapaz de enfrentar sus ojos.

—Márchate, por favor —dijo con voz trémula.

Rafael la aferró por los hombros.

—Tú y yo nos comprendemos muy bien —dijo—. ¿Por qué no me das la oportunidad de demostrarte que podría aspirar a tu mano y ser un buen marido?

—No.

—Sé que no soy rico, pero no te faltaría nada. Si tuviera que romperme la espalda y trabajar para darte un capricho, lo haría. Mariana, lo que tú quisieras sería suyo. Dame la oportunidad de demostrártelo.

Mariana intentó alejarse.

—Es suficiente. —Tembló—. Debo regresar con mi madre. No quiero hablar con usted.

Él la soltó.

—Está bien —dijo—. Hablaremos después, cuando desees hacerlo.

Ella asintió y se alejó unos pasos cuando de pronto él la alcanzó, la rodeó con los brazos desde atrás y la estrechó contra su cuerpo.

Rafael hundió los labios en su pelo.

Mariana meneó la cabeza y, sin decir más, cruzó el umbral y regresó a la casa, sintiendo la mirada de Rafael en la espalda.

* * *

—Juan de Dios. —Dante levantó la vista de los documentos que había examinado detrás de su escritorio y enarcó una ceja—. ¿Recibiste mi mensaje tan pronto? Esperaba tu visita en la mañana.

Arasunu se acomodó en una silla, junto a la ventana.

—¿Me enviaste una nota? —Aceptó la copa de vino que Dante le ofreció—. No la recibí. Supongo que habré salido de La Esperanza antes de que llegara.

—¿Pasó algo?

—La madre de Mariana Alcaraz está muy grave. Mi esposa decidió acompañar a la chica en estos momentos.

El rostro de Dante se ensombreció. Sus ojos verdes se oscurecieron.

—Vigila a tu mujer —dijo con sobriedad—. No está segura en esa casa.

Arasunu lo miró a los ojos.

—¿Qué sucede?

Dante lo observó un momento en silencio, como si lo evaluara, y luego asintió.

—A la señora Alcira no se la veía desde tu partida. Me pareció extraño y decidí hacer algunas averiguaciones. Su salud ha empeorado a pasos agigantados desde que te fuiste de la ciudad, ha estado en cama desde entonces. No recibe a nadie, no sé si porque no desea hacerlo o porque el marido le impide tener visitas, pero apostaría por lo último. —Sus ojos opalescentes adquirieron la tonalidad del mar en la penumbra—. Una de sus sirvientas tuvo la amabilidad de hablarme de ella. Sus dolores son intensos, su apariencia se ha vuelto desagradable, sufre de vómitos y temblores violentos.

—¿Por qué?

Dante se recostó contra el respaldo del sillón y lo miró sin ninguna expresión en el rostro.

—Decidí ir un poco atrás en el tiempo. Me pareció una casualidad muy extraña que Gutiérrez estuviera a punto de enterrar a su segunda esposa de la misma enfermedad que se llevó a la primera. Hablé con Resoagli, obviamente. Ese viejo estaba dispuesto a hablar de cualquier cosa, siempre que no le cobrara los pagarés que me debe —dijo—. Descubrí que la madre de tu esposa tuvo los mismos síntomas que la actual señora de Gutiérrez. El esposo se encargaba de cuidarla y alimentarla, creían que era un marido atento—. Dante se peinó el pelo hacia atrás con los dedos. Su piel adquirió la fría tonalidad del bronce bruñido cuando volvió el rostro a un lado, bajo la luz de la lámpara. La cicatriz de su rostro confería a su semblante un aspecto amenazador—. Yo no lo creo.

—¿Veneno?

Dante asintió.

—Tito se encargó de seguir todos los pasos de Gutiérrez en las últimas semanas. —Hizo un gesto con la mano—. Te daría los detalles, pero no creo que tengas tiempo para escucharlos. Horacio tiene en su poder grandes cantidades de arsénico, lo consiguió con el viejo boticario del hospital.

Arasunu apretó la copa entre los dedos.

—¿Por qué asesinaría a su esposa?

—Se ha convertido en un estorbo. —Dante se inclinó hacia él—. La señorita Leticia Contreras está disponible. Es una rica heredera y tengo entendido que en su juventud estaba muy enamorada de Horacio. Hoy sería una excelente adquisición para un hombre ambicioso.

Bebió un trago de vino.

—Apostaría a que la actual señora Gutiérrez no vivirá una semana más. Tiene sus momentos lúcidos, pero la mayor parte del tiempo está adormilada o sufre de violentos vómitos —dijo—. Tienes que advertir a tu esposa.

—Hablaré con ella.

—¿Le dirás que su madre fue asesinada?

Arasunu lo miró a los ojos.

—Será un duro golpe para ella —dijo en voz baja.

—Lo será. —Dante torció la boca a un lado—. Tengo entendido que es médica, supongo que pensará en culparse a sí misma creyendo que si hubiese estado más atenta a los síntomas, si hubiese desconfiado de las intenciones de Gutiérrez, habría podido evitar su muerte.

Arasunu dejó la copa sobre la mesa y se puso de pie. Su expresión oscura y severa se acentuó cuando se inclinó sobre el escritorio de uno de los pocos hombres a los que consideraba un amigo.

—¿Puedes probar todo esto? —preguntó.

—¿Pretendes enviar a Gutiérrez a la cárcel?

Arasunu no respondió. Dante esbozó una sonrisa.

—Yo en tu lugar, encontraría la manera de deshacerme de él sin la intervención de la ley —dijo con tranquilidad—. Pero cada quien con sus métodos.

—¿Puedes probarlo?

—Hay testigos.

—¿Las sirvientas? Gutiérrez podría decir que son inventos. Que arguyeron sus calumnias por haber sido despedidas. ¿Resoagli? Es un borracho, nadie le creería.

—Está la actual esposa. Si todavía vive, se podría llamar a un par de médicos para que la examinen.

—El arsénico no es fácil de detectar.

Dante lo miró pensativo.

—Si todo falla, podría crear algunas pruebas para ti —dijo en voz baja—. Sabes que puedo hacerlo.

Arasunu esbozó una sonrisa.

—No será necesario.

CAPÍTULO 22

Pasaban de las ocho de la noche cuando Mariana terminó de leer el último salmo de la Biblia y observó a su madre. Alcira estaba recostada entre almohadones, con la respiración sibilante y agitada. Tenía los ojos cerrados y parecía dormida, pero sabía que no lo estaba. Se sentía débil e irritada, pero no quería dormir aún.

Mariana se puso de pie y dejó el libro sobre la mesita de noche. Se alisó los pliegues de la falda y dio un paso hacia la puerta. Quería darse un baño y recostarse un poco. Le dolía la cabeza y no podía quitarse a Rafael de la mente. Aquel beso, los brazos, las palabras; nada de todo aquello había podido borrar de su mente. Qué amable era, qué dulce. Si solo fuera posible estar a su lado, amarlo, formar una familia...

—Tengo hambre —dijo Alcira con un susurro.

Mariana se volvió y la miró.

—¿Te sientes bien?

—Siempre me siento bien a estas horas —replicó la mujer. La miró a los ojos—. Tráeme un poco de caldo. No creo que pueda tragar otra cosa.

—Sí, mamá.

—Tu madre debe comer, Mariana —dijo Horacio desde el umbral—. Sal de aquí.

—Solo hablamos —dijo Alcira.

—Yo hablaré con tu hija más tarde —dijo Horacio con voz autoritaria. Miró a Mariana con desprecio—. Espérame en la biblioteca.

Mariana asintió y salió.

Horacio dejó la bandeja sobre la mesa y le dio la espalda a su esposa. Sacó algo del interior de la chaqueta, lo dejó caer en la sopa y comenzó a revolverlo.

—Te sentirás mejor después de comer —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Mariana desde el umbral.

Horacio frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí? Te dije que fueras a la biblioteca.

—Olvidé mis lentes. —Mariana hizo un gesto con la mano—. Lo vi echar algo en la comida, señor. ¿Qué es?

—Es una medicina.

—Déjeme ver.

—¿Dudas de mi palabra?

Mariana observó a su madre, que estaba pálida y temblorosa, y volvió sus ojos hacia su padrastro.

—Démelo, quiero mostrárselo a Fernanda. Ella me dirá qué es si usted no quiere hacerlo.

Alcira tembló. Fijó sus ojos empañados en su marido.

—Margarita... —dijo—. Margarita murió mientras la cuidabas. Dios mío, ¿Horacio?

—Cállate. —El hombre atravesó el recinto y aferró a la muchacha del brazo. La empujó hacia el pasillo—. Ya hablaré contigo más tarde. Tu madre enloquece a causa de su enfermedad.

—¿Qué le está dando?

—Es veneno —gritó Alcira, y su voz apenas fue un susurro. Ya casi no tenía fuerzas para hablar—. Así mató a su primera esposa.

Mariana abrió los ojos.

—Asesino —musitó.

—Corre, Mariana. —Alcira intentó incorporarse—. ¡Sal de aquí ahora!

Entonces la joven se volvió y corrió hacia el pasillo.

—¡Puta desgraciada! —rugió Horacio, y corrió tras ella—. ¿Adónde vas?

Mariana no respondió. Cruzó el pasillo, trastabilló con la falda, giró hacia la escalera y su cadera golpeó contra el pasamanos cuando Horacio se arrojó sobre ella. La joven forcejeó con la baranda contra la cintura.

Horacio la aferró por los hombros.

—¿Qué te pasa, idiota? —gruñó. Ella le dio una cachetada, y él apretó los dientes. La zarandeó.

—¡Se lo diré a Fernanda! ¡Usted es un asesino!

—Cállate.

—¡No me callaré! Todos sabrán quién es usted realmente.

Horacio apretó los dientes, hundió los dedos en sus brazos y la empujó contra la barandilla.

—No hablarás con nadie —dijo. La madera crujió y tembló—. No lo permitiré.

Mariana chilló y el balaustre se quebró. La madera cedió y ella perdió pie, pero logró asirse de la baranda con los dedos, desesperada, y quedó colgando a seis metros del suelo.

Horacio sonrió y pateó la balaustrada. La madera torneada comenzó a ceder.

—¡Déjala! —gritó Cecilia, y golpeó a Horacio en la cabeza con una estatuilla.

Él soltó un gruñido y se volvió. Cecilia lo miró, asustada, y antes de que él pudiera estirar las manos y sujetarla, le dio otro golpe en la sien. Horacio trastabilló y cayó por las escaleras. Su cuello crujió y quedó tendido en el descansillo, en una posición antinatural.

Mariana miró a Cecilia en silencio. Sus ojos muy grandes se veían aterrorizados. La sirvienta se arrodilló e intentó asirla, pero era demasiado pesada. Sus dedos comenzaron a resbalar.

—¡Cecilia!

La joven soltó un chillido cuando Mariana cayó y golpeó el suelo, seis metros abajo.

* * *

—Lo maté —dijo Cecilia, temblorosa. Tenía los ojos fijos en el oscuro bulto que se encontraba en el descansillo de la escalera—. Maté al señor Gutiérrez.

—Cálmate. —Juan de Dios tomó a la sirvienta por los hombros y la apartó del cadáver con suavidad pero con firmeza—. Tú no lo mataste. El señor Gutiérrez resbaló y se cayó, eso fue todo.

—No, yo fui. —Levantó los ojos hacia y comenzó a llorar—. Pensé que dejaría caer a la señorita Mariana y lo maté.

Juan de Dios observó el rostro macilento de la joven. Vio en sus ojos grandes y bellos el miedo y el horror. Le palmeó la mano y, al notar sus dedos helados, comenzó a masajearlos.

—Está bien. Hiciste lo correcto —dijo con dulzura, y como la joven parecía incapaz de moverse, la empujó hacia una silla y la obligó a sentarse. Se inclinó y la miró a los ojos—. Quédate aquí, tengo que asegurarme de que está muerto.

Cecilia alzó los ojos hacia él. Las lágrimas comenzaban a humedecerle las mejillas.

—¿Cree que me llevarán a la cárcel? —preguntó en voz baja. La palidez mortal de su piel se acentuó.

—Quédate tranquila, yo me ocuparé de todo.

Cecilia asintió, aunque no parecía estar plenamente consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Juan de Dios se inclinó sobre el cadáver de Horacio. Tenía el cuello doblado en una posición imposible, los ojos abiertos, fijos en algún punto de la penumbra. Examinó la escalera que conducía al piso alto.

Cecilia lo observó con sus ojos enormes.

—La señorita Mariana... ¿Sobrevivirá?

—Fernanda está con ella.

—Se golpeó muy fuerte, creí que había muerto también.

—Hiciste bien en enviar a Joaquina por mí. Resolveremos esto. Cecilia, mírame. —Cuando ella volvió los ojos hacia él, habló con suavidad—. Diremos que estabas en la biblioteca conmigo, y cuando preparábamos el menú de la cena escuchamos a Mariana gritar. La vimos caer y a Gutiérrez apresurarse a bajar para asistirle, pero resbaló y cayó.

—Pero yo... Iré al infierno.

—Cálmate. ¿Quieres que te ayude?

Cecilia asintió.

—Bien. Repite después de mí: estaba en la biblioteca con el señor Ferrara mientras preparaba el menú cuando...

* * *

Ella se volvió y escudriñó la oscuridad que se arremolinaba a su alrededor. Zarcillos de sombras y niebla se arrastraban sobre los parterres de flores y hierbas silvestres intentando alcanzar los peldaños de madera que conducían al penumbroso vestíbulo de la casa. La luna se había convertido en una cuña de plata encajada en un oscuro ramillete de nubes deshilachadas, y su fantasmal fulgor azulino no alcanzaba a iluminar más que el diáfano contorno de las sombras que se mecían en la creciente oscuridad.

Algo crujió en el silencio sepulcral que reinaba entre los viejos rosales y los añosos árboles que hacían reverencias sobre el sendero de pedregullos que bajaba desde la carretera hasta la entrada de la casa. Una rama se

quebró con un chasquido y cayó entre los pajonales que bordeaban la valla. Un pájaro negro soltó un espeluznante chillido entre los hierbajos y, a lo lejos, un perro comenzó a ladrar, desahogado.

Itatí retrocedió un paso, luego dos, sin apartar los ojos de la arboleda que gemía y susurraba, se mecía y temblaba bajo la fría caricia del viento. Estaba asustada. El miedo se reflejó en su rostro un instante antes de que cerrara la puerta con un golpe y se apoyara en ella para recuperar el aliento. Se veía muy pálida en la opacidad del pasillo bajo el débil resplandor de una vela que titilaba desde un rincón del recinto. Sus ojos oscuros se veían inmensos en el rostro ovalado, los labios trémulos, la piel cetrina. Tenía el pelo oscuro y lacio suelto sobre sus hombros estrechos, despeinados. Era una muchacha aún joven, muy joven, con una blusa sencilla de algodón y una falda negra sin más adorno que unos volantes sobre el ruedo. La única nota de vivo color en su atuendo parecía ser una mancha de sangre que oscurecía el delicado encaje que adornaba su cuello.

El viento aulló entre los pajonales, se deslizó hasta las ventanas y golpeó con fuerza los postigos, lo que hizo temblar los pestillos bajo sus gélidos embates. La neblina reptó bajo la puerta, hundió sus dedos deshilachados en el suelo de madera y la oscuridad cayó sobre la casa como un manto frío e impenetrable.

Itatí se apartó de la puerta con pasos inseguros.

—Jarýi —llamó—. ¿Dónde estás?

Tropezó con la alfombra y se asió del pasamanos de la escalera para no caer. Se volvió, vio temblar la puerta, la cerradura, el picaporte y, con un gemido de miedo, corrió hacia el piso alto. Los peldaños rechinaban bajo sus pasos, y en su apuro resbaló y golpeó la pared con un hombro. Hizo una mueca de dolor y una exclamación de miedo escapó de sus labios cuando una fotografía se desprendió de la pared y cayó al suelo con gran estrépito. El vidrio se quebró, y su rostro ceniciento se reflejó por un momento en la deformada telaraña que se había dibujado en la superficie. Se veía asustada,

nerviosa, incapaz de contener el llanto que se agolpaba en su garganta, y, aun así, su exótica belleza parecía haberse profundizado a causa del miedo que convertía sus ojos bellos en obsidiana, la piel en porcelana y los labios en temblorosos rubíes. Su rostro desapareció en el reflejo cuando sujetó su falda, abandonó el descansillo de la escalera y corrió hacia la alcoba. La luz de una vela iluminó, temblorosa y moribunda, sus pasos desesperados, los pliegues de la falda, el rojo sangriento que le adornaba el cuello de encaje cuando llegó hasta el umbral de la puerta. Bajo su etérea luminosidad, las paredes de color ocre parecían ser de oro bruñido, también las viejas fotografías de la familia Ferrara y la raída alfombra que tantas veces había deseado cambiar y que aún permanecía en su sitio, víctima de incontables discusiones sobre su antigüedad y su valor afectivo, y que incluso deseaba reemplazar junto al crujiente suelo de madera pulida.

El silencio que había mantenido a la casa amordazada durante gran parte de la noche se quebró cuando Itatí soltó un sollozo, y el rostro se le contrajo bajo las garras invisibles del miedo.

—¿Itatí?

—¡Jaryí! ¡Dios mío! —La joven se volvió y vio a su abuela en la penumbra. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó la anciana, alarmada. Era una mujer de unos setenta años, delgada, con la piel del color del té con leche, como decían los blancos, y, como siempre, lucía un vestido anticuado, sin ningún adorno. Una miríada de arrugas cruzaba su rostro exiguo, se convertía en profundos pliegues a los lados de sus ojos cansinos y se perdía bajo el pelo canoso, justo bajo los volantes de la cofia. Tenía una taza de té en una mano.

El olor de la menta se elevó en el aire y suavizó el húmedo y gélido hedor que provenía de las rosas marchitas que agonizaban fuera de la ventana.

La anciana dejó la taza sobre una mesa y dio un paso titubeante hacia su nieta.

—¿Itatí? ¿Dónde estabas, m'hija?

—Afuera, jarýi.

—¿Afuera? ¿Con este viento? Es peligroso.

—Ay, abuela, no sabes... —comenzó la joven, y un gemido acalló su voz. Tendió las manos convulsas hacia la mujer y envolvió sus estrechos hombros con los brazos. Cerró los ojos un instante—. Tengo miedo, jarýi.

La mujer la apartó y la miró a los ojos.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Él está aquí.

—¿Quién? No entiendo.

—Afuera, jarýi, está el diablo.

La mujer se santiguó.

—¿Qué dices?

—Tengo que salir de aquí. Me quiere llevar con él. —La joven depositó un beso en la frente de la anciana, eludió sus manos que la buscaban y entró a la alcoba a trompicones. Fue hasta el perchero, tomó su abrigo, una pesada prenda de lana, y se lo puso. Su anillo de pedida despidió un destello azul cuando prendió los botones con sus dedos ateridos—. Tengo que escapar. A ti no te hará daño, porque no lo has visto, pero a mí... Jarýi, no puedo quedarme aquí.

—Pero... ¿Adónde vas?

—A cualquier lugar, lejos de aquí. —Itatí rozó su brazo con una caricia y atravesó el pasillo casi a la carrera. La anciana la siguió con el rostro desencajado por el miedo y la confusión. La luz de la luna escapó de su cárcel en el cielo y cayó oblicua sobre las ventanas. Rectángulos de luz se dibujaron sobre la alfombra e hicieron más vívidos los arabescos rojos y azules de su diseño.

—Mitãkuña, espera.

—Perdóname.

—No puedes irte así. ¿Qué le diré al patrón cuando regrese y no te encuentre?

Itatí no respondió. Su rostro se reflejó un instante en el espejo que colgaba de la pared, junto a las escaleras, cuando se dispuso a bajar. Apoyó el pie en un peldaño, y su ya conocido crujido le enervó los nervios. La vela en el piso bajo se había apagado. Después del quinto escalón, la oscuridad se movía, profunda y susurrante, con el viento que había logrado abrir la puerta con sus furiosos empujones.

—¡Itatí, no te vayas! —La anciana tropezó al pisar el último escalón y se aferró a la baranda de la escalera para no caer de bruces en el pasillo cuando la joven se hundió en la negrura—. Si el diablo está allá fuera, como dices, es peligroso salir.

La joven vaciló entre las sombras.

—Déjame ir, jarýi, nadie puede ayudarme.

La anciana bajó los escalones con cierta dificultad y siguió la voz de su nieta en la oscuridad. Cuando vio su difuminado contorno en el umbral, fue hasta ella, la aferró por los hombros y la volvió.

—¿Quién es él, Itatí? ¿Qué...? ¿Qué es esto? —La mujer apartó el abrigo y vio la sangre en el cuello de su blusa—. ¿Estás herida?

—No.

—Esa sangre...

—Es del diablo, jarýi.

—¿Qué dices?

Itatí apartó a su abuela con un empellón y, al volverse, el volante de su falda se enredó en una de las patas de la mesa que se encontraba junto a la puerta. Un jarrón tembló, cayó al suelo y volcó su contenido. Una docena de rosas blancas se deshojaron sobre la alfombra y el agua desapareció bajo los dedos informes de la neblina. La joven bajó los peldaños de madera y, al llegar al último, se detuvo y miró a su abuela por encima del hombro.

—Regresaré con ayuda —dijo, y se entregó a la oscuridad de la noche mientras enterraba las manos en los bolsillos del abrigo con el rostro macilento y los ojos ausentes.

La mujer corrió hacia la puerta al tiempo que maldecía entre dientes a sus piernas débiles, a las viejas articulaciones y al dolor que le impedía seguir a la muchacha y detenerla, obligarla a permanecer en el interior de la casa, convencerla de que esperara al patrón. Se apoyó en el marco y escudriñó las sombras que arreciaban entre los árboles que conducían a la casa, sus violentas genuflexiones que se movían entre las ramas susurrantes. La luz iluminaba la avenida de pedregullos y las rejas que custodiaban la intimidad de la casa, pero no había nadie allí.

—¡Itatí! —llamó asustada, y luego gritó—: ¡Mitãkuña, regresa!

El silencio se volvió ensordecedor en la quietud nocturna. La joven había desaparecido entre las negruras que rodeaban la casa. Una bandada de pájaros aleteó entre los árboles y un chillido estremecedor cortó el aire, cuando uno de ellos se lanzó entre las ramas para defender el nidal de un invasor invisible.

La anciana avanzó hacia las sombras. El viento arreciaba, agitaba con violencia sus botines, hundía las garras heladas en la piel de su rostro, en su garganta y en sus manos. Otro chillido ahogó la quietud nocturna y la mujer se santiguó, asustada.

—¡Itatí! —gritó. Su voz se perdió entre los árboles que se reían de su miedo con burlonas reverencias—. ¡Regresa, hija!

Un pájaro chilló una vez más, y la anciana desapareció entre las sombras, bajo los aullantes gemidos del viento.

Ella corrió en la oscuridad hacia el establo. Él sabía que lo había descubierto, que encontraría la manera de probar sus crímenes, y no dudaría en lastimarla.

Itatí se apresuró a buscar una silla de montar. Intentó alzarla cuando la puerta se abrió con suavidad y la luz de un farol iluminó apenas el recinto. Rosa corcoveó. Peltre se removió incómodo en su box, pifió y golpeó la puerta con una de sus patas.

Unos pasos resonaron en la quietud de la noche. La luz del farol disminuyó.

—Déjame, abuela —dijo ella, sin volverse—. Tengo que irme.

—No te irás.

Ella se volvió para enfrentarlo y entonces él la golpeó con fuerza con una pala. Itatí cayó al suelo con un gemido e intentó arrastrarse lejos de su atacante, pero no pudo hacerlo. Él se inclinó, la alzó contra su cuerpo y le cubrió la boca con la mano.

—Tú y yo tenemos que conversar.

** * **

Fernanda despertó con un respingo y abrió los ojos. Miró el rostro pálido de Mariana y tomó aire; se había quedado dormida mientras velaba su sueño. Apoyó los dedos sobre sus ojos un momento.

Esta vez es Itatí, pensó. Es ella.

—¿Estás bien? —La voz de Arasunu llegó hasta ella desde el umbral.

—Sí. —Se sentía cansada, como si fuera ella quien hubiese intentado escapar del asesino. Acarició la frente de Mariana y le apartó los rizos de la frente—. Solo estoy cansada.

—¿Cómo está ella?

Fernanda meneó la cabeza.

—Todavía no despierta. —Hizo un gesto con la mano—. Tiene muchos golpes, cayó desde una altura considerable. Tiene dos costillas fracturadas, y tuve que acomodarle el hombro. Pero necesito que despierte para saber cómo evolucionará.

Juan de Dios la abrazó.

—¿Quieres que hable con Alcira?

—No, lo haré yo... —vaciló—. Está por morir.

Juan de Dios hundió los labios en su pelo.

—¿Te dijo lo que sucedió con tu madre?

—Él la mató. —Fernanda cerró los ojos con fuerza—. No lo sabía. Si hubiese imaginado...

Arasunu le acarició la espalda.

—Soy médica, debí saberlo. Si yo...

—No. No permitiré que te culpes. —Se apartó y la miró a los ojos—. Aunque lo hubieras adivinado, no habrías podido hacer nada por tu madre. Cuando regresaste, ya estaba muriendo.

Fernanda negó con la cabeza.

—Horacio está muerto —dijo él con la mano en su nuca, los dedos en su pelo—. Ya no lastimará a nadie.

—Eso es otra cosa. Yo estaba aquí cuando Alcira comenzó con los síntomas. Le dije que la examinaría, pero no me lo permitió, y yo no insistí —dijo con susurros entrecortados. Parecía acongojada—. ¡Debí insistir! Un médico mejor lo habría hecho.

—Ella no te lo habría permitido.

Arasunu la meció con suavidad entre sus brazos. Nunca la había visto llorar así, como si el alma se le rompiera. Su Fernanda era fuerte y decidida, independiente, y había sabido afrontar los problemas con valor, pero ahora estaba destrozada. La estrechó contra su pecho.

Fernanda se aferró y se dejó consolar por su marido.

—Nunca me dejes —musitó.

—No lo haré.

Elevó los ojos.

—Te amo —dijo, y el corazón se reflejó en su mirada.

Arasunu la abrazó, hundió la boca en su pelo y cerró los ojos un momento.

—También te amo —musitó—. Y te necesito conmigo.

* * *

Mariana estaba sentada en su sillón de ruedas. Se encontraba junto a la ventana y observaba el jardín. Vestía con sencillez un simple vestido mañanero azul celeste. Cecilia le había recogido el pelo en una trenza, que, bajo la luz de la mañana, parecía hecha con hebras de oro. Tenía las manos sobre un libro mientras la brisa que entraba por los amplios ventanales de la sala acariciaba con suavidad su rostro pálido y delgado.

—Mariana. —Fernanda la miró desde el umbral—. Rafael ha regresado.

La joven no apartó la vista de las flores.

—No quiero verlo —dijo.

—Deberías hablar con él. —Fernanda entró a la sala y fue hasta ella. Rodeó el sillón de ruedas y se inclinó sobre ella—. Ha venido todos los días desde que despertaste. Son cuatro semanas, Mariana.

—Es muy amable de su parte preocuparse por mi salud, pero no deseo hablar con él.

—Mientras estabas inconsciente, no se apartó de tu lecho, a pesar de que Cecilia insistía en que no era correcto que un hombre soltero estuviera en la habitación de una mujer. Rafael te quiere.

—Me olvidará.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Mírame. —Mariana se volvió y clavó en ella sus ojos secos—. Estoy paralítica. ¿Qué podría querer de mí ahora? Pasaré el resto de mi vida sentada en este sillón, seré una carga.

—Eso no es cierto.

La joven guardó silencio un momento.

—No quiero verlo —dijo con sus ojos hacia la ventana—. No quiero su lástima.

Fernanda apretó los labios.

—Dudo mucho de que Rafael sienta lástima por ti —dijo—. Te aseguro que está furioso contigo. De buena gana te estrangularía.

—Que me deje en paz.

—Quiere verte y no se irá sin hacerlo.

Fernanda se puso de pie.

—Le diré que entre.

Mariana apretó los labios.

—Mariana, no estarás así para siempre.

—Tú no puedes saberlo.

Fernanda buscó su mirada.

—Si no me crees, puedo llamar a un médico que conozco, un especialista, fue mi profesor en la universidad. Él podría decirte lo mismo que yo: tienes que darle tiempo a tu cuerpo de curarse. Si sigues los ejercicios que dejé para ti, si le permites a Cecilia ayudarte...

—No quiero la lástima de nadie. Quiero que me dejen sola, que no me digan más, yo... —Se pasó la mano por la cara—. Yo no quiero hablar de esto.

Fernanda apretó los labios.

—Está bien —dijo finalmente—. Le diré que no puedes recibirlo.

Mariana asintió. Tenía los dedos enterrados en su falda.

* * *

Fernanda se encontraba sentada frente al escritorio, en la biblioteca; describía en su cuaderno las propiedades curativas de la ortiga. La luz del sol se coló por un instante a través de las cortinas y dibujó saetas en el suelo. El fulgor amarillento del atardecer doró su piel, le convirtió en nácar los labios y le arrancó reflejos cobrizos al pelo. Se veía muy hermosa así, concentrada en plasmar en su cuaderno de notas todos los descubrimientos que había hecho durante su estadía en La Esperanza.

Juan de Dios la observaba en silencio desde su lugar junto a la chimenea. Tenía los codos sobre el apoyabrazos y las manos unidas sobre un par de documentos. Se había recogido el pelo a la altura de la nuca y vestía con su habitual sencillez.

Fernanda lo miró por encima del hombro.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Te ves cansada.

—Caramba, gracias —sonrió—. ¿Tan mal luzco?

—No quise decir eso. —Arasunu la miró con atención—. Deberías descansar más. Atendiste a tus pacientes hasta muy tarde después de la comida y luego te dedicaste a tomar notas en ese cuaderno. Me habría gustado que durmieras la siesta. Te exiges demasiado.

—No tanto. Mis pacientes son los mismos y sus dolencias han disminuido. El brote de cólera ha terminado, y no debo lamentar la pérdida de ninguna vida. Solo me queda clasificar estas plantas que encontré junto al río y daré por terminadas mis tareas del día.

Fernanda lo miró un momento en silencio y luego sonrió.

—Cuando regresemos a nuestra casa en La Esperanza te prometo que descansaré un poco.

—¿Deseas regresar?

—¿Tú no?

—Ya no tenemos nada que hacer allí, y ahora no hay peligro aquí para ti. Podremos empezar nuestra vida juntos en esta casa.

Ella vaciló.

—Me gustaría regresar. Por unos días.

—¿Por qué?

—Itatí.

—Fernanda.

—Es en serio, Arasunu. Ella está allí, en algún lugar, y quiero encontrarla. A ella y a las otras muchachas.

—Realmente crees en fantasmas.

—Sucedan cosas extrañas en esa casa, no puedes negarlo.

—No, no puedo. —Arasunu la miró a los ojos—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Ella asintió.

—Creo saber donde están. —Lo miró—. ¿Irás conmigo?

—Sí.

Ella sonrió. Él no había dudado ni vacilado. Quizás no creyera en fantasmas, pero estaba dispuesto a seguirla y a acompañarla.

—Muy bien. ¿Cuándo podríamos volver?

Él lo pensó un momento.

—En dos días —dijo—. Tengo que preparar un contrato y presentar unos papeles en los Tribunales, luego podremos irnos.

—Muy bien.

—¿Y Mariana?

—Estará bien. Cecilia cuidará de ella. —Fernanda esbozó una sonrisa traviesa. Sus ojos parecían brillar bajo el atardecer—. Además le dije a Rafael que podía quedarse con ella para hacerle la vida imposible.

Él enarcó una ceja.

—¿Un hombre soltero?

—Si te preocupa la virtud de Mariana, te diré que invité a mi abuela a venir. Creo que llegará a la ciudad mañana por la tarde, hará de carabina.

—Has pensado en todo.

—Por supuesto.

Arasunu se puso de pie, se inclinó sobre ella y la besó.

Fernanda pensó que debía exigirle que se detuviera, que no era el momento ni el lugar para mostrarse “cariñoso”: era de día y estaban en la biblioteca. Cualquiera podría entrar y sorprenderlos, pero cuando él cerró los dedos sobre su mentón e inclinó la cabeza, olvidó todas sus protestas.

La besó primero con suavidad, probando el sabor de sus labios, disfrutando del contacto, de su ternura, y luego movió su boca sobre la suya, exigía una respuesta más terrenal, más urgente.

Fernanda creyó que se derretiría entre sus brazos. Lo buscó con la lengua. Tenía el corazón desbocado, la sangre caliente en las venas, la poderosa necesidad de tocarlo, de hacerle saber cuánto lo amaba.

Él profundizó el beso y la miró a los ojos. El propósito de detenerse y dejarla trabajar se esfumó. Le rodeó el talle con las manos, la atrajo hacia él y la estrechó entre sus brazos.

—Creo que nos tomaremos un descanso —dijo contra su cuello.

Fernanda le hundió los dedos en el pelo y cerró los ojos para dejarse arrastrar por el placer.

—Sí —musitó—. Creo que sí.

* * *

Mariana dejó caer las cortinas y la miró. Sus ojos parecían apagados, sin vida.

—No quiero verlo —dijo.

Fernanda apretó los dientes.

—Es suficiente —dijo y fue hasta la puerta, decidida.

Mariana se alarmó.

—¿Qué piensas hacer?

—Le diré que puede pasar.

Mariana palideció.

—Si lo dejas entrar...

—¿Qué? —Fernanda la miró con malicia—. ¿Te irás?

—¡Maldita!

Fernanda salió de la sala y atravesó el pasillo. Rafael se volvió cuando ella llegó al vestíbulo.

—No desea recibirte —dijo—. Pero...

—Lo hará—. Rafael apartó a Fernanda y cruzó el vestíbulo a grandes zancadas. Parecía decidido.

—Te advierto que no está de buen humor. —Fernanda prácticamente corrió detrás de él—. Está enfadada y cree que pasará el resto de su vida en ese sillón. Tienes que ser comprensivo.

Él le cerró la puerta en la cara y Fernanda frunció el ceño.

—¿Señorita? —La voz de Cecilia llegó hasta ella desde la biblioteca—. ¿Está todo bien?

—Sí. —Fernanda suspiró—. El señor Del Valle está con Mariana; no los interrumpas.

Cecilia abrió los ojos sorprendida.

—¿Decidió recibirlo por fin?

Fernanda tuvo que sonreír.

—No creo que tuviera otra opción —dijo con suavidad.

Mariana se giró para enfrentarlo. Lo miró a los ojos y, aunque parecía tranquila, sus dedos temblaban cuando juntó las manos sobre la falda. Rafael se veía preocupado. El rostro se le había vuelto serio y severo, y subrayaba esa impresión la barba de días.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Rafael clavó en ella sus ojos castaños.

—¿Por qué no quieres verme?

—Lárgate. Estoy bien.

—Sí, eso parece.

Ella apretó los labios.

—Me tienes lástima, lo sé. —Ella apretó los labios—. No quiero eso de ti.

—¿Lástima? —Él la zarandeó—. No puedo creer que seas tan ciega.

—¡No quiero que te sientas obligado a quedarte junto a una inválida! —gritó ella—. No me hiciste promesas, no te reprocharía si te fueras y regresaras a tu casa. Yo tengo mi vida aquí.

—Tu vida está a mi lado.

—¿Qué dices?

—Te quiero, Mariana. ¿Por qué no me crees?

—¿Cómo podría? Mírame.

—Te miro, y veo a la mujer más hermosa que he visto en mi vida, a la única que quiero estrangular y besar al mismo tiempo. Que me saca de quicio y me hace reír, que quiero proteger y hacer parte de mi vida.

—No puede ser. ¿No ves que no... podría complacerte? —Se golpeó los muslos con las manos cerradas—. Ahora soy una inútil.

—Siempre lo fuiste, mi amor —dijo él con una sonrisa torcida—. No sabes ni cebar un mate.

Ella clavó en él sus ojos furiosos.

—¡Tú no entiendes!

—Te entiendo mejor de lo que nadie lo hará. —Él atrapó sus manos entre las suyas.

Ella desvió la mirada.

—Te conozco. ¿Qué sucede?

Volvió sus ojos a un lado.

—Yo deseaba que muriera, quería ser libre; y ahora, que está muerta, no sé qué hacer.

—La querías.

Ella apretó los labios.

—Era mi madre. No debí desear su muerte. No debí...

—Estabas furiosa con ella por sus maltratos, los abusos, es comprensible.

—Y ahora yo estoy aquí y ya no puedo ser libre. —Mariana lo miró a los ojos—. ¿Entiendes? Yo solo sería una carga para ti. —Intentó contener el llanto—. Tu querrías a alguien que bailara contigo, que saliera a cabalgar, a

recorrer los campos; yo así no podría. Querrías un hogar, hijos... ¿Qué puedo ofrecerte yo ahora?

—Fernanda dijo que sanarías, que es cuestión de tiempo.

—Ella no sabe.

—Y aunque no sanaras nunca, quiero estar a tu lado.

—¿Y qué harás? ¿Me cargarás? ¿Empujarás este maldito sillón de un lado a otro? ¿Me llevarás con un médico, comprarás mis remedios? ¿Me pondrás en el retrete? —La voz se le quebró y desvió la mirada, humillada, furiosa, dolida—. Me odiarías. Serías un caballero, te quedarías a mi lado, te ocuparías de mí, pero me odiarías, y prefiero que te vayas ahora cuando todavía hay algo de afecto entre los dos.

—Lo que siento por ti en este momento no lo definiría como afecto —dijo casi como si escupiera las palabras.

—¡Lárgate de una vez!

Rafael endureció la expresión.

—Está bien, me iré —dijo.

Ella asintió, sin mirarlo.

—Pero regresaré mañana. Fernanda me invitó a quedarme en esta casa y he decidido aceptar su oferta.

—¿Qué?

—No pongas esa cara, piensa en lo bien que te sentirás si tienes a un hombre tan atractivo como yo en tu casa —dijo, y aunque intentó mostrar su humor habitual, tenía la mandíbula tan crispada que parecía a punto de quebrarse—. Por cierto, no necesitas preocuparte por tu honor. Entiendo que

la abuela de Fernanda llegará de un momento a otro y nos hará de chaperona. Y, tanto si te gusta como si no, te sacaré al jardín para que tomes un poco de sol, empujaré tu sillón por toda la ciudad si me apetece, consultaré con otros médicos, compraré todas las medicinas que me aconsejen y te pondré en el maldito retrete cuantas veces necesites. Porque no me iré. Porque no soy de los que se van.

CAPÍTULO 23

El día estaba nublado. Fernanda corrió las cortinas de la sala y encendió una vela. El cielo estaba oscuro y, hacia el Oeste, las nubes de tormenta habían comenzado a crear una franja que se extendía de lado a lado y avanzaba sin tregua hacia el Este. El frío había regresado, y se percibía en el ambiente el aire glacial que parecía haberse petrificado en toda la casa. Ella estaba segura de que hacía más calor fuera que dentro. Una fina capa de polvo había cubierto los muebles. En ese momento, Yara y Tobías se ocupaban del piso alto. Fernanda dijo que se encargaría de poner en condiciones el resto de la casa, pero dudaba de terminar antes de que Arasunu regresara. Había salido a comprar vituallas para llenar la despensa y avisó que luego pasaría por la casa de Rafael para asegurarse de que la señora Del Valle se encontrara bien y no necesitara nada, ahora que su hijo se estaba quedaba en la ciudad con Mariana.

Fernanda tomó un estropajo y comenzó a limpiar los anaqueles de la sala. Buscó una silla y la acercó al armario. Observó los estantes superiores y vaciló. Sabía que Itatí no deseaba hacerle daño, pero eso no significaba que no le tuviera miedo. Recordó la última vez que se había encontrado con ella, y se estremeció.

Entonces percibió el hedor a rosas muertas. Se quedó inmóvil. El olor inundó su nariz, impregnó su ropa. Supo que Itatí estaba allí, en algún lugar. Escuchó que la puerta de calle se abría con suavidad. Fernanda tomó aire e intentó controlar su miedo. Estrujó el trapo entre los dedos.

—Buenos días, señora Ferrara —dijo Marcos Cabral desde el umbral de la puerta.

Fernanda soltó el aire que tenía contenido. Giró y lo miró con una pálida sonrisa en los labios.

—Señor Cabral, ¿qué hace aquí?

—Estaba de paso. —Hizo un ademán hacia la ventana—. Viene tormenta. Tendrá que decirle a su sirvienta que haga entrar la ropa del tendedero y asegure el establo.

Fernanda sonrió, pero estaba nerviosa. El olor a rosas muertas se había intensificado.

—Se lo diré —dijo.

Marcos asintió, satisfecho, e hizo un gesto con la mano.

—¿Puedo sentarme?

Ella vaciló.

—A mi marido no le gustaría.

Marcos sonrió.

—Él no está —replicó, y se acomodó en una silla.

La luz grisácea que entraba por la ventana le opacaba el pelo rubio y ensombrecía su rostro de líneas suaves y atractivas. Ella lo miró, siempre con una sonrisa cortés, pero el miedo había comenzado a atenazarle las entrañas.

¿Por qué había ese olor a rosas muertas? ¿Acaso Itatí intentaba decirle algo?

—Pensé que se quedarían en la ciudad —dijo él, pensativo—. Si usted fuera mi esposa, no la traería aquí, por cierto. Supongo que querrá usted estar cerca de su familia, de sus amigos.

Ella lo miró distraída y pensó en cómo terminar con aquella visita y sacarlo de allí antes de que Arasunu regresara. A él no le gustaría encontrar a ese hombre en la casa, y a ella comenzaba a alterarle los nervios.

Él meneó la cabeza.

—No necesita defender a su marido de mí —dijo—. Yo lo conozco. La alejó de su familia, de sus afectos, para mantenerla bajo su control. Ese mestizo es así, la quiere a su merced, de modo que usted no pueda escapar de él.

Fernanda fijó entonces toda su atención en él.

—Yo no quiero escapar de mi marido —dijo irritada.

—Todavía no, pero querrá hacerlo cuando comience a obligarla a hacer cosas que una dama jamás haría.

Ella alzó una ceja.

—Solo quiero advertirla. Usted es una dama; él, un indio con la piel más clara de lo usual, nada más, un perro que el señor Ferrara adoptó cuando creyó no poder tener hijos propios. No es un caballero, jamás podrá serlo.

Fernanda frunció el ceño.

—Si ha venido aquí para insultar a mi marido...

—He venido para asegurarme de que usted se encontraba bien, eso es todo. No querría que le sucediera lo mismo que a Itatí.

Fernanda retrocedió un paso, pero mantuvo los ojos fijos en él.

Marcos la ignoró.

—Ella debió de detestar esta casa. —Echó una mirada despreciativa a su alrededor—. Era una dama joven, hermosa y encantadora. Su lugar estaba en la ciudad, no aquí. Asistir al teatro, a los clubes, divertirse junto a otras jóvenes de su edad era lo que una mujer como ella debía hacer, no encerrarse entre estas paredes a merced de ese mestizo.

—Le recuerdo que Itatí también era mestiza.

—Lo era, pero no heredó de su madre más que el color del pelo, gracias a Dios. Era una dama, pese a su sangre. Blanca, educada, hermosa.

—Y usted la amaba.

—Es la única mujer a la que quise.

—¿Y ella? ¿Qué sentía por usted?

El olor a rosas muertas se intensificó.

Marcos apretó los dientes.

—También me amaba.

Fernanda dilató los ojos cuando vio un libro moverse en la estantería que se encontraba detrás del señor Cabral, deslizarse hasta el borde por sí mismo y caer al piso con estrépito.

—¿Qué fue eso? —Él se volvió y observó con curiosidad las hojas que se habían desprendido del libro.

Fernanda elevó el mentón.

—Ella no lo amaba, señor.

—Por supuesto que sí, sé que sí. Le gustaba visitarme en mi casa. Decía que iba a conversar con mi padre sobre las plantas que crecían en el patio, sobre cómo hacer que sus rosas fueran más grandes, pero yo sé que iba para

verme.

—No puede ser.

—Luego supe que hacía preguntas sobre mí en el paraje. Se sentaba horas con esa vieja chismosa, la señora Viota, y le pedía que le hablara de mí. Lo sé porque esa vieja me lo contó. Dijo que Itatí debía de encontrarme muy interesante, porque quería saber todo lo que me concerniera.

—No es posible.

—Lo es. Una vez la encontré en la arboleda: paseaba sola por las inmediaciones de la laguna. Ese mestizo no cuidaba de ella. Le dije que podría hundirse en la ciénaga, que podría caer en alguna madriguera, incluso ser picada por una víbora, pero ella solo reía. Era feliz cuando estaba a mi lado.

Una sombra ocupó parte de la ventana. El aliento de alguien invisible opacó el cristal. Fernanda estrujó los dedos. El camino se había oscurecido. Las nubes de tormenta debían de haber cubierto el cielo por completo. Más allá, todavía oscilaba la débil luz del sol.

—Creo que debería irse —dijo.

—¿Quiere saber por qué no la saqué de aquí cuando pude hacerlo?

—En realidad, no. Por favor, váyase. A mi marido no le agrada encontrarlo aquí.

—¿Le tiene miedo?

—¿A mi marido? No.

—No me mienta. Sé que le teme.

Fernanda notó que el rostro en la ventana se difuminaba por momentos.

—Arasunu jamás me haría daño —dijo, y estrujó uno de los volantes de la blusa entre los dedos.

—Eso creía Itatí. —Marcos se mostró disgustado—. Cuando ella decidió dejarlo, él la siguió hasta la arboleda y la mató. Yo sé que ella está allí, en algún lugar. —Observó las sombras susurrantes de la arboleda a través de la ventana—. Algún día la encontraré.

—Mi marido no asesinó a esa chica.

Él alzó las cejas.

—Usted no lo conoce —dijo—. Cuando éramos niños me acusó de haber matado a su perro, incluso de atacar a su hermana. Quería destruir mi nombre, mi honor.

—El perro apareció muerto en la puerta de la casa.

—Yo no lo maté. —Endureció la expresión—. A veces jugaba con ese viejo animal en la arboleda cuando escapaba. Lo quería, era un buen perro.

Fernanda lo miró a los ojos.

—Atacó a Eloísa.

—Veo que le han hablado de mí.

—Me han *advertido* sobre usted.

Él se puso de pie y frunció el ceño, Fernanda retrocedió.

—No me tenga miedo —dijo—. Yo jamás lastimaría a una mujer.

—Eloísa.

El rostro en la ventana desapareció.

—Era una chiquilla tonta. Jugaba con la menor de sus hermanas cerca de la laguna. Allí el suelo no es seguro, parece solo tierra húmeda, pero en realidad es una ciénaga. Si esa mocosa metía el pie dentro, se hundiría y no podría salir de allí. Yo solo quería advertirle del peligro, pero ella se asustó, tropezó y cayó. Vi que estaba demasiado cerca de caer en la trampa de barro y me arrojé sobre ella para apartarla, pero creyó que quería atacarla.

—No lo creo.

—Debería creerme. No soy el villano, señora, su esposo lo es. Él me atacó en todas las oportunidades que tuvo.

—Usted le arrojaba piedras, lo insultaba.

Él curvó sus labios.

—Veo que la han mantenido muy entretenida con historias sobre mí —dijo—. Lo demás son todas mentiras. Admito que siempre detesté a ese mestizo y, sí, hubo piedras e insultos de mi parte, pero su marido no era mejor que yo. ¿Cree que echaba a llorar y me decía que parara? No, se lanzaba sobre mí en cuanto me tenía a tiro e intentaba molerme a golpes.

Fernanda clavó en él una mirada fría.

—La muerte de Ramón ¿también fue un accidente?

Él abrió grandes los ojos, sorprendido.

—¿De quién?

—El niño que cayó al pozo, a quien usted empujó.

Marcos frunció el ceño.

—No sé de qué habla.

Él avanzó hacia ella y la aferró de un brazo.

—Suélteme. —Fernanda lo miró asustada—. Me hará daño.

—Le han llenado la cabeza con mentiras, desconfía de mí cuando soy la única persona que se preocupa por usted.

—Aléjese de mí.

—Solo escúcheme. Venga conmigo, yo la pondré a salvo.

—¡Suélteme!

—La llevaré lejos, donde él no pueda encontrarla, no permitiré que le pase lo mismo que a Itatí. Tiene que confiar en mí. Quiero ayudarla, porque no pude hacer lo mismo por ella, por la mujer que amaba.

—Aléjate de ella. —La voz fría y dura de Arasunu resonó en la estancia con la suavidad del terciopelo.

Marcos soltó a Fernanda y se apartó unos pasos. Antes de que pudiera decir nada, Fernanda avanzó hacia su marido con una sonrisa en los labios.

—El señor Cabral estaba preocupado por la ropa del tendedero —dijo—. Se detuvo a avisarme que alguien la había olvidado y que no tardaría en llover. Ya se iba.

Arasunu no la miró. Tenía los ojos de obsidiana fijos en su presa.

—Te advertí que te mantuvieras lejos de ella —dijo.

—Así te sería más sencillo hacerle creer todas tus mentiras, ¿verdad?

Fernanda dilató los ojos, sabía que Arasunu estaba furioso. Se acercó a él y tiró de su brazo.

—El señor Cabral tiene mucho que hacer en su casa —dijo mientras ensayaba una sonrisa—. No lo entretengas. Además, pronto lloverá.

Juan de Dios curvó las comisuras de los labios.

—Lárgate —dijo con suavidad—. Hablaré contigo más tarde sobre esto.

—Eso no será necesario —dijo Fernanda, y se fingió animada—. ¿De qué podrían hablar? ¿De la tormenta? Señor Cabral, ha sido usted muy amable al pasar por aquí para decirme que bajara la ropa del tendedero. Puede usted irse en paz, lo haré enseguida. Si nos disculpa, mi marido y yo debemos poner a punto la casa.

Marcos inclinó la cabeza y la ignoró.

—Ella confía en ti, maldito —dijo—. ¿Cuándo le mostrarás tu verdadera cara?

Juan de Dios entrecerró los ojos.

—¿Dónde está ella, mestizo? —escupió—. ¿Dónde la enterraste?

—Mi marido no es un asesino —dijo Fernanda, e hizo un gesto con la mano hacia la puerta—. Váyase, por favor.

Marcos la miró un momento en silencio y finalmente asintió.

—Búsqueme si me necesita —dijo al dirigirse hacia el umbral—. Yo la ayudaré.

En cuanto salió, Fernanda se apresuró a cerrar la puerta. Juan de Dios la miró pensativo.

—¿Qué te dijo?

—Nada.

Él no apartó sus ojos de ella.

—Yo no la maté —dijo en voz baja.

Fernanda alzó las cejas.

—Me insultas si piensas que yo creería algo así.

—¿Por qué?

—Yo jamás me habría casado contigo si te considerara capaz de lastimar a alguien.

—¿Por qué confías tanto en mí? —preguntó.

Ella tendió la mano, acarició su rostro frío y severo, la línea austera de su mandíbula, la boca recia.

—Te conozco —dijo—. Sé que serías incapaz de lastimar a una mujer.

Él le tomó la mano entre los dedos.

—No vuelvas a recibir a Cabral en la casa —dijo—. Si viene, llama a Tobías, él se encargará de sacarlo.

Ella asintió.

Juan de Dios le rozó la cara con la punta de los dedos.

Fernanda lo miró conmovida, pero antes de que pudiera decir algo más, escuchó a Yara gritar en el patio, llamaba a voces a Tobías para que la ayudara a recoger la ropa.

—Ve con ella. —Él parecía ausente—. Hablaremos después.

* * *

Itatí abrió los ojos. Su pelo había escapado de la trenza y caía lacio sobre sus hombros y su espalda. Asustada, se incorporó y observó el lugar en el que se encontraba. Era una habitación fría y lúgubre, con enormes manchas de humedad en las paredes. Se puso de pie al instante, aunque al hacerlo sintió que las paredes se mecían a su alrededor una y otra vez. Cerró los ojos un momento y respiró profundamente. Le dolía la cabeza.

Tengo que calmarme, pensó.

Sintió la tierra en sus plantas y abrió los ojos. Estaba descalza. Alzó la mano y se tocó la sien, distraída. Tenía un chichón justo detrás de la oreja. Apartó los dedos y vio sangre en ellos.

Tenía que salir de allí. Todavía mareada, dio unos pasos temblorosos en la penumbra.

De pronto, un oscilante haz de luz penetró por debajo de la puerta. Itatí retrocedió un paso. La puerta se abrió con un chirrido y golpeó con suavidad contra la pared. Una rata se ocultó en un hueco en la pared, y el olor a muerte se elevó hacia ella en grandes y pestilentes oleadas.

Él se detuvo frente a ella.

—Déjeme salir —dijo, y su voz se quebró por el miedo. Retrocedió otra vez. Elevó la mano para apartarse el pelo de la cara y entonces notó que no llevaba su anillo de pedida. Tembló—. Mi anillo.

—Ahora es mío.

—Devuélvame.

—Tú ya no lo necesitarás.

El farol iluminó un instante la habitación, dorando las paredes con su fulgor amarillento. El hombre que estaba detrás de la luz se veía en sombras. Solo el contorno de su cuerpo resultaba visible, pero ella sabía

quién era, y apretó los labios.

—Quiero mi anillo —dijo.

—No me tengas miedo.

—Apártese de la puerta.

Él sonrió. Dejó el farol en el suelo y avanzó hacia ella con los brazos abiertos, casi como si deseara abrazarla. Ella retrocedió hasta que tocó la pared con la espalda. El frío intenso se coló a través de la blusa y le heló la piel.

Él hizo un gesto con la mano. Ella bajó la vista y vio su erección. Asqueada, echó una rápida mirada hacia la puerta. Más allá solo estaba la oscuridad, pero tampoco podía quedarse allí con él. El diablo no le permitiría seguir con vida después de esa noche, no cuando ella sabía quién era realmente.

—Fuiste tú —dijo—. Todos estos años, fuiste tú el diablo que atacó a esas mujeres.

—Ellas lo quisieron —dijo él con voz rasposa.

La joven se movió hacia su izquierda. Su piel blanca, aún más pálida bajo el endeble esplendor del farol, se tornó casi cenicienta cuando él amagó con arrojarse sobre ella.

—Eres muy bonita —dijo él.

Ella no esperó más. Se arrojó sobre él, alzó las manos y le rasguñó la cara. Él intentó asirla por un brazo, pero ella fue más rápida. Lo eludió y pateó el farol, que cayó al piso con un ruido acuoso. La luz se apagó, y las negruras se extendieron alrededor de los dos.

—Puta desgraciada —siseó, y corrió tras ella.

Itatí no miró atrás. Sabía que, si lo hacía, se asustaría, perdería velocidad, y él podría atraparla. Escuchó a lo lejos la voz de su abuela que la llamaba. Corrió hacia su voz mientras saltaba entre las raíces de los árboles, eludía las ramas que se extendían hacia ella. Apartó un espino con las manos y parte de la falda se le enredó en él. Tiró de la tela hasta que se desgarró, y siguió corriendo.

Conocía la arboleda, pero nunca antes había estado en ese lugar. La voz de su abuela desapareció, y creyó escuchar a Arasunu. Los abrojos se le adherían a las ropas, las espinas le hacían sangrar los brazos y las piernas, pero ella no las sintió. Saltó un arbusto, cruzó un ramillete de pajonales y avanzó hacia la voz del hombre que amaba.

Las lágrimas de alivio le inundaron los ojos. Si lograba llegar hasta él, estaría a salvo. Itatí extendió las manos en la penumbra. La luz de la luna apenas lograba penetrar entre el follaje duro y negro que creaba una bóveda encima de su cabeza. Algo crujió cerca de ella, unos arbustos se movieron.

Itatí abrió la boca para gritar, para llamar a Arasunu, pero antes de que lograra hacerlo, el diablo se arrojó sobre ella y la aplastó contra el suelo con todo el peso de su cuerpo. Intentó lanzar un alarido, pero él le cubrió la boca con su mano áspera y maloliente. A través del pelo vio a Arasunu en el camino viejo. Llevaba de la brida a su caballo y parecía preocupado. Yara iba a su lado y lloraba.

Itatí forcejeó contra su atacante.

—Cállate —le susurró en el oído. Su aliento fétido le provocó arcadas—. No queremos llamar la atención.

Ella se debatió entre sus brazos, y el diablo descargó el puño contra sus riñones. Itatí ahogó un sollozo y vio a Arasunu alejarse, convertirse en una sombra más entre las sombras. Arrastró la mano en la tierra, las uñas se le

quebraron, la piel blanca se le tiñó de gris. Comenzó a llorar. Él presionó su cuerpo contra el de ella.

—Él no podrá ayudarte —dijo. Rompió un trozo de su blusa y, cuando ella intentó alejarse, la golpeó hasta que solo pudo gemir de dolor.

El labio le dolía, sangraba profusamente. Intentó inhalar por la nariz, pero saetas de dolor se le estrellaron en la cara. Se encogió cuando él levantó el puño una vez más.

—Te quiero callada. —La amordazó con los volantes de su blusa, y con el resto le ató las manos a la espalda. Ella intentó hundir los pies en el barro cuando tiró de ella hacia la oscuridad de la arboleda, pero él era más fuerte. Enredó su pelo en un puño y tiró de ella una y otra vez hasta que logró alejarla del camino viejo, la empujó hacia las profundidades de la arboleda.

Sus pies descalzos sangraban. Espinas se le habían clavado en los talones, y algo la cortó. Comenzó a llorar, aun cuando hacerlo le resultaba doloroso.

Él la arrastró hasta las negruras y, cuando finalmente llegó a un claro, la empujó con fuerza. Ella gritó contra la mordaza cuando sus pies perdieron asidero y cayó pesadamente dentro de un pozo. Los hombros le dolieron cuando golpeó contra el piso. Las manos le quedaron atrapadas debajo del cuerpo; las piernas, enredadas entre la falda. Abrió grandes los ojos, aterrorizada, cuando lo vio cernirse sobre el pozo. Su contorno se recortaba contra la difusa luz de la noche. La luna estaba allí, en algún lugar, encima de la bóveda de los árboles, y su delicado fulgor se estrellaba contra su espalda. Sus dientes blancos rasgaron la noche en una sonrisa divertida.

—Tú no eres como las otras —dijo—. Tu no mereces mi afecto.

Ella no comprendió. Lo vio inclinarse y recoger algo del suelo. Ella creyó que era una rama. Pensó que la golpearía hasta matarla hasta que lo vio hundir ¿la rama? en el suelo y luego arrojó tierra sobre ella. Itatí intentó incorporarse, pero no pudo. Comenzó a gritar contra la mordaza cuando supo qué pretendía hacer ese hombre, ese monstruo.

Él reía mientras arrojaba tierra sobre ella.

Itatí sintió el sabor cobrizo de su propia sangre en la lengua, intentó volverse, pero todo fue inútil. La tierra la cubría, le tapaba las piernas, los muslos, los brazos.

Arasunu, pensó.

La mordaza le resbaló sobre la barbilla cuando se humedeció con sus lágrimas.

—Arasunu —llamó, pero su voz fue solo un susurro.

—No puede oírte. No desde aquí.

La tierra le llegó al cuello. El horrible sonido de la pala al hundirse continuó hasta que ya no pudo escucharlo más. Había tierra en su boca, en su nariz, en sus ojos.

Itatí tomó una última bocanada de aire y la oscuridad la cubrió.

** * **

—Sé que estuvo aquí ese hombre, el joven Marcos —dijo Yara, y la miró con rostro inexpresivo desde su lugar en la mesa mientras pelaba papas para el almuerzo—. El señor debe de estar furioso.

Su voz la arrancó del extraño trance en el que había caído. Fernanda la miró con los ojos enormes, el rostro pálido.

—¿Perdón? —dijo con voz temblorosa.

—¿Se siente bien?

—Sí, sí, por supuesto —graznó.

—Yo vi al patrón hace un momento mientras ensillaba el caballo —añadió Tobías mientras cebaba unos mates junto a la anciana—. Parecía un demonio.

Yara se santiguó.

—Habrá ido a desfogarse con una buena cabalgata. El señor es así.

—Espero que regrese mansito como cordero —dijo Tobías, y bizqueaba. Contempló a su patrona con preocupación—. ¿Se siente bien? ¿Está segura? Se ve muy pálida.

Arasunu.

Fernanda asintió, todavía escuchaba en el viento la voz de Itatí, lo último que dijo antes de ser enterrada viva.

—No debió usted recibir a un hombre si estaba sola —continuó el anciano, pensativo—. Es peligroso. No parece, pero lo es.

—No estaba sola. —Fernanda se miró las manos: temblaban—. Ustedes estaban arriba.

—Buena ayuda seríamos si ese hombre decidiera hacerle algo —repuso Tobías.

Yara arrojó una papa a una cacerola. Todavía tenía que llevar todo afuera y lavarlo.

—¿Qué le dijo ese hombre? Siempre que tiene a alguien a tiro, no duda en regar sus patrañas.

—Acusó a Arasunu de haber matado y enterrado a Itatí en algún lugar dentro de la arboleda —dijo Fernanda con mal gesto.

—Yo estuve con él esa noche, lo esperé en la puerta a que llegara. Cuando se apeó del caballo, le conté que mi nieta se había ido, y él salió a buscarla conmigo —dijo Yara, reminiscente.

Fernanda asintió.

—El señor Cabral dijo que ella estaba enamorada de él, que se la encontraba en la arboleda, incluso que iba a su casa.

—Iba, sí, pero tenía sus razones—. Tobías puso ceño mientras probaba el mate—. ¿Cierto, Yara?

—Cierto.

—¿Qué razones?

La anciana la miró un momento.

—Mi nieta tenía horribles pesadillas. Desde que llegó a esta casa, soñaba con mujeres que ella nunca había conocido. Y eso desde chiquitina. Cuando se quemó nuestro rancho y vinimos a vivir aquí, empezó con esos sueños. Luego el señor Basilio nos llevó con él a la ciudad, y creí que todo estaba olvidado, pero no fue así. Cada vez que debía acercarme a esta casa para limpiar, Itatí insistía en acompañarme. Se quedaba aquí y comenzaba con las pesadillas otra vez.

Fernanda se quedó inmóvil.

—¿Pesadillas? —susurró incrédula.

—No dormía bien. A veces tenía que quedarme a su lado para velar su sueño, porque no quería dormir sola —continuó—. Empezó a hablarme de ellas, a decirme cómo eran y cómo morían en sus pesadillas una y otra vez, y todas parecían querer ser encontradas, como si estuvieran perdidas.

—Dios mío.

Tobías carraspeó.

—A mí empezó a hacerme preguntas —dijo—. Como soy viejo, pensaba que yo sabría todo de todos por estos lares. Y sé mucho, no le voy a mentir, pero no tanto. Le dije que hablara con la señora Asunta, que ella sabía, incluso de los muertos, y la acompañé a hablar con ella.

Yara comenzó a pelar otra papa.

—Cuando regresó de su visita a casa de esa mujer, estaba frenética. Me dijo que soñaba con las mujeres muertas, que a veces los espíritus encontraban la manera de comunicarse con los vivos, y que esas muchachas deseaban algo de ella.

—Hay una línea que no debe cruzarse. —Tobías meneó la cabeza—. Si uno está vivo, no debe importunar a los muertos. Ella comenzó a hacerlo. Yo le advertí que no lo hiciera, pero no me hizo caso.

Fernanda lo miró confundida.

—No entiendo.

—Embrujó la casa, señora.

—Ah. —Fernanda asintió—. Como intenté hacerlo yo.

—No, no. —Tobías sacudió la cabeza—. Usted quiso alejar a los malos espíritus, la señorita Itatí quería atraerlos.

—No a los malos —dijo Yara en voz baja—. Solo a esas mujeres que la aterraban en sueños.

—Bueno, eso decía ella, pero uno no puede decidir. Si en esa línea que nos separa hay otros espíritus, seguro se acercarán a curiosear. Uno jamás puede estar seguro de qué cosa trae del otro mundo. —Tobías hizo un gesto—. Bah, de todas maneras, no logró hablar con ninguno. Encendía velas en la noche cuando el patrón dormía, quemaba ortigas dentro de la casa... Ah, no imagina usted todo lo que hizo la señorita, pero nunca habló con ningún fantasma, excepto en sueños.

—Pensé que eran solo pesadillas y no le di mayor importancia —dijo Yara—. Luego, cuando habló con la señora Asunta, todo empeoró. Mi nieta quería saber cómo habían muerto, quién las había matado y por qué. La única manera de saberlo era si hablaba con todos los ancianos de la zona.

—¿Arasunu lo sabía?

Yara y Tobías intercambiaron una mirada.

—El patrón andaba en sus cosas —dijo el anciano—. Además, la señorita Itatí debió de pensar que no le creería, y nunca le comentó nada. Iba y venía de aquí a la ciudad y de nuevo allá, y al patrón como si tal cosa.

—El patrón sabía de los embrujos, pero no le dio importancia —dijo Yara—. Y la complacía. Cada vez que Itatí necesitaba regresar a esta casa, él la traía. Yo no quería, pero no podía discutirle nada, siempre fui arcilla entre sus manos.

—Pero Arasunu se molestó mucho cuando la señorita comenzó a adentrarse entre los árboles, por allá, ¿te acuerdas, Yara? —dijo el anciano, e hizo un gesto hacia la arboleda—. Es peligroso, le dijo, y le ordenó que no fuera, pero la señorita iba en cuanto el patrón se distraía.

—Quería encontrar a esas mujeres, creía que estaban allí. —Yara observó pensativa los árboles oscuros y siniestros que se mecían con el viento—. Decía que estaban solas y que tenían frío. Quería ayudarlas.

—Entiendo. —Fernanda se estremeció.

—Pero ahí se lo encontraba al señor Cabral —dijo Tobías con desprecio—. A ese hombre le gusta cazar. A él y a su padre, aunque al viejo Aurelio ya no le funcionan las piernas para corretear detrás de sus presas.

—A él le gustaba mi nieta —dijo Yara con los labios torcidos—. Yo le advertí a Itatí que no se acercara a ese hombre, que el patrón se molestaría con ella, pero no me hizo caso. No le tenía miedo; yo sí.

—Desde que mató al perro del patrón yo me mantengo lejos de él —dijo Tobías, y meneó la cabeza—. Una persona capaz de asesinar a un pobre cachorro de esa manera no es de fiar, es cruel, y mejor estarse lejos.

Fernanda vaciló.

—Esta mañana el señor Cabral dijo que él no mató a ese animal. —Hizo una pausa—. Y que tampoco atacó a Eloísa.

—¿Y usted le creyó? —preguntó Tobías.

—Parecía muy sincero.

Yara y el anciano intercambiaron otra mirada.

—Bueno, como le decía, le gustaba mi nieta, a pesar de su sangre —continuó Yara—. Decía estar enamorado de ella.

Tobías le ofreció un mate.

—Al patrón no lo soportaba por tener sangre india en sus venas, en cambio a la señorita llegó incluso a proponerle que se fugara con él.

Yara asintió.

—Estaba dispuesto a dejar por ella su casa, a su padre, todo lo que conocía —dijo—. Pero mi nieta amaba al patrón. Eso es algo que el señor Cabral nunca entendió: creía que ella mentía, que solo actuaba como debía hacerlo una señorita educada y con clase. Yo no confiaba en él porque sabía lo que había tratado de hacerle a la señorita Eloísa, pero Itatí nunca lo creyó capaz de lastimar a una mujer.

—Entiendo. —Fernanda titubeó—. Su padre me habló de Ramón, del niño que cayó al pozo. Dijo que estaba seguro de que su hijo lo había empujado.

Tobías y la anciana la miraron sorprendidos.

—¿Ramón? —El viejo frunció el ceño—. Oí algo, pero fue hace mucho tiempo.

—No me sorprendería que ese hombre fuera una mala semilla, pero jamás oí su nombre unido a ese cuento —dijo Yara.

Fernanda la miró pensativa.

—¿Qué sucedió aquella noche? ¿Por qué su nieta quería irse de aquí?

La mujer tomó aire y soltó un suspiro. El cuchillo temblaba entre sus dedos viejos.

—Era muy tarde ya, casi las diez. El patrón había salido en la mañana para la ciudad y dijo que regresaría para la comida, pero su padre lo entretuvo y no pudo llegar hasta la medianoche, y para entonces mi nieta ya se había marchado. —Yara suspiró—. Después de comer, ella subió a su habitación. Pensé que se prepararía para dormir, pero cuando pasé a desearle buenas noches, tenía la nariz contra el vidrio de la ventana y una expresión que hasta hoy me asusta. —La anciana se persignó—. Me dijo que tenía que salir, que vio el farol del diablo en la arboleda. La señora Asunta le había dicho que el diablo se había llevado a su nieta y a las otras muchachas a lo largo de los

años. Que cuando necesitaba una mujer, salía a recorrer los campos con su farol. Itatí no creía que fuera el diablo, pero sí que se trataba del asesino de esas chicas. Traté de detenerla, pero me dijo que no me preocupara, que ella conocía muy bien la arboleda y que volvería pronto.

—Y regresó —dijo el anciano—. Yo estaba sentado junto al establo mientras tomaba unos mates cuando vi a la señorita Itatí salir corriendo de entre los árboles bajo la luz de la luna. Creí que le había pasado algo, porque estaba blanca como la cera y corría con desesperación. —Se persignó—. Saltó la valla y corrió al interior de la casa. Esperé para ver qué la había asustado tanto. Como nadie salió al camino viejo, agarré un cuchillo y fui a dar una vuelta para asegurarme de que no había ningún indeseable en los alrededores, pero no vi a nadie.

Yara asintió. Sus ojos habían adquirido la opacidad de la tristeza, y Fernanda presionó los dedos sobre su mano.

—Cuando la vi, supe que algo malo le había sucedido. Corrió a su habitación, recogió un abrigo y bajó las escaleras a la carrera. Pensé que se mataría en el apuro. Le pregunté qué había sucedido, y me dijo que tenía miedo, que no estaba a salvo. Cuando intenté detenerla, vi sangre en su blusa, alguien la había lastimado. Le pedí que esperara, le dije que el patrón llegaría pronto, pero estaba tan asustada...

—Al regresar de mis rondas, el patrón ya había vuelto y estaba con Yara: buscaban a la señorita por los alrededores —dijo Tobías—. Después salió a la ruta y hasta recorrió el paraje mientras preguntaba casa por casa si alguien la había visto. Lo sé porque yo fui con él. Pero nadie tenía noticias de ella. Parecía haberse esfumado en el aire.

La anciana meneó la cabeza.

—Me gusta pensar que está lejos con un hombre que la ama. Que tiene niños y que es feliz —dijo Yara en voz baja. Sus ojos se humedecieron con las lágrimas—. Pero yo sé que se la llevó el diablo esa noche. Ese maldito

demonio que anda por ahí con su farol la arrastró con él al infierno, y sé que no me la regresará.

* * *

Hacía frío. El viento ululaba entre las ramas de los árboles. La luna había desaparecido del horizonte y la luz amarillenta del farol oscilante iluminaba una parte del camino. Él llevaba un bulto sobre los hombros envuelto en una vieja manta que, en la penumbra azulada del amanecer, parecía gris. Observó el camino viejo. A través de los árboles reconoció el tejado de la casa en la que había conocido a Itatí. Avanzó trabajosamente en la oscuridad hasta que llegó a la valla que separaba la arboleda de la propiedad de Ferrara. Arrojó el bulto al otro lado de la valla y golpeó la tierra con un golpe seco.

Una mano amoratada y gris escapó de su mortaja. Él miró las ventanas oscuras, la puerta cerrada, escuchó el silencio sepulcral que invadía el lugar. Sabía que el mestizo, el viejo peón y la india se habían marchado hacia días. Con tranquilidad, saltó el cercado. Se inclinó, tomó una esquina del bulto y lo arrastró hacia la casa con una sonrisa en los labios.

El farol había quedado atrás, entre los arbustos. Su luz fantasmal flotaba entre los pajonales con suavidad. Él trastabilló, y la sábana se abrió. La distante luz del farol iluminó un instante el rostro muerto de Itatí, la tierra que llenaba su boca, el amasijo sanguinolento que era su nariz.

Fernanda se arrodilló a su lado.

—¿Estás aquí? —preguntó.

Itatí abrió los ojos y la miró. Sus cuencas vacías lloraban tierra acuosa, los labios agrietados se abrieron. Escupió tierra y le mostró los dientes ennegrecidos al hablar.

—*Encuéntrame.*

* * *

Fernanda despertó y se encontró con los ojos sin párpados de Itatí fijos en ella. El pelo apelmazado le caía en mechadas sobre los hombros y le ocultaba parte del rostro. Las venas negras que cruzaban su piel cerúlea le hacían más pálida la piel.

Abrió la boca y un hilo de tierra mojada cayó sobre la cama.

—Devuélvemelo —dijo.

Fernanda soltó una exclamación y se echó hacia atrás. Fijó los ojos en la oscuridad: no había nadie. Observó la sábana, tampoco había rastros de tierra. Se volvió con la intención de cobijarse entre los brazos de su marido, pero la cama estaba vacía.

¿Estaría en la biblioteca? Se incorporó y encendió una vela. Se pasó las manos por la cara e intentó recuperar el aliento. El corazón todavía le palpitaba con fuerza en el pecho.

Unos golpes en la puerta la asustaron.

—¿Señora?

—Yara. —Ella se cubrió con una bata y cruzó descalza la habitación. Abrió la puerta y encontró a la anciana de pie en el umbral con las manos unidas contra el pecho—. ¿Sucede algo?

—Sí, señora. Allá abajo está el señor Aurelio. Quiere hablar con usted.

Fernanda echó una rápida mirada al reloj que colgaba de la pared.

—Son las cuatro de la mañana.

—Se lo dije, pero dice que tiene que bajar usted, que tiene que impedir una desgracia.

Fernanda se estremeció. Dio un paso hacia adelante y el intenso hedor a rosas muertas la golpeó con fuerza.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó, y se arrebujó en la bata—. ¿Está en la biblioteca?

Yara frunció el ceño.

—El patrón salió hará media hora —dijo. Tiritó de frío.

Fernanda frunció el ceño. De pronto, sintió miedo.

—Ya bajo —dijo, y cerró la puerta. Se quitó la bata y el camión y buscó en el baúl una falda y una blusa. Se vistió con rapidez y se echó un abrigo sobre los hombros mientras descendía las escaleras a la carrera. Vio a Yara de pie en el umbral de la sala con una botella de whisky en la mano. Aurelio estaba sentado en una silla junto a la ventana con un vaso vacío entre sus dedos esqueléticos.

—Buenos días, señor —dijo.

El viejo se volvió hacia ella con los labios apretados. Se puso de pie. Parecía fuerte, a pesar del bastón. Fernanda pensó por un momento que no debía de necesitarlo. Si bien siempre lo veía con su bastón, nunca parecía usarlo para apoyarse.

—No lo serán —respondió en tono agorero.

—¿Sucedió algo? —preguntó Fernanda, cada vez más asustada.

—Tenemos que evitar un duelo —dijo el viejo, sin ambages—. ¡Podría ocurrir una desgracia si no intervenimos!

Fernanda palideció.

—¿Qué dice?

—Lo que oyó. Encontré una nota sobre el escritorio de mi hijo. Me daba instrucciones en caso de que no regresara. Anotó que se había citado con su marido para resolver una cuestión de honor.

—Dios mío. —Yara se santiguó.

Fernanda lo miró atónita.

El anciano la observó con una expresión difícil de interpretar.

—Venga conmigo, sé dónde se reunirán. Tenemos que llegar allá e impedir que su marido mate a mi hijo.

—Arasunu no lo haría —dijo Fernanda, todavía incrédula.

Yara carraspeó.

—Vaya con él, señora —musitó.

—Tiene que ayudarme a salvar a mi hijo. —El anciano clavó en ella sus ojos oscuros—. Solo usted puede detener esta tontería.

—Está bien. —Fernanda salió a la oscuridad, detrás del anciano—. Lléveme con él.

* * *

Dante intercambió una mirada con Rafael y luego con los padrinos de Cabral. Rómulo clavó los ojos en la cicatriz que deformaba su rostro y tragó saliva. A su lado, Jaime desvió la mirada, asustado.

La luna se veía inmensa en el cielo, detrás de los árboles. Su luz de plata caía oblicua sobre los contendientes y subrayaba los rasgos fríos y angulosos de Arasunu y el semblante tenso y descolorido de Marcos.

Cuando los padrinos de Cabral asintieron, Dante presentó las armas a los duelistas. Estaban de pie, a unos doscientos metros de la carretera, bajo la sombra de los árboles. Un médico contemplaba la escena con expresión de disgusto desde prudente distancia. Rómulo miró a Dante a hurtadillas una vez más y, cuando Rafael lo notó y le mostró los dientes, amenazante, palideció.

Dante observó a Juan de Dios a los ojos y luego saludó con fría cortesía a Marcos.

—Mi deber es preguntar si existe alguna posibilidad de evitar la contienda. —Calló cuando Juan de Dios y Marcos le lanzaron una mirada elocuente.

—Señor Cabral, ¿estaría dispuesto a pedir disculpas?

Marcos torció los labios a un lado.

—No —dijo, y miró a Arasunu a los ojos—. No tengo razones para disculparme.

Juan de Dios esbozó una sonrisa, complacido.

Rafael frunció el ceño. Jaime intercambió una mirada con Dante y se encogió de hombros.

—Un disparo, caballeros. —Dante hizo un gesto con la mano—. A diez pasos.

Ambos contendientes se pusieron de espaldas, uno contra el otro, con las pistolas cargadas.

Dante contempló a ambos, inexpresivo.

—Uno, dos, tres... —comenzó a contar los pasos, a disgusto.

Juan de Dios se mostraba tranquilo, con los ojos insondables. Marcos caminaba con seguridad, pero el arma le temblaba entre los dedos.

—Siete...

Rafael apretó los dientes.

—Ocho, nueve... —Dante endureció la expresión—. Diez.

Juan de Dios se volvió, elevó el arma, apuntó y apretó el gatillo. Lo mismo hizo Marcos. Los disparos al unísono causaron gran revuelo entre las aves que dormían en los árboles cercanos. Un pájaro chilló, una bandada abandonó las inmediaciones y se hundió en la espesura.

Marcos soltó una exclamación de dolor cuando la bala atravesó su mano derecha, y su arma cayó al suelo con un sonido seco. La sangre comenzó a teñirle de rojo la manga de la camisa.

—Maldito mestizo —jadeó.

—A primera sangre. —Dante hizo un gesto con la mano. El médico corrió hacia Marcos con disgusto. Miró a Juan de Dios sin revelar ninguna emoción en su rostro frío—. ¿El honor está satisfecho?

Él tenía los ojos fijos en Marcos.

—Sí —dijo. Su voz oscura y gélida rompió el silencio—. Aléjate de mi esposa o la próxima vez la bala estará en tu corazón.

Marcos apartó al médico de un empujón, se inclinó, tomó su arma con la mano izquierda y apuntó hacia Arasunu.

—¡Mataste a Itatí! —gritó, y disparó.

Juan de Dios no se movió. La bala silbó a un lado de su cabeza y se incrustó en el tronco de un árbol. Los padrinos de Marcos hicieron un gesto de disgusto. Dante sacó una daga de su bota y la arrojó hacia Marcos. La hoja silbó en el aire y se le clavó en la muñeca. El médico lo miró azorado cuando Marcos comenzó a aullar de dolor, con la navaja enterrada en la carne.

—Mierda. —Rafael observó a Juan de Dios—. ¿Estás bien?

Él asintió y avanzó hacia su contrincante en silencio. El médico se hizo a un lado mientras se secaba el sudor de la frente. Juan de Dios cerró el puño y lo estrelló en la mandíbula de Marcos cuando elevó los ojos hacia él. Hizo un gesto hacia los padrinos, quienes contemplaban la escena atónitos.

—Ocúpense de él.

Dante miró al caballero caído con algo parecido al desprecio.

—Pobre bastardo.

Rafael apretó los dientes.

—Si esto se supiera, su honor quedaría destrozado —dijo—. Atacar a traición.

Juan de Dios lo miró con calma.

—No se sabrá —dijo, y era una orden.

Dante curvó las comisuras de los labios.

—Yo, en tu lugar, lo publicaría en todos los periódicos del país —dijo.

—No quiero continuar con esto.

—Esta mierda se convertirá en tu sombra hasta que alguien lo mande al infierno —replicó con frialdad—. Pero supongo que es tu decisión.

Arasunu asintió.

—¿Quieres regresar conmigo a casa? Puedo pedirle a Yara que prepare algo de tu gusto.

—No. —Dante se peinó con los dedos y echó un breve vistazo hacia el Sur—. Si ya no me necesitas, regresaré a la ciudad.

—Yo también —dijo Rafael después de despedirse del médico.

—Muy bien. —Juan de Dios estrechó las manos de sus amigos—. Gracias.

Media hora después, atravesaba el umbral de su casa cuando Yara lo alcanzó con el rostro blanco y los ojos agrandados por el miedo.

—¿Está usted bien? —preguntó asustada. Lo miró de arriba abajo como si esperara descubrirle alguna herida—. Temía que no regresara.

—¿Por qué no? —Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla. Tironeó de su corbata.

—En un duelo todo depende de la suerte, patrón —dijo Yara con gesto torvo.

Juan de Dios la miró a los ojos.

Tobías apareció en el vestíbulo, ceñudo, mientras se ponía un abrigo.

—Ya iba por usted, patrón, para ayudarlo. ¿Está bien? ¿No le hizo daño ese mocoso de mierda?

—Estoy bien. —Echó una mirada hacia las escaleras—. ¿Mi esposa todavía duerme?

Yara y Tobías intercambiaron una mirada. Arasunu enarcó una ceja.

—¿La señora no está con usted, patrón? —preguntó Tobías.

—Ella iba a buscarlo. —Yara lo miró, de pronto macilenta—. Iba a intentar detenerlo.

Juan de Dios se movió. La luz de la vela subrayó los ángulos salvajes de su rostro cuando se inclinó y aferró a la anciana de un brazo.

—¿Dónde está mi mujer? —exigió saber.

—Aurelio vino a buscarla —dijo la mujer, temblorosa —dijo que la llevaría con usted, que debían evitar una desgracia.

Yara comenzó a llorar.

—¿Qué pasa, señor? —Tembló.

Arasunu la soltó, se volvió y se hundió en la oscuridad del amanecer.

* * *

Fernanda abrió los ojos con lentitud. Se llevó la mano a la cabeza cuando sintió una punzada de dolor en la sien. Apartó los dedos y vio la sangre. Soltó una exclamación y levantó la vista. El movimiento fue tan rápido que se mareó.

—Pensé que no despertarías hasta el alba —dijo Aurelio desde el umbral de la puerta.

La curvatura de su espalda había desaparecido. Parecía más alto y más fuerte. Su rostro apergaminado mostraba una determinación que ella nunca había notado antes. Sus ojos ya no eran cansinos, sino penetrantes.

—¿Señor?

Él encendió el farol que se encontraba a un lado, junto a su bastón. Su luz amarillenta iluminó las paredes húmedas y desconchadas, la tierra negra y maloliente que cubría el suelo, los bichos que reptaban hacia las sombras.

Fernanda retrocedió sobre la sucia manta en la que estaba sentada. Había manchas de sangre en ella y de algo más que no supo identificar. Apoyó la espalda contra la pared y se puso de pie con lentitud. Un hilo de sangre descendió por su sien hasta su mejilla.

—Estabas demasiado cerca —dijo el anciano. Dio unos pasos hacia ella y se detuvo. La luz del farol tembló. Su renguera había desaparecido—. Pensé que lo dejarías, pero hacías demasiadas preguntas, niña.

—Usted. —Fernanda apoyó las manos en la pared. Comenzó a retroceder para poner la mayor distancia posible entre ambos.

Él permanecía inmóvil, pero la seguía con la mirada como si fuera un depredador, y de alguna manera lo era.

—Es mi secreto. Lo que hago, lo que he hecho para resguardar La Esperanza de mujeres como tú.

Fernanda estaba horrorizada.

—No creían en las raíces, en la importancia de la familia. No eran buenas, jamás lo serían. —Él hizo un gesto con la mano—. Amara iba a marcharse de aquí. Dejaría a su madre sola después de todo lo que hizo por ella. Era una desagradecida.

Fernanda observó la puerta. Detrás solo había sombras, pero sabía que no faltaba mucho para el amanecer. Si podía llegar a ella, quizás tendría una oportunidad de sobrevivir a esa noche.

—Tengo que mantener las tradiciones. Las mujeres como tú, que se creen más inteligentes que un hombre, que pueden ser iguales, son un peligro para la familia. Destruyen todo: las raíces, las tradiciones, nuestras creencias. —Apretó los labios—. Rosario era una de esas. Su padre me contó que pensaba ir a la ciudad porque quería convertirse en una mujer independiente. Tenía que detenerla. Su madre estaba muy preocupada por ella, y tenía razón al estarlo. Ella traería la desgracia a la familia, no tenía principios.

—¿Y la niña? —Fernanda dio un paso hacia la puerta y se detuvo cuando él la miró a los ojos.

—¿Cómo sabes de ella? ¿La vieja Asunta también te habló de Carmen? Esa chiquilla era una molestia, siempre gritaba, respondía a sus mayores. Tenía que alejarla de su pobre hermana mayor, que ya tantos disgustos tenía para además tener que cargar con esa mocosa maleducada.

Fernanda se estremeció.

—La señora Asunta... —comenzó, y calló. No quería saberlo, pero podía adivinarlo ya.

—Esa vieja siempre habló demasiado. Hasta ahora nadie había prestado atención a sus cuentos, más que esa mestiza de mierda, pero entonces llegaste tú. Está en la laguna. —El viejo sonrió. Sus dientes amarillentos se asomaron a sus labios de manera desagradable—. Tuve que cerrarle el pico. Creí que con eso bastaría para que dejaras de hacer preguntas, pero me equivoqué.

Fernanda tomó aire.

—Itatí confiaba en usted.

—Como tú. —Aurelio la miró pensativo—. Venía a mi casa, me hacía preguntas. Hasta que una noche me vio en la arboleda mientras seguía el viejo camino que lleva a la laguna y a este lugar. —Hizo un gesto con la mano—. Hubo otras. Nadie las recuerda. Solo son huesos ahora, allá, cerca de la ciénaga. Entonces era joven y un poco descuidado. La vieja Asunta me vio una noche en las sombras. No me reconoció, pero vio el farol y me llamó “diablo”. Huyó para decirles a todos que el diablo estaba suelto. Nadie le creyó. Poco después me ocupé de la nieta; tenía que mantenerla callada. Pensé que lo lograría; después de todo, ¿quién no le tiene miedo al diablo? Pero habló con Itatí y luego contigo.

Fernanda lo miró a los ojos.

—¿También lastimó al perro de Arasunu?

—Le había prohibido a Marcos que jugara con ese chuchó. No me obedeció, y tuve que ocuparme de él. Detesto la desobediencia en un crío.

—Dejó que culparan a su hijo.

—Tenía que hacerlo.

Fernanda lo miró a los ojos.

—Quien empujó a ese niño, a Ramón, dentro del pozo fue usted, ¿verdad?

El anciano fingió una sonrisa, pero sus ojos helados la observaban con fijeza.

—Si pensabas que mi hijo era el culpable, cuando lo acusaras, nadie te creería, quedarías como una loca. Porque eso es lo que eres, ¿no es así? Ese mestizo tuvo que casarse contigo para salvarte de que terminaras en un asilo para dementes.

Ella lo miró pálida.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo lo sé todo sobre las zorras como tú —dijo—. Con unas pocas averiguaciones en la ciudad, no me fue difícil saber qué clase de mujer eres.

Fernanda observó la puerta una vez más. Estaba a solo un par de metros de ella. Pensó que si saltaba hasta allí podría llegar antes de que Aurelio consiguiera alcanzarla.

Lo miró. Tenía que distraerlo.

—Las mató a todas aquí.

Él la miró intrigado.

—¿Cómo sabes que lo hice aquí? —preguntó con suavidad.

Fernanda elevó el mentón. El frío traspasó su piel, dedos invisibles se deslizaron por su cuello. El olor a rosas muertas flotó hasta ella con suavidad.

—Itatí me lo mostró.

Él frunció el ceño.

—¿Qué dices?

Fernanda desvió la mirada. La vio de pie en una esquina del recinto. Su pelo negro caía lacio sobre su rostro, su piel cerúlea parecía casi translúcida. Tenía los dedos agarrotados contra los sucios jirones de su falda.

—Ella está aquí —dijo con suavidad. Entonces comprendió. Itatí había estado aferrada a la fotografía que su abuela mantenía oculta. Era su favorita, después de todo. Cuando la tocó para examinarla más de cerca, se aferró a ella y estuvo a su lado desde entonces.

No estaba en ni la casa, ni en los muebles, ni en la vajilla. Siempre estuvo aferrada a ella: esperaba que la buscara, que la encontrara, que le devolviera lo que le pertenecía, sea lo que fuere.

Aurelio clavó en ella una mirada penetrante.

—¿Quién está aquí?

Itatí tendió la mano como pidiendo algo. Alzó la vista. Sus ojos la miraban, oscuros y vacíos.

—Itatí. —Fernanda lo miró—. Quiere que se lo devuelva.

Él apretó los dientes.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¿Qué es, Aurelio? —preguntó—. ¿Qué le quitó?

Él echó una rápida mirada a su alrededor. Solo vio oscuridad, el leve titilar del fulgor, la sombra de los bichos en la pared.

—Putá... ¿Qué intentas hacer?

—¿Qué es? —repitió Fernanda.

Él entornó los ojos.

—De todas conservo algo para recrear el momento en que me convertí en el diablo para ellas. —Sus ojos fríos se estrecharon—. Itatí tenía un anillo de oro blanco y zafiros, demasiado hermoso para una india como ella.

Entonces entendió. Fernanda vio a Itatí volverse hacia su asesino, había lágrimas de tierra en su rostro macilento.

—Su anillo de pedida —dijo Fernanda con tristeza—. Por supuesto.

Itatí había amado a Arasunu. Recordó sus pesadillas, la manera en que había pronunciado su nombre antes de morir, cómo había tendido la mano hacia él cuando Aurelio cayó sobre ella y la arrastró hacia la oscuridad.

—Usted no saldrá de esta —dijo—. Yara me vio salir con usted. Se lo diré a mi marido, y él lo buscará.

—Todos te conocen muy bien, Fernanda —dijo el viejo de buen humor—. Les diré que estabas tan preocupada por Juan de Dios, que te me adelantaste, a pesar de que dije que me esperaras. Desapareciste en la oscuridad. ¿Quién dudaría de mí? Solo soy un viejo.

Fernanda no esperó más. Saltó hacia la puerta y cruzó el umbral. Tropezó con una raíz que sobresalía del suelo y trastabilló. Aurelio tendió la mano hacia ella y crispó los dedos en su brazo.

—No escaparás.

—¡Suélteme!

Forcejeó contra él.

—Esto se termina acá. —El farol a sus espaldas chispeó. Iluminó el caño de una pistola cuando la acercó al rostro de Fernanda—. No es mi estilo, pero no quiero perder mi tiempo contigo.

—¡Aurelio! —La voz gélida y profunda de Arasunu resonó entre las sombras, amenazante.

El viejo rodeó el cuello de Fernanda con un brazo y retrocedió, de espaldas a la pared. Apuntó su arma hacia los árboles. Las sombras se mecían en la arboleda de un lado a otro, confundiéndolo. Apretó el gatillo, y la bala rebotó en una roca y desapareció.

—¡Arasunu! —gritó Fernanda, aterrorizada.

—¡Cállate! —Aurelio la zarandeó y la arrojó al suelo. Fernanda se aferró a él. Sabía que si la apartaba, le dispararía. Clavó las uñas en su brazo y lo miró.

Aurelio palideció.

Los ojos negros sin párpados se fijaron en él. Las uñas rotas y amoratadas se hundieron en la piel de su brazo. Esos dedos descarnados y deformes, pútridos, reptaron sobre su brazo. Vio su pelo lacio y apelmazado, cubierto de sangre, su boca agrietada.

—Tú —jadeó.

Itatí estiró los labios y una bocanada de tierra cayó de su boca.

—Devuélvemelo —dijo.

Aurelio soltó un alarido y se echó hacia atrás. Presionó el gatilló, horrorizado, pero antes de que pudiera disparar, Arasunu emergió de las sombras, lanzó el pie hacia adelante, golpeó su muñeca, y el arma saltó de su mano para cayó al suelo, entre los pajonales.

Aurelio gritó, aferró su muñeca y miró a Itatí. Vio a Fernanda, de rodillas, que lo miraba atónita.

—Eras tú —musitó. Se volvió y se lanzó entre los hierbajos para recuperar su arma. Arasunu se arrojó sobre él y forcejearon. De pronto, un disparo resonó en el silencio y Fernanda gritó, aterrorizada.

Juan de Dios retrocedió. El viejo murmuró algo entre dientes. Lo miró a los ojos.

—Mestizo —musitó, y cayó al suelo.

Fernanda corrió hacia Arasunu y se lanzó a sus brazos. Él hundió los labios en su pelo.

—Está bien —dijo con suavidad—. Todo terminó.

Ella lo miró un momento y luego se refugió entre sus brazos.

—Sí —musitó. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Crispó las manos contra su camisa.

Arasunu cerró los ojos un momento. La sintió temblar y le acarició la espalda.

Fernanda asintió y elevó sus ojos hacia él.

—Tengo que hablarte de Itatí —dijo. Comenzó a llorar—. Tienes que saber lo que sucedió esa noche.

Él asintió y la abrazó.

—Cuéntame —dijo—. Quiero escucharlo.

CAPÍTULO 24

Tres semanas después.

Fernanda caminó despacio entre la hierba. El suelo se veía más verde en esa zona. Los árboles se movían susurrantes, y un tronco caído señalaba un lugar en hondonada. Una vieja rama en forma de V caía sobre lo que parecía ser un amontonamiento de tierra. Se detuvo y observó el lugar. Era tal como lo había visto en sus sueños.

—Es aquí.

Hacía frío.

—¿Estás segura?

—Sí.

Arasunu observó el lugar y luego hizo un gesto con la mano. Los hombres que estaban en la cercanía se adelantaron: eran policías. Traían picos y palas. Uno de ellos, el comisario, miró a Fernanda, pensativo.

—¿Está segura de que el viejo le dijo que aquí estaban enterradas sus víctimas?

Ella intercambió una mirada con Arasunu.

—Sí.

El hombre asintió e hizo un gesto hacia sus hombres. Todos comenzaron a cavar. El silencio de pronto inundó el lugar, los árboles dejaron de mecerse, el viento calló. Fernanda se estremeció y Arasunu buscó su mirada.

—No tienes que estar aquí si no quieres —dijo.

—Quiero estar. —Ella le rodeó la cintura con un brazo y se apoyó en él—. Quiero asegurarme de que ellas estarán bien.

Media hora después, uno de los policías retrocedió.

—Aquí hay una —anunció.

—Encontré a otra —dijo un oficial mientras se secaba el sudor de la frente.

—Aquí —añadió alguien más en voz baja.

Fernanda se volvió y observó. Entre la tierra removida, vio jirones de ropa, un rostro en un montículo; más allá, una mano descarnada; más lejos, solo huesos.

—Ya no están en ese lugar oscuro y frío —musitó.

—Regresemos a casa. —Arasunu tomó su mano—. Hemos terminado aquí.

El comisario hizo un gesto con la cabeza y agradeció en silencio su cooperación, se volvió hacia sus hombres y comenzó a repartir órdenes.

Arasunu rodeó los hombros de su esposa y abandonó las sombras. Llegaron al viejo camino de tierra y siguieron el sendero hacia la casa. Un pájaro voló cerca, se detuvo en una rama y se esponjó.

—Están en paz —dijo Fernanda con una breve sonrisa.

Él tomó su mano y la ayudó a cruzar la valla.

—Necesitas descansar —dijo él.

Ella asintió. Lo cierto era que durante las últimas dos semanas se había sentido más que cansada. Dormía más que de costumbre y se sentía somnolienta gran parte del día.

—¿Quieres regresar a la ciudad?

—Sí. Ahora sí. —Ella lo miró a los ojos—. Me gustaría volver aquí en verano, porque esta casa es hermosa, pero necesitamos estar en la ciudad. Tú tienes allá tu trabajo, y yo el mío.

La besó con suavidad. Ella sonrió y desvió la mirada. De pronto, se quedó muy quieta. Vio a Itatí de pie junto al cobertizo.

—¿Qué sucede?

Fernanda apretó su mano.

—Ella está allí —dijo en voz baja.

Arasunu se volvió pero no vio a nadie.

—¿Itatí? —preguntó.

—Sí. —Fernanda la vio levantar el brazo y señalar algo detrás de la casa.

—Ven conmigo. —Ella tiró de su mano y Arasunu la siguió en silencio.

Itatí se deslizó con suavidad hacia los rosales que se mecían con la brisa. Una miríada de mariposas revoloteaba alrededor de los nuevos pimpollos. Se detuvo entre las rosas y miró el suelo, sus ojos vacíos parecían tranquilos. Entonces se esfumó.

—¿Fernanda?

Ella se cubrió la boca con los dedos.

—Siempre estuvo aquí —dijo—. Bajo los rosales.

Arasunu la miró.

—¿Estás segura?

—Sí. Él la enterró aquí.

—Disculpen. —Yara se detuvo a unos pasos. Sus labios temblaban ligeramente—. Patrón, hay alguien en la sala, quiere hablar con usted y con la señora.

—¿Quién es?

—El señor Marcos. —La anciana meneó la cabeza—. Le dije que se fuera, pero no me quiso escuchar. Dijo que lo esperaría hasta que decidiera recibirlo.

—Está bien.

Fernanda intercambió una mirada con Arasunu.

—Yara...

—Lo sé. —La anciana desvió los ojos hacia los rosales—. Escuché lo que le dijo al patrón hace un momento. —La anciana meneó la cabeza—. Estoy bien —dijo—. Vaya a atender a ese hombre, señora. Yo... Yo me quedaré aquí un momento si no le importa.

Fernanda asintió y Arasunu tiró de su mano. Cuando llegaron a la sala, Marcos se puso de pie y saludó con un movimiento de cabeza. Su postura se había opacado en esas últimas semanas. Una triste gravedad había reemplazado su anterior expresión despreocupada.

—Tenía que venir —dijo. Fijó sus ojos en Juan de Dios—. No podía irme sin disculparme con los dos. Mi comportamiento fue desastroso.

Arasunu asintió.

—No necesitas decir nada —dijo—. Dejemos las cosas como están.

Fernanda le señaló una silla.

—¿Quiere sentarse?

—No, señora, gracias. —Desvió la mirada hacia la arboleda. Ya no parecía intimidante, de hecho, bajo la luz de la tarde parecía casi hermosa—. Solo me quedaré un momento. —Hizo una pausa y buscó algo en uno de los bolsillos de su chaqueta. Un hermoso anillo de oro blanco y zafiros brilló bajo la luz del atardecer.

—Dios mío. —Fernanda miró a Arasunu—. Es el anillo de Itatí.

—Pensé que debía traerlo personalmente.

Juan de Dios lo tomó entre los dedos.

—¿Donde lo encontraste? —preguntó.

—Estaba en un cofre, debajo de la cama de mi padre. Había otras joyas: un arete de oro, un dije y un crucifijo de plata.

—Eran pertenencias de sus víctimas.

—Lo sé, y ya las devolví todas a sus familias. —Marcos hizo una pausa. Era evidente que todo aquello lo había afectado mucho—. Encontraron a la señora Viota en la orilla de la laguna, casi hundida en la ciénaga. Ya hablé con uno de sus sobrinos, correré con los gastos del entierro, por supuesto.

Marcos miró a Juan de Dios a los ojos.

—No deseaba volver a verte. Lo que hice en el campo del honor es mi vergüenza. —Hizo un gesto con la mano hacia el anillo que Arasunu sostenía en su mano—. Pero tenía que traer esto, creo que es lo correcto. Ella te amaba.

—Marcos desvió los ojos—. Siempre te amó. Espero que aceptes mis disculpas y puedas perdonarme, aunque no sé si yo podré perdonarme a mí mismo. Quizás si me hubiese apartado de ella, mi padre no habría fijado su atención en Itatí, tal vez... Ahora ella estaría aquí, feliz a tu lado, donde quería estar.

Juan de Dios le ofreció la mano.

—Nada de lo que hubieses hecho habría cambiado lo que sucedió —dijo—. No fue tu culpa.

Marcos vaciló y luego le estrechó la mano.

—Gracias —dijo con voz ronca.

Fernanda le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué piensa hacer, señor?

Él titubeó.

—Venderé la casa, las tierras, todo. No quiero estar aquí, donde él arruinó tantas vidas. —Inclinó la cabeza—. Me iré a la ciudad, comenzaré una nueva vida lejos de todo esto.

Ella asintió.

—¿Dónde está su padre? —quiso saber Arasunu.

Marcos tomó aire.

—En un asilo. —Vio la expresión de Fernanda y meneó la cabeza—. No escapará de allí, se lo aseguro. No está en sus cabales. Cuando despertó, ya no era el mismo. Está asustado todo el tiempo. Dice que no está solo, que ellas están con él, que no lo dejan dormir.

Fernanda asintió comprensiva.

—Es su conciencia.

Arasunu la miró un momento en silencio y luego asintió.

—¿Cree que se recuperará? —preguntó.

—Los médicos dicen que no es posible. Algo está mal en su cabeza. —
Miró a Fernanda—. Mi padre ya no representa ningún peligro para nadie,
señora. Créame, está en su propio infierno.

Fernanda asintió. Marcos tomó aire, hizo un gesto con la cabeza y después
de echar una última mirada hacia Juan de Dios, se marchó. Cuando sus pasos
desaparecieron en el silencio del atardecer, Fernanda observó el anillo que su
esposo sostenía.

—Ella te amaba —dijo con suavidad.

Juan de Dios buscó su mirada y tendió la sortija hacia ella.

—¿Quieres regresárselo?

Fernanda esbozó una sonrisa.

—Creo que deberías hacerlo tú —dijo—. Ella necesita despedirse de ti.

* * *

Arasunu se arrodilló frente a los rosales. Las mariposas revoloteaban a su
alrededor y la luz del atardecer le doraba la piel, los ángulos del rostro, la
boca férrea.

—Perdóname —dijo—. Debí quedarme, tratar de encontrarte.

La brisa meció con suavidad los pimpollos. Un suspiro acompañó al silencio, y unos dedos suaves se deslizaron sobre su mano.

—Esto es tuyo.

Arasunu cavó con los dedos entre los rosales. Varios pétalos se deshojaron y flotaron hacia él. El suave perfume de las rosas se elevó.

—Siempre lo será.

Itatí apoyó la cabeza en su hombro un instante.

—Gracias —musitó. Cerró los ojos y se permitió a sí misma alejarse del hombre que había amado.

Arasunu cubrió el anillo con la tierra.

—Descansa en paz.

EPÍLOGO

Fernanda apoyó la mano sobre su vientre. Sonrió con suavidad, dueña de un secreto que pronto revelaría. Yara alzó las cejas. Dejó el pastel de carne sobre la mesa y se secó las manos en su delantal.

—¿Ya se le dijo al patrón?

Fernanda se ruborizó.

—¿Cómo lo sabe?

—Hay cosas que no se pueden ocultar, señora. —Yara hizo un gesto hacia el jardín—. ¿Piensa decírselo pronto?

—Esta noche.

—Bien. —La mujer asintió—. El marido debe ser el primero en enterarse. ¿Qué hace?

Fernanda la miró sorprendida.

—La ayudaré a llevar la fuente a la mesa.

—Deje eso. —Yara la espantó con un estropajo—. Vaya con su familia, que aquí me ocupo yo de todo esto.

—¿Podrá sola?

—No me ofenda. Ahora váyase y disfrute, que su suegro cumple años y quiere a todos sus parientes con él. Mírelo nomás, lo contesto que está.

Fernanda sonrió. A través de la ventana lo vio sentado a la cabecera de la mesa, reía de algo que su esposa acababa de contarle. Sus yernos, Franco y Pedro, asentían divertidos. Basilio tenía a uno de sus nietos sobre las piernas y a otro más colgado de la espalda. Parecía estar en su elemento.

El señor Ferrara siempre había deseado una familia numerosa, y cuanto más niños tenía a su alrededor, más feliz se sentía, aunque lamentaba la falta de una nieta mujer.

Eloísa y Nélida conversaban bajo la sombra de los árboles, atentas a los más pequeños mientras Rosita y Joaquina se afanaban por servir la comida antes de que los chiquillos notaran que el pastel había quedado desprotegido en el centro de la mesa.

Lucía y su marido estaban sentados uno junto al otro con las manos unidas. Habían decidido abandonar sus muchas ocupaciones en San Pedro para asistir a la fiesta de cumpleaños que Eleonora había organizado, y quedarse además unos días en la ciudad. Lucía, principalmente, deseaba enterarse de todos los detalles que habían llevado a su hermano hasta el altar y no dejaba de importunarlo para que se los contara.

Santiago se inclinó y levantó a su hijo, que había heredado los ojos de su padre, cuando tropezó y cayó a sus pies. El chiquito lo miró sorprendido, y luego le obsequió una sonrisa que habría podido iluminar una habitación a oscuras.

Fernanda sonrió.

—¿Dónde está Mariana? —Quiso saber.

—Entre las azaleas. —Yara señaló con el dedo a una pareja que hablaba en voz baja, lejos de la algarabía que la familia Ferrara en pleno representaba. La joven había abandonado el sillón de ruedas una semana antes y, con ayuda

de Rafael, había comenzado a dar sus primeros pasos después del accidente. Lucía un anillo de compromiso en el dedo y una sonrisa encantadora en los labios—. Esa chica está enamorada, sin duda. Su abuela ha tenido muchas dificultades para hacerle de carabina cuando el señor Rafael se empeñaba en encerrarse con ella en la biblioteca.

Fernanda rio entre dientes.

—Ya me lo contó —dijo—. Me amenazó con sacar las cuentas si Mariana anunciaba la llegada de un hijo a poco de casarse.

—Sí, me imagino que lo hará, y le dará un buen rapapolvo a la señorita Mariana. Su abuela no se anda con pelos en la lengua, ya lo sé yo.

—¿Dónde está ahora?

—Salió con la señora Etelvina. Al parecer olvidaron comprar un obsequio para Basilio y fueron de corrida a la tienda de Hoffman.

La joven se volvió y se encontró con Juan de Dios en el umbral de la puerta. Se veía muy atractivo, aunque había insistido en prescindir de la corbata. Fernanda fue hasta él mientras Yara salía de la cocina con el pastel de carne que humeaba en una fuente entre las manos.

—Te extrañé —dijo ella, cariñosa. Se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Juan de Dios le rodeó el talle con la mano y la atrajo hacia él. Profundizó el beso.

—Señor, podrían vernos. —Fernanda se ruborizó y echó una rápida mirada hacia la ventana—. ¿No le da vergüenza?

—No. —Le acarició la mejilla con la punta de los dedos, la miró a los ojos—. Dijiste que tenías algo que decirme. ¿Qué es?

Ella desvió la mirada.

—Esta noche —prometió.

—¿No puedo saberlo ahora?

—No. —Fernanda sonrió y lo abrazó. Elevó el rostro hacia él—. ¿Te dije hoy lo mucho que te amo?

Él la miró a los ojos y sonrió.

—Sí, pero creo que no me has convencido —dijo. La estrechó contra su cuerpo y la empujó con suavidad hacia el pasillo—. Deberías esforzarte más.

—Ah, ¿ahora?

—Ahora estaría bien. —Arasunu le hundió los labios en el cuello, probó su piel con la lengua—. ¿Desaparecemos un rato?

—Sí. —Fernanda lo miró y sonrió—. Y quizás puedas convencerme de contarte mi secreto.

—¿Quizás?

Fernanda sonrió.

—Quizás —dijo y lo besó.

AGRADECIMIENTOS

A María José Zaldívar, Yani Vargas Martínez, Analía Alvira, Elizabeth Cardozo, Eliseth Ponzo, Inés Mansilla, Claudia Herrera y a todas las lectoras que lo esperaban con ansias.

Disfrútenlo, chicas.